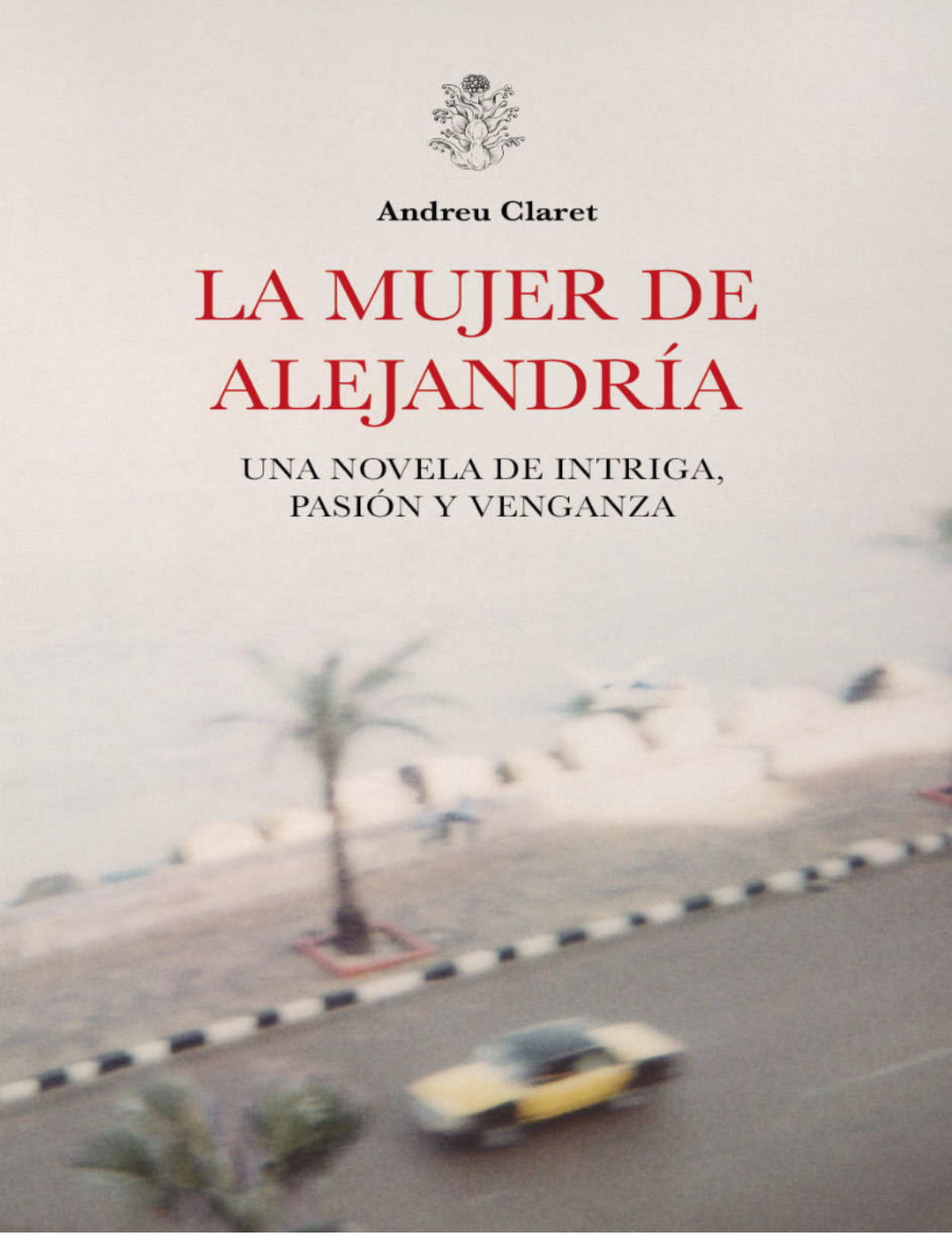
Andreu Claret

LA MUJER DE ALEJANDRÍA

UNA NOVELA DE INTRIGA,
PASIÓN Y VENGANZA



Andreu Claret

LA MUJER DE ALEJANDRÍA

Una novela de intriga,
pasión y venganza

Me llamo Aileen O'Neill, tengo treinta y tres años y hace poco más de uno que vivo en Alejandría, en Egipto. Aquí me encuentro cómoda, lejos de Milwaukee, en Wisconsin, metida de lleno en la novela que me he propuesto escribir. Tengo pocos amigos, pero tampoco los busco. Maryse Moawad, alejandrina de las de antes, que me ayuda a entender esta ciudad y a amarla, y Sherif Abu Khadra, con quien navego entre los restos del naufragio, encallados en los anticuarios del barrio de Attarin. Me tranquiliza el *sabah el kheir* con el que el *bauab* me saluda cada mañana al salir de casa, y el *massaa el kheir* con el que me recibe a mi vuelta. Son detalles cotidianos que curan las peores heridas y que me han permitido empezar de nuevo. Sin embargo, hoy me he visto envuelta en unos hechos que no habría llegado a imaginar nunca y que podrían cambiar mi vida. Unos incidentes que podrían modificar la manera como las mujeres y los hombres se relacionan con su Dios.

Alejandría, 22 de abril de 2015

Alejandría, 22 de abril, miércoles

Shara' Fouad, min fadlak!

He indicado el nombre de la calle en árabe. Acompañado de un por favor que es un latigazo sonoro: *min fadlak!* Al taxista le queda así claro que tengo prisa y que no estoy para conversaciones superfluas. Se ha sentido halagado y se cree obligado a demostrar sus habilidades a una *khawaga* como yo, una extranjera que se atreve a hablar la lengua del Corán; o el egipcio, que se le parece.

Me ha tocado en suerte el taxista más viejo de Alejandría, pero toma la avenida Horreia como si tuviera veinte años. El Lada, que debe de tener tantos años o más que él, tiembla como si fuera a descoyuntarse, y el hombre, al mirarme por el retrovisor panorámico, se ríe y deja al descubierto un pedregal de dientes sucios y desalineados. Es un esqueleto recubierto de piel apergaminada que esquiva coches, transeúntes y boquetes con gestos quasimodescos. No para de gesticular y cada vez que cambia de marcha parece que vaya a partirse en dos. Pronto me doy cuenta de que todo lo hace con la mano izquierda porque el otro brazo acaba en un muñón, y entonces pienso que quizás sería excesivo incluirlo en un capítulo de mi novela. Me había pasado por la cabeza.

Casi es mediodía. Vuelvo a mirar el whatsapp que me ha mandado Sherif. Eran las ocho pasadas. ¿Por qué tan pronto? El mensaje es de lo más enigmático:

> Muy, muy antiguo
> Griego
> ¡Ven!

Lo acompañan dos fotografías desenfocadas, como siempre, y faltas de luz. En la primera, se ve una especie de arqueta. Está cerrada y creo que es de madera. La otra también es de la misma caja, pero entreabierta, y dentro se adivinan unos papeles dañados. Parecen fragmentos de manuscrito como los que hay en el museo de El Cairo. Entre la poca calidad de las fotos y los tumbos del taxi, es difícil descifrarlos. Y más por una aficionada como yo. Las letras son griegas, o eso me parece. O sea, que Sherif tiene razón. Debe de ser muy antiguo.

Me ha mandado este mensaje a las ocho, que aquí es muy temprano porque los alejandrinos son de acostarse tarde y holgazanear. No es como en Milwaukee; allí, a esa hora, todo el mundo va camino del trabajo y la autopista de Chicago está hasta los topes.

¡No le des más vueltas, Aileen! Debe de ser alguna bobada de las suyas.

Me he puesto unas mallas negras y me he envuelto en una sofisticada superposición de tops cubiertos por una camisa blanca larga y holgada. Así es como he aprendido a seguir la norma sin dejar de ser yo misma. En la única cosa en la que no cedo es en la serpiente del tobillo, que siempre dejo al descubierto.

Si la miran demasiado, se esconde dentro de las zapatillas.

Antes de lanzarme al océano humano que invade todas las grietas de la ciudad, he pasado por delante del espejo que engrandece el piso y he echado un vistazo al lado bueno de mi cara, aquel que no carga con la marca de un matrimonio fallido. Estoy de buen ver a pesar de las greñas y el aspecto desaliñado, que revelan una noche de poco dormir y una mañana desastrosa, de poca escritura.

Llamo a Sherif para anunciarle mi llegada, no sea que vaya a tomarse la *shisha* en el bar de la esquina. No contesta. Es raro. Siempre lleva el móvil consigo, incluso cuando va a rezar… Insisto, pero nada. No dejo ningún mensaje.

Me escuece la cicatriz que tengo en la mejilla. La noto cuando va a cambiar el tiempo o cuando el día está a punto de estropearse. La acaricio con dos dedos mientras me miro en el retrovisor, y el taxista, al ver la otra cara de la luna, pone ojos de asustado. ¿Un mal presagio? Sonrío, pensando que ya soy como ellos, como los egipcios. Veo premoniciones en cualquier señal.

Cada vez que paso por *Shara'Fouad* no puedo evitar pensar en las epopeyas de las que ha sido testigo. Por esta misma calle, César y Marco Antonio hicieron entradas triunfales de la mano de Cleopatra, y astrónomos, matemáticos, médicos y filósofos pasaban por aquí cada día, camino de la Biblioteca. Pero hoy me vienen a la mente otras imágenes, las de unas multitudes enfurecidas arrastrando el cuerpo lacerado de Hipatia y los de los dos obispos empeñados en ver a Jesús como a un hombre y no como al hijo de Dios.

Si no estuviera tan nerviosa, cerraría los ojos a la altura de la Puerta del Sol y me dejaría llevar hasta la Puerta de la Luna, pero ahora no estoy para tonterías y el atasco gigantesco en el que hemos quedado atrapados me devuelve a la realidad. Mando un mensaje a Sherif diciéndole que llego en diez minutos. Tampoco contesta.

Cuando entro en la tienda, Rana me regala un abrazo afectuoso, como siempre. Los otros dos empleados están en la mezquita para la plegaria del *dhur*. Se alegra de verme, pero la noto nerviosa. Señala el altillo y me explica, murmurando, que Sherif está arriba con un cliente. Chapurrea un inglés divertido, trufado de palabras árabes, pero nos entendemos.

—¿Por qué estás tan preocupada? —pregunto, viendo que no para

de mirar hacia arriba.

—¡Ay, señora Aileen…! Cuando les he subido el té, estaban discutiendo acaloradamente sobre una pieza.

—Es normal, ¿no?

—No de esa manera. Sobre todo el hombre que está con él.

—¿Lo conoces?

—No. No lo había visto nunca… pero no me gusta.

—¿Por qué?

—No lo sé. No me gusta, señora Aileen. No es como los otros clientes.

—¡Venga, mujer! —le digo, intentando tranquilizarla.

Trato de cambiar de tema, y le pregunto cómo le va con ese chico del pueblo que su padre le quiere endosar y que a ella no le acaba de gustar, pero hoy no está para confidencias.

Las voces llegan amortiguadas, pero capto a Sherif insistiendo en que no, que no. *La la la,* unas cuantas veces. *Mish mumkin!,* exclama, para poner fin a la conversación.

—¿Qué quiere ese hombre, Rana?

—Comprar una caja que Sherif tenía encima de la mesa.

—¿Una caja? ¿No será esta? —pregunto, mostrándole la del whatsapp.

—Sí, sí, es esta, señora Aileen. ¡Es esta! ¿Y usted cómo…?

Oímos un ruido seco, como si alguien hubiera hecho chasquear un cinturón, y luego otro sordo, como si hubiera caído un objeto macizo sobre la alfombra, seguido de un estropicio de cristales.

¿Qué diablos pasa? Puede ser que Sherif haya cerrado la tapa con más fuerza de lo normal, para dejar claro que no la quiere vender, pero el ruido no era de madera contra madera. ¿Y el golpe, y los cristales rotos? Es como si hubiera caído uno de esos relojes de bronce que acostumbra a traer de París, y como si se hubiera estrellado aquella copa de Bohemia que tanto le gusta.

El cliente se despide. *Shukran, shukran jazilan*, gracias, muchas gracias, repite. Ha subido el tono, como si quisiera que le oyéramos. ¿Y Sherif? ¿Por qué no le contesta?

Rana está petrificada. Se encamina hacia la escalera. La sigo y nos damos de bruces con el hombre, que baja con una bolsa en la mano. Tenía razón. Es, en efecto, un tipo siniestro. Viste un flamante traje oscuro que le queda demasiado ajustado, una camisa a rayas azules demasiado anchas y una corbata marrón que no combina con ninguna de las dos prendas y que lleva mal anudada. Casi desanudada. Tiene el pelo negro y aceitoso de tanta gomina, dividido por una raya que pretende acentuarle la simetría de la cara. Pero por mucho que se esfuerce, no son dos mitades iguales, pues una cicatriz le parte el párpado derecho. No se

aprecia demasiado, porque muere debajo de la ceja, pero a mí estos detalles nunca me pasan desapercibidos.

Sonríe mostrando unos dientes que parecen los del taxista. Nos apartamos. Se despide con un *massaa el kheir* forzado, parándose un segundo delante de mí, como si no supiera cómo encajar mi presencia. La bolsa de plástico es de las que Sherif utiliza cuando vende algo. Opaca. Sabe que los clientes quieren discreción. Se nota que va muy cargada.

Antes de que hayamos podido abrir la boca, ya está en la calle. Desaparece deprisa, sin mirar atrás.

—¡*Ostaz* Sherif! —grita Rana, agarrándose a la barandilla de la escalera. Nada.

—¡Sherif! —repito, para romper el silencio—. Subamos —añado, cogiéndola del brazo.

—Espéreme aquí, señora Aileen —dice, cortándome el paso con determinación.

Sube los peldaños de dos en dos, decidida. Oigo un grito de horror largo y contenido. Empiezo a subir, pero ella me detiene antes de llegar al altillo. Tiene los ojos llorosos, pero no llora, el cuerpo tenso, los puños cerrados. Me lleva escaleras abajo, y me acompaña hasta la puerta.

—¡Váyase, váyase! —me exhorta, sin dejarme la posibilidad de replicar.

Al pasar delante de una cómoda, saca un velo negro y me cubre con gestos bruscos, distintos de cuando pasamos un rato juntas y le gusta acariciarme la cabellera, quizás porque es roja y rizada.

—¡Está muerto! —me susurra cuando estamos en el umbral de la puerta. Me coge las manos discretamente para no alertar a la gente que pasa por la calle.

—¡Muerto! ¡Qué dices!

—Le han disparado en la cabeza.

—Tenemos que avisar a la policía, Rana…

—Ya lo haremos nosotros, señora Aileen, no se preocupe. Váyase antes de que vuelvan Hany y Mahmoud —dice, suplica, exige. Y me empuja hacia fuera.

Sé por qué lo hace. Cuando se produce un drama que no tiene explicación, los egipcios siempre buscan una mano extranjera, y ser una *khawaga* puede convertirse en una pesadilla. Mientras me pierdo por el barrio de *Mansheya* me siento culpable. Y cobarde.

¡No me puedo ir! Me pueden acusar de no colaborar con la justicia, y de esconder no sé qué, especialmente cuando encuentren el móvil de Sherif con el whatsapp y las fotos, y ese mensaje tan estúpido que le he mandado:

Voy para allá

He añadido un emoticón divertido, pero no creo que la policía se lo tome a broma. Me lo hubiera podido ahorrar. Decido volver.

Demasiado tarde. La calle ya está llena de curiosos de todas las edades y condiciones. Y, dado que estamos muy cerca de la comisaría de Attarin, ya han llegado los del *Muhabarat*. Desde la acera de enfrente veo a Rana hablando con unos agentes. Cuando se da cuenta de que todavía estoy allí, y de que tengo intención de cruzar, pone cara de espanto, como diciendo: «Váyase, señora Aileen, hágame caso, váyase». Está aturdida y lleva el velo desaliñado.

¿Qué hago? Si cruzo y les explico la verdad a los policías, me preguntarán por qué me he ido, y ella será la primera en recibir…

Oigo un murmullo que sube por los alrededores. En la calle hay hombres y mujeres que me han visto entrar a menudo en el establecimiento y que necesitan encontrar una explicación a mis largas estancias en el altillo con Sherif. Ahora tienen la oportunidad de meter las narices. Los empleados de otra tienda me miran y refunfuñan. Algunas mujeres empiezan a alborotarse. He hecho una tontería. Será mejor que me vaya si no quiero acabar en comisaría en las peores condiciones, y sin tiempo para llamar al consulado. Volveré cuando ya no esté toda esta gente.

Giro a la derecha hasta que encuentro un taxi, en el que me meto precipitadamente. Lo conduce un chófer joven, nubio, de pelo rizado y ojos de poseso. Arranca cuando todavía no he cerrado la puerta del todo, como si fuera consciente de que estoy huyendo. Un hombre fornido nos observa desde la esquina. Por el cristal trasero veo que se lleva la mano al bolsillo, no sé si para sacar una pistola o una libreta. El taxista acelera, con la vista clavada en el retrovisor, gira bruscamente y desaparece por un callejón lleno a rebosar de puestos donde venden móviles de todas las marcas e imitaciones. Si nos cargamos uno, los vendedores se abalanzarán sobre el coche y el policía quizás nos salve, pero nos meterá entre rejas.

De golpe, la calle se ensancha. Lo hemos perdido de vista. El chófer afloja la marcha y dibuja una sonrisa amarga pero cómplice.

—¡Muhabarats, cabrones! —exclama, añadiendo, en un inglés macarrónico, que durante la revolución mataron a un amigo suyo cerca de aquí.

Abre la guantera y saca unas placas que deben de ser diferentes de las que lleva puestas, porque se ríe con ganas. La matrícula que el agente apuntaba fijo que es falsa.

Sonrío, le digo *shukran!* dos o tres veces, y él me regala una mirada llena de afecto y una sonrisa que deja al descubierto unos dientes blancos, blanquísimos. Enciende la discoteca que tiene en el coche,

orgulloso, y pone *Ezzai*, una canción de Mohamed Mounir. Es la que todo el mundo tatareaba durante los días que mataron a su amigo. Canta el estribillo:

> Soy tu calle más antigua,
> soy tu esperanza.
> Pero me abandonaste a medio camino…

¿Cómo sabe que Mounir es mi cantante preferido? Vuelvo a mirar la foto del whatsapp. Se entiende que Sherif estuviera tan aturdido, porque su mundo no era el de la época griega y romana, sino el de hace menos de cien años, el del *Cuarteto de Alejandría*. Vivía de comprar y vender aquello que algunos alejandrinos todavía llaman *roba vecchia*, para recordar que esta había sido una ciudad muy italiana.

Él no era hombre de piezas que queman, como esta caja con un manuscrito.

Era un personaje estrafalario, que ejercía su oficio con una pasión contagiosa. Me encantaba su té, aunque siempre me lo servían demasiado azucarado, pero yo se lo perdonaba todo, incluso que esparciera las cenizas de las Cleopatras encima de esa mesa mugrienta de la que nunca se movía. Hablá- bamos mucho y nos perdíamos en conversaciones banales que me producían una extraña placidez. Era mi amigo.

Sabía que me había aficionado a pasear por el barrio de Attarin más por la ilusión de viajar a un mundo que ya no existe que por lo que pudiera encontrar. ¿Por qué me había hecho ir hasta allí? Debía de querer compartir alguna inquietud.

Mañana iré a ver al comisario de Attarin. Mi amiga Maryse me comentó un día que es de fiar. Mientras, desde el taxi, llamo a un anticuario que vende muebles ingleses falsos dos travesías más allá de la calle Fouad. No me fío de él, pero tiene contactos con los *muhabarats*.

—Hola, Hosni, soy Aileen O'Neill, me han dicho que han matado a Sherif…

—Pues sí…

—¿Y cuándo ha sido?

—Poco antes de la una, durante la plegaria del *dhur*.

—¿Cómo puede ser?

—Dicen que estaba arriba con un cliente, mientras los empleados habían ido a la mezquita, y solo estaba la chica. Cuando el cliente se ha ido, ella ha subido y lo ha encontrado muerto, con un tiro en la cabeza.

—¿Le han robado algo?

—Supongo, porque han visto salir a un hombre con una bolsa.

¿Dónde estás?

—En casa.

—Oigo mucho ruido…

—Es que… estoy yendo hacia el supermercado.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho Maryse Moawad, que trabaja cerca —digo, sin pensar que, precisamente hoy, está de viaje—. Dicen que hay mucha policía —añado.

—Sí, mucha. Pronto sabremos más. Aquí, más tarde o más temprano, todo se acaba sabiendo.

No estoy segura de que haya sido una buena idea llamar a este desgraciado. Y encima no me ha dicho nada.

Sherif era todo lo contrario. Amaba el oficio y apreciaba a los clientes. Se ganaba la vida como anticuario, pero nunca traficaba con los sentimientos. Lo más importante para él era el negocio de la amistad.

Ha muerto sin que le pudiera explicar que su confianza me ha acompañado en el momento más difícil de mi vida.

Me siento bien en Alejandría, haciendo vida de ermitaña. Maryse dice que acabaré como san Antonio, el anacoreta, pero ya me parece bien, porque no se puede parir un libro sin el sacrificio de la soledad. Vivo cómoda, con la pensión que le impusieron a Patrick el día que Oprah Winfrey, o esa jueza negra que se le parece, anunció el veredicto. Ocho años de prisión por agresión con arma blanca, es decir, por rajarme la cara hasta cerca del labio, y una pensión.

El dinero no me hará olvidar nunca el infierno que compartí con aquel monstruo, pero cada primero de mes voy al banco, puntual y decidida, y saboreo la venganza a sorbos. Cobro unos dólares como paga que me han permitido empezar una nueva vida, lejos de Milwaukee.

En el barrio me conocen como *la norteamericana*.

Vuelvo a mirar el whatsapp. ¿Por qué no has acudido antes, Aileen? Solo media hora antes. Quizás el cliente no habría entrado en la tienda, quizás los empleados no hubieran ido a la mezquita y quizás Sherif todavía seguiría con vida… ¡Maldita novela! Desde que me he levantado, he dedicado un par de horas a reescribir unos párrafos en los que un diplomático occidental cargado de prejuicios y una estudiante musulmana se descubren el uno a la otra sus cuerpos por primera vez. Total, para nada, porque he acabado eliminándolos al darme cuenta de que no resultaban auténticos. Cuando he salido, ya era demasiado tarde.

¡Maldita novela!

Si hubiera llegado antes, Sherif habría abierto la arqueta encima de la mesa, con un gesto solemne, como si fuera un jarrón del mar

Muerto, y habríamos viajado juntos hacia aquella Alejandría que él llamaba *la reina del Mediterráneo*.

Juntos hemos pasado momentos difíciles de explicar, soñando una ciudad que ha dejado de existir. Poco a poco, nuestras charlas fueron tomando derroteros más íntimos, porque conmigo imaginaba una vida que le atraía, pero que nunca hubiera querido para su país. Mitificaba a las mujeres occidentales, especialmente por la libertad sexual que nos atribuía y que le obsesionaba. Y yo, que nunca, nunca, hubiera mantenido este tipo de conversación cuando vivía en Milwaukee, le aguantaba las fantasías más exuberantes. Se lo había ganado.

Fue el primer hombre que me hizo volver a reír.

—¿Sabes cuál es la paradoja del sexo en los países árabes? —me preguntó un día, cuando ya me tenía suficiente confianza.

—Pues no —contesté, preparándome para una respuesta poco apropiada.

—Es lo contrario del fútbol —explicó riéndose—, porque todo el mundo lo practica, pero nadie quiere hablar de ello.

Rana tiene razón. Aquel hombre de la escalera no era un comprador de antigüedades. Era un asesino.

No tengo su móvil, pero recuerdo que tiene un amigo que ronda la tienda y que le gusta más que el chico del pueblo. Un día, riendo, me explicó que se hace llamar Still-
Alive! para burlarse del Estado y de sus cloacas. Lo busco en Twitter. @StillAlive! Acaba de tuitear:

> Matan a un anticuario en Attarin para robarle una pieza muy vieja. Parece que le ofrecieron mucho dinero. No era un traficante. Era un hombre honesto.

¡Muy bien, chico! Defiende a Sherif y habla de una pieza antigua y valiosa. Se trata de la caja y el manuscrito; no tengo ninguna duda.

Al verme llegar tan alterada y subiendo a casa corriendo, el *bauab* pone cara de asombro. Subo los peldaños de dos en dos hasta el primer piso. Entro, buscando protección, lanzo las zapatillas a un rincón y dejo la camisa, las mallas, la camiseta, los tops, el sujetador y las bragas encima del sofá. Me lo quito todo como si estuviera manchado de sangre. Me pongo unos *shorts* de andar por casa y una camiseta descolorida de la revolución. Hoy ya no volveré a salir.

Mi pena es inmensa, pero mi determinación también. Quiero saber qué ha sucedido.

Vuelvo a pasar por delante del espejo. Pongo la otra mejilla, no sé si queriendo o no, y tropiezo con el surco que los cirujanos plásticos no han conseguido disimular del todo. Nadie sabe qué hacer o qué decir cuando me ven con esta grieta. Me miro de nuevo y me doy miedo. No tanto por la cicatriz, que ya tengo asumida, sino por la herida en el

alma, que se ha vuelto a abrir.

Maryse llega mañana de Beirut. La llamaré para que me diga cómo diablos puedo convencer al comisario de que huí porque me asusté.

La muerte de Sherif lo trastorna todo. Esta ciudad me había ofrecido hasta ahora un anonimato que habría sido imposible en Milwaukee, donde el juicio por la separación fue portada del *Sentinel*. Aquí he vuelto a reír y a vivir. Y aunque la violencia todavía habita alguno de mis sueños, cuando salgo a la calle me siento protegida. Como una hormiga amparada por el hormiguero.

Me he quedado traspuesta. Ya ha oscurecido. Afuera, el ruido del tráfico es ensordecedor. Bajo la ventana, tres chicas con velos de colores llamativos se hacen un selfi, mientras se ríen de alguna travesura.

Un gato negro las observa desde el capó de un coche mal aparcado.

Siwa, el mismo día

Omar no se lo podía creer. Se maldecía. Del grupo de amigos con los que tomaba el té en aquel marchito café que hay delante del hotel de los *khawagas*, cerca de la fortaleza de Shali, era el único que apartaba la vista del televisor, pues lo que decían podía complicarle mucho la vida.

Ver la televisión en Siwa era todavía un cierto lujo, porque cuando él nació acababan de llegar las primeras pantallas. Ahora, el oasis había dejado de ser el paraíso del que hablaba la gente mayor y se había convertido en un destino privilegiado de los que viajan a Egipto en busca de dunas majestuosas y misterios de un pasado único, donde los dioses del Antiguo Egipto hablaban bereber. Todo había ido tan rápido. Demasiado. El cambio había traído carreteras asfaltadas que permitían ir a Alejandría en unas horas, y más escuelas, pero el dinero fácil había provocado un descalabro en las tradiciones de las que los siwis estaban tan orgullosos.

En los últimos años, el miedo de los turistas a acercarse a Libia había obligado a muchos jóvenes a reciclarse en el trapicheo del contrabando de tabaco o en cosas peores.

—¿Qué te pasa Omar? ¿No te encuentras bien? —preguntó Adel, su mejor amigo, al verlo más blanco que las salinas del lago.

Tenía el habla agarrotada y los ojos clavados en la pantalla. Se levantó y cruzó corriendo la placita de delante hasta llegar detrás de las primeras casas destruidas de la antigua fortaleza, donde vomitó.

—Creo que el *makhmakh* de mi madre no me ha sentado bien con el calor —dijo, intentando justificarse delante de los otros chicos que lo esperaban atónitos.

—¿El calor? —exclamó Adel—, pero si todavía estamos en mayo y el sol ya se está poniendo.

—Más bien deben de ser las horas que pasas con el alemán ese —añadió Mohammed, que no era precisamente su mejor amigo.

—Quizás son las lentejas —añadió Omar, sin demasiada convicción, mientras daban por acabado el encuentro.

En el informativo mostraban el cuerpo de un anticuario de Alejandría abatido encima de una mesa revuelta. Tenía la cara aplastada contra un cenicero que había quedado medio abollado y lleno de sangre, y los brazos extendidos a ambos lados. La cámara se recreaba en un puñal oriental que tenía cerca de la mano derecha. Estaba enfundado. Para Omar aquel cadáver no significaba nada, pero en la pared de atrás había un bordado colgado con cuatro chinchetas que no era de esos que endosaban a los turistas. Era aquella tela de su

madre con la que había envuelto una caja muy antigua de madera que su padre guardaba en casa, en una urna, tras la alcoba, para dejársela a Erwin, el alemán al que se había referido Mohammed.

Ahora la acababa de ver en televisión, detrás del muerto.

Lieber Erwin, como él le llamaba afectuosamente, había llegado a finales de año y había alquilado una casita cerca de los baños de Cleopatra. Estaba solo, como muchos de los hombres que vienen a Siwa para pasar una temporada sin que nadie les pida demasiadas explicaciones. Los más pequeños se reían de la coleta que llevaba, pero le tenían miedo desde que le habían visto pasear en las noches más frías con un abrigo de cuero negro que lo cubría de pies a cabeza y que todavía lo hacía más alto.

Durante las largas tardes que pasaban juntos en el palmeral, explicaba a Omar que buscaba huellas de una antigua presencia cristiana en el oasis. El chico lo escuchaba con curiosidad, pero insistía en que, los de Siwa, eran musulmanes desde siempre y que los cristianos se podían contar con los dedos de una mano.

—Y judío no hay ni uno —añadía, porque Erwin también había mencionado a los judíos en alguna ocasión.

Dejaban resguardada la mototaxi con la que Omar a duras penas se ganaba la vida y se tumbaban a la sombra de una palmera gigante, en un lugar con agua fresca y cristalina. Aunque no le creía del todo, le gustaba escuchar un relato según el cual los siwis habían venerado a los dioses griegos del Olimpo y al Dios de los cristianos durante siglos, muy diferente del que le habían inculcado en la escuela. Mientras Erwin le hablaba, él le acariciaba la espalda con una hoja de palma seca, jugando con sus cabellos negros que nunca le dejaba desatar. Y cuando veía que el sudor le resbalaba por la cara, lo secaba con su camiseta para que siguiera contándole historias de otro tiempo.

No era verosímil que *Lieber Erwin*, su *habibi*, se hubiera llevado la arqueta a Alejandría. Mejor dicho, era imposible.

Le había jurado que solo la tendría unas horas, como mucho un par de días, para averiguar qué era aquel garabato que llevaba grabado en la tapa y que le había hecho enloquecer cuando lo había visto en la foto del móvil. Él se la había prestado para que estuviera contento y siguiera utilizando su mototaxi para moverse por el oasis. Pero ahora, al ver el bordado de su madre detrás de aquel hombre abatido, se había quedado sin habla y una angustia repentina le nubló la vista y anudó el estómago.

Antes de que las cosas se complicaran con los otros muchachos que seguían de pie, Adel dijo que ya era hora de cenar y dio por acabado el encuentro.

—¿Qué te pasa, Omar? —le preguntó, cuando se quedaron solos.

—Estoy metido en un lío.

—Es por ese alemán, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te dije que no me gustaba. No es de los que vienen aquí a pasarlo bien un rato. Es un tipo raro.

—Nunca me ha exigido nada. Y me paga muy bien por llevarle en la moto —replicó Omar, que no pensaba renunciar a los buenos momentos pasados con Erwin.

—Es un *khawaga* estrafalario, hazme caso y no te dejes deslumbrar por las historias que te cuenta.

Adel tenía una opinión pésima del alemán, y sabía que las relaciones de algunos chicos del pueblo con extranjeros habían acabado mal.

—Pasa muchas tardes escuchando música endemoniada, y tan alta que parece que esté loco —añadió, intentando atemorizar a su amigo.

—No sabes de qué hablas. ¿Qué pretendes, que escuche canciones siwis o toque el *rebab*?

—Algunas noches de luna llena lo han visto en el templo de Amón como poseído por el demonio…

—Eso son historias.

—Ve con cuidado, Omar, yo le he visto entrar en la fortaleza cuando ya no queda nadie —insistió Adel, que temía por lo que pudiera pasarle a su amigo.

Omar no respondía. No podía quitarse de la cabeza la imagen de aquel anticuario muerto, delante del bordado de su madre. En otras circunstancias habría mandado a Adel a la porra, aunque fueran amigos desde siempre, porque él se veía con quien quería y nadie tenía derecho a meterse con su *habibi*. Pero ahora se había quedado sin argumentos, porque el alemán le había traicionado. Había robado la arqueta de su padre.

—Si me necesitas, ya lo sabes. ¡Hasta mañana! —dijo Adel, despidiéndose con un ademán de esos que comparten los adolescentes de todo el mundo, incluidos los de Siwa.

Dio un largo rodeo, porque la cabeza le hervía demasiado para ir enseguida a su casa. «¿Qué pensará madre si ha visto el bordado en televisión, detrás de un hombre muerto?», se preguntaba. A la angustia del primer momento se le añadía ahora un arrepentimiento sin medida.

Había dañado la confianza de su padre en aquello que para él era lo más sagrado. Por primera vez, intuía la trascendencia de aquella arqueta a la que nunca había prestado demasiada atención, viéndola dentro de la urna. Pensaba que era una manía de los más viejos de la familia, quienes venían a casa una vez al año y la colocaban sobre la mesa, mientras su madre se encargaba de que ninguno de los

hermanos saliera de la habitación donde dormían juntos. Para él, solo se trataba de una caja de madera medio carcomida, pero ahora, al ver a aquel hombre muerto, se daba cuenta de que era una fuente de codicia. Lo que más le angustiaba era la incertidumbre de si Erwin la había abierto, porque el día que su padre se la mostró, cuando cumplió doce años, le dijo:

—Hijo, cuando yo ya no esté, deberás guardarla bien guardada, como han hecho todos nuestros antepasados, y no debes abrirla nunca, por nada del mundo.

—¿Qué hay dentro, padre?

—Unos papeles muy antiguos que nuestra familia recibió de manos sabias.

—Y si nunca podemos abrirla, ¿por qué es tan importante guardarla? —preguntó Omar, con ingenuidad de criatura y con sensatez de chico mayor.

—Cuando llegue el día en que podamos hacerlo, ya nos lo dirán —sentenció el padre, con palabras herméticas.

Al recordar aquella conversación, se dio cuenta de la magnitud de la tragedia.

Había conocido a Erwin en Gebel al Mawta, la Montaña de los Muertos, una necrópolis donde Omar iba de vez en cuando para ver si se acercaba algún turista, aprovechando que se manejaba bastante bien en inglés. Cuando lo vio llegar solo, le propuso acompañarlo hasta lo alto del talud, desde donde se divisa la mejor panorámica de Siwa. El viento ardiente del desierto soplaba a ráfagas y le cogió de la mano para ayudarle a subir. Con los pantalones negros y ceñidos que llevaba y una camiseta morada ajustada al cuerpo tenía al alemán embobado, aunque fuera tan esmirriado. Cuando llegaron arriba le propuso hacerse un selfi con el mar de palmeras como fondo. Y al ver que no se atrevía a acercarse al peñasco se echó a reír, mostrando unos dientes blanquísimos que resaltaban el bronceado aceitoso de su cara.

Estuvieron un buen rato sin hablar, disfrutando de aquel paisaje sin límites que se expande más allá del palmeral.

Omar rompió el silencio a la vez que señalaba los lugares que han hecho de Siwa un paraje mágico: el templo de Amón, donde Alejandro Magno fue ungido dios por el oráculo, la fortaleza de Shali, donde los siwis habían resistido los ataques extranjeros, y, por detrás, extendiéndose hasta el horizonte, el infinito desierto de Libia por donde habían llegado sus antepasados. Erwin lo seguía con su movimiento giratorio, hasta que quedó deslumbrado por el sol y tuvo que apoyarse en una roca para no perder el equilibrio.

—Dame la mano, que bajar es más peligroso —sugirió Omar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Erwin, articulando la primera frase desde que se habían conocido.

—Omar, ¿y tú?

—Erwin.

—¡Eres alemán!

—¿Cómo lo sabes?

—Por tu nombre. Aquí todos hemos visto *El zorro del desierto*, esa película con un general que se llama como tú.

Erwin respondió con una sonrisa forzada que acabó en un rictus, sorprendido por la astucia de Omar al mencionar al general Rommel, pero anonadado por la comparación. Lo cierto es que tenía cierto parecido con el jefe del Afrika Korps: un mentón prominente, una nariz bien dibujada y las comisuras de los labios y de los párpados caídas.

—Al abuelo no le gustaban los alemanes que venían de El Alamein, porque se bañaban desnudos en el lago — añadió Omar, indicándole el sendero de bajada.

Por el camino, visitaron la tumba en la que Osiris y Thot están sentados juntos, cerca del dios cocodrilo. Protegidos del sol de justicia que caía, Erwin se refirió con pasión a las raíces griegas y romanas de Siwa mostrándole las pinturas de unos zorros que comen uvas.

—¡Son faraónicas, son faraónicas! —replicó Omar, riéndose a carcajadas y repitiendo el discurso oficial sobre los fundamentos egipcios de la civilización siwi.

—Pero también griegas —insistió Erwin, señalando formas y colores donde los esgrafiados se empapan de influencias helénicas.

En la segunda tumba en la que entraron, el alemán le acarició y amagó un beso, mientras el chico se reía, huidizo. Estaban bajo un techo pintado de azul lapislázuli donde yacía Nut, la diosa del cielo, en medio de un océano de estrellas blancas. En la tumba de Siamun, un griego que había llegado a la Cirenaica poco después de que Alejandro Magno iniciara la conquista de Oriente.

Al recordar aquel esgrafiado en el que Siamun explica a su hijo los misterios de la vida mientras Nut riega una higuera, Omar volvió a pensar en su padre y se avergonzó del mal irreparable que había causado a los Madanya. De camino hacia su casa, perturbado por lo que acababa de ver en televisión, la rabia se sobreponía al arrepentimiento.

¿Dónde estaba Erwin? Le había jurado que solo tendría la arqueta unas horas, para estudiarla de cerca, pero ya habían pasado cuatro días y todavía no había venido a tomar el té en la terraza del Shali Lodge. Su móvil seguía fuera de cobertura. Le costaba creer que hubiera ido a Alejandría para llevársela a un anticuario. Pensó en acercarse hasta la caseta que tenían en el palmeral, pero la policía

podía estar allí y sabía cómo las gastaba el comisario del pueblo desde los alborotos de la revolución. Decidió no hacer nada, confiando en que su madre no habría visto la televisión. Lo que más le preocupaba era su padre. Aquella caja lo era todo para él.

—Háblame de los Madanya —le pidió un día Erwin, al saber que la suya era una de las familias más antiguas del pueblo.

—Según padre, llegaron aquí hace muchos, muchos años, con una caravana que iba hacia El Cairo o hacia Sudán, y se quedaron.

—¿Y de dónde venían?

—De allí, como todo el mundo —dijo, indicando con la mano hacia Libia.

—¿Así que sois bereberes?

—Como todos los siwis…

—Todos no, Omar. Aquí también viven beduinos —precisó Erwin.

—Solo hay una familia, y hablan como nosotros —puntualizó el chico, que no admitía diferencias entre los siwis.

El jefe de los Madanya era un hombre respetado que recogía dátiles y acostumbraba a tener una de las mejores cosechas de aceitunas del oasis. Las cuatro vacas y las siete cabras que tenía daban leche para los cinco hijos y constituían una garantía para los años difíciles. Y el burro, que era más viejo que él, los llevaba donde fuera necesario. Como todos los de su generación, se resistía a los cambios que la televisión y los extranjeros habían introducido. Todavía pretendía que las mujeres de casa solo salieran a la calle en contadas ocasiones, vestidas de negro o azul y con la cara tapada.

Omar era el mayor de los cuatro chicos y estaba a punto de cumplir los quince. Él y otro ya estaban comprometidos con chicas del pueblo con las que se casarían algún día, cuando el padre hubiera podido ahorrar lo que costaban las dotes. Como pasaba con todos los chicos del pueblo.

Entretanto, salían con amigos. Y de vez en cuando, se amaban. Así era la vida en Siwa, desde tiempos inmemoriales. Durante la larga espera del matrimonio, las relaciones entre los jóvenes se regían por las costumbres de los *zaggallah,* a las que nunca nadie había puesto nombre. Formaban parte de un ciclo natural y jamás habían sido cuestionadas mientras el oasis se mantuvo aislado, durante siglos y siglos.

Hasta que llegaron unos etnólogos y antropólogos famosos y lo llamaron «homosexualidad».

Y lo estropearon.

Alejandría, 23 de abril, jueves

Con la luz de esta bombilla que cuelga del cable, el espejo del baño me castiga mucho más que el del comedor. Me he despertado del revés, con la frente encasquetada en uno de los barrotes de la cama, y el resultado de una noche agitada es evidente. No se salva ni la mitad buena de la cara, donde un caracol ha dejado un rastrillo de baba seca.

No he llorado por la muerte de Sherif y tanta frialdad me inquieta. Me pregunto si se me ha secado el lagrimal o el alma.

Cuando salgo de la ducha, ya no quedan restos ni de la baba, ni de la niebla en la que he mal dormido. Estoy más cabreada que deprimida, y resuelta a descubrir qué relación hay entre su muerte y el whatsapp que me mandó. Decido llamar a Akram. Compartir con él una situación tan delicada es insensato, más aún teniendo en cuenta que no nos conocemos demasiado y que es un hombre más bien retraído, pero su condición de experto en la Alejandría grecorromana lo justifica.

—Buenos días, Akram, soy Aileen. Me gustaría verte —le suelto. No son ni las ocho y media, y en este país nadie suele llamar a estas horas, ni hablar por teléfono sin infinitos preámbulos. Pero han matado a Sherif, y no estoy para circunloquios.

—¿Es para la visita a Taposiris? —pregunta, sorprendido por la llamada—. Tengo la cita para la próxima semana con la arqueóloga francesa…

—Déjate de Taposiris, quiero verte ahora.

—¿Ahora? Voy camino del trabajo y tenemos una reunión.

—¿A qué hora?

—A las nueve y media, *Inshallah*.

—Pues quedamos en la cafetería que hay delante de la Biblioteca en media hora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, ¿pero…? —balbucea, desconcertado.

—Tranquilo. Solo quiero hablarte de una cosa.

Con las prisas, me pongo la ropa que tengo a mano, preparada para lo que tenía que haber sido una sesión de *footing* en la Corniche, frente al mar. Unas mallas de media pierna que dejan la serpiente más libre, un bodi de gimnasia y unas zapatillas deportivas chillonas. Y la misma camisa de ayer. No es lo más apropiado para un encuentro tan tempranero, pero no tengo ganas de ponerme a pensar cómo tengo que ir vestida a una cita con un hombre y no levantar sospechas.

Como no tengo tiempo para el secador, asumo salir con el pelo mojado, a sabiendas de que será sinónimo de haber purificado el pecado del sexo bajo la ducha.

Me llevo una gorra de béisbol. Así minimizaré el efecto de una cabellera que, además de estar mojada, es pelirroja.

Son más de las nueve y Akram está inquieto. Ha entrado en el local para evitar que un encuentro con una *khawaga,* a estas horas, sea motivo de escándalo entre sus colegas.

—¡Hola! ¿Qué pasa? —dice, al verme entrar en tromba y con el semblante contrariado.

—Pues que han matado a un anticuario de Attarin al que conocía mucho. Un hombre llamado Sherif que era amigo mío. Me parece que te he hablado de él en alguna ocasión —le explico antes de sentarme.

—Lo he visto en la tele, pero no sabía que fuerais tan amigos, *malesh* —añade, quitándole importancia al tema.

En un año, he aprendido algunas expresiones del vocabulario infinito que tienen los egipcios para hacer frente a la vida con resignación, pero ahora me parece inapropiado que Akram me pida calma, como si no hubiera pasado nada.

—También corre por Facebook —comento, dejando encima de la mesa las gafas de sol hollywoodienses con las que he completado el disfraz.

—Parecía un crimen de Chicago —suelta, con una burla que encajo como un puntapié en los ovarios.

—¡Podrías tener un poco de respeto! —exclamo, cabreada al ver que sigue sin darse cuenta de mi conmoción.

—Perdona, mujer, no pensaba que estuvieras tan afectada.

—Afectada e involucrada —subrayo, sin mirarle a la cara y cogiendo el móvil.

—¿Involucrada? Pero ¡qué dices! ¿Me quieres explicar de qué se trata? —reclama, molesto con tanto misterio, mientras pide una limonada con menta.

—Pues que quedé con él ayer, y cuando llegué a la tienda, la calle estaba llena de *muhabarats* —le explico, vigilando de reojo que no carguen el capuchino con demasiado chocolate en polvo.

No le digo toda la verdad. Si reconozco que estaba dentro de la tienda, se pondrá muy nervioso, y quizás se largue. Tampoco le cuento que un inspector estuvo a punto de detenerme, ni le hablo de la conversación con Hosni. Ahora le necesito.

—Es normal que hubiera muchos maderos, tal y como están las cosas en este país.

—Creo que su muerte tiene relación con el mensaje que me mandó.

—¿Y por qué, si se puede saber? —pregunta en un tono neutro,

consciente de que necesito reconocimiento.

Activo Whatsapp, convencida de que las fotografías de la caja y el manuscrito le harán cómplice. Es un hombre receloso, lleno de miedos, que siempre lleva el mismo traje gris, una camisa que alguna vez fue blanca y una corbata azul con el nudo oscurecido; pero cuando habla de historia, se transforma. Sobre todo cuando se refiere a Alejandría. Gracias a él he entendido que el milagro fundacional de esta ciudad es el de unos guerreros empeñados en levantar una biblioteca más grande que la de Pérgamo.

Habla de su ciudad con el orgullo de los pocos alejandrinos que la conocen, y por eso decido mostrarle el mensaje de Sherif, con las fotografías.

—Por lo que parece, estaba convencido de que tenía una pieza importante, pero tú sabrás apreciarlo mejor —comento, dejándole el móvil.

Mientras lo coge con más recelo que curiosidad, siento la necesidad de justificarme.

—Solo tengo estas dos imágenes —le cuento, escéptica, implorando su colaboración—. Esta de una caja de madera que ves y otra con un papiro bastante deteriorado.

Ha dejado a un lado la limonada. No dice nada, ni me mira. Con el índice y el pulgar, no para de ampliar y reducir la fotografía en la que se ve la arqueta abierta y unos fragmentos del manuscrito. Pone el móvil en horizontal para ampliarla y levanta la vista con un gesto lento, que dura una eternidad.

—No es papiro, Aileen, es pergamino. Y estoy casi seguro de que el texto que se adivina es helenístico —exclama, dejándome sin habla.

—¿Y cómo puedes saberlo, si solo se ven bien unas cuantas letras?

—Por el léxico.

Se quita la americana, coge el bolígrafo que lleva y una servilleta de papel. Es otro hombre. Ha dejado de lado aquella mirada enturbiada de funcionario que gestiona la vida con espíritu de mañana será otro día y los ojos le centellean.

—Mira esta palabra. Es πρόβατον —la escribe en la servilleta—. Se pronuncia «próbaton» y quiere decir «oveja» en el griego que predominaba en el Mediterráneo oriental después de Alejandro Magno.

—O sea, que Sherif tenía razón, el manuscrito es griego.

—Sí, pero griego koiné, que es el que se empezó a hablar unos tres siglos antes de Cristo, porque en griego clásico hubiera sido οϊς. —La escribe también en la servilleta, debajo de la otra—. Y se pronuncia «oís» —argumenta, como si estuviera dando una clase en la facultad.

Estoy tan fascinada que no aparto la mirada de la servilleta. No me puedo creer que en menos de diez minutos hayamos hecho un paso

tan importante. Tengo ganas de levantarme y abrazarle, pero el lugar no es apropiado y hace demasiado tiempo que no estrecho el cuerpo de un hombre como para hacerlo con naturalidad.

—¿Puedes saber de qué época es? —le pregunto, convencida de que sus recursos son infinitos.

—Pues el koiné se utilizó durante cinco o seis siglos —pontifica, con el semblante de quien conoce los límites de su oficio.

Parece que hemos tenido suerte porque, según me explica, hay pocas palabras que permitan diferenciarlo del griego clásico, y una de ellas la tenemos en el whatsapp. *Próbaton*. *Oveja*. De todas formas, esto nos coloca en un arco temporal de quinientos o seiscientos años, y se lo digo, moderando mi escepticismo para no fastidiarle la ilusión que se adivina en su cara. En cualquier caso, no tenemos nada más donde agarrarnos. Viendo mi ademán incrédulo, intenta convencerme de que no todo está perdido, valorando lo que ha podido determinar, por frágil que sea. Me parece admirable su fe de científico.

—Con el móvil no puedo ir más allá —precisa—, pero con los filtros del laboratorio aislaré el texto de la suciedad que le envuelve, y espero poder descifrar un par de líneas.

Cuando el camarero sale a la terraza, poso mi mano en la suya, con afecto, y él la retira bruscamente, haciendo una pausa en el dictamen.

—Debajo del pergamino debe de haber más hojas, porque veo que está muy arriba, y quizás estarán mejor conservadas —añade impertérrito, mientras continúa manipulando la fotografía.

—Pero no tenemos la caja… —me veo obligada a recordarle.

—Avanzaremos en la Biblioteca, ya verás —repite, utilizando por primera vez un plural que le hace cómplice.

Está tan motivado que parece haber olvidado por qué estamos aquí, a las nueve de la mañana de un día laborable. Para él, es un reto profesional. Para mí, una cuestión personal. Yo era amiga de Sherif Abu Khadra, y tengo derecho a saber quién lo ha matado. Intuyo que este manuscrito me puede ayudar a descubrir al asesino si sabemos de dónde viene y qué dice. Pienso en mi novela y en la dificultad de hacer uso de la historia de esta ciudad para comprender la de hoy. Como si su pasado solo fuera leyenda, memoria, nostalgia.

Quiero saber qué hay en esa caja que pueda explicar la muerte de un hombre.

—Tenemos que actuar con discreción —añado, volviendo a la muerte de Sherif.

—¡No es para tanto, mujer! Ya sabes que, en este país, te pueden mandar al otro barrio por cuatro libras —sentencia, refiriéndose al aumento de la violencia que se ha producido desde la revolución.

—No lo han matado por dinero, Akram, le ofrecieron mucho y él no lo aceptó.

—¿Te lo dijo él?

—Lo he leído en el Twitter de un chico que vive cerca de la tienda. Se hace llamar *StillAlive!*

—¿Cómo va a saberlo, ese? —pregunta Akram, escéptico con todo lo que viene de las redes sociales.

—Por Rana, la chica que trabajaba con Sherif. Son amiguitos —le explico, en un intento de evitar otra muestra de desconfianza.

Mientras ordeno las ideas, Akram sigue con la vista clavada en las fotografías del whatsapp, sin parar de manosearlas.

—¿Me las puedas mandar? —me pide, de repente.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo.

—No me digas que tienes filtros en el móvil…

—No, pero Android soporta mejor la ampliación que tu iPhone, y quiero ver de cerca esta inscripción que hay en la tapa de la caja.

—¿Qué inscripción? —pregunto, mientras le envío las fotos.

—Ya las tengo. Es lo que me parecía, ¡una planta de *silphium*! —exclama, señalando la foto de la caja cerrada.

—¿De *silphium*?

—Sí, una planta que hizo ricos a los griegos de la Cirenaica. La tenían incluso estampada en las monedas —explica, más entusiasmado todavía que por el primer descubrimiento.

—Es decir, que sabemos de dónde proviene.

—Y que es muy valiosa, porque nunca he visto *silphiums* conservados sobre madera.

A mí me parece un matojo de hinojo y no acabo de captar su importancia, pero él sigue aleccionándome sobre los usos del *silphium* en el Mediterráneo antiguo y lo que representó para la región oriental de Libia mientras esta estuvo bajo dominio de los griegos, ptolemaicos o romanos.

—Curaba todos los males —añade—. Disminuía la fiebre y servía para quemar verrugas. También decían que curaba la lepra, que servía de antídoto contra el mal de ojo y que actuaba como crecepelo…

—¡Pues a ti te iría bien!

Me muerdo la lengua. Si quiero complicidad, debo olvidarme de las bromas con un hombre que debe de estar cargado de complejos. Pero él, lanzado con el descubrimiento, no me hace caso y continúa enumerando las cualidades que los antiguos atribuían al *silphium*.

—Era una de las especies más utilizadas, de las pocas que no hacía falta ir a buscar a la India, y la consideraban el contraceptivo más eficaz…

—Bien. Tenemos una posible procedencia, la Cirenaica —resumo, cortando una disquisición sobre el *silphium* que ya duraba demasiado.

—Y alguna cosa más, Aileen, porque una caja de madera como esta

no se ha podido conservar durante tantos siglos si no ha estado custodiada en un lugar muy seco, probablemente en algún monasterio del desierto —razona, aventurando una primera hipótesis sobre el origen de la arqueta.

En menos de media hora, Akram ha determinado la antigüedad aproximada del pergamino y la procedencia probable de una arqueta de madera que tiene más de diecisiete siglos. ¡Joder! Nada permite por ahora explicar el asesinato de Sherif, pero hemos confirmado el vínculo con la fotografía del whatsapp. Se ha puesto la americana de nuevo y ha recuperado su aire de burócrata. Sonríe, como diciendo: «¿Lo ves?, no soy la rata de biblioteca que te imaginas. Quizás no tenga tanta imaginación como tú, ni gracia alguna, pero puedo ser útil».

Hoy le veo diferente. No parece tan tímido ni retraído, ni tiene los ojos tan hundidos, ni la barba tan espesa como el día en que le conocí.

Fue hace un par de meses, cuando fui a la Biblioteca para que me encuadernaran un volumen del *Robert* medio desguazado que contenía unos magníficos grabados de Petra, comprado a una familia inglesa que abandonaba Alejandría después de cinco o seis generaciones. El director, orgulloso por la presencia de una norteamericana, solicitó que me enseñaran el departamento de restauración, y me llamó la atención aquel empleado que debía de ser más o menos de mi edad y que intentaba resolver un rompecabezas de fragmentos de papiro. Era el único que no me seguía con la vista, como los otros, quizás porque me veía del lado bueno.

—Si soplara, su trabajo se iría al traste —comenté, haciendo un chascarrillo cuando pasaba por su lado, mientras él ordenaba los pedazos encima de la mesa.

—Pruébelo —respondió, siguiéndome la corriente—, pero sepa que somos tanto o más previsores que en la Biblioteca del Congreso —precisó, señalando la pantalla de un Mac Pro en el que el puzle quedaba grabado en el momento que él encajaba los fragmentos.

Respondí con una sonrisa de circunstancias, pero, cuando volví para recoger el *Robert*, le llevé un catálogo de los manuscritos del mar Muerto que están en la Biblioteca de Washington. Desde entonces, nos hemos visto tres o cuatro veces para comer juntos y hablar de Alejandría. Las conversaciones siempre han sido estrictamente profesionales, y nunca me ha preguntado qué hago aquí, ni por qué me fui de Milwaukee, ni cómo me he hecho la cicatriz en la cara. Parece tímido. Debe de ser un hombre más bien tradicional, introvertido, muy religioso, porque nunca me ha parecido que me mirara como a una mujer.

Suena el teléfono, que todavía está en sus manos, y me lo da.

—¿La señora Aileen O'Neill, por favor?

—Sí, al habla.

—Llamamos desde el consulado norteamericano.

Me comunican que la policía quiere hablar conmigo. La cita es para mañana viernes. Es un día festivo, pero me recibirá el inspector en jefe de la comisaría de Attarin; o sea, que la cosa va en serio. Estábamos en la Cirenaica y en unas disquisiciones sobre el origen de una caja y un manuscrito y hemos aterrizado en Alejandría y el crimen de Attarin.

—Habrán encontrado tu número en el móvil de Sherif —anticipa Akram cuando se lo cuento. Creo que empieza a darse cuenta de que las derivaciones de este asesinato no son solo históricas.

—Si lo tuvieran me habrían llamado ellos —le contesto, pensando que ya deben de saber que estaba en la tienda cuando lo mataron.

El asesinato de Sherif me ha llevado a mis tiempos de abogada, cuando perdí aquel pleito contra dos curas de Milwaukee. Me fie de las investigaciones de la policía y de la buena fe del arzobispo y me equivoqué. Algunas pruebas se perdieron. Y, ante la presión social que se desató, muchos testigos se retractaron. Incluso algunas familias de los chicos violados se echaron atrás. Un periódico investigó mi vida privada y la publicó en tres entregas. La primera, sobre mi activismo político en la universidad, iba acompañada de una foto fumando porros que una amiga había colgado en la Red por su aniversario. Otra, sobre una vida profesional que consideraban errática y al servicio de las causas perdidas. Y la tercera, la más letal de todas y la que más debió de impactar en el jurado popular, sobre la separación de Patrick, que estaba en curso. Deducían que me había provocado un odio sin límites contra los hombres, aunque llevaran sotana, y una aversión hacia la Iglesia católica por no aceptar nuestro divorcio.

Como dijo uno de los defensores de los curas, en un tono que el juez nunca hubiera debido permitir, yo no era una abogada en busca de la verdad sino una mujer amargada que pretendía venganza.

Iré a la policía y les contaré por qué había ido a la tienda, qué vi y los ruidos que oímos con Rana. Lo siento por ella, pero lo tengo que contar. Eso sí, Sherif era mi amigo, y este manuscrito es cosa mía. No pienso dejarlo en manos de nadie más. Mientras Akram sale disparado hacia la Biblioteca, me quedo un rato pensando en Sherif. Probablemente no sabía qué era el griego koiné ni había visto nunca una planta de *silphium*, pero intuyó que la pieza era importante. Única. La más valiosa que había tenido nunca en sus manos. Por lo que me dijo Rana y por lo que insinúa StillAlive!,
le hicieron ofertas que tuvieron que aturdirlo. Por eso me debió de mandar el whatsapp tan pronto, para compartir una decisión difícil de

tomar.

¿Por qué no fui antes?

Lo asesinó ese hijo de puta al que vimos salir y que se paró unos segundos ante mí. El hombre del párpado mutilado. Mientras Sherif estaba detrás de aquella mesa sórdida, sobre la que ya no caerán más cenizas de Cleopatras, le descerrajó una bala y se desplomó. Fue como si hubiera caído un saco de arena. Y el vaso de té se estrelló contra el suelo. Fue el ruido que más nos alertó.

No tiene explicación. No puede tratarse solo de un robo. Todo el mundo sabe que un manuscrito manchado de sangre no es fácil de vender.

Cracovia, 23 de abril, jueves

Las campanas de Santa Catalina de Alejandría tocaban a vísperas, pero, desde que el país había dejado de ser comunista, la iglesia solo se llenaba el veintidós de cada mes o cuando interpretaban a Chopin aprovechando que tiene, dicen, la mejor acústica de toda la ciudad.

Aquel día de San Jorge estaba casi vacía, y los pocos feligreses que la frecuentaban, abrumados por las dimensiones del templo, no se atrevían a levantar la vista hacia las bóvedas ojivales más elevadas de Cracovia. A pesar de que la nave estaba casi desierta, Erwin entró por un porche lateral que da al claustro de un antiguo convento de la orden de los agustinos. Le habían exigido la máxima reserva y con la garibaldina de charol y las botas de media caña que llevaba hubiera llamado demasiado la atención pasando por la puerta principal.

Se encontraba a gusto en Cracovia. Se había convertido en su ciudad desde que había llegado, tres años atrás, para cursar un doctorado sobre los cristianos de la Cirenaica en la Universidad Jagelónica. Le gustaba que tuviera tantas iglesias como Roma y que conservara todos sus atributos, y apreciaba que los nazis no la hubieran arrasado, por razones que prefería no comentar con los otros miembros del grupo, sobre todo con los polacos.

Cuando llamó desde Alejandría para explicar que le habían robado la arqueta, le convocaron con maneras expeditivas.

Justo había tenido tiempo de dejar la maleta en el piso donde vivía, cerca del castillo, y coger una bufanda, porque estaba acostumbrado al calor del oasis. Entrar en la iglesia por el convento de los agustinos le pareció bien, pues así se ahorraba agachar la cabeza bajo el peso de aquel gótico majestuoso, pero en su opinión excesivo, que Casimiro el Grande había erigido para dejar claro que era él quien mandaba y no la aristocracia polaca. De una austeridad casi románica, pensó que el claustro era un lugar apropiado para una reunión que se anunciaba difícil. La cita era a la entrada, en un recinto ocupado años atrás por una asociación piadosa.

El padre Tadeusz abrió la puerta y, cuando Erwin vio quién había alrededor de la mesa, comprendió que no sería una junta de mero trámite.

Estaban todos los que le habían enviado a Siwa en aquella misión destinada, le habían dicho con una solemnidad magnificada, a salvar a la Iglesia. Además de Tadeusz, el más viejo de todos, también había asistido otro fraile polaco de nombre imposible y aspecto siniestro, así como Gianluca, un periodista de Roma experto en la cocina vaticana, que iba vestido y encorbatado como si fuera a un bodorrio, y

Francisco, un castellano de Valladolid que parecía salido de un lienzo de El Greco. Todos eran antiguos miembros de la Legión de Cristo, y Francisco, el último en incorporarse, era quien mantenía la relación con los legionarios.

La mesa, más larga que un día sin pan, era de un antiguo refectorio eclesiástico, sin florituras, pulida por las mangas de los frailes durante horas de banquetes abundantes y oraciones devotas. Le hicieron sentarse en uno de los extremos, mientras ellos lo hacían a su alrededor, sin ofrecerle ni un vaso de agua y sin preguntarle cómo le había ido el viaje. Estaba acostumbrado. Encajó la humillación con resignación, controlando el murmullo que le subía de las entrañas, y pensó en lo que había pasado cuando los alemanes habían ocupado el barrio, durante la Segunda Guerra Mundial, pero lo desterró de su cabeza. Tenía que concentrarse.

Tadeusz dio la palabra al polaco de nombre impronunciable para que abriera el juego. ¿Cómo se llamaba ese infeliz? Era un apellido con seis o siete consonantes y una sola vocal. ¿O eran dos? ¡Zdzisław! El nombre le había venido a la memoria al recordar la explicación que le había dado cuando se conocieron: «Me llamo Zdzisław, que significa: ¡Aquí es la gloria!». La gloria de Dios, había precisado, sin que fuera necesario.

—La situación es la siguiente —resumió Zdzisław, sin preámbulos —. Te mandamos a Siwa, basándonos en lo que sabemos y en las sugerencias del hermano Martyrius. Pasas allí cerca de seis meses con los chicos del pueblo y, cuando encuentras un manuscrito que nos interesa, y mucho, te lo dejas robar. ¿Es o no es así?

La referencia a los chicos le indignó. ¿Lo habían espiado? ¿O esa tropa también había ido a trajinar con chiquillería, disfrazados de turistas europeos? Si no pasaba al contraataque aquello podía acabar como un juicio de la Inquisición.

—Queridos hermanos, las cosas no han sido ni son tan sencillas — respondió, midiendo sus palabras—, la pista que nos dieron no era la buena.

Se la había jugado excavando en los bajos de una casa medio en ruinas de la antigua fortaleza de Shali siguiendo, efectivamente, las indicaciones del padre Martyrius, un copto del monasterio de Uadi el Natrun que conocía el padre Tadeusz. No había encontrado nada. Y, cuando le sugirieron que hurgara en las cuevas de la Montaña de los Muertos, pronto advirtió que aquello era como buscar una aguja en un pajar, de tantas como había.

—¿Y cómo conseguiste la buena pista? —preguntó Zdzisław, con una sonrisita miserable.

Erwin explicó que fue gracias a un chico del pueblo, hijo de una de las familias más antiguas, quien le habló

de una arqueta muy vieja que guardaba su padre. Le mostró una foto que había hecho con el móvil, donde se veía la caja con el grabado de una flor que solo se encontraba en la Cirenaica griega, y cuando le pidió que se la dejase para verla, se la había traído.

—El muy imbécil creyó que no la abriría —añadió.

—Y te la has dejado robar —dijo Francisco, sumándose a los reproches.

—Os recuerdo que, cuando llamé para explicaros cuatro cosas de la caja y de lo que había en su interior, me pedisteis que la trajera cuanto antes —replicó, sacudiéndose la responsabilidad de haber viajado a Alejandría con la caja y el legajo.

—¡Tú mismo! —exclamó Tadeusz—. Por lo que nos avanzaste, podría ser una carta de Hipatia a Sinesio de Cirene. Una bomba, si cayera en según qué manos.

Había pronunciado los dos nombres que eran tabú para el grupo. Hipatia, la matemática, astrónoma y filósofa pagana que impartía clases en la Alejandría grecorromana y que murió en el año 415, despellejada, decían, por una turba de extremistas cristianos, y Sinesio, el más brillante de sus alumnos y el más controvertido.

—¿Por qué no hiciste una fotocopia? —insistió Tadeusz.

—¡Qué decís, padre! No podía manipular un manuscrito tan antiguo sin ponerlo en peligro. Son fragmentos muy
estropeados que no se pueden tocar si no es en un laborato-rio —precisó.

—¿Era tan alarmante como parece? —preguntó Francisco, el más asustado de todos.

Erwin les explicó que solo había podido leer la hoja de pergamino que estaba encima, pero que, aun así, había establecido que se trataba de una carta de Hipatia destinada a Sinesio y fechada en el año 414. Precisó que solo quedaban fragmentos en mal estado, colocados sobre un fajo de pergaminos que no pudo sacar porque lo habría deshecho todo. Habían entendido que la caja podía contener un manuscrito más extenso que una simple carta, y eso provocó todavía más consternación.

—¿Y qué dice esa carta? —insistió Zdzisław, centrándose en aquello que Erwin había podido leer.

—Por lo que pude ver, Hipatia menciona al patriarca de Alejandría —explicó, confirmando lo que le había anticipado al padre Tadeusz por teléfono.

La referencia al patriarca provocó un desasosiego sin medida. ¡Hipatia hablando de Cirilo! El santo acusado por los enemigos de la Iglesia de haber ordenado su muerte en el año 415.

Era peor de lo que habían imaginado cuando lo habían mandado a Siwa para buscar el manuscrito del que les habían hablado, pues ponía

en entredicho la historia de los cristianos de Alejandría. Como mucho, pensaban que podía tratarse de una carta de Sinesio de Cirene, o de algún otro alumno de la filósofa. Nunca se les había pasado por la cabeza que pudiera ser una carta de ella, la filósofa pagana que se había atrevido a plantar cara al patriarca.

«¡Una bomba!», había exclamado el padre Tadeusz cuando Erwin le había llamado desde el oasis, poco después de abrir la caja. Si los que lo habían robado lo divulgaban, sería el primer documento que se podría atribuir a Hipatia, un original con sus ideas, aquellas contra las cuales la Iglesia había luchado encarnizadamente, consiguiendo que no quedara ningún rastro. Ni una sola palabra. Los grandes medios internacionales se harían eco, el *National Geographic* le dedicaría un número especial y las televisiones enviarían equipos a Siwa y Alejandría para recorrer la huella del manuscrito. El misterio de su muerte se transformaría en primera materia de novelas y películas destinadas a enaltecerla. Hasta la fecha, ellos habían combatido con éxito la pretensión de utilizar su figura para desacreditar los orígenes del cristianismo. Sin embargo, contra un original, si realmente lo era, no podían hacer nada. Y si acusaba a Cirilo de complotar contra ella, los efectos serían devastadores.

Estaban convencidos de que el impacto sería tan estrepitoso que toda la Iglesia se vería afectada, no solo la de los cristianos de Oriente. Era una oportunidad histórica para los enemigos de Roma.

—Si la carta es de esa bruja, ¡ya podemos imaginar lo que dice! —exclamó Tadeusz—. Seguro que acusa al patriarca de perseguir a los paganos y de movilizar a los cristianos contra ella.

—¿Cómo puedes saber que es una carta de Hipatia? —preguntó Gianluca, el más escéptico.

—Porque utiliza una expresión que todos los expertos conocemos y que solo ella podía escribir…

—¿Y pretendes que con una sola expresión se pueda saber? —dijo Gianluca, interrumpiéndole.

—Pues sí, porque está escrito…

—¡Dejémoslo correr! —apuntó Tadeusz, cortando en seco un debate que consideraba de más—. Si él lo dice, que ha estudiado esa época, debe de ser así —añadió, señalando a Erwin y echando una ojeada a Gianluca.

—No es la única prueba para saber que ella la escribió, padre.

—Sigue, hijo.

—También nombra a Evoptio, hermano de Sinesio y otro de sus discípulos.

—Muy bien. Supongamos que sea suya. ¿Cómo puedes estar seguro de que Sinesio era el destinatario? —insistió el italiano, ante la severa mirada de Tadeusz.

—No tengo ninguna duda, porque se dirige a él como obispo de la Pentápolis libia —respondió Erwin—. Además, no olvidéis que la caja procede de Siwa, cerca de la Cirenaica, donde vivía Sinesio.

—¿Estás seguro de que es del 414? —preguntó Zdzisław.

—Sí, del 414 —repitió Erwin, de manera contundente.

—Sabes cuándo murió Sinesio, ¿verdad? —inquirió el polaco de nombre retorcido, creyendo haber encontrado un punto débil en la argumentación del alemán.

La pregunta tenía mala leche porque todos sabían que existía un debate entre los académicos sobre el año de la muerte de Sinesio. Reputados historiadores, como Maria Dzielska, de la Universidad Jagelónica, sostenían que había muerto en el 413. Es decir, dos años antes de que Hipatia fuera asesinada, cuando sus relaciones con el patriarcado todavía eran buenas, y ella impartía clases a paganos, judíos y cristianos. Pero, según un joven investigador británico, podría haber muerto a finales del 414, cuando el conflicto con el patriarca ya había estallado. El manuscrito de Siwa parecía darle la razón. Si se confirmaba, Sinesio podría haber tenido tiempo de tomar partido, de criticar a Cirilo. Todos temían que la carta de Hipatia lo demostrara.

Sabían que un testimonio de Sinesio contra el patriarca sería demoledor, viniendo de un cristiano. ¡De un obispo de la Pentápolis! Se hizo un silencio sepulcral que rompió Francisco manifestando en voz alta lo que todos pensaban.

—Sería un regalo del diablo para involucrar a Cirilo en la muerte de Hipatia.

Erwin les dio algunos detalles más. La ida a Alejandría para coger el avión. La llegada al hotel, donde había dejado la caja envuelta en el brocado, debajo de la cama, mientras iba a comprar el billete para volver a Cracovia, y la sorpresa al volver y encontrarlo todo patas arriba. No podía acudir a la policía, ni empezar a preguntar por todas partes, en una ciudad tan grande y desconocida, sin levantar sospechas. Se la habían llevado y nadie había visto nada.

—¡Quien todo lo quiere, todo lo pierde! —dijo, volviendo a responsabilizarles de las prisas.

Con el trasiego del viaje, Erwin no se había enterado de la muerte de un anticuario de Alejandría, pero Gianluca le alcanzó una fotocopia, deslizándola sobre la mesa como si estuvieran en una mano de bacará. Era una página impresa de la edición digital del periódico *Al-Ahram,* con la noticia de un asesinato en el barrio de Attarin acompañada de una foto del cuerpo del hombre muerto encima de una mesa, con un tiro en la cabeza y la mano izquierda cerca de un puñal envainado.

—Sostienen que debía de tener algo muy valioso para que lo mataran —precisó el italiano, que leía árabe—, y esto nos hace

sospechar que puede tratarse de nuestro manuscrito. ¿Tú qué piensas?

Mientras el silencio se espesaba, miró la foto durante un instante que se hizo eterno. Tras el muerto, colgado y extendido en la pared, estaba el bordado con el que el chico de Siwa había envuelto la caja para llevársela.

—Es nuestro hombre —dijo, explicando el por qué.

—Era nuestro hombre, querrás decir, porque está más muerto que un cadáver —precisó Francisco, haciendo gala de sus infinitos recursos escatológicos—. Y ya no nos sirve
de nada.

Lo más verosímil, comentó Erwin, era que le hubieran robado el manuscrito en el hotel para venderlo por cuatro libras al primer anticuario que habían encontrado. Y que otros ladrones, conocedores de su valor, no habían dudado en matar al hombre de la fotografía para quedárselo. Quizás por accidente, o porque no lo quería vender.

—Tendremos que dar la voz de que estamos dispuestos a pagar lo que sea para comprarlo —sugirió, intentando recuperar la iniciativa y sacar hierro al asunto.

—Eres un bobo —dijo el de nombre impronunciable, cortándolo en seco, bajo el condescendiente amparo de Tadeusz.

Todos coincidieron en que no había sido un robo por dinero. Descartaron incluso el hurto por encargo: la caja solo había estado en manos del anticuario un par de días, un tiempo insuficiente para que un coleccionista atolondrado se hubiera enterado y ofrecido todo el oro del mundo para tenerla. Ninguna de las hipótesis conducía a un robo tradicional, y la muerte violenta del anticuario les desconcertaba. Todo indicaba el peor de los escenarios. Alguien había intuido la trascendencia del manuscrito. Una persona o una organización. Más bien una organización.

—Si lo han robado para hacerlo desaparecer, estamos salvados; pero si es para hacer daño a la Iglesia, pueden hacerlo, y mucho —resumió Tadeusz.

Erwin callaba. Los conocía lo suficiente para comprender el pánico que los afligía. Él se había incorporado al grupo hacía poco menos de dos años, a raíz de un congreso sobre los orígenes del cristianismo en el norte de África que se había celebrado en la Jagelónica. Había llamado la atención del padre Tadeusz al criticar la tesis del joven británico, según el cual Sinesio había muerto el año 414. Lo había objetado con pasión, basándose en su conocimiento de la Cirenaica y cuestionando la autenticidad de los documentos de la Bodleian Library que esgrimía el inglés. Durante el congreso, Tadeusz había considerado un bien de Dios su encendida intervención.

La historia estaba escrita por los padres de la Iglesia y cambiarla era una herejía. Nadie tenía derecho a poner en entredicho que Sinesio

había muerto el 413.

Al acabar el acto, Tadeusz se lo llevó a pasear por las orillas del Vístula y le propuso integrarse en Magnus Christus, un grupo creado por unos cuantos prelados y seglares preocupados por los ataques que sufría la Iglesia y por esa manía funesta de reavivar el pensamiento pagano. Le contó que se había constituido a finales de 2009, poco después del estreno de la película *Ágora*, uno de los ejemplos más execrables de esa manipulación de la historia de la Iglesia. Un péplum que pretendía acusar al patriarca de la muerte de Hipatia y de la destrucción de la Biblioteca de Alejandría.

—Si quieres defender la palabra de Dios de aquellos que quieren pervertirla, ven con nosotros —le había propuesto.

El nombre le había gustado. Le recordaba las inscripciones que los primeros cristianos tallaban en algunas tumbas para expresar su lealtad a la Iglesia frente a las persecuciones: *Deus Magnus Christus Salvator*. Una fórmula adaptada de aquella que los paganos también grababan en muchos de sus sepulcros: *Dis Manibus Sacrum*, dedicada a los dioses romanos encargados de proteger el hogar y la familia.

—Magnus Christus se ha creado para evitar que se apague la luz que nos viene de Dios —había insistido Tadeusz, con un tono apocalíptico.

—Y yo, pobre de mí, ¿en qué puedo ayudar? —había preguntado él, recordando sus años de seminarista.

—Puedes ser de gran utilidad porque has estudiado las ideas paganas, y eso podría ayudarnos a plantarles cara.

Al recordar aquellas palabras, Erwin entendió por qué estaban todos tan atribulados.

Habían comentado muchas veces que la glorificación de Hipatia como icono de un mundo descristianizado se remontaba al Siglo de las Luces. Voltaire había calificado su muerte de «asesinato bestial, perpetrado por los perros tonsurados de Cirilo». Más adelante, en su magna historia sobre la caída del Imperio romano, Gibbon había hablado del «crimen de Alejandría». Filósofos y científicos se habían conjurado para hacer de ella un símbolo. Incluso habían llegado a bautizar con su nombre un cráter de la luna, cerca del Mare Tranquillitatis. Y Gianluca les había contado que un escritor egipcio había ganado el máximo galardón de la literatura árabe con una novela, *Azazil*, que enaltecía a Hipatia y criminalizaba al patriarca de Alejandría.

Pero ahora el desafío era absoluto.

—Siempre utilizan a una mujer para hacer daño. Con *El Código da Vinci* manipularon a María Magdalena, y ahora intentarán hacer de Hipatia una mártir —comentó Francisco mirando al padre Tadeusz.

—Estamos ante el último peldaño de una conspiración que viene de lejos —resumió este, refiriéndose a la carta que Erwin había

encontrado en Siwa.

Los integrantes de Magnus Christus estaban demudados. Si se llegaba a leer una palabra, una sola palabra, contra Cirilo, atribuyéndole la campaña que alentó el linchamiento, sería una victoria para los paganos. Sería dar la razón a todos los que habían presentado a Hipatia como una víctima y no como la arpía que empujó al prefecto romano contra las legítimas pretensiones de la Iglesia alejandrina.

Para Roma sería una amenaza, y para ellos, un desastre.

—¿Lo entiendes, zoquete? —le espetó Zdzisław—. ¿Entiendes por qué es tan grave que te hayan robado ese manuscrito?

Para Magnus Christus todo había empezado con aquella maldita película sobre la vida de Hipatia. El Vaticano había recusado el relato, y sectores cristianos que defienden la historia canónica de la Iglesia se habían movilizado contra su exhibición. En España, *Ágora* había tenido un gran éxito de público, y en muchos países habían proliferado biografías y estudios relativos a la filósofa alejandrina. Ellos se habían organizado para denunciar las incoherencias y falsedades, pero con escaso éxito, porque la mayoría de los medios estaban entregados a la carcoma del agnosticismo que corrompe el mundo occidental.

Por otro lado, el estreno de *Ágora* había coincidido con la crisis de los Legionarios de Cristo, la congregación de la que provenían todos ellos a excepción de Erwin. El año 2009 había sido funesto para la Legión, con la desaparición del padre Maciel, su líder espiritual, acusado de pedofilia, de consumo de drogas y de las más abyectas aberraciones. Todos habían quedado bajo sospecha, dentro y fuera de la Iglesia, incluso en los escalones más altos del Vaticano.

Estaban convencidos de que la coincidencia de esta campaña pagana y la ofensiva contra los legionarios no era casualidad.

Quince años después de la fundación de Magnus Christus, otra concurrencia maléfica volvía a golpearles, porque las tribulaciones del grupo no acababan con el manuscrito de Hipatia que habían robado a Erwin.

—Tampoco habrás leído el *New York Times* de hoy —le espetó Gianluca.

—¿Cómo quieres que lo haya leído si estaba viajando? —respondió este, cada vez más irritado por la insolencia del italiano.

Gianluca le acercó una página del *Times* sacada de Internet. Era de lo más preocupante. Según el periódico, investigadores de la Universidad de Yale habían descubierto una carta de Sinesio en el monasterio de Santa Catalina del Sinaí, oculta en un palimpsesto griego de principios del siglo v. El corresponsal del rotativo en El Cairo, un tal James Brooks, se había desplazado para escribir un

reportaje sobre una nueva técnica que los de Yale habían puesto a punto para leer palimpsestos, textos antiguos conservados durante siglos bajo otros añadidos por copistas ulteriores. Le llamó la atención la carta de Sinesio que le habían mostrado de pasada, envuelta de misterio. No le habían explicado gran cosa, porque tenían el compromiso de presentarla próximamente en Nápoles, en un congreso internacional sobre Sinesio, pero le avanzaron que era una carta de su hermano, Evoptio, fechada en 414.

El artículo concluía con un párrafo que explicaba por qué todos tenían cara de pocos amigos:

«Si se confirma que la carta de Sinesio es de 414, podría ofrecer novedades sobre las circunstancias en que Hipatia fue asesinada y la responsabilidad del patriarca de Alejandría en su muerte. Lo sabremos en Nápoles, en unos días.»

El *Times* confirmaba sus temores.

—La estrategia de nuestros enemigos pasa por alargar un año la vida de Sinesio —exclamó Zdzisław, relacionando el debate de la Jagelónica con el robo del manuscrito de Siwa y el anuncio de ese palimpsesto de Santa Catalina.

Erwin conocía bien a Sinesio. A pesar de ser cristiano, había sido siempre una figura difícil de digerir para la Iglesia. Alumno aventajado de una pagana como Hipatia, nunca dejó de idolatrarla, ni siquiera cuando los cristianos de la Pentápolis libia lo nombraron obispo, por aclamación. Era un hombre de principios que nunca aceptó el nombramiento hasta que Teófilo, el patriarca que precedió a Cirilo, permitió que continuara viviendo con su mujer y sus tres hijos. Y siguió leyendo libros de filosofía. Era un hombre libre, imposible de encasillar. Y un hombre libre siempre es más peligroso, había pensado a menudo Erwin.

—Dios mío, ¿por qué nos has abandonado? Roban un manuscrito de Hipatia y se descubre una carta de Sinesio fechada también en 414 — exclamó Francisco.

Tantas coincidencias no eran buenas, y todos veían la mano del diablo. Era la prueba de que existía una confabulación desti-nada a cuestionar una página crítica de la historia del cristianismo. Para todos ellos, era motivo de alarma, pero también de orgullo, pues justificaba la tarea divina que los reunía.

—¡Si no actuamos, estamos perdidos! —concluyó Tadeusz, instando a Erwin a recuperar el manuscrito fuese como fuese—. Si no lo encuentras, Dios te castigará —le amenazó, levantando la mano derecha mientras las campanas de Santa Catalina daban a cuartos.

—Iré a Alejandría, y si hace falta, volveré a Siwa, padre —propuso Erwin, que soñaba con los palmerales desde que había abandonado el oasis.

—Lo primero que tienes que hacer es ir a Nápoles, para ver qué dice ese palimpsesto —le ordenó Tadeusz, cortando de raíz su ensoñación.

—Ya tendrás tiempo de volver a ver al muchacho —añadió Zdzisław, con su enfermizo sarcasmo.

Al alemán el comentario le pareció fuera de lugar, más aún procediendo de un prelado que debería avergonzarse de los escándalos sexuales que afectaban a la Iglesia polaca. No le tiró la silla a la cabeza porque esa reunión era demasiado importante para él, pero le dedicó una mueca lasciva que todos entendieron como una amenaza. Francisco recondujo la discusión, porque cualquier insinuación de pedofilia le ponía enfermo. Quizás porque los legionarios con quienes todavía tenía relación no se habían recuperado aún de las revelaciones que habían llevado al Vaticano a condenar la pirámide de vicio levantada por el padre Maciel.

—¿Cómo podré inscribirme en el congreso? —preguntó Erwin, que había asumido la necesidad de ir a Nápoles.

—No te preocupes —respondió Tadeusz—, te hemos falsificado un carnet de investigador a nombre de Adam Kusek. Nunca se sabe…

—¿Por qué habéis escogido un nombre judío, padre?

—Vuelve a estar de moda en Polonia.

—De acuerdo —dijo con resignación—. Partiré el 28.

—¡Y córtate esa coleta! —le soltó Tadeusz, mientras los otros sonreían.

El caudillo de Magnus Christus dio por acabada la reunión.

Erwin estaba satisfecho. Se había defendido bastante bien. «Estos imbéciles», pensó, «creen que quiero volver a Egipto para satisfacer los vicios que envidian. O piensan que me he acojonado por sus amenazas». Estaba convencido de que lo consideraban un mercenario, y no un hombre guiado por aquella fe que les conducía a todos ellos en la lucha despiadada contra los que pretendían acabar con el reino de Dios sobre la Tierra.

Al salir del convento, una ráfaga de aire fresco le golpeó la cara y se anudó la bufanda roja que llevaba en el bolsillo de la garibaldina.

Con la primavera, los árboles se cargaban de los primeros brotes y las flores se esparcían por la orilla del Vístula. No sabía qué era lo que más le gustaba, si las calles invernales donde todos los ruidos quedaban apagados o el bullicio de esos primeros días de sol con muchachos luciendo camisetas ceñidas sobre cuerpos que habían crecido bajo el frío. Cruzó deprisa el barrio de Kazimierz, evitando la sinagoga y la casa de Schindler, porque no compartía la obsesión de los polacos por hacerse perdonar el exterminio de los judíos. Prefería vivir cerca del castillo gótico de Wawel, donde se sentía mejor que en este barrio cosmopolita.

Antes de ir a su apartamento tenía que pasar por el museo

arqueológico para ver una pieza que no dejaba de visitar cuando pasaba por el centro de la ciudad. Y más ahora.

De repente tenía un montón de trabajo.

Alejandría, 24 de abril, viernes

El comisario me recibe un viernes, cuando todo suele estar cerrado, poco después de la *Jumm'a*, la plegaria más importante de la semana. Si solo estuviera preocupado por la muerte de un anticuario lo habría dejado para mañana.

Llego cuando una riada de hombres abandona la mezquita de Attarin. Muchos de ellos sienten orgullo de rezar en el templo de las mil columnas del que hablan algunos viajeros del siglo XII, pero pocos saben que se levantó encima de las ruinas de la iglesia de San Atanasio, una de las primeras que consagró la victoria de la nueva religión sobre paganos y judíos, antes de que el islam llegara de Arabia. De todas las mezquitas de Alejandría, es mi preferida. Tiene un minarete que se alza con una coherencia geométrica heredada de los tiempos de Euclides y que ha sido, desde hace siglos, lugar de peregrinaje de todos los que buscan la tumba de Alejandro Magno.

La comisaría es un horror y, para una mujer, un insulto, porque me siento más observada y agredida que en la calle, pero el comisario no es como me lo había imaginado. Es incluso mejor de lo que me había contado Maryse. Acostumbrada a tratar con policías de la calle que no apartan la vista de los centímetros cuadrados de piel que llevo al descubierto y del bolso que imaginan repleto de propinas, esperaba encontrarme a un tipo gordinflón y descuidado. Con una actitud parecida a sus sicarios y el poder añadido del cargo. Sorpresa. Se parece más al director del banco al que acudo cada primero de mes que a la idea que me hago de un jefe de la policía egipcia. Cerca de la cuarentena, tiene el pelo negro, corto y espeso, con tonalidades grises a la altura de las sienes, una boca carnosa y bien dibujada y un cuerpo esbelto y atlético que justifica el coste prohibitivo del traje de Zara y de la corbata italiana con los que me recibe.

Se levanta para saludarme, con un inglés de buena escuela, un apretón de manos enérgico y sin ninguno de los complejos o las reticencias que suele provocar mi condición de mujer. Me acoge con una sonrisa que parece sincera, y advierto que tiene una dentadura potente y una mirada sostenida, quizás demasiado sostenida.

—Comisario Abu Bakr.

—Aileen O'Neill.

Directo. Como si estuviéramos en Estados Unidos. Nos sentamos en dos butacas encaradas, amplias y de brazos altos, como todas las de aquí. Las odio, porque siempre quedo mal encajada.

—Supongo que ya sabe para qué la hemos citado, señora O'Neill —me pregunta, poniendo a prueba mi disponibilidad.

—Debe de ser por la muerte del anticuario de Attarin.

—Exactamente.

Tiene los dedos, finos y larguísimos, entrelazados sobre las rodillas, y su porte es amable, pero los ojos, de un marrón luminoso salpicado de verde pistacho, están clavados en los míos y anuncian un diálogo difícil. Por lo profundo de su mirada, entiendo que dispone de información y que la utilizará a su voluntad.

—Señora O'Neill, nos consta que se encontraba usted en la tienda cuando mataron al señor Abu Khadra…

—Sí, estaba allí. Y habría venido yo misma a contárselo si no me hubiera citado a través del consulado. Estoy a su disposición.

—Y ¿por qué huyó?

—Pensé que era mejor no quedarme, y porque la chica me pidió que me fuera.

—¿De qué tenían miedo, si usted no estaba en el altillo cuando mataron al anticuario? —comenta, confirmando que tiene la versión de Rana.

—¿Cree que era apropiado que una *khawaga* como yo se quedara? —pregunto, sin pestañear.

Duda un instante antes de continuar. Soy consciente de que mi explicación es poco consistente y de que, para un funcionario egipcio, puede ser incluso una provocación. Como si un extranjero no pudiera ser testigo de un asesinato, sin ser considerado cómplice. Hemos entrado en el terreno de las percepciones mutuas, que es el más resbaladizo de todos. Pero cuando abre la boca para continuar, la cara se le ilumina.

—Tiene razón. En Nueva York me pasó lo mismo. El 11 de septiembre me pilló cerca de las Torres Gemelas, y un árabe por las calles de Manhattan, en aquellas horas de la mañana… ¡se puede imaginar!

—¿Qué hizo?

—Volví a casa. Y me he arrepentido siempre, porque hubiera debido ayudar a la gente. Todavía sufro cuando veo las fotos de los policías que murieron. ¡Sesenta!

Este hombre sabe lo que es el miedo. Incluso el pánico. Y no le importa reconocer que tuvo un momento poco edificante. Definitivamente, no parece un comisario de policía. No tiene ni las manos ni las maneras. Hablamos durante un rato del atentado. Fue durante una estancia en la Academia de Policía de Nueva York, en uno de esos programas de intercambio, y esto todavía lo traumatizó más porque murieron agentes que conocía. Yo perdí a mi mejor amiga, pero esto no se lo cuento.

Decido contarle todo lo que sé. Sin hablar del whatsapp que recibí ni del que envié. No hace falta, al menos mientras no sepa si lo

encontraron en el móvil de Sherif. Tampoco le menciono el encuentro con Akram. Lo comprometería. Le comento que llegué cuando la chica les acababa de llevar un té, y que estábamos haciendo tiempo, hablando, cuando oímos un ruido, como si hubiera caído algo. El cliente bajó y se fue, saludándonos de manera artificiosa y llevando consigo una bolsa. Rana subió enseguida y lo encontró muerto. Cuando la oí gritar intenté subir, pero no me dejó y me pidió que me marchara.

—Lo que cuesta de entender, señora O'Neill, es por qué volvió a la tienda.

—Por decencia. A mí tampoco me gusta la cobardía, comisario.

Encaja el golpe. Pero no se deja dominar por las confidencias que me ha hecho sobre su estancia en Nueva York. Sigue haciendo las preguntas que tocan. Las mismas que haría yo para intentar entender un comportamiento tan errático. Sus formas son correctas, pero pronto veo que el interrogatorio no será fácil, y me viene a la memoria un consejo que me dio Maryse cuando discutí con el propietario de mi piso. Los egipcios son como el Nilo, que de vez en cuando se desborda, pero siempre vuelve a su lecho, me dijo. Una metáfora que me ha sido muy útil durante el año que llevo en Alejandría. He aprendido a adaptarme, a aguantar el chaparrón mientras sube la crecida, con parsimonia, pero sin dejarme amedrentar.

—¿Por qué le dijo a Hosni Mubarak que se había enterado de la muerte de Abu Khadra por una amiga que ni siquiera se encontraba en Alejandría?

—Veo que tienen a mucha gente en nómina, comisario. Oiga, yo llamo a quien quiero y doy las explicaciones que me parecen oportunas, sobre todo cuando hablo con personas que no son de fiar.

—Resumiendo: usted está en la tienda cuando matan al anticuario, se marcha siguiendo los consejos de la chica y vuelve más tarde tras oír la voz de su conciencia, pero en lugar de hablar con la policía, huye corriendo…

—Cogí el primer taxi que pasaba porque las miradas de mucha gente se llenaban de sospecha —insisto—. Incluida la de uno de sus hombres. Y porque Rana se atolondró mucho al ver que había vuelto —añado.

Si fuera otro comisario, el Nilo haría rato que se hubiera salido de madre. Me habría dicho que contestara con más precisión y credibilidad a las preguntas, en lugar de hacer comentarios impertinentes. Pero este hombre es de otra pasta. Estamos solos, y su mirada, aun siendo firme y decidida, no endurece las preguntas, al contrario.

—Esa serpiente, ¿no se le escapa nunca? —pregunta, señalando mi

tobillo.

—Si me ha llamado para comentar mis tatuajes, puede dar por acabada la entrevista y enviarme una citación formal, comisario —le espeto, insinuando un movimiento para levantarme que se queda a medio camino por culpa de la butaca.

—Perdone, señora O'Neill —se disculpa, intentado apaciguar el impacto de su insolencia—. En Nueva York aprendí que un comentario como este te puede costar muy caro, pero de vuelta aquí, ya sabe, es otro ambiente… y se me ha escapado. Lo siento, lo siento —balbucea.

Estamos empatados en impertinencias y él, equivocadamente, lo interpreta como que puede interesarse por mi vida privada.

—Usted es de Wisconsin, ¿verdad?

—Milwaukee.

—¿Y cómo es que ha venido a vivir a Alejandría? —me pregunta, con una curiosidad que parece auténtica, pero que me parece fuera de lugar.

—No he venido para hablar de mi vida, comisario, sino para ver si les puedo ayudar a encontrar al asesino.

—Muy bien —dice, recuperando una actitud más estándar—. ¿Alguna cosa más que nos pueda ser útil, señora O'Neill?

Le cuento lo que recuerdo del cliente. Iba bien vestido, pero parecía que lo hubiera comprado todo aquella mañana, porque lo vestía sin ninguna gracia, con una mezcla de colores horrorosa y la corbata mal anudada. Llevaba una de las bolsas que el anticuario solía dar a sus clientes, pero no vi lo que había dentro. Pesaba bastante, eso sí, porque las asas estaban muy tensas. Añado que se detuvo un instante ante mí, pero que se fue enseguida, andando.

—¿Alguna cosa más? —repite, agradeciendo la precisión, que debe de atribuir a mi condición de abogada. Seguro que lo sabe.

—Sí. Tenía una cicatriz en la cara.

—¿Y cómo no nos lo ha comentado ningún empleado?

—A mí, una cara afectada no me pasa nunca desapercibida, comisario —respondo, dejándole patitieso. No sabe cómo continuar, y creo que hace esfuerzos para no dirigir su mirada hacia mi cicatriz—. Era una marca pequeña y quedaba tapada por la ceja, pero le afectaba el párpado derecho —añado, como si fuera una descripción forense.

—Gracias, gracias —balbucea, perturbado—. Háble me de Sherif Abu Khadra —continúa—. Usted lo conocía mucho, ¿verdad?

—Iba a menudo a su tienda.

—¿Para comprar antigüedades?

—Más bien para hablar.

—¿Y tiene alguna idea de por qué lo han matado?

—Parece bastante claro…

—Ah, ¿sí?

—Para robarle algo.

—¿Una caja con un manuscrito?

—Puede ser, porque me había hablado de ella —digo, sin referirme al whatsapp y las fotos—. Supongo que aquel hombre se la llevó en la bolsa.

—Coincide con lo que nos han dicho los empleados —comenta, lacónico.

No ha mencionado el móvil de Sherif. Quizás lo tiene, ha visto el whatsapp y me está poniendo a prueba. También es posible que el asesino se lo llevara sin dejar rastro, si es que habían hablado por teléfono. En cualquier caso, no creo que hayan podido hurgar en el mío, porque no es fácil. Cuando la policía de Milwaukee intervino el teléfono de Patrick para tener constancia de sus amenazas, me pidieron que utilizara mensajes de texto porque los whatsapps, según parece, son más difíciles de interceptar.

Este comisario parece razonable, y quizás acabe siendo un aliado, pero todavía no me conviene compartir con él las hipótesis de Akram sobre el origen de la caja y el manuscrito. Me parece un egipcio seductor, y me sorprende pensarlo, porque llevo tiempo sin fijarme en ningún hombre. Desde que sufrí la violencia del que tenía más cerca. Y todavía es más extraño que piense en esto en medio de este lío, en esta comisaría tan destartalada.

—Y ustedes, ¿tienen pistas? —pregunto, intentado recuperar la iniciativa y averiguar sus intenciones.

Me cuenta lo que saben de una manera que suena sincera. Quizás no me lo dice todo, pero creo que no me engaña. Dos días antes de que lo mataran, Sherif llegó con una caja y los empleados pensaron que la traía de un piso que estaba vaciando, como de costumbre. Al día siguiente, salió un rato y cuando volvió estaba muy nervioso. Nunca lo habían visto así. Anteayer entró un cliente a la hora de la plegaria, cuando solo estaba la chica, y le dijo que venía a comprar un cuadro. Subió al altillo, como hacen todos, sin levantar ninguna sospecha. Iba muy bien vestido.

—El resto ya lo sabe —añade—. ¿Abu Khadra le había dicho algo sobre el manuscrito?

—Que era griego —comento, sin entrar en si era clásico o koiné.

—Eso no lo sabíamos —reconoce.

—Pero ¿por qué tenían que matarle, comisario? —pregunto, sin poder evitar que me tiemble la voz.

—Pues sí, es extraño, porque una pieza manchada de sangre es difícil de vender —comenta, utilizando la misma expresión que me vino a la cabeza hablando con Akram.

Veo que le preocupa el móvil del crimen, y con razón. Por mucho

que la caja proceda de la Cirenaica y que el manuscrito sea del siglo V o VI, no se entiende que mataran a Sherif.

—¿Tan valioso es ese manuscrito como para justificar el asesinato de un anticuario? —dice, como si se hiciera la pregunta a él mismo.

—No tengo ni idea, porque con Abu Khadra solo hablaba de la Alejandría de los últimos cien años, que es la que me interesa para mi novela —añado, advirtiendo que he hablado de mí sin querer.

—¡Ah! ¿Usted también escribe una novela? Como muchos de los extranjeros que viven aquí durante cierto tiempo.

—Lo intento, y él me ayudaba a conocer la Alejandría cosmopolita, y también la de hoy, que me cuesta más de entender.

—¡Vaya! Debe de ser la única norteamericana que no se obsesiona con Cleopatra. ¿No le gustó la interpretación de Elizabeth Taylor? ¿Y la de Richard Burton, en el papel de Marco Antonio?

No sé si estoy frente a una parodia de Omar Sharif o una estrategia de manual de las que deben enseñar en la Academia de Nueva York. Todo es posible. Incluso las dos cosas a la vez. Es un personaje interesante, pero en esta comisaría siniestra, emplazada en este edificio medio ruinoso, le veo como a un náufrago. Debe de ser lo que le hace atractivo.

—He visto muchas películas sobre Alejandría, comisario, incluidas las de Chahine, y si quiere podemos hablar de la nariz de Cleopatra un buen rato, pero con Sherif Abu Khadra nos veíamos para hablar de todo y de nada. Y, en cualquier caso, más de la ciudad de hoy en día que de la de los ptolomeos.

Primero he pensado que todo era una estrategia, pero cada vez estoy más convencida de que quiere hablar. Creo que lo necesita. Debe de ser un solitario, como yo, y soltero, porque no lleva anillo. Sobre la mesa del despacho hay una foto de una chica de unos trece o catorce años que bien podría ser una hija que tuvo muy joven, aunque no lo creo, pues estaría la madre. Su mirada se ha ido endulzando y se le ve más relajado, al límite de la nostalgia.

—Señora O'Neill… Por cierto, ¿señora o señorita? Disculpe que no se lo haya preguntado antes.

—¿No tiene los datos de mi pasaporte?

—Todavía no los he mirado.

—Pues hágalo, por favor.

Entiende que la conversación ha terminado, al menos por mi parte, y no insiste. Me tira de la mano para que me levante de la butaca sin fondo en la que he quedado sumergida. Mientras me acompaña a la puerta se deshace en elogios hacia Nueva York.

—Nunca me había sentido tan libre…

—Pues Milwaukee es todavía mejor. Con una vida más sosegada —digo, sorprendiéndome yo misma del comentario.

—No tuve tiempo de ir a los Grandes Lagos. Debe de ser muy bonito, ¿verdad?

—Cuando vuelva a Estados Unidos no se lo pierda, comisario.

El intercambio ha sido correcto y ha ganado más puntos de los que piensa. No me ha preguntado por qué no me he quedado en Milwaukee, si se vive tan bien, ni ha insistido en saber por qué tomé la decisión tan estrambótica de venirme a Alejandría. Quizás lo sabe, pero no ha hecho burla. Me puede ser útil para la estrategia que ya tengo decidida.

—¿Su hija? —pregunto, señalando la fotografía que tiene sobre su mesa, mientras me dirijo a la puerta.

—Mi hermana —dice. Una sombra le cruza la cara.

Recapitular dentro de un taxi es imposible, aunque te toque el menos ruinoso de todos. Decido coger el tranvía, del que estoy más enamorada que Durrell. Desde el vagón de las mujeres, disfrutaré del ritmo que marcan las estaciones. Me las sé de memoria: Al Ramleh, Azarita, El Shoban, El Shatby, Camp Caesar, Ibrahimia, Sporting, Cleopatra, Sidi Gaber, Mostafa Kamel y Roshdie, mi parada. Nombres árabes y otros adoptados. Monumentos intangibles de una ciudad que ya no existe.

Justo han dado las doce, hace un sol espléndido y todavía no hace demasiado calor. Cambio de opinión y bajo en El Shatby para despejarme. Un paseo por el cementerio latino me sentará bien. Es uno de los pocos lugares en los que se puede disfrutar de intimidad, y la necesito. Iré hasta la tumba de alabastro que hay al final, dispuesta a creerme, al menos por un día, que es la de Alejandro Magno.

A Sherif le habría hecho ilusión.

Jerusalén / Tel Aviv, 24 de abril, sábado

Era una mañana de *sabbat*, cuando Jerusalén suele estar medio muerta, pero a Ygal le estaba costando llegar a la tienda de Salim. Subiendo por aquella calle de la ciudad vieja, se daba cuenta de que la edad no pasa en vano. Cuando era joven la había recorrido arriba y abajo, con la mochila a la espalda y el arma en la mano, sin resoplar como ahora.

No era fácil subir la cuesta, porque un grupo de latinoamericanos pretendían celebrar la cuarta estación con más pasión que las otras, quizás para subrayar la veracidad del encuentro de Jesús con su madre. Acompañados de una guitarra y animados por cantos andinos, arrastraban una cruz mastodóntica por uno de los tramos más angostos de la Vía Dolorosa. Le convenía tomárselo con resignación, aunque nunca había entendido esa propensión de los cristianos a conformarse que acabó por contaminar el judaísmo.

Nunca había aceptado que su familia fuera una de las últimas exterminadas por los nazis en el campo de Majdanek. Habían desaparecido todos en uno de los últimos gaseos del Reich. Todos menos él, que acababa de nacer y a quien un soldado alemán escondió en un horno abandonado, tal vez para hacerse perdonar su participación en el Holocausto.

Abriéndose paso entre los pelegrinos y los turistas, finalmente consiguió entrar en la tienda.

—*Asalam, alaikum* —saludó, en árabe, al ver a su amigo palestino, uno de los anticuarios de más renombre en Jerusalén.

—*Shalom* —contestó Salim, en hebreo.

Tenía algunas piezas nuevas excepcionales. Le llamó la atención una terracota antiquísima que expresaba con fuerza la idea de fertilidad que la había inspirado. Unos pechos exuberantes, unos muslos torneados y unos brazos truncados pero potentes suplían la falta de extremidades y anunciaban con eficacia el misterio de la maternidad.

—¿Irak? —preguntó Ygal.

—Mesopotamia. Cinco mil años antes de Cristo.

—¡Joder, Salim! ¿Cómo lo consigues? No me digas que en Israel también se puede comprar a la policía como en Egipto.

—Tengo papeles que demuestran dónde lo he comprado. Y no es Bagdad, sino Ginebra.

No tenía sentido insistir. La mayoría de las piezas del Oriente Próximo que se exhibían en medio mundo procedían de países inmersos en

guerras civiles o revoluciones frustradas, y los papeles que las certificaban eran lo de menos. Especialmente si estaban expedidos en Suiza, un país que había reciclado el lavado de billetes en el negocio de antigüedades de dudosa procedencia. Ygal conocía bien cómo funcionaba el blanqueo de piezas ilegales, robadas de museos saqueados o encontradas en excavaciones clandestinas. En Egipto, desde que la revolución había alejado a la policía de los yacimientos, aquello era jauja, y Salim todavía tenía aquella maravillosa estatuilla de bronce del hijo de Isis y Osiris que le había traído hacía un par de años. La que los egipcios llaman Horus y que los ptolemaicos conocían con el nombre de Harpócrates.

—Ya te lo dije, ¡la vendes demasiado cara!

—No creas, unos norteamericanos están dispuestos a comprarla y andan comprobando su autenticidad. Mientras tanto la guardo aquí, reclamando silencio, que ya nos conviene en Jerusalén —comentó, refiriéndose a la misteriosa pose de Harpócrates con el índice en los labios.

—Hablemos de lo que ha pasado —reclamó Salim, cambiando de registro—, porque estoy muy cabreado.

—¿Cabreado? ¿Qué culpa tengo yo de que hayan matado a ese anticuario? Me dedico, como tú, a comprar y vender antigüedades, sin preguntar de dónde vienen, pero no soy un esbirro.

—¿Por qué no pudiste convencerle?

—Le ofrecí veinticinco mil dólares, que en Egipto es mucho dinero, y prometió decirme algo. Al día siguiente le mataron.

—¿No podías haber aumentado la oferta? Te dije que me interesaba mucho.

—¿Más de veinticinco mil? ¿Te has vuelto loco? De todas formas, no quería venderlo. El tipo estaba convencido de que tenía una pieza única. Vieja, muy vieja, decía. Y era muy testarudo…

—Ahora la policía debe de tener tu teléfono —insinuó Salim, antes de que Ygal acabara su explicación.

—¿Crees que soy idiota? Aparte de que nos comunicábamos con un número dado de alta con un nombre falso, lancé el terminal al canal de Mahmoudia en cuanto te reenvié las fotos que me había mandado.

Mientras hablaban, Ygal se había acercado a un expositor abigarrado de cristales romanos que le recordaban sus primeros pasos en la arqueología ilegal, cerca de la frontera con Siria. Tenía una colección espléndida que le haría compañía cuando se jubilara. Se quedó boquiabierto al ver una pequeña ánfora de tonos marrones y abrió la puerta para observarla mejor.

—No me digas que es una Ennion.

—Si le das la vuelta, lo verás. La tengo puesta de este lado para no levantar sospechas.

Ygal no se atrevió a cogerla. No necesitaba ver la otra cara para saber que era una pieza excepcional, obra de Ennion, un artesano palestino fabuloso, contemporáneo de Jesús.

Salim se ganaba bien la vida. No entendía por qué estaba tan interesado en ese manuscrito de Alejandría; en las fotos solo se distinguían unos fragmentos de pergamino escritos en griego, como los que hay en muchos museos. Era un anticuario muy experimentado y sabía que cuando no se puede obtener una cosa, por muy extraordinaria que sea, es mejor dejarlo correr, antes que pillarse los dedos. ¿Por qué le había hecho ir con tantas prisas?

—Ya te explicarán por qué —respondió Salim con ademán serio y un tono críptico, mientras cerraba la puerta de la vitrina.

—¿Quién me lo explicará? —preguntó Ygal, sorprendido por tanto misterio—. Oye, yo he cogido el primer avión cuando me has llamado, porque somos amigos. O sea, ¡que hazme el jodido favor de decirme de qué va todo esto!

—No puedo, porque no lo sé, pero te esperan en un par de horas en el Instituto. Ellos te lo contarán.

—¿En el Instituto?

—¿No llamáis así al Mossad, los judíos? Date prisa, que la cita es en Tel Aviv. Ya sabes, en Ramat Hasharon. A las cuatro.

—¡No me lo puedo creer! ¡Ahora resulta que tengo que ir al Instituto, hoy, un *sabbat*! ¿Qué os pasa a todos? ¿De verdad no sabes nada, Salim? ¿Por qué queréis hablar conmigo de esta caja de los cojones y de este maldito manuscrito?

—Solo sé que se lo toman muy en serio. Cuando vieron las cuatro fotos que me mandaste, reaccionaron como si de un asunto de seguridad nacional se tratara.

—¡Les has enseñado las fotografías, eres un malnacido!

—Yo no les enseñé nada, Ygal. Cuando vinieron a la tienda, ya las traían. ¿Cómo crees que puedo tener esto abierto en mitad de la Dolorosa, con esta terracota y el jarrón de Ennion?

Añadió que lo sentía y que preguntara por la agente Lea.

Ygal era un judío de los de antes.

Había crecido en un kibutz y se había hecho hombre en la guerra de los Seis Días participando en la ocupación de los Altos del Golán. Más tarde, cuando Moshe Dayan criticó la operación que él mismo había ordenado, atribuyéndola a la presión de los colonos del valle del Jordán, decidió que no quería seguir siendo una marioneta en manos de la política. Dejó el ejército y se dedicó a asuntos más prosaicos. Había conocido a algunos palestinos que se ganaban la vida excavando las tierras de Galilea, y pensó que podía redondear la jubilación con el chanchullo de las antigüedades. Le fue bien. Hizo

mucho dinero en Irak después de la caída de Sadam Hussein y también en Siria, cuando empezó la guerra, pero ahora ya no tenía edad para vivir en medio de tanta sangre.

Con un trabajo como este, la colaboración con el Mossad era obligada. Vivía en Egipto, tranquilo. Con una identidad falsa que le habían facilitado en Tel Aviv, a cambio de informaciones de poca o mucha importancia. Pasaba por un jubilado que disfrutaba del penúltimo tramo de su vida con la herencia de la familia.

Cogió un taxi en la puerta de Jaffa y pidió al conductor que lo llevara al Country Club de Herzliya, cerca de donde iba, porque tampoco se trataba de decir: «Lléveme al Mossad, por favor». Y menos en *sabbat*. El taxista, que no paraba de quejarse de la carestía de la vida y de criticar al Gobierno, le habría contestado que los servicios de espionaje no dan un palo al agua en sábado desde la guerra del Yom Kippur.

A pesar de la larga relación que había mantenido con los del Instituto, nunca había ido a la sede central. Siempre se habían puesto en contacto en los países donde vivía, o lo habían citado en algún lugar discreto de Tel Aviv. Si lo convocaban con estas prisas y en sábado, debían de tener motivos muy fundamentados.

Mientras bajaba de Jerusalén a Tel Aviv, un viaje que había hecho mil veces, pensó que nunca se acostumbraría al choque entre las dos ciudades. Para los ortodoxos, Tel Aviv era la reencarnación de Sodoma y Gomorra. Una ciudad abierta al mar, de poca fe y perversiones laicas que no merecía existir en el país de los escogidos. Pero él no era de estos, y cuando volviera a Israel para jubilarse, sería para vivir en Jaffa, frente al Mediterráneo, lejos de los moscardones con rizos que infestaban las calles de Jerusalén y que habían pervertido el sueño judío originario.

Al volver a ver a Lea, que conocía de Bagdad, comprendió por qué la sede del Instituto estaba en Tel Aviv. Mientras lo hacía pasar a un despacho de cristaleras amplias y mobiliario neoyorquino que no hubiera encajado con la austeridad pétrea de Jerusalén, se dijo a sí mismo que una mujer como ella solo podía existir cerca del mar. Era como una de esas chicas soldado que promocionan el país en el aeropuerto Ben Gurión; pero en lugar de un uniforme de campaña de Tsahal llevaba un conjunto Armani de color fucsia sobre una blusa blanca desabrochada hasta el penúltimo botón. Nunca cumpliría con los estándares jerosolimitanos, pensó.

—¿Qué tal, Ygal? Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?

—Desde Bagdad.

—Debes de vivir más tranquilo en Alejandría, me imagino.

—Ya sabes que me gusta más el mar que el Tigris.

—Oye —le dijo Lea, con una sequedad que no le sorprendió,

señalándole una silla Vitra que hacía juego con la mesa de acero inoxidable—, estamos dispuestos a lo que sea para obtener ese manuscrito.

Sabía perfectamente qué quería decir «lo que sea», por mucho que su interlocutora vistiera como una modelo de pasarela. En Bagdad había comprobado que los *katsas*, los agentes del Instituto, no conocían ni límites ni leyes cuando un objetivo se convertía en prioritario. Pero él solo era un *sayan* que pasaba información, y en aquel momento de la vida ya no pensaba cambiar. Colaborar entraba en el guion, y no se podía negar, pero pasar a la acción, ¡ni hablar! Por muy misericordioso que fuera Dios, necesitaba años para hacerse perdonar lo que había hecho para ser de los primeros en llegar a lo alto del Golán.

Nada le empujaba a renunciar a su plácida condición de jubilado ucraniano.

—Si hay cualquier novedad, os informaré —dijo, después de repetir, no sin cierta pereza, lo que ya había explicado a Salim, porque seguro que este ya les había llamado.

—No me has entendido bien, Ygal. Informados, ya estamos. Y de primera mano, por los servicios egipcios. Lo que necesitamos es recuperar el manuscrito. Crear una dinámica que nos lleve hasta donde está, o hacer que venga a nosotros.

—¡Nunca he sido un hombre de operaciones y ya no tengo edad! —protestó.

—No te pedimos que pongas una bomba en la Biblioteca Alejandrina —dijo Lea, con la brutalidad de la que era capaz—. Si hay que actuar, ya nos encargaremos nosotros. Tú ayúdanos a encontrar pistas en el mundo de los anticuarios, que es muy opaco.

El tono de Lea confirmaba lo que Salim había percibido. La conocía demasiado para equivocarse. Alguien había decidido que esa mierda de caja era un asunto de seguridad nacional para Israel y ella se había puesto manos a la obra. Era como en Bagdad. Las mismas prisas. La misma ansiedad. En aquel caso, porque un experto en los manuscritos del mar Muerto había advertido al primer ministro de que un cilindro de Mesopotamia robado del museo durante la invasión norteamericana podía comprometer la narrativa judía sobre Jerusalén y beneficiar a los palestinos. Todo quedó en nada y con el cilindro en el fondo del lago Léman, pero por el camino cinco personas perdieron la vida.

Veía la misma preocupación, el mismo misterio, y eso le preocupaba.

—En Bagdad me recordaste que las preguntas las hacíais vosotros. Supongo que me dirás lo mismo si te pregunto qué diablos tiene este manuscrito para provocar tanto revuelo.

—Podría decirte que se trata de una página perdida de las epístolas de san Marco, ya que hablamos de Alejandría, pero no te lo creerías, ¿verdad? —respondió, con una sonrisa radiante, destinada a suavizar la negativa a compartir la información que poseía.

—Para provocar tanta expectación tendría que tratarse de san Pablo —contestó Ygal, entrando en el juego de referencias bíblicas, a las que ella también tenía tendencia, y constatando que no valía la pena insistir.

—Ayúdanos a saber qué se comenta en Alejandría, Ygal —insistió Lea—, echa los anzuelos necesarios para que los que tienen información sobre este manuscrito piquen —añadió, implacable.

—Me pides que lance la caña a un río infestado de pirañas porque han matado a un anticuario, y eso no ocurre a menudo.

—No tienes otra opción.

—¿Qué quieres decir? Yo no tengo nada que ver con esta historia —precisó, quejoso, intuyendo que pretendía intimidarle.

—En tu móvil tienes fotos de la caja y del manuscrito que han robado… —soltó Lea, mientras miraba por los ventanales.

Ygal registró la amenaza sin pestañear. No tenía sentido que volviera a explicar que había tirado el móvil al fondo de un canal. Seguro que Salim ya se lo había contado. Si ella decía que tenía las fotos en su móvil, estas podían aparecer en él en cualquier momento. Y si se negaba a cooperar, podía acabar en una siniestra prisión egipcia como culpable o inductor de un asesinato.

—Muy bien —dijo, resignado—, entonces ¡cuéntame todo lo que no sea secreto militar! ¡No puedo actuar si no sé de qué va la película!

Por su experiencia, sabía que unos ladrones como los que corren por Alejandría no matan a un anticuario por dinero, por muy valioso que pueda ser el manuscrito. ¿Un accidente? Tampoco, porque si fuera un caso banal, no estaría aquí en el Instituto, un sábado, recibiendo instrucciones de esta mujer. La conocía de Bagdad, y sabía que no haría el paripé si no estuviera convencida.

—Por lo que veo, no estamos hablando solo de anticuarios y coleccionistas —añadió.

Después de obtener su disposición a colaborar, Lea cambió de actitud. Le entregó una carpeta que Ygal ojeó en un santiamén. Estaban las cuatro fotos que había mandado a Salim y un primer dictamen. Con una conclusión subrayada: «El texto podría corresponder a una carta de Hipatia de Alejandría, y el destinatario podría ser Sinesio de Cirene». También contenía varias fichas con información de archivo sobre Hipatia y Sinesio. La última página era la biografía de una tal Aileen O'Neill, una norteamericana que vivía en Alejandría y que, según la policía egipcia, era amiga del anticuario. Iba acompañada de la fotografía de una mujer de unos treinta años, de

facciones severas y atractivas. Con mucho carácter, pensó, al verle los ojos inquietos, los labios carnosos y la larga cabellera, agitada y rojiza. En la cara, la marca de un accidente.

—¡Un manuscrito de Hipatia de Alejandría! —exclamó Ygal, incrédulo.

—En el dosier verás cómo llegan a esta conclusión —precisó Lea.

—Y destinado a Sinesio, aquel alumno suyo que era cristiano de día, y pagano cuando miraba las estrellas —añadió Ygal.

Lea no insistió en la importancia de las conclusiones de los expertos porque Ygal lo sabía perfectamente. Era un hombre cultivado, que conocía bien la historia de Oriente Próximo y la del país en el que vivía. También habían determinado que la caja procedía de la Cirenaica y que debía de ser del siglo V o VI de la era cristiana.

—¡Joder! Todo esto con tres o cuatro fotos del móvil que, por cierto, se ven bastante mal…

—Ya sabes que en cuestión de terracotas, papiros y pergaminos no nos gana nadie…

—Supongamos que sea cierto —admitió Ygal, recordando algunas meteduras de pata de los llamados «expertos»—. Tenemos una arqueta de la Libia griega medio carcomida, y fragmentos de un manuscrito de una filósofa pagana que impartía clases en Alejandría hace más de dieciséis siglos. Y ¿qué? —dijo, asumiendo el papel de abogado del diablo.

Lea no estaba dispuesta a quedar como una histérica. Le explicó que en una de las fotografías se podía leer la fecha de la carta, 414, y le puso al corriente de una polémica académica sobre si Sinesio había muerto en 413 o 414.

—¡Y qué coño importa que el obispo muriera un año antes o después! —replicó Ygal, irritado por detalles que le parecían estúpidos.

—Veo que pierdes facultades, Ygal —le picó Lea—. Si fuera 414, querría decir que todavía vivía antes de que lincharan a Hipatia, en marzo de 415…

—… Y podría haberse enterado de la campaña del patriarca contra ella —continuó Ygal, demostrando que seguía siendo rápido de reflejos.

—¡Exactamente! —dijo ella—. Por eso los expertos concluyen que este manuscrito podría revelar momentos de la Iglesia poco edificantes. Sobre todo en lo que a la actuación del patriarca se refiere.

—Todo el mundo sabe que Cirilo estuvo implicado en la muerte de Hipatia —aseguró Ygal, restando importancia a las nuevas revelaciones.

—No sería lo mismo si lo dijera Hipatia y lo confirmara Sinesio.

—No me digas que también tenemos la respuesta de Sinesio…

—No exactamente —explicó ella—, pero el *New York Times* reveló ayer que unos norteamericanos han descubierto una carta suya también fechada, por cierto, en 414. Son muchas coincidencias —añadió.

—También aquel robo de Bagdad coincidía con no sé qué reunión con Arafat… —recordó Ygal, que no se daba por vencido.

—Ya sabes que el cristianismo no pasa por su mejor momento —argumentó Lea—. Solo faltaría que una voz autorizada cuestionara los orígenes de la Iglesia de Alejandría.

—Hipatia, una voz autorizada… ¿De dónde lo has sacado?

—Tiene cerca de un millón de entradas en Google sin que se le conozca ningún escrito. Imagínate lo que supondría descubrir un texto suyo —apuntó, en un tono que tanto podía ser de alarma como de admiración.

—No me harás cambiar de opinión. Leéis demasiado a Daniel Silva —sentenció Ygal, con una referencia irónica a los agentes del Mossad transformados en héroes de novelas de espías.

Era un debate inútil. Ella pertenecía a una generación que había aprendido a actuar construyendo escenarios, tantos como hiciera falta. Sin inmutarse por las variables que pudiera sugerir el ordenador. Él era de los viejos, de los que habían conocido victorias pero también el horror de la guerra y el miedo. Y esta manera de proceder le irritaba. De poco sirvió que Lea añadiera que el papa tenía previsto visitar Egipto en 2015. Ygal sabía de la importancia de una visita del sumo pontífice que los militares egipcios hacía tiempo buscaban para legitimar su régimen, pero la fecha del viaje no estaba fijada y también había aprendido que las agendas de Oriente Próximo solo se organizaban a corto plazo. Como mucho, con un par de meses de antelación.

Había escuchado las explicaciones de Lea y aceptado, con pesar, que los coptos y el Vaticano pudieran estar preocupados por una carta de Hipatia, pero seguía sin ver por qué Israel tenía que involucrarse.

Lo comentó con Lea, en un último intento de evitar que le complicaran la vida.

—Sabes de sobra, Ygal, que todo lo que pueda afectar a la situación interna de Egipto nos concierne. Lo sabes porque vives ahí.

Le recordó los telegramas que había mandado desde la época de la revolución, insistiendo en que los jóvenes que llenaban la plaza Tahrir eran muy simpáticos, pero que los islamistas eran los que ganarían las elecciones. Y cuando los militares tomaron el poder, había mantenido que era del máximo interés darles apoyo, porque representaban un factor de estabilidad para la región y la seguridad del Estado judío.

—Con los tópicos no se puede estar en desacuerdo —respondió

Ygal, harto de discutir—. Tú dirás. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó, dándose por vencido.

—Haz noche en Alejandría. Parece ser que la norteamericana busca lo mismo que nosotros, por motivos que desconocemos. Síguela, vaya donde vaya, porque puede llevarnos al manuscrito.

Ygal reconocía el patrón de actuación. Le pedían información, porque la acción corría de parte de los *katsas* implicados en las operaciones, y él solo era un *sayan*, un colaborador, pero en Bagdad había aprendido que estas categorías solo quedaban delimitadas en los manuales y en las novelas. En la vida real, si era necesario, se dejaban de lado.

Lea se levantó, sonriente. Ygal pensó que estaba incluso más espléndida que en Bagdad. Le parecía de una belleza irritante, inaccesible. En el fondo, la admiraba. No compartía su manera de hacer las cosas, ni su arrogancia, pero le fascinaba su resolución. Le recordaba otros tiempos, cuando él era joven y siempre tiraba por la calle de en medio. Le alargó la mano con un gesto de complicidad acompañado de un rictus escéptico. Este no era el Mossad que él había conocido. Estaban como una chota, pensó. Creer que un trozo de terracota o un fragmento de manuscrito podían cambiar el destino de un país que tiene la bomba atómica, le parecía una auténtica estupidez.

Por mucho que el manuscrito fuera de Hipatia.

Aunque eso le había impresionado más de lo que había reconocido. Si es que era cierto, claro.

Alejandría, 25 de abril, sábado

Esta vez, Akram ha buscado un lugar más discreto para vernos que los alrededores de la Biblioteca. No es fácil, porque, en un país con noventa millones de seres apretujados en las márgenes de un río, nadie tiene derecho a la intimidad. Tampoco nosotros: yo no puedo ir a su casa, donde vive con su madre, una abuela y dos hermanas, y él no puede venir a cenar a la de una *khawaga* sin que se disparen las alarmas morales y legales. Ha sugerido el restaurante de un centro comercial que pretende emular a la vez a Dallas y Dubái. Cuando entro, entiendo por qué. Seremos engullidos por olas de familias que vienen a pasar la tarde y por riadas de chiquillos que ocupan todos los resquicios dejados por los adultos. Perdidos entre la multitud pasaremos desapercibidos.

Llega media hora tarde, cuando ya empezaba a inquietarme, porque acostumbra a ser puntual, pero no me puedo quejar, con todo lo que está haciendo por mí. Juntos buscamos una mesa apartada, cerca de la cocina, donde el olor a cilantro será todavía más fuerte pero no tendremos a las niñas y a los niños encima.

—Si me has citado tan temprano debe de ser porque tienes algo —le digo, sonriendo, para intentar romper su ademán, más severo que de costumbre.

—*Shuaia-shuaia*, Aileen. Un trabajo como este no quiere prisas —me advierte, utilizando la primera de las expresiones que conviene aprender en Egipto.

Hay que ir paso a paso, cierto, pero el comisario de Attarin me ha vuelto a citar, y me temo que sus tiempos sean otros.

—Tengo una media frase, pero bastante interesante —anuncia, volviendo a coger la servilleta de papel.

—No hace falta que la escribas… —sugiero, para ir al grano, pero no me hace caso.

—¿Ves esta expresión? —dice, señalando la foto del manuscrito y escribiéndola en griego, ἀλλότριον ἀγαθόν, en la servilleta—. Se pronuncia *allótrion agathon*, que en koiné significa «el bien de los otros».

—El bien de los otros… —repito en voz baja, convencida de que con esto no llegaremos demasiado lejos.

—Sí, el bien de los otros. El resto son palabras sueltas —admite, con una cara de circunstancias que atribuyo a una cosecha léxica tan pobre.

—O sea, que nada de nada…

—No, mujer, no. Con esto, casi estoy seguro de quién lo ha escrito,

y de que se trata de una carta —avanza, ante mi perplejidad—. Ahora te lo cuento.

Pedimos unos faláfeles fritos para compartir, y yo opto por una *mulukhiia* con conejo que siempre me ha parecido el más auténtico de los platos egipcios, mientras él pide un *koshari*, una sobredosis de carbohidratos con arroz, lentejas y fideos recubiertos de una salsa de tomate que nunca es auténtica. Mientras traen el agua y la limonada, intercambiamos cuatro banalidades sobre la causa de la pobreza de la gastronomía de este país comparada con la de cualquier otra cocina árabe. Necesitamos dejar pasar unos minutos, él para justificarse y yo para aceptar su pretensión de identificar al autor de un texto de hace más de quince siglos por una locución de dos palabras que puede tener, imagino, muchos significados.

—Venga, veamos quién puede ser el autor… —digo, intentado no mostrar mi escepticismo.

—No es un autor, sino una autora: Hipatia de Alejandría.

—¡Hipatia!

—Sí, Hipatia, la filósofa pagana. Y lo más probable es que sea una carta suya a Sinesio.

—¿Sinesio de Cirene? Aquel filósofo cristiano alumno suyo… —comento, desplegando todo lo que recuerdo de él, que no es mucho.

—Un personaje muy interesante, que era cristiano a la vez que asistía a las clases de Hipatia, pero que continuó defendiendo ideas paganas cuando lo nombraron obispo de la Pentápolis libia, en la Cirenaica —detalla.

—¡La Cirenaica, el *silphium*! —exclamo, contenta de atar cabos.

—Eso refuerza la hipótesis del destinatario, efectivamente, pero también podemos saber quién es el autor por esta referencia al bien de los otros.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Akram? ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Una carta de Hipatia! Solo por dos palabras…

—Ya lo sé. Pero estoy seguro. Es una expresión muy conocida que aparece en la copia medieval de una carta de Sinesio —explica de manera pausada y sin que le tiemble la voz.

Viendo que no consigue disipar mis dudas, me pone al día de lo que sabe acerca de Sinesio. Lo describe como un terrateniente de la Cirenaica que estudió filosofía con Hipatia, en Alejandría. Cuando volvió a Cirene atendía quejas de mucha gente que solo podían resolverse desde Alejandría o Constantinopla. Lo hacía con tanta dedicación y eficacia que los cristianos de la Pentápolis libia a la cual pertenecía Cirene le propusieron como obispo. Un ofrecimiento que le costó mucho aceptar porque no quería renunciar a la vida ociosa que llevaba, dedicado a la lectura y la caza, y a continuar viviendo con su mujer y sus tres hijos.

—Aprovechaba su prestigio para ayudar a los que lo necesitaban. Por esta razón Hipatia dijo de él que era «el bien de los otros». Un altruista —concluye.

—¿Cómo podemos saberlo, si no se conserva ningún texto suyo?

Akram viene preparado. Me cuenta que se conservan más de ciento cincuenta cartas de Sinesio en copias medievales, además de una decena de obras filosóficas, propias de un erudito que tenía formación filosófica y una curiosidad infinita. Saca de la cartera un libro con las cartas traducidas al inglés y, abriéndolo hacia el final, lee un pasaje de la carta número 81 que tiene subrayado: «Tú decías que yo era «el bien de los otros» porque hacía servir en favor de los amigos el respeto que merecía entre los muy poderosos». Con paciencia de pedagogo, me explica que, en todas las ediciones del texto griego, «el bien de los otros», figura entre comillas, y que eso es lo que le ha permitido concluir que Sinesio cita un elogio que Hipatia le habría hecho en alguna ocasión.

—¿Entiendes por qué es tan famosa esta expresión? Piensa que son las únicas palabras que se le pueden atribuir a Hipatia. A través de Sinesio.

—¿Y cómo sabes que este manuscrito es suyo y no del mismo Sinesio? —pregunto, atribulada por la rapidez con la que ha deducido la autoría de la carta.

—¡Porque no hay comillas, Aileen! No hay comillas como pasa en la copia medieval. No estamos ante una citación, sino ante una afirmación.

Me cuesta aceptar que Akram pueda determinar que estamos ante una carta, y que pretenda saber quién la escribió y a quién iba dirigida, con tan poca información. Debe de ser eso la grandeza de un trabajo como el suyo, pero yo no soy una helenista acostumbrada a dar por buena este tipo de hipótesis. Para avanzar en la investigación sobre la muerte de Sherif necesito certezas, no especulaciones. No las tenemos, y no puedo esperar. Corro el riesgo de que me mande a paseo, pero insisto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que el destinatario era Sineso?

—Porque se lee el nombre de Evoptio, el hermano de Sinesio, e Hipatia se refiere a él como «tu hermano».

—«Tu hermano»… —repito, lacónicamente.

—Si añadimos que sabemos de dónde proviene el envoltorio, por el *silphium*, ya lo tenemos, Aileen. Con menos información se ha determinado la autoría y origen de muchos documentos históricos.

—Supongámoslo —asumo, pidiéndole que me cuente más cosas sobre Sinesio—. Tuvo que ser un personaje fascinante…

—Y que sigue provocando controversia, porque los cristianos no acaban de reconocerlo y los paganos nunca han entendido por qué

aceptó el cargo de obispo.

Akram habla de él con tanta pasión como cautela. Se nota que sabe bastante acerca de él. Lo que no sé es si le cautiva o le irrita. Me pregunto cómo debe de digerir una personalidad tan contradictoria como la de Sinesio, habida cuenta de que sus convicciones religiosas son de pura cepa. No sé si lo ve como un hombre de fe dudosa, prisionero de sus creencias y los mitos que poblaban el imaginario de los paganos, o como un cristiano de nueva planta que buscaba el camino cuando la nueva religión todavía no había sido canonizada.

Prefiero no preguntárselo para no incomodarlo. Comemos poco. Estoy confundida por la pista que se acaba de abrir, y me parece que Akram está raro. No parece tener la misma ilusión por el descubrimiento que cuando hablaba del griego koiné. Frío, el *koshari* tiene incluso peor aspecto. Los fideos y el arroz se han fundido en una amalgama punteada por unas lentejas de piedra. Mi *mulukhiia* se ha convertido en una baba viscosa imposible de llevarse a la boca, y solo las pelotitas de falafel mantienen la dignidad de una cena en la que la comida ha perdido toda importancia.

—Si he entendido bien —apunto—, sería el primer manuscrito de Hipatia…

—El primero en mil seiscientos años —subraya Akram, capaz de llegar a una conclusión como esta sin cambiar el tono de voz.

—Por lo tanto, un documento de valor incalculable —añado, pensando en Sherif.

Tal vez consideraba que Hipatia era un mito sin huella, porque nunca me la mencionó. Y seguramente recelaba de la historia de su muerte, porque oscurecía la de Alejandría. Aun así, intuyó que tenía en sus manos una pieza excepcional. Un sueño para cualquier anticuario. También debían de saberlo los que le mataron para robarle la arqueta. ¿Sabían que se estaban llevando el manuscrito de Hipatia? ¿Es eso lo que explica el crimen?

—De todas formas —matizo—, por muy importante que sea esa carta, no es uno de esos manuscritos que afecten al relato de la Biblia…

—Depende de cómo lo mires —añade, enigmático—. Para los que no comulgan con la idea de un solo Dios, puede ser una especie de Evangelio pagano.

Me sorprende su salida de tono, habida cuenta de su condición de musulmán tradicional. Cada vez me deja más estupefacta. Es un personaje desgarrado entre sus creencias religiosas, que son absolutas, y una vocación de investigador que le ha llevado a estudiar a filósofos neoplatónicos alejandrinos. Me pregunto cómo debe de gestionar este conflicto, si es que puede. Conmigo habla poco de religión y siempre se ha presentado como un estudioso aplicado y obsesivo de la

Alejandría griega y romana, una sociedad en la que los dioses eran muchos y no eran monolíticos como los que vinieron después. Pero él, todos los viernes, va a la mezquita. A una de las más retrógradas, según me advirtió un día Maryse.

En algo tiene razón. Hipatia es un mito que no tiene fronteras. Lo descubrí cuando vivía en Estados Unidos.

La primera vez fue en la universidad, cuando constituimos un grupo de amigas para denunciar el acoso sexual que sufríamos en el campus y le pusimos el nombre de Hipatia. «Es el de una mujer que murió a manos de unos hombres despiadados», dijo la que lo sugirió, para justificar la propuesta. A raíz de aquella decisión me aboné a *Hypatia*, una revista filosófica feminista que todavía debe de llegar a mi buzón de Milwaukee.

Unos años después, recién separada, una vecina me propuso participar en un fórum de mujeres que buscaban la paz practicando nuevas formas de espiritualidad. No tuve tiempo de asistir porque ya había decidido irme a Alejandría y porque no estaba muy convencida, pero todavía guardo el libro que les servía de guía. Se titula *La sabiduría de Hipatia*. Descubrí buena parte de lo que sé sobre ella antes de llegar a Egipto.

Cada vez estoy más convencida de que el manuscrito es la pista que nos puede llevar al asesino de Sherif. Cuando sepamos los motivos de quien lo mató, habremos dado un paso decisivo.

—En cualquier caso, debe de ser imposible venderlo en el mercado negro sin que se disparen todas las alarmas —argumento, volviendo al asesinato.

—No creas. El mundo está lleno de millonarios locos, dispuestos a pagar lo que sea para tener una caja como esta —comenta Akram, refiriéndose a los hurtos por encargo.

Creo que lo dice porque, en Egipto, este tipo de robos alcanzó una dimensión colosal a partir de Napoleón, cuando estatuas, sarcófagos, esfinges de granito y momias de todas las dinastías aparecieron en los museos de medio mundo, y las bibliotecas rivalizaban en papiros y pergaminos de todas las épocas. Levantar un obelisco en medio de una plaza se convirtió en la obsesión de todas las ciudades europeas con pretensiones coloniales.

Aun con este historial de ladrocinio, la hipótesis de un encargo criminal no me convence. ¿Quién podría saber que estos fragmentos de manuscrito contenían uno de los secretos más bien guardados de la historia alejandrina?

—Supongo que no puedes ir mucho más allá con estas fotos —aventuro, reconociendo que necesitamos más información.

—No, pero en unos días tiene lugar un congreso en el que dicen que unos norteamericanos de Yale presentarán una carta manuscrita de

Sinesio dirigida a su hermano Evoptio y…

—¡Otra carta! Pero ¿no decías que estaban todas publicadas? —pregunto, señalando el libro que todavía tiene en la mano, y atónita por la coincidencia.

—Según dicen, es un manuscrito de época y no una copia medieval como las que conocemos hasta ahora —precisa, devolviendo el libro a la cartera.

Por lo que veo, los dioses del Olimpo nos han abierto los archivos de la Grecia antigua. Cuando se lo comento a Akram para relajar el ambiente, que me parece espeso, me recuerda que, si ha intervenido alguna divinidad en todo esto, tiene que ser Serapis. Era el más alejandrino de todos los dioses, griego y egipcio a la vez, y el más conocido en todo el Mediterráneo oriental, con su barba de hombre heleno, un medidor de grano en la cabeza para exhibir los atributos de la fertilidad y un cetro con una serpiente en la mano, como dios de la medicina.

El congreso tiene lugar en Nápoles, y Akram asegura que el mundillo helenístico está excitado por una noticia que publicó el *New York Times* hace dos días, según la cual en el transcurso del mismo se presentará una carta de Sinesio descubierta en el monasterio de Santa Catalina. ¡Una carta original!

—Deberíamos de hablar con el jefe del equipo de Yale, un tal Martin Yarnit, una eminencia —sugiere Akram.

—¿Todavía se encuentran manuscritos tan antiguos? —pregunto, sin responder a la propuesta de hablar con el tal Yarnit. Me sorprende viniendo de un hombre tan pusilánime como él.

—Lo han descubierto en un palimpsesto.

—¿En un palimpsesto?

—Perdona —dice Akram, antes de lanzarse a una larga disquisición sobre los palimpsestos.

Con aires de profesor, me explica que se trata de antiguos manuscritos reutilizados por copistas que o bien no podían hacer frente al coste prohibitivo del pergamino, o bien querían hacer desaparecer un texto poco ortodoxo escribiendo encima. Durante siglos no se han podido leer, pero ahora, con las nuevas técnicas espectrales como las que utilizan esos norteamericanos de Santa Catalina, se consigue recuperar el texto original.

—Son una mina —exclama, antes de soltar, de forma enigmática, que esta carta de Sinesio puede aportar mucha luz.

—Pues sí, habría que localizar a ese profesor.

—Deberíamos de ir a Nápoles —sugiere, sorprendiéndome de nuevo por su atrevimiento.

—Muy bien. ¡Vayamos, Akram! Es una ciudad fantástica —le digo, intentando que supere el miedo que lleva encima, a pesar de la

cosecha del día.

—Yo no voy a poder, Aileen. No tengo visado, y los italianos tardan más de tres semanas en extenderlo.

—Mierda. ¿Crees que puedo ir yo?

—Es una reunión de expertos, pero puedes utilizar la invitación que hemos recibido en la Biblioteca. Te facilitaré una carta.

—Tendrás que darme un cursillo acelerado sobre Hipatia, Sinesio y los palimpsestos —le pido, afectuosamente, conmovida por una disposición que demuestra complicidad. No responde a mi afecto.

Cuando se levanta para pagar, me doy cuenta de que lleva unos vaqueros de cintura baja y una chaqueta ceñida de tres cuartos sobre un Lacoste chino amarillo canario y pienso que también él es como un palimpsesto, con una personalidad desconocida oculta bajo la de un acérrimo burócrata. Le observo mientras vuelve de la caja, con la mirada pesarosa y la barba un poco más crecida, hasta que me entra un whatsapp en el móvil:

> Lunes 12 am
> Kom el Shoqafa
> Mensaje agatodaimon
> Venga sola

¡Está enviado desde el móvil de Sherif!

¿Quién me manda el mensaje? ¿Cómo puede tener el móvil de Sherif? Debe de ser el asesino, cree que quiero comprar el manuscrito. ¿Me lo quiere vender o es una trampa? No le digo nada a Akram para no estropearle su día de gloria, pero me cuesta contener las palpitaciones.

Las catacumbas de Kom el Shoqafa son funestas, pero no tengo alternativa. No merece la pena que le llame, porque no contestará. Además, nunca marcaré el número de Sherif. ¡Nunca! La referencia a las estatuas de los *agatodaimon,* que conozco bien, es todavía más estrambótica. Vuelvo a leer el mensaje y me abruma la desconfianza. ¿Por qué una fórmula tan extravagante si quiere hacerme una propuesta? Bajo tierra y ante la mirada de unos espíritus ptolemaicos…

Iré.

Akram, entre tanto, me sugiere una bibliografía que nunca podré asimilar. Mientras que yo quiero saber por qué han asesinado a Sherif, él quiere confirmar que Hipatia de Alejandría es la autora de las pocas palabras que ha podido ligar, así como que el destinatario de la carta era Sinesio de Cirene. Para mí, el reto es personal. Para él, profesional. Yo busco la verdad. Él necesita reconocimiento.

¿Por qué tiene los ojos tan apagados, más que hace dos días? Si hoy

ha triunfado… Y eso que no sabe que el hijo de puta que tiene la caja quiere hablar conmigo, y que yo, insensata, he decidido ir, en lugar de llamar al comisario que es lo que tendría que hacer. Por cierto, le veré mañana.

Borro el mensaje. Ya no estoy tan segura del whatsapp.

Deben de ser cerca de las cinco, porque oigo al muecín. No puedo dormir. Llevo toda la noche leyendo los relatos sobre la muerte de Hipatia que Akram me ha prestado. Fue un crimen abominable, ejecutado durante la Cuaresma, que cambió a Alejandría para siempre. Me obsesiono con los detalles, comparando las distintas versiones que dan los historiadores paganos y cristianos. Me detengo en los matices que lo hacen todavía más abyecto, rastreando el horror del linchamiento. Oigo sus alaridos de dolor y las carcajadas infames de los curiosos, y veo a los verdugos, o me los imagino, aullando de rabia, babeando de placer, encomendándose a Dios. Le rasgaron el tribón, la túnica blanca de los filósofos, según los testigos. Todos coinciden en que la llevaron a la iglesia, el Cesáreo, que había sido edificado sobre un antiguo palacio de Cleopatra, porque querían purificar la ciudad. La condujeron arrastrándola por las calles y la despellejaron con cantos de cerámica, según asegura Sócrates el Escolástico, un cristiano coetáneo. Damascio, que era pagano como ella, cree que todavía respiraba cuando le arrancaron los ojos con los que miraba las estrellas. Murió descuartizada y sus restos acabaron en una pira, sostiene Sócrates, y Damascio añade que se repartieron menudillos por todos los barrios para atemorizar a los que todavía no se habían convertido. Eran las últimas migajas de idolatría que quedaban en Alejandría, escribe Juan de Nikiû, un obispo copto que vivió tres siglos más tarde y que la acusa de practicar ritos satánicos. ¿Quiénes eran los que la mataron? ¿Una turba de cristianos encolerizados? ¿Unos monjes exaltados venidos del desierto? ¿Los temidos *parabolani,* gente de los bajos fondos que repartían leña por cuenta del arzobispo? O, simplemente, alejandrinos que se rebelaban contra un icono, como habían hecho tantas veces con obispos, prefectos y otros símbolos del poder. Tengo que seguir leyendo. Para comprender cómo el sueño de la razón que había hecho grande a Alejandría produjo estos monstruos. Pero ahora tengo que dormir.

Alejandría, 26 de abril, domingo

Esta vez, la citación del comisario Abu Bakr es formal, a las doce del mediodía, aunque he decidido ir sin abogado. Sé que es arriesgado, pero me dejo llevar por la impresión favorable de la primera entrevista.

Al salir de casa, el *bauab* me saluda con la generosidad de siempre, pero con la mirada inquieta. Estoy tan ensimismada que le contesto con un breve *salam* a la letanía con la que me desea lo mejor para la jornada. Cuando giro la esquina, me olvido de darle la limosna al medio hombre que me espera, como siempre, metido entre dos coches mal aparcados, a la vez que levanta el tronco todo lo que puede, provocando la compasión de algunos conductores y las burlas de los niños que vagabundean por la calle.

Los policías, funcionarios y chivatos que se amontonan en la entrada de la comisaría me escrutan con tanta insolencia que no es necesario que pase por el arco electrónico. Tengo la sensación de estar cruzando uno de esos escáneres que hay en los aeropuertos y que permiten ver a los pasajeros medio desnudos. No ha servido de nada que me haya puesto el traje pantalón de raya diplomática que llevaba en las grandes ocasiones, cuando ejercía de abogada. Incluso es posible que haya provocado el efecto contrario. Por suerte, el comisario me espera con la puerta abierta, probablemente para evitarme el mal trago que sufren las mujeres egipcias cuando pasan por una comisaría.

—Buenos días, señora O'Neill. ¿Todo bien? —pregunta, mientras cierra la puerta.

—Sí, gracias —contesto, entrando aliviada en su despacho, como si este fuera un refugio.

Nos sentamos en dos butacas que no estaban cuando vine hace dos días. Son altas y funcionales, y creo que las ha mandado traer porque se dio cuenta de que no me sentí nada cómoda en las otras. Me habrían estropeado el traje.

—Ya tenemos al asesino —anuncia sin preámbulos, con el mismo tono afable que utilizó anteayer, pero con un punto más de firmeza.

—¡Vaya! Felicitaciones, comisario. Estoy a su disposición. Supongo que ustedes practican el reconocimiento como nosotros, mezclando al sospechoso con otros delincuentes.

Lo sé por las series de televisión a las que soy aficionada y porque lo hicieron con Patrick, colocándolo entre depravados de diversa condición, para ver si una prostituta a quien también había mandado al hospital podía reconocerle.

—Será difícil porque está muerto. Estas son las fotos —dice, alargándome una carpeta y advirtiéndome de que no son agradables de ver.

No lo son, efectivamente, porque el hombre tiene la cara hundida y las piernas vueltas, rotas probablemente con la misma herramienta que ha dejado al descubierto los restos del cerebro.

—¿Cómo quiere que reconozca a alguien en esta fotografía?

—Mire la otra, por favor. Es la que teníamos en los archivos.

Veo al hombre que bajó las escaleras, el que me miró a la cara, con aquella bolsa en la mano. No viste el traje de los domingos y lleva la camisa abierta, pero es él. Ni siquiera necesito fijarme en la cicatriz que le cruza el párpado. Es él. El asesino de Sherif, con la misma cara llena, la frente prominente y el pelo corto y ensortijado. Se lo digo.

—¿Quién es?

—Un *baltaguiya* del barrio de Anfushi, donde había trabajado de estibador, detenido en varias ocasiones, algunas por robo y otras por prostitución.

—¿Un proxeneta?

—Llevaba chicos de la calle a hoteles de mala reputación.

—¿Y cómo lo han localizado?

—Lo encontramos muerto hace dos días, y todo hacía pensar en un crimen relacionado con su entorno, hasta que atamos cabos con lo que usted nos había dicho.

—Es el inconveniente de tener una cicatriz en la cara —suelto.

Lo he vuelto a incomodar, pero se recupera más rápido que la primera vez. Coincidimos en que debe de ser un chulo a sueldo que robó la caja y mató a Sherif por dinero y que ha sido eliminado para no dejar testigos. En su casa no han encontrado rastro ni de la caja, ni del manuscrito. Ni ningún teléfono móvil.

—Bien, pues ya tienen al asesino —digo, en un tono escéptico.

—No le he hecho venir para confirmar que era el asesino, porque Rana ya lo ha hecho, señora O'Neill. La he citado para hablar del manuscrito.

—Ya le dije que no soy una experta en la Alejandría grecorromana…

—Usted quizás no, pero Akram Hennawi, sí.

La referencia a Akram podría ser una amenaza, pero lo interpreto más bien como una invitación a cooperar. Y no tiene sentido negar que le he visto dos veces, porque ya deben de saberlo. En cualquier caso, es mejor que sea yo la que esté aquí que no él. Ha llegado el momento de colaborar.

—De acuerdo, comisario. Ya sabe que tengo tanto o más interés que usted en saber quién mató a Sherif Abu Khadra. Cuénteme lo que ustedes saben, y yo le diré lo que pensamos sobre este manuscrito —le

propongo.

Espera a que me sirvan el zumo de limón natural sin azúcar que he pedido y me cuenta cómo han llegado hasta el *baltaguiya*. No ha sido por casualidad. El anticuario de la tienda de al lado, que se había beneficiado de sus servicios, se extrañó al verle entrar en la tienda, tan elegante. En un primer momento no dijo nada, para no desvelar el tipo de vida que llevaba, pero cuando la policía le apretó, habló. Ayer, cuando fueron a casa del asesino, lo encontraron muerto encima de la cama, desfigurado. Junto a él había un mazo de madera de los que utilizan los estibadores, ensangrentado. Según el forense, lo mataron el miércoles.

—El mismo día que asesinaron a su amigo, poco después de hacer el trabajo —concluye el comisario—. Para no dejar pistas y evitar que conozcamos el móvil del robo.

—Pues estamos apañados, porque un asesinato sin móvil conduce a un callejón sin salida —comento, con una invitación a profundizar la complicidad. Cada vez utilizamos más el plural.

—¿Está escribiendo quizás una novela policíaca, señora O'Neill?

—No exactamente, pero he leído las suficientes para saber que en todo crimen que se precie tiene que haber un arma y un móvil. Se lo debieron de explicar en la Academia de Nueva York, supongo.

—Tenemos el arma —me dice, mostrándome la fotografía de una pistola con silenciador que han encontrado en el piso del *baltaguiya* con sus huellas únicamente.

—He oído que ahora es fácil conseguir una —digo, aludiendo al aumento del tráfico de armas procedentes de Libia.

—Con silenciador, no tanto. No creo que este tipo tuviera una pistola como esta. Es de profesionales y probablemente viene de fuera…

—La culpa es siempre de los extranjeros, ¿verdad?

—No se lo tome a mal. Aquí tenemos criminales capaces de lo peor, pero no delincuentes lo suficientemente leídos para apreciar el valor de ese manuscrito y lo bastante escrupulosos para matar con silenciador —argumenta.

Mientras me cuenta las diferentes hipótesis con las que trabajan, ojeo la carpeta que me ha dado y veo fotografías de Sherif que no me enseñó cuando vine el viernes. Es su cadáver visto desde todos los ángulos, con el tiro que le entró por la frente dejando un agujero de contornos bien dibujados, limpio, que parece más el de una trepanación aséptica que el de una muerte violenta. La siguiente foto ha sido tomada desde el otro lado, cerca del cráneo, para ilustrar la trayectoria de la bala. Muestra un orificio rodeado de huesos triturados por donde se le escapó parte del cerebro y la vida.

—¡Hijo de puta! —exclamo—. Tenía cuatro hijos e iba justo de

dinero, pero le puedo asegurar que nunca me ofreció una pieza robada.

—Sabemos que era un hombre honesto.

—No como su chivato —comento, refiriéndome a Hosni, el anticuario que les había revelado que yo estaba cerca de la tienda.

Sonríe. Parece feliz con nuestras sutilezas y yo también me siento cómoda. Demasiado cómoda, quizás. Sabe que necesitamos confiar el uno en el otro. Él tiene dos cadáveres cargados de enigmas y yo las fotos borrosas de una arqueta y de unos fragmentos de un manuscrito escrito en griego koiné. Poca cosa. Si queremos descubrir quién dio la orden de matar a Sherif, tenemos que poner sobre la mesa los cadáveres y el manuscrito, todo a la vez. La Alejandría actual y la de Hipatia. Creo que lo ha entendido. Sabe que para avanzar necesita entender por qué este manuscrito es tan importante.

Me parece que me ha contado todo lo que saben. O lo más significativo.

—Es su turno —sugiere.

—Poco antes de morir, Sherif me mandó dos fotos —explico, sacando mi teléfono del bolsillo.

—No hace falta. Las tenemos.

—¿Las han visto en su móvil? —pregunto, extrañada por el hecho de que no lo haya comentado antes.

—No. No encontramos ningún móvil. Tampoco en casa del *baltaguiya*.

—¿Y cómo las han obtenido? ¿Han interceptado mi cuenta de whatsapp? —digo, más resignada que cabreada.

—Podríamos hacerlo, pero necesitaríamos la colaboración de Obama y todavía no hemos llegado a este punto —responde, sonriendo, antes de explicarme que las han visto en la mesa de Akram Hennawi—. Un sabio —añade, en un tono que no parece irónico.

—Pues así ya lo sabe todo, comisario —sentencio, sin mostrar un especial enfado porque hayan hurgado en el trabajo, y quizás en la vida, de Akram.

—Si lo he entendido bien, ese manuscrito puede ser un descubrimiento sensacional porque no se ha conservado nada de lo que Hipatia escribió —reconoce.

Ha pasado dos noches sin dormir, googleando sobre ella y Sinesio de Cirene, y se muestra maravillado por su incursión en un capítulo de la historia de la ciudad que los alejandrinos conocen poco y mal. Pero insiste en que la importancia histórica del manuscrito no explica el crimen.

—Se me escapa algo —admite—. Se nos escapa algo —repite, pluralizando.

Le doy detalles de cómo Akram ha llegado a la conclusión de que el

manuscrito es una carta de Hipatia, analizando las pocas palabras que se pueden leer. También menciono el artículo del *New York Times* que anticipa el descubrimiento de un manuscrito de Sinesio encontrado en Santa Catalina y que sería de 414.

—Me han hablado de él, pero todavía no lo he leído. ¡Qué coincidencia!

—No haga como los árabes, comisario, no vea conspiraciones por todas partes —digo, riendo.

Él también ríe, pero se le ve preocupado. Cuanto más se complica el caso, más difícil le resulta entender el móvil del crimen. Y cuando añado la especulación del *Times* sobre el impacto que puede tener el manuscrito de Sinesio en la revisión de la historia del cristianismo en Egipto, frunce el ceño y dice lo que hace rato viene pensando.

—El móvil debe de ser político.

—¿Político?

—Sí, señora O'Neill, político, y con lo que dice el periódico estoy todavía más convencido.

—No especulemos, comisario, el descubrimiento del Sinaí puede ser una casualidad.

—Es posible, pero no estamos en Estados Unidos —advierte—. Somos una región en la que la historia y la arqueología tienen siempre una gran carga política.

—De todas formas —pregunto, volviendo al manuscrito—, ¿cree que unos documentos de hace diecisiete siglos pueden acarrear consecuencias hoy en día?

—Lo que yo crea no tiene interés, lo que importa es lo que dicen en El Cairo…

—¿En El Cairo?

—Sí. Están preocupados porque todo esto coincide con una visita del papa prevista para mediados de mayo. Y cuando han leído el *Times*, se han puesto más nerviosos todavía.

—No lo sabía. Eso sí que es una coincidencia…

—Lo ve, ¡usted también empieza a razonar como los árabes! —dice, mientras le estalla la risa. Es una risa amplia, desinhibida, que le abre a boca y le estira los ojos mientras hace un gesto de complicidad.

Nos reímos los dos, pero la risa nos dura poco. Tenemos dos asesinatos, una carta de Hipatia, un artículo del *New York Times*, el palimpsesto de Sinesio y la visita del papa. Probablemente sea casualidad, pero entiendo que esté preocupado. Insiste en que el viaje del pontífice se hará público en un par de días, y que el Gobierno está muy atento a cualquier cosa que pueda perturbarlo.

—Mañana llegan refuerzos desde El Cairo —dice, precisando que el Santo Padre también vendrá a Alejandría.

Lo que me sorprende no es solo su ademán, distinguido, ni su sonrisa, tan franca. Es la forma de razonar. No parece un comisario de la policía egipcia. Ha pasado dos noches leyendo sobre el conflicto entre paganos y cristianos en la Alejandría del siglo v y ha entendido que dos mil años no han conseguido curar todas las heridas. Él es musulmán, pero habla de los cristianos con una veneración que sorprende, y, cuando se da cuenta, me recuerda que los coptos fueron los primeros egipcios, y que Egipto también es Tierra Santa, porque Moisés se fue de aquí y la familia de Jesús se refugió también aquí huyendo de Herodes.

Organiza bien la información de la que dispone, aunque sea escasa, y ha comprendido que no progresaremos demasiado mientras no sepamos por qué han robado el manuscrito.

Yo también lo pienso. Por eso he decidido ir a Kom el Shoqafa mañana, a las doce. No se lo puedo decir.

Se levanta, se dirige a la ventana, que da a la calle Fouad. Tiene un cuerpo atlético y un andar parsimonioso. Se le ve pensativo, abrumado.

—Mire cuánta gente —dice, señalando los coches que colapsan la calle y las olas de transeúntes que desbordan las aceras—. ¡Qué ciudad! —exclama—, ¡qué ciudad!

—Le mantendré informado de las investigaciones de Akram Hennawi, comisario, por si se pierden alguna cosa —digo, irónicamente, para relajar el ambiente. Está preocupado, pero sonríe.

—Aileen…, ¿puedo llamarte Aileen?

—Bueno… —balbuceo, incómoda—. Como quiera…

—Si en Nápoles te enteras de alguna noticia importante, llámame, por favor.

Estallamos en risas mientras nos levantamos y nos damos la mano, en lo que parece un pacto de sangre. Hoy, sus dedos me parecen todavía más largos. A partir de ahora, nos lo contaremos todo. Todo lo que tenga sentido contar. Estoy segura de que mantendrá cosas en secreto, pero yo también. Es normal, pero la confianza está ahí.

—¿Cómo ha sabido que iba? —pregunto antes de salir, y sin que pueda tutearlo.

—En Alejandría no se vende un billete de avión sin que lo sepamos. Por si acaso, apunta mi móvil —añade, mientras hace un gesto que queda a medio camino para cogerme del brazo y acompañarme hasta la puerta.

Mientras regreso a Kafra Abdu, mi barrio, agrego a mis contactos el número de móvil que me ha dado. Creo que tengo un aliado. Un hombre que quiere saber la verdad, a pesar de las derivaciones políticas del caso. Me ha hablado del viaje de papa, que no es público,

y no tenía ninguna obligación de hacerlo, y no ha hecho ninguna pregunta que revele desconfianza. Tampoco ha mostrado incomprensión por el hecho de que una extranjera tenga la pretensión de investigar la muerte de un amigo suyo en una ciudad tan complicada como esta.

No le he hablado de la cita que tengo mañana, para no comprometerlo, pero tendré que explicárselo.

Al llegar a casa, el *bauab* me saluda con el *massaa el kheir* habitual, pero le veo nervioso, con la mirada angustiada. Acostumbrado a verme tan enclaustrada, le debe de parecer extraño que entre y salga tanto, por mucho que sea una *khawaga*. Cuando alquilé el piso, incluyeron entre las ventajas del contrato que el inmueble tenía como portero un *saaidi*, por la lealtad que se les atribuye. Lo consideré una rémora colonial insoportable, de cuando las familias venidas del Alto Egipto constituían el servicio doméstico del protectorado, pero la verdad es que le tengo una confianza absoluta.

El ordenador apagado es un síntoma claro del cambio que ha invadido mi vida.

Desde hace unos días, no he dedicado ni un minuto a la novela ni tampoco a mí misma. Doy vueltas por el piso como una fiera enjaulada, y me dedico frenéticamente a ordenar ideas y papeles. Solo he salido para ver a Akram y al comisario. Ni siquiera he llamado a Maryse, que vive enfrente y que ya debe de haber vuelto del Líbano. Tampoco recuerdo haberme mirado en el espejo desde que fui a la tienda de Sherif. Es como si físicamente hubiera dejado de existir. Como si fuera yo sin mi cuerpo. Sin la cara, ni la herida. Miro el tobillo y veo que todavía está la serpiente.

¿Es así como concebía la vida Hipatia de Alejandría?

Por lo que he leído, para los filósofos neoplatónicos el espíritu lo era todo. El cuerpo era superfluo. No pasaba de ser un continente y algunos, como ella, llevaron esta idea hasta las últimas consecuencias. Quizás soy así. La vida era un compromiso radical con la filosofía y un esfuerzo permanente de elevación espiritual. La mía es una obsesión. Hasta hace poco era escribir una novela. Ahora es encontrar al asesino de Sherif. Vengar su muerte. Y quizás también recuperarme de la violencia que he visto. Y de la que he sufrido.

En una esquina del panel de corcho donde tengo colgadas notas e ideas para la novela, he empezado a poner en orden papeles relacionados con el crimen de Sherif. Ampliaciones de las dos imágenes que me mandó, mejoradas por Akram, una página de el *Al-Ahram* sobre el asesinato, una bibliografía inabarcable sobre Hipatia y Sinesio, un par de artículos académicos sobre el griego koiné, un estudio sobre la importancia del *silphium* en el Mediterráneo y un PDF sobre los palimpsestos que me he bajado de Internet. También está el

programa del congreso de Nápoles que me mandó Akram, el billete de avión y la reserva del hotel que he hecho antes de ir a la comisaría.

Lo miro y lo vuelvo a mirar, como un ejercicio de concentración que me puede abrir alguna nueva pista, y de repente mis ojos se quedan clavados en el billete.

No está donde lo había dejado.

El cambio es imperceptible, pero estoy segura. Estaba colgado con una chincheta roja, al lado de la reserva del hotel, y ahora está más arriba. Solo son tres o cuatro milímetros, suficientes para que me haya dado cuenta. Me acerco y compruebo que ha sido perforado dos veces. Alguien lo ha descolgado y lo ha vuelto a clavar. Para saber dónde voy, está claro. Alguien que no puede haber entrado por la puerta, durante las tres horas que he estado fuera, porque el *bauab* le hubiera cerrado el paso.

Voy al dormitorio, que es la habitación más vulnerable del apartamento, pues dispone de un ventanal que da a un balcón de fácil acceso, viviendo como vivo en una primera planta. Me sorprende un olor a sudor ácido que no es el mío. Alguien ha entrado por ahí. Las pisadas que se adivinan sobre el polvo del suelo de la terraza lo confirman. Y el olor no engaña, tan fuerte, sobre todo para mí, que desde que vivo sola me he vuelto más sensible a todo lo que no sean mis fluidos.

—¿Se puede saber por qué habéis entrado en mi casa sin mi permiso, Abu? —le suelto, llamando al móvil que me ha dado y llamándolo por su nombre de pila.

—¿No tienes un *bauab*?

—Han entrado por el balcón.

—No ha sido ninguno de mis hombres, Aileen, te lo aseguro.

—Ah, ¿no? ¿Y quién ha descolgado mi billete para Nápoles?

—Nosotros no, te lo juro. Si quieres mando a alguien para que haga un reconocimiento.

No sé por qué le creo, pero le creo. Y le pido que no mande a nadie para no agitar el barrio.

—Por cierto —añado—, el tipo apestaba.

—Tranquila, Aileen, tengo la impresión de que hay más de una persona implicada. Ve con cuidado, aquí y en Nápoles. Y si hace falta, llámame.

Siwa, 26 de abril, domingo

El cabeza de familia de los Madanya era un hombre adusto y de pocas palabras, y cuando llegó a casa nadie se atrevió a mirarle a la cara. La madre le había preparado un plato de *romamia,* con lentejas, berenjenas y salsa de granadas, que en esta época del año estallan en los árboles, pero el hombre no le hizo ni caso.

—¿Dónde está Omar? —preguntó, mientras se quitaba los zapatos del campo y se calzaba las babuchas.

—Debe de estar a punto de llegar —dijo ella, sabiendo que el hijo no faltaba nunca a la mesa a la hora de cenar.

—Pues aparta los platos, que tenemos trabajo. Dejadnos solos.

Omar sabía que se habían reunido los hombres de la familia. Se lo había dicho su amigo Adel, por teléfono, después de ver a algunos de los Madanya en una casita que tienen cerca
de la carretera de Marsa Matrouth. En cuanto entró, saludó al
padre, que ni siquiera le miró, y se sentó, con las manos sobre la mesa. La cómoda de la madre estaba retirada y dejaba al descubierto la hornacina de donde había sacado la caja para dejársela a Erwin. Con un gesto lento y preciso, los labios apretados y las mandíbulas tirantes, el padre señaló con la mirada el agujero que quedaba en la pared. El silencio lo decía todo.

—La cogí para prestársela a un alemán que quería verla y no me la ha devuelto. Lo siento, lo siento mucho, padre —tartamudeó Omar, lloroso y atemorizado.

—¿Sabes de dónde vengo?

—Sí, padre, de hablar con los tíos.

—¿Y sabes por qué nos hemos reunido?

—Debe de ser por la caja…

—Y por el muerto. ¿O acaso no sabes que hay un muerto?

—Sí, padre. Lo vi en la televisión.

—¿Y por qué no dijiste nada? Le das nuestra caja a ese hijo de puta alemán, matan a un anticuario en Alejandría, sale el cadáver en la televisión delante de la tela de tu madre, y tú como si nada. Sin decir esta boca es mía.

Mientras el padre seguía con preguntas que no tenían respuesta, Omar soltaba dos riachuelos de lágrimas e intentaba recuperar el aliento, roto por un sentimiento de culpa infinita.

Había traicionado a los Madanya y, para intentar calmar a su padre, al que nunca había visto tan enojado, le juró que haría todo lo posible para recuperar la caja.

—¿Y qué piensas hacer, idiota, buscarla con la mototaxi?

—Hoy me ha enviado un mensaje al móvil…

—Un mensaje, ese hijo de puta… ¿Y qué dice?

—Que le robaron la caja y que quiere ayudarme a encontrarla.

—Y te lo crees, ¿verdad? —le espetó el padre, indignado, pero con un cambio en la postura que no pasó desapercibido para Omar.

—No, padre, cómo quieres que le crea después de lo que ha pasado. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Lo que tenemos que hacer es callar y resolver el problema nosotros, sin meter a nadie más por medio. Como siempre hemos hecho aquí.

En Siwa, la mayoría de los conflictos se resolvían de acuerdo con costumbres antiquísimas, basándose en la autoridad de las siete familias que habían fundado la fortaleza de Shali a principios de siglo XI, según un documento que una de las más conocidas guardaba como un tesoro.

Así era como el jefe de los Madanya quería resolver la desaparición de aquella arqueta que lo representaba todo para ellos. Buscarla donde fuera, sin decirselo a nadie que no fuera de la familia, y encontrarla antes de que la policía se entrometiera. El padre hizo memoria del día en que le enseñó la arqueta por primera vez, cuando Omar había cumplido doce años, y le hizo llorar otra vez al recordarle las veces que le había insistido en que no debía abrirla nunca. El chico no había entendido por qué, pero le había impresionado ver cómo el padre hablaba de aquella caja, con un misterio y una devoción que él creía reservadas a las cosas de Alá y del profeta.

Cuando Omar comentó que el alemán le había jurado que no la abriría, el padre estuvo a punto de darle un sopapo. Le recordó que los extranjeros no tenían palabra, y que nunca habían sentido respeto por las tradiciones de Siwa.

Se lo habían llevado todo: las piedras del templo, las maderas de Shali, las joyas de las abuelas.

Con una mueca aterradora, vaticinó que, probablemente, la había abierto antes de llegar al palmeral.

—¿Has hablado con alguien más?

—Con nadie. El único que sospecha algo es Adel, porque somos amigos y me vio preocupado cuando salió en la tele.

—No pasa nada porque es de los Sarahna, con quienes siempre hemos estado a buenas —comentó el padre, pidiéndole a continuación que le tradujera el mensaje de Erwin.

Sin moverse, Omar hizo deslizar el móvil sobre la mesa, con el mensaje en la pantalla. Era el único de la familia que hablaba inglés, pero con este gesto buscaba complicidad. Le tradujo al padre al árabe que hablan en Siwa, tan bien como pudo:

Hola Omar. Estoy en Alex

Me han robado la caja
Lo siento mucho
La encontraremos
No la abrí
Lo prometo

—¡Tu habibi! —añadió el padre, leyendo las últimas palabras, las únicas que había entendido y que Omar, por vergüenza o por prudencia, no había traducido.

El jefe de los Madanya se levantó con una parsimonia inquietante y se acercó al hijo, quien cerró los ojos, esperando el sopapo de su vida. Pero en lugar de eso, Omar notó sus manos, ásperas y huesudas, en sus hombros.

—¡Levántate!

Abrió los ojos, obedeciendo. El padre, más alto y macizo, lo agarraba fuerte y lo sacudía, lentamente, con una fuerza contenida que lo atemorizaba.

—Mira, Omar. Si recuperas esa caja, serás digno de nuestra familia.

—¿Y si no la encuentro? —se apresuró a decir el chico.

—Tendrás que irte lejos, muy lejos, donde ningún Madanya pueda encontrarte nunca.

El padre resumió cómo veía la situación después de hablarlo con sus hermanos. Habían matado al anticuario para robarle la caja, de eso no tenían ninguna duda. Pero no podían saber si este la tenía porque se la había comprado al alemán, o si este solo se la había dejado en depósito, para buscar un comprador. Si se la había vendido y había cobrado, ya debía de estar muy lejos y sería difícil encontrar nuevas pistas. Pero si solo la había dejado, como parecía lógico, entonces todavía podía estar en Alejandría, intentando recuperarla. Es lo que se deducía del mensaje, aunque no se podían fiar. Sin embargo, no les quedaba más remedio que acudir e intentar localizarle.

Fue haciendo frente a las dificultades de la vida como el padre de Omar aprendió a dominar los arrebatos. Había pasado más horas colgado en las palmeras que en la escuela, pero era el más astuto de los hermanos. Era prudente cuando era necesario y decidido cuando tocaba. En el pueblo lo sabían y le apreciaban. Les había aconsejado cautela durante la revolución, aprovechar la ocasión para conseguir mejoras, y le habían hecho caso. Desde entonces, la gente le reconocía un papel que nadie más podía ejercer. También los políticos que gestionaban los asuntos de Siwa desde El Cairo o Alejandría. El comisario del pueblo le respetaba.

—Cuéntame cómo es ese alemán —pidió—. Para cazar a una bestia hay que saber de qué pie cojea.

Lo había visto un par de veces en el bar de la plaza y algunas maledicencias corrían por el pueblo, como siempre ocurría con los extranjeros, pero no sabía gran cosa de él.

Omar bajó la voz porque la madre y los hermanos estaban tras las cortinas, y no se dejó nada en el tintero. No tenía por qué esconderse de lo que había sido una relación como la que tienen muchos jóvenes del pueblo, pero el padre quería descubrir los puntos más vulnerables de Erwin, si los tenía. Lo quería saber todo. Las cosas importantes y las que lo parecían menos. Qué hacía en el pueblo, o qué decía que hacía. Cuándo había llegado. Qué libros tenía en la casita del palmeral. Qué música escuchaba. A quién trataba, si es que trataba con alguien más. Preguntó por sus manías, incluso las más íntimas.

Mientras exprimía los recuerdos de los últimos meses, Omar pensó en la foto que se habían hecho arriba, en la Montaña de los Muertos.

—Tengo un selfi donde salimos los dos, padre —exclamó, con la ilusión de aportar una primera pista.

—¿Un qué?

—Una foto que nos hicimos juntos en lo alto del Gebel al Maut, el día que lo conocí —explicó, mientras buscaba el archivo en el móvil.

Al verla, el padre pensó que les serviría de muy poco: tenían demasiado sol detrás y apenas se adivinaba la cara de un hombre de unos cuarenta años de mandíbulas angulosas y pelo recogido, como el de una mujer.

—Llevaba coleta —precisó Omar.

—De eso ya me había dado cuenta —replicó el padre, volviendo a hacer una mueca.

—Si lo veo le reconoceré, aunque sea de aquí a cien años —dijo Omar, irritado al ver la foto del culpable de todo el mal que había hecho a los Madanya.

—No tenemos cien años —aclaró el padre—, y él no volverá, no te hagas ilusiones. Tienes que ir a Alejandría mañana mismo.

—¿Y cómo lo hago para encontrarle, padre? —preguntó el chico, que conocía al alemán y sabía que era listo como un zorro.

—Como sea. Haz lo que haga falta. Lo que haga falta, ¿me has entendido?

—Sí, padre. Iré a casa de tío Khaled.

—Es lo que estaba pensando. Coge la *mashrua* que sale de madrugada. Llegarás por la tarde. *¡Inshallah!*

—¡Si Dios quiere! —repitió Omar, que se sentía abrumado por aquella tarea que su padre le encomendaba, pero honrado por la responsabilidad que le otorgaba. Salvar el honor de los Madanya.

«Si está en Egipto, le encontraré», se dijo a sí mismo, con un afán que le brotaba de las entrañas.

Alejandría, 27 de abril, lunes

La primera vez que fui a Kom al Shoqafa el desengaño fue absoluto. Pisando la explanada caótica que hay en la entrada, donde yacen sarcófagos tan imponentes como anónimos, nunca hubiera imaginado que este talud de ruinas apelotonadas escondiera los vestigios más reveladores de la Alejandría grecorromana. Cuando bajé a la primera de las tumbas, siguiendo la guía de Alejandría que
escribió E. M. Forster hace casi cien años, pensé que el autor me estaba tomando el pelo. Y solo cuando descendí a la
segunda, por una escalera de caracol desajustada, tuve una prueba de lo que había sido la ciudad de los vivos, viendo lo que quedaba de la de los muertos.

Cuando se lo expliqué a Akram, sonrió y se encabezonó en que fuera de nuevo.

—Si no te acercas con una actitud diferente, no entenderás nunca el milagro de Alejandría —me dijo, con la grandilocuencia con la que siempre habla de la historia de la ciudad.

Fuimos juntos, y de la prueba pasé a un viaje a la ciudad antigua que nunca he olvidado.

Hoy voy al grano. Paso de largo los ataúdes de mármol esparcidos por la necrópolis. Ando tan rápido que provoco el aleteo frenético de las palomas que anidan ahí. No sé si se asustan al verme o si están inquietas porque el tiempo está alterado. Voy directa a la tumba principal y me cuelo, sin que ninguno de los chicos que esperan a los turistas en la entrada tenga tiempo de reaccionar. Cuando llego abajo, al segundo nivel, estoy sola.

A veinte metros bajo tierra y veinte siglos más acá.

Pasé tanto rato aquí con Akram que no me cuesta nada localizar los espíritus vestidos de serpiente a los que se refiere el whatsapp. Se llega por un sendero de maderas mal clavadas limitado por dos cuerdas deshilachadas. Cuando llego frente a las dos estatuas esculpidas en la piedra calcárea bañadas por una luz temblorosa y amarillenta, el ambiente es de lo más lúgubre. Son los *agatodaimon*.

Me aferro a la idea de que estos genios son de los buenos y que todavía hay gente que los venera, para no atolondrarme más de la cuenta.

Estoy sola. Hipnotizada por las dos serpientes que presiden la entrada del nicho principal. Tiene razón Akram. Son las más imperiales que conozco, y no es de extrañar que sean tan queridas. Todo se remonta a cuando se encontraron serpientes mientras construían los cimientos de la ciudad y las añadieron al panteón de los

espíritus locales, siguiendo el augurio de unos adivinos. Ninguna de las creencias que han venido después ha conseguido erradicar el respeto que la gente les tiene. Quizás porque son muy alejandrinas, con su doble corona faraónica, un *kerykeion* romano y una *thyrus* griega a cada costado. Y la majestuosa medusa que llevan encima, para atemorizar a los intrusos.

Forzando la vista bajo la luz trémula de la catacumba, veo un papel doblado bajo la cola de la serpiente que tengo a mi derecha. Como estoy sola, me acerco a la cuerda. Tendré que pasar una pierna por encima para poder llegar. Me estoy metiendo en un lío. Si me pillan, me mandan directa a comisaría, acusada de tratar de dañar uno de los símbolos de la ciudad. Me agacho para poder tocarlo, y el crujido de la madera provoca un estrépito pavoroso que rebota de nicho en nicho. Ya no puedo dar marcha atrás. Con un último gesto insensato, me abalanzo sobre el reptil abrazándolo, mientras que con la mano derecha cojo el papelito.

Para volver al camino de madera no me queda otra que tirar fuerte de la cuerda. No cede. ¡Estoy arriba de nuevo! Voy sudada, enharinada de piedra calcárea, y creo que me he hecho una herida en la frente. Despliego la nota pensando que puede ser un mapa, no sé por qué. Quizás he visto demasiadas películas…

No es un mapa, sino un mensaje. Está escrito en inglés y en mayúsculas:

> TENEMOS LA CARTA. ES DEL AÑO 414. CRITICA AL PATRIARCA Y PROPONE UNA SÍNTESIS ENTRE PLOTINO Y PABLO DE TARSO. NO QUEREMOS DINERO. DEJE LA NOTA DEBAJO DEL OTRO DAIMON SI QUIERE RECIBIR UN NUEVO MENSAJE.

Obedezco.

¿No sería más conveniente llamar a Abu para que sus hombres peinen los alrededores de Kom el Shoqafa y capturen a este loco? Lo descarto. Dejo para más adelante el mensaje, con su elipsis filosófica y el anuncio de un nuevo episodio. Si quiero saber qué pasó en la tienda de Sherif, no me queda más remedio que aceptar el juego macabro de este psicópata. Es la única pista que tengo. Debe de estar fuera para comprobar que he seguido sus instrucciones. Estoy a su merced, pero si piensa que solo busco una caja con un manuscrito se equivoca.

Busco a un asesino. Le busco a él.

La segunda operación es más sencilla. Un bloque de mármol inclinado me permite llegar al otro *agatodaimon* sin tener que lanzarme contra la pared. Dejo la nota debajo de la cola, doblada, después de hacerle una foto con el móvil.

El silencio es tan absoluto que me inquieta. Hay alguien más. Estoy segura. ¡Es ese cabrón! Me ha estado espiando todo el rato, desde el laberinto de pasadizos y tumbas que me envuelve. Debía de estar

escondido en el vestíbulo de Caracalla, aquel emperador que no toleraba las bromas. Cuando me doy la vuelta para irme, creo adivinar una sombra. Pero con esta luz medio muerta todo parece un poco huidizo. Subo corriendo, alejándome de los genios. Cerca de la salida, mientras me sacudo los vaqueros y la camiseta y me arreglo como puedo el pelo cubierto de tierra, me sorprende la escasa claridad que viene de la boca de la tumba. Es como si la luz del sol se hubiera vuelto tan amarilla como la de abajo. Cuando asomo la cabeza a la explanada, no veo los sarcófagos.

Un viento denso y caliente se ha apoderado del barrio. De tan espesa como es la calima, a duras penas adivino la salida. Es una tormenta de *chamsin*.

Al ver a la única *khawaga* que ha venido en todo el día, los dos policías de la entrada ponen cara de pedir perdón por la sacudida del desierto. No saben que, de hecho, me alegro, porque así no pueden verme bien la cara, ni las manos, rebozadas, ni se dan cuenta de que tengo las caderas empolvadas y un hilillo de sangre cerca de la ceja.

La tormenta lo complica todo. Deben de ser las serpientes. Los *agatodaimon*, en cólera por mi atrevimiento. O los adivinos, que alertan de un mal augurio.

Cuando llego a casa, con la arena y la cal de la piedra imprimidas en la piel y en la ropa, el *bauab* se queda boquiabierto. En lugar del *massaa el kheir* habitual, murmura unas palabras que no sé si son de alarma o de censura antes de comunicarme que *madame* Maryse ha pasado y que me espera en su casa, en la calle de enfrente.

La ducha siempre ha sido mi lugar preferido para hacer limpieza. Empiezo por el cuerpo, agradecido por el agua caliente que se lleva muslos abajo la mezcla de polvo y sudor que me ha dejado rebozada. Sostengo la cara en alto durante un buen rato para que no me quede ni un resto en la nariz, ni en las orejas, ni en los intersticios de la cicatriz, ni nada pegado a la herida que me ha hecho la serpiente. Quito el cabezal, que está obturado desde hace tiempo, porque necesito más presión para asearme la piel y las ideas.

Mientras el agua desciende hasta los pies y se escapa por el desagüe, recapitulo. Tengo el mensaje grabado en la memoria de tantas veces que lo he leído mientras volvía en el taxi. El comportamiento es el de un individuo maniático. Tan obsesionado con Hipatia que ni la menciona. No hace falta.

Dice que «tienen» una carta. O sea, Abu tiene razón, hay más de un implicado. Aunque un loco como este puede utilizar el plural en un sentido mayestático. No es concluyente. Añade que está fechada el 414. El mismo año que el palimpsesto de Sinesio que presentarán en Nápoles. Tampoco nombra a Cirilo, pero sí a un patriarca que solo puede ser él, porque sucedió a Teófilo, su tío, el año 412.

«Síntesis» parece la palabra clave.

Habla de una síntesis entre el pensamiento neoplatónico de Plotino y las enseñanzas de san Pablo. Insinúa que Hipatia habría propuesto una especie de tercera vía entre paganos y cristianos. Si eso fuera cierto, sería una bomba. Tengo que conocer mejor la historia del cristianismo de Oriente y su conflicto con el mundo pagano.

Me viene a la memoria un profesor de instituto que siempre mencionaba esta idea de una síntesis entre la filosofía griega y las doctrinas cristianas. Decía que solo san Agustín se había acercado. Por lo que voy descubriendo, Sinesio le dedicó toda su existencia. Parecería que Hipatia también lo intentó. Al final de su vida y sin que haya quedado nada. No nos precipitemos. Es lo que dice este loco y muy bien se lo podría estar inventando.

Implícitamente, la nota indica el móvil del robo cuando precisa que no quiere dinero. Si el propósito no es económico, solo puede ser político. Lo dijo Abu. Aunque tampoco puedo descartar que se trate de un perturbado ávido de notoriedad.

En cualquier caso, este individuo no actúa solo, porque un hombre capaz de citar a Plotino y a Pablo de Tarso no mata a alguien a golpes de mazo. Cada vez estoy más convencida de que detrás del robo hay una organización.

Una organización guiada por una mente perversa.

¿Por qué me ha mandado ir a Kom el Shoqafa? Supongo que quiere comprobar mi obediencia y mi determinación. Necesita saber si me puede seguir utilizando. Es posible que me haya seguido desde que curioseó el móvil del pobre Sherif. Seguro que tenía mi dirección.

Salgo de la ducha con más preguntas que respuestas, pero el agua ha tenido efectos reparadores. Solo tengo una certeza: habrá un próximo mensaje porque he dejado el papelito debajo de la otra serpiente.

Sé que será más pronto que tarde.

¡Maryse! Con tantas cavilaciones casi me olvido. Que haya vuelto es una bendición, porque es la única persona a quien le puedo contar lo que me está pasando. Además, es maronita y me puede ayudar a entender a los cristianos de Oriente, aquellos que no siguieron el camino de san Agustín. Vive a dos pasos, en una de las últimas torres de la Alejandría cosmopolita que se han salvado del tsunami especulador. Me acerco en chándal y zapatillas, sin secarme el pelo.

Al ver que vuelvo a salir, vestida de esta manera y con una botella de vino en la mano, el *bauab* hace un gesto de como si fuera a reñirme, que desactivo con una sonrisa generosa que le deja desarmado.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Maryse, al ver la tirita encima del chichón rojizo.

—Me ha mordido una serpiente.

—*Un serpent? Dai* —dice, con una mezcla de francés e italiano.

Maryse Moawad es una alejandrina auténtica. Es de habla francesa, porque pertenece a una familia libanesa que vive en Alejandría desde hace tres generaciones, pero mezcla todas las lenguas que había en esta ciudad hasta hace medio siglo. Conmigo habla en un inglés trufado de francés y árabe, y se permite, de vez en cuando, una locución ita-liana. Y si no añade alguna griega es porque sabe que no la entendería. Ronda la cincuentena, tiene un cuerpo generoso y cara de luna llena y desprende una energía que compensa la escasa luz de su apartamento. No para. Como si viviera en sintonía con el ritmo frenético de la ciudad.

—Me he abrazado a un *agatodaimon* y se ha enfadado…

—¿Qué rollos me estás contando? —responde, al ver que no acabo de explicar cómo me he hecho el chichón—. ¿De dónde vienes?

—Si me sirves un *ouzo*, te lo cuento.

—Con un poco de jabugo para acompañar el vino que has traído.

—Vale, pero sin pan.

Mientras trajina por la cocina, preparando una auténtica comida, observo un cuadro nuevo que todavía no ha colgado. Es un Hamed Nada excepcional. Onírico y perturbador, como todos los de este genial pintor egipcio. Una mujer despechugada baila delante de un monstruo antropomórfico que toca una trompa gigantesca. Está rodeada de un pajarraco medio desplumado y de un gato negro como las entrañas de la tierra.

—¿Piensas que soy como esa mujer, Maryse?

—¿Y yo quién soy, el gato o el pollo? —me responde, riendo a borbotones, mientras deja sobre la mesa un *ouzo* cargado, el jabugo cortado a mano y una ensalada de *fattoush* que tiene todos los colores del Líbano, la mejor que se puede comer en Alejandría.

—Venga, dime —insiste.

A ella se lo puedo contar todo. Lo necesito. El whatsapp de Sherif, su muerte, la huida, las especulaciones de Akram, las entrevistas con el comisario, en las que quizás me extiendo más de la cuenta, el registro en el apartamento y la visita poco prudente a Kom el Shoqafa, donde me he hecho la herida, que he medio tapado, buscando la pista de un tesoro.

—¿Has bajado con el comisario?

—¡Cómo eres, Maryse! Te hablo del mal rato que estoy pasando y tú haciendo bromitas sobre el comisario.

—Tranquila. No eres la única mujer a la que le gusta.

—Oye, no quiero hablar del comisario.

—Pues yo sí. Por eso he pasado por tu casa.

Hasta entonces no me había dado cuenta del cansancio que siento. Han sido cuatro días muy complicados y la bola se ha hecho inmensa.

Me arrellano tanto como puedo, suelto un bufido inacabable y me hundo en el sofá.

—Ha venido a verme Rana —añade—. Y me ha dicho que han llegado policías de El Cairo que preguntan por tus relaciones con Sherif.

—Lo sé…

—Ve con cuidado —me dice, pasándome la mano por la frente herida.

—Hago lo que tengo que hacer, Maryse, y no pararé hasta que sepa por qué han matado a Sherif y quién ha sido.

No responde. Me sirve otro *ouzo* y me acerca el plato de jabugo mientras busca mi aprobación para comprar el Hamed Nada que le han dejado durante un par de días.

—Es fabuloso.

—¡Pero muy caro!

—A primeros de mes te puedo prestar algo de dinero…

Reímos y brindamos por la nueva adquisición.

Cuando se nos ha acabado la risa, le digo que la necesito y le muestro la foto del mensaje de Kom el Shoqafa que he tomado con el móvil. La mira de reojo y se pone muy seria, como nunca la había visto.

—Si quieres un consejo, no te metas en los asuntos de los cristianos, Aileen —me dice, dejando el vaso encima de un mueble damasquino.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que me has contado, ese manuscrito puede complicar la historia de los cristianos de Alejandría, ¿verdad?

—Yo solo quiero saber quién mató a mi amigo —respondo.

—Me acabas de decir que quieres saber por qué lo han matado.

Maryse y yo hemos conversado sobre muchos temas. De nosotras, de la Alejandría de hoy y de la de cuando ella era pequeña y paseaba por el barrio en bici. De las cosas buenas que tiene la vida y de las no tan buenas, de mi matrimonio fallido y de sus amantes imposibles, pero nunca hemos hablado de política. Ha sido de común acuerdo. Intuyo que si lo hiciéramos no nos entenderíamos. La nuestra es una amistad de piel, de risas y miradas, que no quiere grandes debates. Lo que más deseo es que la muerte de Sherif no la cambie. No será fácil porque amenaza con alterarlo todo.

—No le des demasiadas vueltas al por qué, Aileen, te puedes pillar los dedos —insiste.

—Nadie tiene que darse por aludido por un manuscrito del siglo v —digo, mintiéndome a mí misma y recordando la advertencia de Abu.

—Mira, Aileen, yo soy cristiana maronita; o sea, que lo que pueda pasar con los coptos egipcios ni me va ni me viene. Pero hay algo que debes entender.

Me habla con una contundencia desconocida en ella y, mientras toma otro sorbo de *ouzo* antes de continuar, intento quitarle hierro al asunto.

—Ya lo entiendo, Maryse, no te preocupes…

—No estoy tan segura. Vosotros, los americanos, sois como san Juan, creéis que la verdad os hará libres. Cuando fui a Estados Unidos, lo vi escrito por todas partes. Pero nosotros, los cristianos de esta parte del mundo, hemos vivido siempre con los pies en el suelo.

—¡Que lo entiendo, Maryse! —le digo, implorando que no me agobie más.

—En Oriente Próximo somos una minoría —sigue, impertérrita—, incluso en el Líbano. Y cuando eres una minoría, piensas más en la supervivencia que en la libertad. Nuestro mal no quiere ruido.

—¡Basta, Maryse! Yo no pretendía ir tan lejos —digo, sorprendida por la trascendencia que ha tomado la discusión.

—¿Has ido alguna vez al monasterio de Santa Catalina? —me pregunta, en un tono más relajado, pero continuando con el mismo tema.

—Sí, una vez.

—¿Viste la carta que tienen de Mahoma?

—¿Una carta de Mahoma? No.

—Si un día vuelves, pide que te la enseñen. Durante siglos, cuando llegaban beduinos islamizados con ganas de juerga, la sacaban por la ventana y los protegía. Eso es lo que buscamos los cristianos de Oriente. El cobijo de los que mandan.

—Lo haré —prometo, implorando que no siga con sus admoniciones.

Para tranquilizarla, le doy el número de móvil de Abu.

—Con la condición —le digo, en broma— de que no le llames para ir a cenar. Solo si pasa alguna cosa.

Lo añade a los contactos y volvemos a reír.

—Es la primera vez que tengo el móvil de un comisario —comenta con una sorna malévola.

—No parece un policía egipcio…

—Ah, ¿no? ¿Y qué parece?

—Pues un hombre muy capaz.

—¿Capaz de qué? —pregunta, sin esconder el doble sentido.

—¿Quieres parar, Maryse? —digo, con una risa nerviosa—, capaz de… ¡encontrar al asesino de Sherif!

—Y hacerte pasar por su despacho dos veces en cuarenta y ocho horas —añade, irónica, levantando su *ouzo*.

—¡No digas tonterías! —replico, con una risa, más agitada todavía.

—Está muy bueno, ¿verdad?

—Como el pan de pita que has preparado.

El reloj de la pared marca las doce pasadas.

—¡Anda! —exclamo—. Tengo que ir a hacer la maleta…

—¿Ahora? ¿Adónde vas?

—A Nápoles. Cojo el avión de Estambul esta madrugada.

—¡Nápoles! Qué suerte. Ahí hice el amor por primera vez. En una isla que hay en frente y que se llama…

—Debía de ser Capri…

—¡No, era… Procida! Ahora lo recuerdo. En la playa de Pozzo Vecchio. ¡Qué noche!

No me atrevo a comentar que mi estancia tiene un propósito diferente. Ya se lo debe de imaginar. Tampoco le hablo del viaje que hice con mi marido, porque no quiero estropearle el recuerdo que tiene de la bahía de Nápoles.

—Venga, te acompaño al aeropuerto —propone.

—Estás loca. El avión sale a las tres.

—El *ouzo* me ha despertado.

—Con una condición: que no hablemos de política.

Nos abrazamos.

Nápoles, 28 de abril, martes - 29 de abril, miércoles

En el avión me he ventilado toda la documentación acerca de Hipatia que Akram me ha descargado en el iPad, y he leído todas las cartas conocidas de Sinesio. No he dormido, pero he descubierto la grandeza de una Alejandría que desconocía. Estoy segura de que Sherif estaría contento de oírmelo decir. También me he zambullido en todo lo que he encontrado relativo al monasterio de Santa Catalina, y me he atrevido incluso con un artículo para expertos sobre técnicas de recuperación de palimpsestos.

He aprendido aquello que se puede aprender en un viaje largo como este, ¡pero válgame Dios si alguien me da la palabra!

¡Soy una insensata!

Mientras el avión avanza por la pista, recuerdo cuando vine con Patrick. Fue un calvario. Ya estábamos al final de nuestra relación, pero él se empecinó en que le acompañara a un congreso internacional de arquitectos que se celebraba en Sorrento. Era absurdo, pero accedí. Fue una trampa. Llevábamos poco más de cinco años casados, y sus celos se habían vuelto neuróticos. Se alimentaba de todo. De mi trabajo y de mis amigas. De mis silencios. Pensé que unos días en la costa amalfitana nos podían sentar bien. Que quizás volveríamos a empezar. Me equivoqué. La segunda noche que pasábamos en el hotel, que estaba en lo más alto del pueblo, me pegó por primera vez. Tendría que haber ido a la policía y no lo hice. Fue la segunda equivocación. Bajé corriendo hasta la playa y me quedé dormida en la barca de un pescador. Me encontró de madrugada. Estaba congelada y me cubrió con su cazadora, mientras me acariciaba y me miraba con ojos de loco. Me llevó hasta la habitación como si estuviera enferma. Me dijo que me mataría si intentaba marcharme. Lloré.

Al volver a Milwaukee, empezó el infierno.

Cuando cojo el ascensor del hotel Mediterráneo, al pie del barrio español, noto el mismo olor fuerte que cuando entré a escondidas en mi piso. Es un hedor áspero, inconfundible, que debo de tener alojado en algún recoveco de mi cerebro y que se activa con la claustrofobia. ¡Estoy fatal!

Salgo al balcón para ahuyentar el mal olor y la angustia, y se me pasa todo. El lomo del Vesubio dibuja un horizonte medio en bruma que muere plácidamente en mar abierto, al otro lado de la rada. En la bocana del puerto se levanta una mole de piedra negra, el Maschio Angioono, un castillo que tiene tantos padres como países han ocupado la ciudad; cuatro según me cuenta el conserje, sin que sea capaz de identificar el cuarto.

El congreso empieza mañana y tengo medio día libre. Podría volver al museo arqueológico para rendir homenaje a aquel imponente mosaico de la batalla de los salvados de las cenizas de Pompeya. Tengo una reproducción de Kafra Abdu con el rey aqueménida atemorizado por aquel joven macedonio que cabalga en un caballo encabritado. Es el mejor retrato de Alejandro Magno. No iré, porque me perdería por los espacios desorganizados y mágicos del museo. En lugar de ir hasta Pompeya, como la mayoría de los congresistas, cogeré el *traghetto* e iré a comer pescado a la isla de Procida. Le mandaré un whatsapp a Maryse para recordarle la noche de sexo rebozado de la que disfrutó sobre la arena caliente.

Seguro que le gustará.

Caldeado por las revelaciones del *New York Times* sobre la carta que han encontrado en el monasterio de Santa Catalina, el congreso ha levantado una gran expectativa. Los periódicos italianos solo hablan de eso. Mientras el *Corriere della Sera* califica a Sinesio de alumno predilecto de Hipatia, *La Repubblica* lo retrata como el filósofo de una síntesis imposible entre un mundo griego que desfallecía y el cristianismo que sacudía Oriente. Es la segunda vez que leo la palabra «síntesis». La primera fue en el mensaje de Kom el Shoqafa.

También en esto Sinesio debe de ser el alumno más fiel de Hipatia.

Al entrar en la biblioteca recuerdo que Nápoles ha sido la capital de un reino. Todo es imperial, desde los adoquines del patio hasta la escalinata de acceso a las colecciones amontonadas por los Borbones y las grandes familias de lo que los napolitanos todavía llaman *Regno 'e Napule*. Subo con tanta precipitación que solo veo de reojo los dos magníficos globos de Vicenzo Coronelli que recuerdan el poder y la curiosidad que llegó a tener esta ciudad. Uno es terráqueo y el otro celeste. La tierra y el cielo. Los dos mundos de Sinesio y Cirene.

Los académicos y periodistas ya están dentro, nerviosos, pendientes del nuevo descubrimiento. Encuentro una silla vacía. La última.

El profesor Martin Yarnit, de la Universidad de Yale, hace una entrada solemne, con un traje blanco arrugadísimo que contribuye a una imagen buscada de sabio un poco despistado y muy presumido. Debe de estar cerca de los setenta, pero hace todo lo que puede para que no lo parezca.

Abre la sesión con una larga disquisición sobre el sempiterno conflicto entre los tempos de la investigación científica y las urgencias de la prensa que desconcierta a la audiencia y provoca a los periodistas. Algo no va bien, dice mi vecino, que tiene aspecto de llevar en este ramo toda la vida, cuando Yarnit hace veinte minutos que habla y todavía no ha dicho nada. Sigue impasible, dándonos la lata acerca de las posibilidades de la nueva tecnología espectral para recuperar textos obliterados. Después de media hora hablando sin

mencionar el nombre que todo el mundo espera, un rumor sordo se apodera de la sala y la impaciencia empieza a hacer estragos.

Al final, no tiene más remedio que decir la verdad. El palimpsesto que presentará no ocultaba una carta de Sinesio, como había anticipado el *Times*, sino una de su hermano, Evoptio. Una carta a un tal Herculiano, que era, según explica, otro de los asiduos a las clases de Hipatia. Sostiene que es del año 415.

Me sorprende la fecha, y no soy la única. Es el año de la muerte de Hipatia.

Por lo que he leído en el avión, Evoptio era la persona en la que más confiaba Sinesio. Y no solo porque fuera su hermano. Aun así, la decepción es grande. Haciendo de tripas corazón, el profesor Yarnit se esfuerza en subrayar la trascendencia del descubrimiento, y a mí me parece que tiene razón y que las risitas de algunos de sus colegas y el alboroto de los periodistas no están justificados. No lo tiene fácil, porque el PowerPoint que proyecta muestra un archipiélago de fragmentos numerados que nadan en medio de espacios borrosos. Un galimatías que puede dar pie a tantas hipótesis como expertos hay en la sala. En un intento de darle la vuelta al escepticismo imperante, amplía uno de los fragmentos. Se ve una expresión en griego que traduce al pie de la fotografía: «la muy venerable filósofa».

—Todos ustedes saben a quién se refiere —sostiene el norteamericano, que añade misterio al no pronunciar el nombre de Hipatia.

La sala enmudece. Aprovechando el impacto, concluye con una frase de lo más enigmática:

—Por todo ello, pienso que esta carta puede ayudar a conocer mejor la historia del cristianismo oriental y a reinterpretar alguno de los episodios que han sido maltratados por el relato oficial de la Iglesia.

Mientras su intervención provoca aplausos discretos y un alud de peticiones de palabra, sigo el plan que he acordado con Akram. Le mando algunas fotografías del PowerPoint que he hecho con el móvil y le resumo las conclusiones en unos cuantos whatsapps:

> Ha presentado una carta de Evoptio
> Dirigida a Herculiano
> Fechada el 415
> ¡Nada de Sinesio!
> Menciona una «muy venerable filósofa»

Añado tres emoticonos de aplauso, para evitar que no se sienta frustrado como la mayoría de congresistas. Yo no lo estoy, pero quizás porque soy novata. Akram está en línea, pero tarda en contestar. Pasados diez minutos, le mando otro mensaje preguntando si lo ha

recibido, pero sigue sin responder. No es prudente llamarle porque debe de estar en la Biblioteca, pero necesito su opinión antes de abordar al profesor Yarnit.

Si no me muestro bien equipada, no me hará caso.

Durante la pausa, los congresistas se precipitan hacia una barra donde el café es americano, para escarnio de la mayoría. Suerte que ven unas bandejas de pasteles bajo un letrero de *dolci napoletani* que los atraen más que el manuscrito de Evoptio.

Haciendo cola ante unos *sfoglatielle* que parecen conchas enharinadas, un sabio emérito de pelo blanco me aconseja ir a Oplontis, en lugar de a Pompeya, si tengo un rato libre. Podré ver los dulces que Nerón hizo pintar al fresco, y que son los antepasados de los que nos estamos zampando. Mientras no paro de mirar el móvil, el hombre me ilustra sobre la etimología griega de los *struffoli* que nos ofrecen, a pesar de que no es Navidad. Como me ve sola y bisoña se aprovecha y me alecciona acerca del origen etimológico de la más famosa de las palabras italianas que, según él, viene del latín *pinsere*, que significa «aplastar». Debe de ser verdad porque es así como hacen la pizza en Nápoles, muy aplastada.

—No lo sabía —reconozco, esbozando una sonrisa y cogiendo un *babà* al ron—. Perdone —digo, cortando en seco una conversación que prometía. Ha entrado un mensaje de Akram:

> Muy interesante.
> Pregunta por los 5… del frag. #6
> Si hace falta llámame por la tarde
> ¡Suerte!

Reviso la foto que he enviado con el fragmento número 6. Efectivamente, veo cinco puntitos en los que no me había fijado.

Meterse un *babà* entero en la boca, por muy pequeño que sea, es una temeridad, pero es lo que hago cuando veo que Yarnit viene hacia los víveres huyendo de los periodistas. Con el ron derramado por la boca y un zumo de naranja sanguina en la mano, me presento:

—Buenos días, profesor —le suelto, mientras se acerca a la barra—. Soy Aileen O'Neill, de Milwaukee, y vivo en Alejandría…

—¡De Milwaukee! Mi madre también lo era. Llegó huyendo de los nazis —me responde, sirviéndose un *zeppole di San Giuseppe*, atraído, parece, por el rizo de la crema.

La entrada no podía ser más positiva, pero la pregunta que me hace a continuación es más jodida:

—¿Y usted sobre qué tema trabaja, señorita?

Si le digo que estoy escribiendo una novela, la conversación se habrá acabado. Seguro que lo considerará una ocupación mundana. Me lo juego todo y le cuento por qué estoy aquí sin saber una palabra de griego, ni clásico, ni koiné, ni haber visto nunca un palimpsesto.

Voy al grano porque no tendré otra oportunidad como esta.

—He venido porque han matado a un anticuario en Alejandría, profesor.

—¡Lo leí! Pero ¿qué tiene que ver usted con nuestro congreso? —pregunta, dando un paso hacia atrás para marcar distancia—. ¿Investiga su muerte? —añade, molesto.

—Éramos amigos —aclaro—, y antes de morir me habló de un manuscrito que tenía, muy antiguo, que podría ser una carta de Hipatia —suelto, quemando todos los cartuchos.

—¿Una carta de Hipatia? No sabe lo que dice, señorita. Perdone, pero todavía no me ha explicado a qué se dedica.

—No soy una académica, pero he leído mucho sobre Alejandría.

—Quizás demasiado…

—Lo suficiente para saber si un manuscrito incluye la expresión «el bien de los otros» o menciona al mismo Evoptio de quien usted acaba de hablar como «tu hermano». Hay motivos para pensar que puede ser una carta de Hipatia a Sinesio de Cirene.

Se ha quedado con el *zeppole* en la mano. Me debe de situar en la categoría de los embaucadores que suele haber en estos congresos y que pretenden tener en sus manos el descubrimiento del siglo.

—Usted también lo pensaría, ¿verdad, profesor? —insisto.

—Por lo que veo, hay alguien que la asesora. Mejor dicho, que la aturde.

—Hablo con quien puedo. Apreciaba mucho al anticuario que asesinaron y quiero averiguar por qué lo han matado.

—Pues le deseo mucha suerte, señorita —me dice, dando por acabada la conversación con un rictus de evidente incomodidad.

—Siento haberle molestado, profesor Yarnit. Tenía otra cuestión, pero ya la haré cuando abran el turno de preguntas —le anuncio, como si nada.

—Otra pregunta… ¿Cuál, si se puede saber?

—Le esperan para el coloquio, profesor —le digo, señalando la sala donde han vuelto todos los congresistas, dispuestos a cantarle las cuarenta a este norteamericano que los ha engañado.

Mientras caminamos juntos hacia el matadero, le anticipo la pregunta, susurrando, para que nadie nos oiga:

—Querría saber qué son esos cinco puntitos que se ven en el fragmento número seis.

Estamos en la puerta de la sala, que está hasta los topes de sabios y de ignorantes. Se detiene una fracción de segundo y me mira con cara de infinita melancolía.

—No me haga esta pregunta, por favor. Si quiere, nos vemos esta noche en la terraza del hotel Mediterráneo, señorita O'Neill. A las nueve.

Cabizbajo y preocupado, con los hombros más vencidos que cuando ha llegado esta mañana, se dirige hacia la mesa para defender el trabajo de su equipo.

En la terraza del hotel, sobre el mar Tirreno, la noche huye entre las estrellas. El profesor Yarnit me espera sonriente, como si fuera otro hombre, repantigado en un sofá de color blanco roto, que es casi el mismo de su traje, y con un *gin-tonic* en la mano.

Vedi Napoli e poi muori.

Me recibe con el más viejo de todos los dichos napolitanos, pero se lo perdono, porque me imagino que ha tenido un día difícil, entre congresistas y periodistas. Se ha recompuesto y ahora lo tengo a mi disposición. Lo aprovecho.

—Mire esas cinco estrellas cerca de la Osa Mayor, profesor; parecen los cinco puntitos del fragmento número seis —le digo, mientras me siento en uno de los sillones.

—Y si no hubiera contaminación lumínica se verían los otros cinco —responde, aceptando el juego y buscando cercanía.

Nos hartamos de reír y los dos sabemos por qué. Los puntitos del manuscrito y los cinco que faltan podrían explicar el propósito de la carta de Evoptio. Él lo sabe porque sabe mucho, y yo porque Akram me lo ha comentado cuando le he llamado. Me ha asegurado que son una parte de una composición más amplia, formada por diez puntos, de los que solo quedan cinco en el fragmento que se ha presentado. Cuando le he preguntado cómo podía saberlo, se ha referido a su disposición, que insinúa un triángulo pitagórico. Según él, el triángulo que se puede reconstruir es un *tetractys*, un símbolo de cuatro niveles que utilizaban los seguidores de Pitágoras para reconocerse entre ellos.

Durante toda la tarde, en lugar de ir a pasear por la calle Spaccanapoli y comerme la mejor pizza de la ciudad, me he quedado en el hotel y he vaciado el minibar, mientras hacía una incursión en el significado del *tetractys* pitagórico. Diez puntos colocados en forma de pirámide. Cuatro, tres, dos y uno. Cuatro niveles que constituyen los cuatro elementos básicos, las cuatro dimensiones del espacio. Siempre cuatro. *Tetra.* La armonía de los números que perseguía el padre de la geometría. Dicen que Pitágoras la asimilaba al oráculo de Delfos y que el número cuatro permitía el conocimiento de uno mismo y del mundo, tanto terrestre como divino. En el universo pitagórico, el *tetractys* era también el acuerdo perfecto de la música y el principio de todas las cosas.

Parece que ha sido utilizado por numerosas sociedades secretas. Podría ser, incluso, un antecedente de la simbología masónica.

Akram ha deducido que la carta de Evoptio iba dirigida a dos

personas más, además de a Herculiano, y que juntos formaban un grupo de cuatro. Identificados por un *tetractys*.

—¿Podemos imaginar que Evoptio se comunicaba con los integrantes de una organización medio secreta? —pregunto al profesor Yarnit, siguiendo la pista de Akram, mientras pido un *crodino* sin alcohol y le propongo compartir unos *tramezzini* hechos de pasta de pizza.

—A los científicos no nos gusta especular, y a los de formación paleográfica todavía menos, pero el signo del *tetractys* podría aludir, efectivamente, a Evopti y tres amigos suyos.

—¿Herculiano y quién más?

—Olimpo y Auxencio.

—¿Cómo puede saberlo, profesor?

—Eran los alumnos de Hipatia más cercanos a Sinesio. Solo hay que ver cómo se repiten sus nombres en las cartas que conocemos.

Es fantástico. Un norteamericano de Yale que trabaja en el Sinaí, reconocido con todos los honores académicos, y un egipcio sin nombre ni currículum, enclaustrado en la Biblioteca Alejandrina, han llegado a una conclusión parecida. Con distintas herramientas, pero un mismo método. Observar, analizar y deducir. Los dos saben que la existencia de grupos secretos entre los filósofos paganos era habitual, porque eran hijos de una élite aristocrática griega y no consideraban procedente compartir sus ideas. Las cultivaban en jardines amurallados. Martin Yarnit ha llegado más lejos que Akram y ha avanzado los otros dos nombres.

—Los que usted nombra como posibles integrantes del grupo son todos cristianos.

—Eso es lo más sorprendente. Todos, empezando por Sinesio, el impulsor del grupo.

—¿El impulsor? Pero si Sinesio ya había muerto…

La luna se asoma por encima de los viñedos del Vesubio y despide a las estrellas que nos han llevado hasta Pitágoras. El profesor Yarnit se acerca, buscando una intimidad que acojo sin reservas. Pide otro *gin-tonic*. Necesita hablar.

—Sabe que hoy teníamos que presentar otro palimpsesto, ¿verdad?

—Sí, el que anticipó el *Times*.

—Efectivamente. Lo filtramos al periódico para caldear el ambiente de la conferencia y dar publicidad al patrocinio de nuestra universidad.

—¿Y por qué no lo han hecho? ¿Qué ha pasado?

—Desapareció. Tres días después de que el *Times* anunciara que ocultaba una carta de Sinesio.

—¿Cómo que desapareció?

—Nos lo robaron. El sábado de la semana pasada.

—¡Otro manuscrito robado! ¿Por qué no lo han denunciado?

El profesor Yarnit me cuenta que los frailes del monasterio de Santa Catalina están obsesionados por los hurtos desde que les robaron el famoso *Códex Sinaiticus* y no quieren ni oír hablar de robos. Les amenazaron con poner fin al convenio con la universidad si lo hacían.

—Por eso hemos decidido presentar una carta de Evoptio a Herculiano que también habíamos encontrado, en otro palimpsesto, en lugar de la de Sinesio que nos han robado. Un plato de segunda mesa. *¡Voilà!*

En el avión he leído las peripecias del *Sinaiticus*, la Biblia más antigua después de una que hay en el Vaticano, y la comparto con él, para darle tiempo a recuperarse. Coincidimos en el hecho de que un tal Konstantin von Tischendorf, que se lo llevó a San Petersburgo con el pretexto de protegerlo, era un buscavidas. Al principio, los monjes se opusieron, pero cedieron cuando el zar les envió unos cuantos miles de rublos. No lo han vuelto a ver nunca más. Agradeciendo que nos hayamos desviado del tema, el profesor sigue un rato con la historia del *Sinaiticus*, contándome cómo acabó en Londres por unas cuantas libras esterlinas que les venían muy bien a los bolcheviques.

—¡La he tenido en las manos en la British Library! —recuerda, ufano, lamentando que la mayoría de los manuscri-tos encontrados en Egipto estén esparcidos por medio mundo.

—Profesor…

—Por favor, Aileen, llámame Martin —me pide, con un cansancio infinito en la cara y en los ojos, bañados por el segundo *gin-tonic*.

—¡Venga pues, Martin, ¿qué decía la carta que os han robado?

Me cuenta que, a pesar de su mal estado, se podía apreciar que era del año 414. Y que se lo comentaron al corresponsal del *Times* por la trascendencia que tenía que Sinesio todavía estuviera vivo. Le refiero que estoy al corriente de la polémica sobre la fecha de la muerte de Sinesio. No le revelo, sin embargo, que 414 también es la fecha de la carta de Hipatia que robaron a Sherif. Eso no se lo puedo contar. No le puedo enseñar la foto del papelito de Kom el Shoqafa. Se turbaría.

—Si vienes a Santa Catalina, lo verás. Tenemos algunos fragmentos en el ordenador del equipo.

—¿Dice alguna cosa de Hipatia? —pregunto, ansiosa, intuyendo que estamos llegando al quid de la cuestión.

—Menciona la existencia de un legado —dice Martin, con una voz pausada, consciente de lo que está revelando—. «El legado divino de nuestra estimada guía», para ser más exactos.

—Pero el *Times* no menciona a Hipatia, ni habla de ningún legado…

—Porque no quisimos ir tan lejos. Los de Yale querían que lo guardáramos para Nápoles. ¡Tenía que ser una exclusiva mundial!

Algunas piezas comienzan a encajar.

Sinesio vivía con una obsesión que le alargó la vida: salvar el legado que le había confiado su maestra. Estaba obsesionado con conciliar la filosofía neoplatónica con el nuevo relato de la Iglesia cristiana. Poco antes de morir, el 414, habría recibido un texto de Hipatia de gran trascendencia y habría encargado a Evoptio, su hermano, que lo pusiera en lugar seguro, lo cual habría compartido con sus amigos más fieles, que eran Herculiano, Olimpo y Auxencio.

Hipatia los había equipado a todos para pensar de otra manera. En una sociedad en la que el cristianismo todavía no había sido canonizado, podían ser al mismo tiempo seguidores de Cristo y discípulos de una filósofa neoplatónica. Cristianos en la manera de vivir la fe y paganos en la forma de pensar. Respetaban la tradición filosófica griega, pero hicieron suya la idea de un solo Dios. Al igual que Hipatia, aborrecían las prácticas teúrgicas que invocaban a dioses y ángeles, y detestaban la costumbre de atemorizar a la gente por las calles de Alejandría con trucos de magia importados de Oriente.

Todos ellos eran cristianos, aunque abominaban del sectarismo del patriarca de Alejandría, que perseguía a novacianos, judíos y paganos. Y ella era pagana, pero a la manera alejandrina, contraria a la fobia anticristiana de los filósofos atenienses.

Entiendo mejor lo que Martin ha dicho al final de la conferencia, cuando aludió a una posible revisión de la historia del cristianismo oriental.

—Ahora sabemos que Sinesio y su hermano querían preservar la manera de pensar que había prevalecido en Alejandría durante muchos años.

Acelerada por las revelaciones que me acaba de hacer, le planteo de nuevo la posibilidad de que el manuscrito de Sherif fuera de Hipatia.

—Esto es muy inverosímil, Aileen. Como bien sabes, no queda nada de lo que escribió.

—En el móvil tengo una fotografía de la caja que le robaron en la que se ve una primera hoja. Podríamos…

—¡No me pidas especular a partir de una foto de un móvil!

—Ahora no nos oye nadie, Martin —imploro, aprovechando la atmósfera que se ha creado bajo el cielo estrellado y cuando ya va por el tercer *gin-tonic*.

—Si vienes conmigo a Florencia mañana, lo hablaremos.

—¿A Florencia?

—He quedado con la directora de la Biblioteca Laurenziana, donde se encuentran la mayoría de las cartas de Sinesio conocidas, porque las quiero ver. ¿Te animas?

Guardo de ella un recuerdo funesto, porque también fui con Patrick,

pero no dudo ni un segundo. Volver con Martin puede ser una reparación. Quedamos para el día siguiente.

Nos ayudamos mutuamente a encontrar el camino hacia el ascensor. Yo le necesito porque estoy hecha polvo, y él porque se ha pulido el tercer *gin-tonic*. Por el camino, nos topamos de cara con un congresista polaco que me ha abordado al acabar la sesión de la mañana cuando ha visto mi identificación. Me pide si les puedo presentar.

—Adam Kusek, de la Universidad Jagelónica, profesor.

—Encantado —responde Martin, con las últimas energías que le quedan.

—El señor Kusek hace una tesis sobre los cristianos de la Cirenaica —explico—. Ha estudiado con Maria Dzielska —añado.

—¡La mejor biógrafa de Hipatia! —comenta Martin, que no está en condiciones de añadir mucho más.

Imploro con la mirada que Kusek libere el camino hacia el ascensor, cosa que hace después de darnos dos tarjetas de visita. Le doy la mía y excuso a Martin, que está fuera de combate.

—Buenas noches, profesor. ¡Quizás vaya pronto a Alejandría, señora O'Neill! —me dice, siguiéndonos con la mirada.

Mientras Martin se apea en su planta y me asegura que no hace falta que le ayude a encontrar la puerta de su habitación, yo sigo hasta la recepción para reservar un tren a Florencia y cambiar el billete de avión. Cuando me quedo sola, vuelvo a tener la sensación de que el ascensor está impregnado del hedor que noté al llegar. Lo atribuyo nuevamente a la claustrofobia, porque no quiero que nada estropee el día de hoy. Ni el de mañana.

Antes de meterme en la cama, le resumo a Akram los hechos más importantes, con una serie de mensajes. Le hablo de Martin. Quizás demasiado. Y le anuncio que mañana me voy con él a Florencia.

No responde. Debe de estar durmiendo.

Florencia, 30 de abril, jueves

El profesor Yarnit es un bien de Dios.

No son todavía las siete de la mañana y lo tengo sentado a mi lado, leyendo un libro de la Universidad de Cambridge sobre el impacto de los palimpsestos en el conocimiento de la Antigüedad tardía. Mientras yo estoy embobada con la primera luz del día, él está inmerso en su mundo. No era el mío hasta que mataron a Sherif, pero ahora empieza a serlo. Ha dejado que me sentara en el lado de la ventana, no sé si por deferencia o porque no quiere que el paisaje le distraiga. Viste el mismo traje blanco, una camisa rosa y unos calcetines verdes, y calza unos zapatos de cuero que parecen tan viejos como los pergaminos que escudriña. Debe de ser más mayor de lo que parece, por los pliegues en las manos y las pobladas cejas, pero cuando sale el primer rayo de sol la primavera le restalla en los ojos.

—¿Conoce a Leopardi, profesor? —le digo, mirando el paisaje. A esta hora, no me sale tutearle.

—Dante, Petrarca, Boccaccio y Leopardi. Son los únicos italianos que leí cuando estaba en Oxford.

—¡Ahí es nada! ¿Sabe que escribió un libro sobre la primavera?

—No, pero puedo suponerlo si vivió aquí —dice, señalando el campo infinito de alcachofas que cruza el Frecciarossa y que nos lleva a Florencia.

—Lamenta la pérdida de la ilusión de nuestras sociedades si la comparamos con la que tenían los antiguos.

—Tiene toda la razón. ¡Qué hombre! Parece que en siete años aprendió latín, griego, hebraico y cuatro o cinco lenguas modernas.

—Sí, pero solo vivió hasta los treinta y nueve, y no acabó en la fosa común donde arrojaban a los muertos de cólera porque en el último momento alguien se hizo cargo del entierro.

—*¡Porca miseria!* —exclama, cerrando el libro, ante mi invitación a hablar.

Con el nuevo billete no tendré que volver a Nápoles. Desde Florencia volaré a Estambul y allí cogeré el mismo vuelo de madrugada que tenía previsto. Tendré solo unas horas. Justo para acompañar a Martin a la Laurenziana y compartir una *fiorentina* en el barrio viejo, sin perdernos por los alrededores del Ponte Vecchio como me gustaría poder hacer.

Akram no da señales de vida y esto me preocupa. ¿Y el loco de las catacumbas? De vez en cuando miro el móvil para ver si hay otro mensaje enviado desde el número de Sherif. En Kom al Shoqafa cumplí con sus exigencias; pero nada. He llegado a pensar que solo

quería humillarme. Aunque no lo creo, realmente. Volverá a ponerse en contacto conmigo, estoy segura. También tengo que hablar con Abu para contarle las novedades de ayer, que son muchas. Lo veo más como un cómplice que como un comisario encargado del caso. Maryse debe de tener razón…

Tengo que aprovechar que tengo a Martin cerca.

—¿Usted cree que los palimpsestos pueden cambiar lo que sabemos de Sinesio? —pregunto, volviendo al tema que nos lleva a Florencia.

—Y de rebote, lo que sabemos de Hipatia, porque sus escritos son el espejo donde podemos leer lo que ella pensaba.

No hay nada como el tren para las confidencias. Y así es como yo, Aileen O'Neill, abogada fallida y escritora aficionada, que hasta hace poco no distinguía entre un papiro y un pergamino, me veo con ánimo de hablar de manuscritos antiguos con alguien que es una autoridad mundial en la materia. Debe de ser porque es un hombre mayor, que inspira confianza, o porque es un hombre bueno. O quizás son sus calcetines verdes.

—¿Por qué descartas que se pueda encontrar un texto de Hipatia?

Lo tuteo de nuevo. Se sienta en el asiento de enfrente y me coge las manos. Tiene una mirada violácea, del color de las alcachofas. Fatigada pero cautivadora.

—Porque era una mujer, Aileen. Una mujer que la Iglesia trató como a una bruja porque les daba miedo. Y todavía les da —añade, con una contundencia que rompe la imagen de un científico aséptico que se ha dejado el alma entre estanterías atestadas de libros.

—¿Han hecho desaparecer todo lo que ha escrito?

—No tengo ninguna prueba, pero tampoco ninguna duda. Desde el mismo día que la mataron.

—He leído que se conservan algunos textos científicos —apunto.

—Pocos. En la Laurenziana podrás ver unas anotaciones a un comentario sobre el *Almagesto* de Ptolomeo que hizo el padre de Hipatia, Teón de Alejandría, un gran matemático.

—¿Lo ves? ¡No está todo perdido!

Con la sorna que ya le conozco, lo atribuye al hecho de que el *Almagesto* es un intrincado tratado de astronomía que los inquisidores nunca leyeron. Está convencido, sin embargo, de que Hipatia también escribió filosofía. Veo que es un apasionado, y, cuando le puntualizo que era más bien matemática y astrónoma que filósofa, me suelta un larguísimo bufido, como diciendo que eso nos llevaría muy lejos.

—Los griegos de Alejandría estudiaban las estrellas para abrazar el alma humana —sentencia, críptico.

—En la Britannica la destacan como matemática y astrónoma —insisto.

—Pues en la Laurenziana verás cómo la define su padre.

—¿…?

—Como «la filósofa Hipatia, mi hija». Y punto.

—¡Vaya padre! —exclamo.

Estamos en Roma Termini, a medio camino, y recupera su asiento. Mientras coge de nuevo el libro de Cambridge, vuelvo a pensar en Sherif. Le habría encantado compartir nuestras cavilaciones y saber que tenía un documento que podía hacer todavía más legendaria su Alejandría. Lo intuyó.

Martin recibe con paciencia de santo mi segunda interrupción, poco después de que aparezca el primer ciprés de la Toscana, y vuelve a cerrar el libro. Tengo mil preguntas sobre la desaparición del palimpsesto de Santa Catalina. Me dice que no tienen ninguna pista y que trabajan con dos hipótesis. La primera, que me parece inverosímil, es que fueron los mismos monjes, presionados por el patriarca ortodoxo de Jerusalén de quien dependen.

—Os lo podrían haber reclamado —comento, sorprendida por el hecho de que dé crédito a una teoría tan extravagante, la de unos frailes simulando el robo de un manuscrito que les pertenecía.

—¡Así no pierden la subvención de Yale! No tenemos motivos para suspenderla, y no podemos seguir mareando con este palimpsesto.

Retorcido, pero no imposible.

—¿Quieres decir que no exageráis?

—En absoluto. Desde que supieron que habíamos descubierto una carta de Sinesio a su hermano, teníamos a los monjes pegados al cogote día y noche —cuenta Martin.

—¿Qué puede temer el patriarca de Jerusalén?

—Que alguien cuestione la historia oficial de la Iglesia de Alejandría.

—Pero estos son griegos ortodoxos y no coptos —cuestiono, entrando en el terreno resbaladizo de las filiaciones cristianas.

—No conoces a los cristianos de Oriente, Aileen —dice, en un tono de admonición que me recuerda la discusión con Maryse—. A la hora de plantar cara a los enemigos, se olvidan de si María era la madre de un hombre o la madre de Dios.

—Estoy haciendo un cursillo acelerado —comento.

—Y cuando se trata de tapar las vergüenzas, todos son iguales —sentencia, con un pronto que me sorprende.

Decido huir de los debates cristológicos y vuelvo a la desaparición del palimpsesto, empujada por la intuición de que puede estar relacionada con el robo de Alejandría y la muerte de Sherif.

—¿Cuándo os lo robaron?

—El sábado 25. Era el día de san Marco, el fundador de la Iglesia de Alejandría, y los monjes estaban dedicándole una misa cuando nos

dimos cuenta.

—Tres días después del asesinato del anticuario —murmuro.

—No veo ninguna relación.

—Quizás no. ¿Y la segunda hipótesis?

—Alguien que leyó la noticia en el *Times* vino al monasterio para robar el manuscrito —explica Martin.

—Dices que fue el 25, y el *Times* publicó la noticia el 23. Lo veo muy justo de tiempo. Casi imposible. ¿Por cuál de las dos hipótesis te decantas?

—Por la segunda, porque fue un trabajo de profesionales. Si los monjes hubieran querido simular un robo, habrían hecho más estropicio.

—¡Elemental, querido Watson!

Volvemos a reír, pero me queda una última pregunta, relacionada con el móvil del robo:

—¿Por qué crees que lo han robado? —pregunto—. ¿Para venderlo? ¿Por dinero?

—O para hacerlo desaparecer.

Martin está sugestionado por la historia. Sabe que la mayoría de textos comprometedores para la Iglesia han desaparecido. Y eso le hace ver este robo de Santa Catalina como un acto de los que no toleran que se ponga en entredicho el relato oficial del cristianismo. Los que tienen el manuscrito de Sherif tampoco quieren dinero. Es otra coincidencia. De momento, no hay pruebas de que ambos robos estén relacionados, pero los dos podrían tener un mismo móvil: continuar eliminando todo lo que esté relacionado con Hipatia.

Pronto llegaremos a la estación de Santa Maria Novella, donde algunos turistas preguntan dónde está el *Cristo* de Giotto mientras otros buscan los frescos de Ghirlandaio, creyendo que el tren les ha dejado en el interior de la iglesia del mismo nombre. Quedan diez minutos, y Martin me dice que quizás aceptaría especular sobre el manuscrito de Sherif. Saco el iPad y le muestro las fotos que me mandó, pasadas por los filtros de Akram.

—¿Qué te parece?

Martin y Akram tienen poco en común, pero ante un pergamino o un papiro despliegan los mismos reflejos. Pueden estar dos minutos sin respirar. Y al final de una espera que se hace eterna, emiten una opinión.

—Está escrito en griego koiné y, efectivamente, se puede leer la expresión «el bien de los otros» que ha identificado tu amigo.

—Sostiene que aparece el nombre de Evoptio como hermano de Sinesio.

—Leo el nombre de Evoptio, pero no veo que lo identifique como su hermano —precisa, mientras sigue con la mirada clavada en las

fotografías, manipulándolas como hacía Akram—. Creo que bajo el pergamino hay un manuscrito más voluminoso —añade.

Vuelve a coincidir con él. Debían de guardar la carta, o lo que queda de ella, junto con un manuscrito más extenso. ¿Es el legado divino del que habla Sinesio en el palimpsesto del Sinaí? ¿Es la propuesta de síntesis a la que alude la nota de Kom el Shoqafa? Quizás debería de mostrarle la foto que tomé, pero con él prefiero hablar de manuscritos y no de citas estrafalarias.

Martin no ha ido tan lejos como Akram, y no ha asumido del todo que la carta pueda ser de Hipatia, aunque la expresión «el bien de los otros» no figure entre comillas. Tampoco le parece determinante que la caja tenga una planta de *silphium* grabada en la tapa para concluir que el destinatario era Sinesio, porque en la Cirenaica de aquellos tiempos, cuenta, había muchos filósofos y teólogos relevantes. Pero las fotos le han impresionado, y si no ha aceptado todas las conclusiones de Akram es porque tiene muchos años de oficio y las ha visto de todos los colores.

Cuando llegamos al claustro de la Laurenziana, ya espera, como era de prever, una larga hilera de visitantes. No obstante, un alguacil jorobado, con la nariz inconfundible de los Médici nos comunica que la *dottoressa* nos recibirá en su despacho. Me impresiona el respeto que infunde Martin.

Subo la escalinata de Miguel Ángel a su diestra, como si yo fuera un paje de la corte medicea que acompaña al señor, y cruzamos la sala de lectura cuando todavía no hay nadie. No sé dónde poner la mirada. Dudo entre los bancos bruñidos que atesoraban libros, el techo de tejo diseñado por Buonarroti, o el suelo original de terracota roja y blanca, a lado y lado del parqué por donde caminamos, o las vidrieras ideadas por Vasari.

El profesor me saca de dudas:

—Mira estos *pluten* —me dice, señalando una bancada con la lista de autores que se podían leer en el Renacimiento.

—*Cl. Ptolemaei Magna Constructio, cum Theonis Comment.*

Viniendo de donde vengo, me impresiona la mención de Claudio Ptolomeo, el Aristóteles de la astronomía, el Platón de la geografía, el más destacado de los científicos alejandrinos, con Euclides. Y también ver el nombre del padre de Hipatia, Teón de Alejandría.

—Ptolomeo se equivocó poniendo la Tierra en el centro del universo, pero su sistema geocéntrico sobrevivió hasta Copérnico —dice Martin, maravillado, acercándose.

El descendiente ilegítimo de Lorenzo el Magnífico que nos acompaña se agita al ver que sobrepasa el parqué de madera y pisa la terracota para acercarse al banco.

—*Scusi, signore, non si può*…

Agarro al profesor del brazo, haciéndome una idea de lo que debe de significar encontrarse en un lugar así para un hombre como él, que se ha quemado las cejas bregando con palabras antiguas.

Después de tomar un *ristretto* con la directora, no parece que estemos en Italia. Todo va sobre ruedas. Nos muestran el códex con el comentario de Teón, y Martin me muestra la anotación sobre la hija filósofa. Me la lee en griego y lo cierto es que me emociono.

—He venido para aclarar una duda que tengo —precisa, abriendo otro manuscrito que un empleado diligente ha dejado encima de la mesa, sin quitarnos los ojos de encima, con cartas de Sinesio.

Lo abre por una página que se sabe de memoria.

—Es la penúltima carta que le escribió a Hipatia, el año 413 — murmura, con voz severa.

Sé cuál es, porque la he leído en inglés en el vuelo a Nápoles, pero verla escrita en griego me deja sin habla. Martin traduce un párrafo en voz alta:

> He perdido a mis hijos y a mis amigos, y la benevolencia de todos, pero la pérdida más importante es la de tu espíritu divinísimo, la única cosa que me habría ayudado a superar los azotes del azar y los embates del destino…

—¿Por qué no le correspondía Hipatia? —pregunto, indignada.

—Probablemente porque Cirilo ya había sido nombrado patriarca y ella no quería complicar la existencia a un obispo como Sinesio, que estaba bajo su autoridad.

—Parece razonable.

—Sí, pero lo que es muy interesante, Aileen, es que habla de «pérdida». *¡Apoleia!* ¿Lo entiendes? —me pregunta, emocionadísimo.

—Pues…

—Solo se puede perder aquello que se ha tenido. Por lo tanto, no siempre había sido así. Deduzco que Hipatia le había mandado cartas y que él las echa de menos. ¿Te das cuenta de la importancia de esta palabra?

—¿Podemos deducir que ella le había escrito?

—¡Pues claro! —dice, exaltado—. Confirma que Hipatia no era ágrafa, como nos quieren hacer creer. Si no queda nada de lo que escribió, es porque no han dejado ni rastro.

Apoleia, pérdida. Comprendo su turbación. Entiendo que un hombre como él pueda perder todo un día por una palabra. Ahora está seguro de que Sinesio tenía la esperanza de que Hipatia volviera a escribirle. A pesar de la muerte de sus tres hijos y la amenaza de las tribus que asediaban sus propiedades, tenía una razón para seguir viviendo. Para vivir un año más.

—Leí otra carta suya en la que se dirige a Hipatia en términos

impresionantes… —comento, para relajar el ambiente.

—También está aquí, pero no hace falta que la pida porque me sé de memoria el primer párrafo —afirma, recitándolo:

> Ojalá te encuentres bien de salud, madre, hermana, maestra y benefactora mía, en todo y para todo lo que para mí tiene valor en palabras y hechos…

—Parece una despedida. Pero ahora sabemos que todavía vivió un tiempo, ¿verdad?

Martin no responde. No se quiere dejar llevar por la especulación. Tiene suficiente con haber deducido, con un método irreprochable, que la hipótesis de una correspondencia cruzada entre Hipatia y Sinesio es consistente.

Cuando salimos a la calle, algunos escaparates del barrio exhiben las generosas carnes de la Toscana. Es el momento de la *fiorentina*, que acompañamos de una *caprese* y de un Brunello di Montalcino de 2009.

Aunque la comida se ha prolongado hasta que hemos acabado el *brunello*, todavía quedan cerca de cuatro horas para mi vuelo y Martin me propone una de sus locuras: subir a la cúpula de Santa Maria del Fiore. Con ademán científico añade que, después de un ágape como este, va bien para la digestión. Es inagotable.

Acepto porque pienso que será la manera de borrar definitivamente el recuerdo del viaje que hice con Patrick. También subimos, y nunca olvidaré aquellos 463 peldaños sin abrir la boca. Sin que a ninguno de los dos nos apeteciera comentar los prodigios de Brunelleschi.

Mientras los subimos, entre bufido y bufido, las explicaciones de Martin sobre el reto que supuso levantar una cúpula de obra tan gigantesca me ayudan a contener el ansia de la claustrofobia. Cuando salimos a la azotea del lucernario que eleva la catedral hacia el cielo, nos ciega el *campanile* de Giotto que se alza ante nosotros. Necesitamos unos minutos para disfrutar de los mármoles verdes y blancos, y de los de Siena, que hacen juego con las tejas acanaladas de la cúpula.

El viento me ayuda a recuperar la respiración y a restablecer el ritmo cardíaco.

Se ha hecho tarde. Tenemos que bajar, porque debo de recoger la maleta en la biblioteca antes de irme hacia el aeropuerto. Con la perspectiva de volver a pisar tierra firme, me parece que domino mejor la claustrofobia. Aun así, bajando por la estrechísima escalera de caracol, en el último tramo me vuelve a la nariz la peste del ascensor del hotel de Nápoles, la misma que impregnó todo el piso de Kafra Abdu. Francamente, tendré que hacérmelo mirar…

En la Piazza del Duomo nos rodea un alboroto ensordecedor. Dos coches de *carabinieri* están aparcados junto a la puerta principal, donde se agolpan un grupo de turistas y transeúntes que señalan hacia

la cúpula con cara de espanto. No tenemos tiempo de preguntar qué ha pasado, pero las malas noticias corren más que las personas.

Cuando entramos en la Laurenziana, el hombre de facciones mediceas nos informa, alarmado, de que alguien se ha suicidado lanzándose desde lo alto del Duomo.

Mejor no le decimos que estábamos allí.

Cracovia, 30 de abril, jueves

Lo primero que pensó el padre Tadeusz cuando entró en la celda, poco antes de las doce del mediodía, fue que aquella mesa de refectorio adusta y aquel MacBook Pro no encajaban. O quizás sí. Al fin y al cabo, Dios es quien otorga coherencia a las cosas de este mundo, y le pareció que el logotipo de Magnus Christus que giraba en la pantalla del ordenador era la señal de una presencia divina.

Gianluca estaba a cargo de la transmisión porque era el único capaz de poner las tecnologías al servicio de la causa sagrada que los volvía a reunir.

Tadeusz no había dudado ni un instante en convocar el sanedrín desde que habían recibido el correo de Erwin. Lo habían mandado a Nápoles para medir la nueva amenaza que habían leído en el *New York Times*. Otra maniobra de los que querían denigrar la historia de los padres de la Iglesia pensaban todos ellos, convencidos de que la aparición casi simultánea de tantas cartas relacionadas con la Alejandría pagana solo podía ser obra de un espíritu maléfico. Según les había anticipado Erwin, la de Evoptio a Herculiano, que había presentado un tal Martin Yarnit, añadía serios motivos de preocupación.

—Tanta contingencia no puede ser —comentó Zdzisław, mientras esperaban que Erwin activara su Skype desde Nápoles.

—¡Y hacerla pública en Nápoles! —agregó Francisco, pinchando al italiano.

—¿Qué te pasa con Nápoles? —le preguntó Gianluca.

—Que solo tiene una religión, ¡el fútbol! —contestó el español.

—No sabes lo que dices. Ve por San Gennaro y verás el fervor popular. Como el que teníais durante el régimen de Franco —le recordó, dando en la diana.

—¿Queréis callar? —atajó Tadeusz, cortando de raíz una conversación que le parecía de patio de colegio.

Tenía razones de sobra para estar preocupado y se le veía abatido, algo poco habitual en él. Mientras esperaban la conexión, les resumió lo que Erwin le había anticipado, y todos se mostraron alarmados, menos Gianluca. Él era el único que veía aspectos positivos en el hecho de que no se hubiera hecho pública la carta de Sinesio anunciada en el *Times*.

—¡Que Dios te escuche! —exclamó Tadeusz.

El ordenador crepitó y se activó la aplicación de Skype. Apareció la

foto de Erwin dentro de un recuadro, rodeada de un azul eléctrico que molestaba a los ojos. ¡Seguía llevando la coleta!, pensó Tadeusz, que creía verlo en línea. Cuando Gianluca le dio al botón verde para aceptar la llamada, el azul oscureció y la voz de Erwin llenó el refectorio, pero la foto no se animó. Aunque le oían, no veían su imagen, a pesar de los esfuerzos del italiano. Erwin les comentó que su wifi, probablemente, no tenía suficiente potencia para activar el vídeo.

—Está bien así —dijo Tadeusz, que no estaba para historias—. ¿Me escuchas bien?

—Sí, padre.

—Cuéntanos por qué no han presentado el palimpsesto de Sinesio, tal y como estaba previsto, y haznos un resumen de lo que dice esa carta de su hermano.

Erwin pergeñó un relato que parecía inapelable. Lo que no estaba tan claro era si les tranquilizaba o añadía motivos de preocupación a los que ya tenían. Según él, el líder del equipo de Yale, efectivamente, no había hecho ninguna referencia a la carta de Sinesio. Tampoco había negado la información del *Times*, sino que se había limitado a salirse por la tangente. A cambio, había presentado una carta de Evoptio a un tal Herculiano, otro de los cristianos que asistían a las clases de Hipatia.

Estaban seguros de que el *New York Times* no se podía haber inventado la existencia de una carta de Sinesio, y lo interpretaron de manera positiva, convencidos de que los monjes de Santa Catalina habían conseguido que el palimpsesto volviera a desaparecer por unos cuantos siglos. Pero se quedaron todos de piedra cuando Tadeusz les contó que el padre Martyrius le había llamado desde el monasterio de Uadi el Natrum para comunicarle que había sido robado. Lo sabía por un monje del Sinaí amigo suyo.

El aturdimiento que les dominaba aumentó cuando Erwin les dijo que había hablado con Brooks, el corresponsal del *Times* que había escrito el artículo, que también se encontraba en Nápoles, y que estaba muy interesado en el debate de la Jagelónica sobre el año de la muerte de Sinesio. Le había revelado que preparaba otro artículo, para salvar la reputación del periódico, porque había visto personalmente el palimpsesto cuando había ido a Santa Catalina.

—¿Tiene una copia? —preguntó Gianluca.

—¿Cómo quieres que tenga una copia? —replicó Erwin, irritado—. Mencionaba la fecha porque se la habían mostrado.

Era la tercera vez que aparecía ese año maldito, el 414, y el padre Tadeusz lo interpretó como un mal augurio. Primero fue aquel investigador británico en el congreso de la Jagelónica, después el manuscrito de Siwa que habían robado a Erwin, y ahora este palimpsesto de Santa Catalina. 414. ¡Qué año! ¡Dos veces el número

cuatro! Ese número divino que siempre había sido, para él, el de los cuatro brazos de la cruz, el de las cuatro letras del nombre de Dios en hebreo y el de Adán en todas las lenguas. También el de los cuatro evangelistas y el de los cuatro ríos del edén.

—¿Y qué diantres sabe un periodista de palimpsestos y de Sinesio? —insistió Gianluca.

—Si es italiano, nada, pero este sabe tanto o más que muchos expertos. Tenía anotadas algunas cartas de Sinesio en su iPad. Las que se conservan en copias del siglo XII.

Tadeusz era el que se mostraba más preocupado. Siendo un jovencísimo prelado, había trabajado en la embajada de la Santa Sede en Washington, durante el Watergate, y había aprendido que este tipo de periodista no suelta la presa cuando ha olido la noticia. También había comprobado, sin embargo, que los hechos son sagrados y que las pruebas deben ser incuestionables. Por eso no creía que el periódico se la jugase con la historia que Brooks tenía entre manos si los de Yale no la confirmaban.

—Sin pruebas, no puede ir muy lejos —vaticinó.

—Las puede obtener, padre —dijo Erwin, haciendo una larga pausa. No poder verle la cara los exasperaba.

—¿Cómo? —saltó Francisco, rompiendo el silencio.

—Si los que han robado el palimpsesto mandan una copia.

La nueva amenaza insinuada por Erwin provocó consternación. Se acumulaban razones para la tribulación, y la tarea de Magnus Christus se estaba volviendo hercúlea. A la búsqueda del manuscrito de Siwa que habían robado
a Erwin se añadía ahora la necesidad de saber dónde había ido a parar el palimpsesto de Santa Catalina.

Todavía no habían tenido tiempo de recomponerse, preguntándose qué relación podía haber entre los dos robos, cuando la voz de Erwin añadió más leña al fuego:

—Aunque no obtenga pruebas sobre la carta de Sinesio, Brooks puede hacer daño —soltó.

—¿Cómo? —preguntó Tadeusz, mientras todos se agarraban a las sillas, pendientes de nuevas revelaciones.

—Demostrando que la carta de Evoptio la recibieron otros alumnos de Hipatia.

—No veo de qué manera lo puede demostrar —dijo Zdzisław, con poca convicción, porque veía a Tadeusz alarmado.

—Yarnit acaba de dar una conferencia diciendo que esa carta podría suponer una revisión de la historia del cristianismo oriental —explicó Erwin—. ¿No os parece sorprendente?

—Después del fiasco, tenía que vender humo —comentó Gianluca, despectivo.

—Si hubieras escuchado el silencio que se hizo cuando desveló que la carta de Evoptio menciona a una venerable filósofa, no lo dirías —replicó Erwin.

Añadió que había encontrado mucha información acerca de la vida profesional y privada de ese Yarnit. Era un ateo recalcitrante, un comunista con un largo historial de crítica a la iglesia norteamericana y de denuncia sistemática del Vaticano cada vez que había alguna polémica con los enemigos de Dios.

—Su madre es judía —agregó.

—¿Y eso qué tiene que ver? —se le escapó a Zdzisław.

—Del fuego a las brasas —murmuró Tadeusz.

Erwin lo aprovechó para remachar el clavo y explicó que, cuando salían de la conferencia, Brooks le había pedido que le contara qué sabía de Olimpo y Auxencio, los dos amigos de Sinesio y Evoptio que también eran alumnos de Hipatia.

—Quizás cree que pueden ser destinatarios de la misma carta —dejó caer.

El silencio se apoderó de los cuatro miembros de Magnus Christus, quienes, aunque la foto seguía igual, estática y desfasada, no apartaban la vista del ordenador. Sin imagen, el sonido tenía más magnetismo. Eran como penitentes en un confesionario en el que la rejilla de la mirilla deja pasar la voz de quien administra el sacramento, pero no nos permite verle la cara. Los misterios de la técnica los tenían presos a la palabra de Erwin.

—Evoptio, Herculiano, Olimpo y Auxencio. Cuatro nombres. *Tetra*. ¡Una maquinación pitagórica! —exclamó Francisco, que era rápido haciendo cábalas, especialmente si llevaban al infierno.

—Los cuatro, cristianos —recordó Erwin, en voz baja.

—Cuatro cristianos y un obispo —puntualizó Tadeusz, insinuando que Sinesio estaba implicado.

Erwin les había convencido de que Brooks publicaría esta historia basada en Evoptio y sus amigos si los de Yale no le facilitaban pruebas de la existencia de la carta de Sinesio. Podía comprobar el efecto devastador de sus revelaciones entre los miembros de Magnus Christus, porque él sí que los veía, y lo acompañó de un silencio intencionado. Los tenía pendientes de sus indagaciones, como si fuera a licuar la sangre de San Gennaro. Y pensaba en las ocasiones en las que le habían menospreciado e incluso maltratado. Ahora él era el mensajero de Satanás que les traía las nuevas de un apocalipsis anunciado.

Todos miraban el Mac, esperando un milagro. Que volviera la imagen, con una voz que dijera: «No os preocupéis, hermanos, todo volverá a ser como antes. Como ha sido siempre, desde hace dos mil años».

Solo Tadeusz podía romper la quietud siniestra que se había apoderado de la celda:

—Tenemos que actuar…

—Espere, padre —dijo Erwin, cortando de raíz lo que iba a ser una intervención destinada a reavivar los ánimos.

Tadeusz calló. Y juntó las manos, como si fuera a rezar, preparándose para lo peor. Alargando al máximo la pausa, Erwin les reveló la más inquietante de todas las informaciones. Al final de la tarde, había subido a la terraza del hotel a tomar el aire. Estaba allí el profesor Yarnit hablando con una mujer que había visto en la conferencia y que venía de Alejandría. Parecían muy animados, y él había bebido bastante. Cuando se iban, los abordó para intercambiar tarjetas de visita.

—Ella es norteamericana, una tal Aileen O'Neill.

—Debe de ser del equipo del Sinaí —intervino Gianluca.

—No tiene nada que ver. Descubrí en Google que es abogada.

Les contó que era de Milwaukee, donde se había hecho famosa defendiendo a unos chicos que decían ser víctimas de acoso sexual. El caso había provocado mucho ruido porque implicaba a un presbítero y a un diácono de la diócesis. «A pesar de ser católica», les dijo, deduciéndolo del apellido. Gracias a Dios, había perdido el juicio. También había encontrado información sobre su separación, porque había sido escandalosa y el marido había acabado en prisión, acusado de agredirla. En un blog de Milwaukee había leído que se había retirado a Alejandría para escribir un libro.

—Debe de ser amiga de ese Yarnit —aventuró Gianluca, con poca fe.

—Estaba inscrita en nombre de la Biblioteca de Alejandría, pero no consta entre los empleados que hay en la web.

Solo les faltaba esto. Una abogada divorciada y despechada, obsesionada con vengarse de los hombres y de la Iglesia, que además asistía a la conferencia sobre Sinesio con una acreditación falsa.

—Tenemos muchos enemigos —concluyó Tadeusz, dibujando un viacrucis marcado por acontecimientos cada vez más inquietantes.

Agradeció a Erwin sus informaciones e hizo un gesto a Gianluca para que desenchufara aquel ingenio endemoniado.

—*Nos recap* —sugirió Zdzisław, en latín, para marcar la urgencia de recapitular después del Skype siniestro que habían mantenido con Nápoles. Tadeusz miró a Francisco, invitándole a poner orden en los hechos que los habían llevado hasta donde estaban ahora.

Los enemigos de la Iglesia habían descubierto en Hipatia un nuevo filón para atacarla. La presentaban como a una mujer atractiva, joven, inteligente, que propugnaba la convivencia entre cristianos, judíos y

paganos. Basándose en la biografía devastadora del padre Juan de Nikiû, ellos habían llevado a cabo una tarea sistemática, explicando quién era la verdadera Hipatia. Una arpía que había conspirado contra Cirilo, sumándose al partido del prefecto y yendo en contra del tsunami de la nueva fe que se esparcía por las calles de Alejandría.

—Hipatia es el hilo conductor de toda esta operación —resumió Francisco—, y no pararán hasta que publiquen el manuscrito que le robaron a Erwin —finalizó.

—Hasta ahora, los padres de la Iglesia han hecho limpieza —recordó Zdzisław.

—Todas las virtudes pueden convertirse en defectos —profetizó Tadeusz.

—¿Qué quiere decir, padre? —preguntó Francisco.

—Pues que los mitos son más fáciles de tergiversar —replicó el prelado de Santa Catalina.

Les recordó el mal llamado Evangelio de la esposa de Jesús, que se había presentado en Roma y que había hecho tanto ruido, a pesar de que *L'Osservatore Romano* lo hubiera atribuido a una torpe falsificación. Solo era un fragmento de papiro, grande como una caja de cerillas, pero dijeron que se podía leer: «y Jesús les dijo, mi mujer». Y puesto que fue aceptado como auténtico por una eminencia de la Escuela de la Divinidad de Harvard, la opinión pública dedujo que Jesucristo tenía esposa. Un golpe duro, que podía poner en duda el origen divino del celibato.

—Tiene razón, padre —reconoció Gianluca—. Una carta de Hipatia sería portada en los periódicos de medio mundo.

—¡Que Dios nos coja confesados! —exclamó Francisco—. Unas palabras de esta víbora, solo unas palabras, podrían hacer temblar los fundamentos de la Iglesia.

—Hermanos, no es hora de poner la otra mejilla, sino de actuar —concluyó Tadeusz.

Y a cada uno de ellos se le asignó una tarea.

Tel Aviv, 30 de abril, jueves

La reunión con Ariel era a las nueve de la noche. Al saber que Ygal había muerto cayendo del Duomo de Florencia, el servicio de inteligencia del primer ministro los había conminado a reunirse. Tenían que averiguar qué había pasado y decidir la respuesta. La muerte de un *sayan* parecía la prueba definitiva de que detrás del robo del manuscrito de Alejandría había una organización dispuesta a todo e interesada en involucrar a Israel.

Por experiencia, Lea sabía que una cita a aquella hora con un colega del Metsada, el departamento de operaciones, demostraba la importancia que los de arriba atribuían a esta misión.

Hacía poco tiempo que trabajaba en la sede central, desde que había abandonado Bagdad, y se aburría soberanamente. Pasarse el día procesando telegramas enviados por los colegas que seguían en Irak e intercambiando datos sobre amenazas terroristas con los de la CIA no la hacía feliz. Además, cobraba menos de la mitad, y la vida en Tel Aviv era carísima. Incluso más que en Roma, donde había hecho sus primeros pinitos como *katsa* del Mossad. Con éxito suficiente para que el Instituto la mandara a Oriente Próximo. Había conseguido saber qué le había dicho el papa Wojtyla al turco Ali Agca al oído, cuando lo visitó en prisión, y eso había permitido descartar hipótesis excéntricas de otros servicios sobre las causas del atentado fallido.

Ariel no le dio la mano y le recriminó, sin más preámbulos, que hubiera enviado a un *sayan* a una misión como esta. Con malos modos, le recordó que el Mossad no toleraba bajas, aunque fueran de colaboradores.

—Cuando nos han llamado de Roma para decirnos que un profesor de la Beerseba llamado Ygal Ostrovsky había caído del Duomo de Florencia nos hemos quedado de piedra.

—Estoy trabajando en ello desde que me lo has comunicado. Ya sabemos algunas cosas.

—¿Por qué diantre hemos enviado a un colaborador para seguir a esa mujer, y no a un hombre de los nuestros?

—Porque Ygal entró en su casa sin romper ni un cristal, porque era el más adecuado para ir a Nápoles, porque en Bagdad demostró su capacidad y porque no nos podíamos imaginar que en Florencia se encontrara con un asesino —contestó Lea, que no estaba dispuesta a dejarse intimidar.

—Era una misión para un *katsa* —insistió él.

—Te recuerdo que fue uno de los primeros que llegó a lo alto del Golán —replicó Lea, haciendo diana.

Era un golpe bajo porque todo el mundo en el Instituto sabía que Ariel era un recién llegado que había escalado muy deprisa en el Mossad, sin provenir del Tsahal. No tenía expediente militar, y eso siempre sería un lastre para una ambición como la suya. Encajó el golpe, pero continuó refunfuñando sobre una misión que no le parecía justificada.

No entendía por qué se habían metido en este embrollo por cuatro fotos de un whatsapp donde se veía un manuscrito arrugado. Lo atribuía al hecho de que los del gabinete del primer ministro se habían enredado. Y cuando Lea le facilitó el dosier donde expertos acreditados aseguraban que podía tratarse de una carta de Hipatia con revelaciones comprometedoras contra el patriarca de Alejandría, ni se inmutó. Tampoco le impresionó que coincidiera con el descubrimiento de un palimpsesto de Sinesio en el monasterio de Santa Catalina. Y eso que Ygal les había mandado un telegrama desde Nápoles, comunicándoles que también había sido robado.

—Y a nosotros, los judíos, ¿qué cojones nos importa Hipatia, si solo es un mito?

—Algunos mitos pueden ser activados como armas de destrucción masiva —le contestó Lea, aludiendo irónicamente al destino anterior de Ygal en la Agencia Internacional de Energía Atómica en Viena.

—Eso debe de suceder cuando el mito es una mujer, ¿verdad?

—Nunca entenderás la fuerza de las ideas. Quizás porque, en efecto, eres un hombre —replicó ella, devolviéndole la ironía.

Desde que había hablado con Ygal, Lea lo había leído todo y más sobre Hipatia y el conflicto entre paganos y cristianos. También se había acercado a la personalidad de Sinesio, que le había parecido fascinante por su ambivalencia. Había llegado a pensar que le hubiera gustado vivir en aquella Alejandría medio griega y medio faraónica, en la que los judíos eran tan importantes que incluso Cirilo, el patriarca, los había expulsado de la ciudad. Le daba pereza intentar traspasar la coraza de Ariel, forjada con un exceso de testosterona y un déficit de inteligencia emocional, pero era necesario para conseguir su colaboración. Tal y como había hecho con Ygal, subrayó que el mito de Hipatia
se había construido sin que quedara nada escrito, más allá de algunas notas a ediciones de Euclides, Apolonio y Diofanto de Alejandría.

—Lo han destruido todo —concluyó.

—¿Quiénes?

—¡No puedo creer que me lo preguntes! —dijo, escandalizada.

—Los cristianos…

—Claro, zoquete. Los cristianos que seguían al patriarca. Por esa razón sería tan extraordinario descubrir un texto suyo —exclamó Lea, sin esconder su admiración por Hipatia.

—Sigo pensando que los de arriba exageran —insistió él.

—Escucha, Ariel. Estamos aquí, efectivamente, porque los del gabinete piensan que detrás de todo esto puede haber una operación destinada a perjudicar a los cristianos, empezando por los de Oriente Próximo.

—Muy bien, ¿y?

—Mira que eres tarugo. ¿No entiendes que, si pasa esto, de rebote puede afectar a Israel?

—¿Me puedes decir cómo cojones nos pueden perjudicar las hostias que se pegaron cristianos y paganos en Alejandría hace más de diecisiete siglos? ¿Me lo puedes explicar?

—¿No te acuerdas del revuelo que se armó con aquel cilindro de arcilla del museo de Bagdad?

—Era muy diferente. Aquella terracota hubiera podido poner en peligro nuestras aspiraciones sobre Jerusalén. Además, estábamos a las puertas de una ronda de negociaciones con Arafat —recordó Ariel, que no se bajaba del burro.

Para vencer sus reticencias, Lea se cargó de paciencia y expuso detalladamente los motivos por los cuales el robo de un manuscrito atribuido a Hipatia les incumbia. Le pareció que, con Ariel, que era de formación científica, tenía que empezar por el efecto mariposa.

—Quieres decir la dependencia exponencial de las condiciones iniciales —replicó Ariel.

—Como quieras. Deja que te cuente primero por qué el aleteo de una mariposa en la Alejandría del siglo v puede provocar dolores de cabeza al Vaticano.

Los años pasados en Roma la ayudaban a comprender los desafíos que vivía la Iglesia. En otras circunstancias, el debate sobre un manuscrito de Hipatia no habría pasado de los círculos académicos y de los exegetas. Pero los tiempos habían cambiado. Teniendo en cuenta la debilidad de las Iglesias orientales, perseguidas como nunca, y de la de Roma, traumatizada por las acusaciones de corrupción y pedofilia, una confirmación de la participación del patriarca de Alejandría en el asesinato de la filósofa podría causar un enorme impacto en la opinión pública.

—Si una novela de éxito hace temblar al Vaticano, imagínate la conmoción de un manuscrito original de Hipatia que confirmara la implicación del patriarca en su muerte —sentenció.

—¿Y cómo llegaría la mariposa a Roma?

—No olvides que Cirilo también ha sido santificado por la Iglesia católica y que los cristianos siempre cierran filas ante la adversidad.

—Muy bien, pero en el mundo actual los escándalos no van más allá de un par de informativos —replicó Ariel.

—Te equivocas. Mucha gente le tiene ganas al Vaticano por lo que ha pasado en los últimos años —insistió.

—Pues un par de meses, con algún manifiesto de científicos agnósticos reclamando la rehabilitación de Hipatia, una campaña virtual de los católicos progresistas exigiendo la condena de Cirilo y una etiqueta de las feministas en Twitter echando la culpa a los hombres.

—Eres un machista, Ariel, pero tenemos que trabajar juntos, así que escúchame…

—Estamos en el Vaticano. ¿Cómo consigue la mariposa volar más allá?

—Es tan fácil de explicar que incluso un hombre puede entenderlo —dijo ella, antes de empezar con el segundo de sus argumentos.

Lea era una judía secular, y solo iba a la sinagoga para el Pésaj y el Yom Kippur, pero como analista sabía que la crisis que sufría el cristianismo favorecía a otras religiones. Se lo recordó a Ariel, mencionando datos que tenía en la carpeta relativos a la pérdida de influencia de los católicos en la mayoría de continentes.

—Quieres decir que los musulmanes sacarían provecho porque nosotros no estamos en el mercado de las conversiones —reconoció él.

—En Oriente Próximo, sí —precisó Lea—. Pero en América y en Europa podría dar alas a nuevas formas de espi-ritualidad, más *light*, que captan adeptos y que traen de ca- beza al Vaticano.

Estaba convencida de que un renacimiento pagano desestabilizaría el mercado de las almas en detrimento de los cristianos. Los musulmanes saldrían beneficiados, pero también los movimientos *new age* o los neopaganos de Wicca y otras comunidades. Incluso los paganos de extrema derecha que habían cobrado cierta importancia en Europa central.

—En un panorama espiritual tan árido como el occidental, las ideas paganas pueden reavivarse —concluyó.

—A nosotros nos salva el conflicto con los árabes —dijo Ariel, con una mueca de cinismo—. Es decir, que la mariposa no entraría en nuestro espacio aéreo…

Lea le recordó que los problemas de Egipto siempre suponían quebraderos de cabeza para Israel porque, desde los acuerdos de

Camp David, ese país era esencial para la seguridad del Estado hebreo. Un auténtico parapeto que les protegía de las turbulencias de los vecinos. Teniendo en cuenta que, desde las primaveras árabes, las aguas del Nilo bajaban agitadas, Tel Aviv seguía con extrema preocupación lo que pasaba en El Cairo y consideraba una amenaza cualquier desestabilización del nuevo régimen militar.

—¿Lo pillas? —dijo ella, cansada de tener que explicar los inicios de la política exterior israelí de los últimos treinta y ocho años.

—Me parece el argumento más consistente —reconoció Ariel, que acababa de volver de una misión en El Cairo y había podido comprobar que los cristianos egipcios eran uno de los apoyos más firmes al régimen.

Ahora que ya lo tenía casi convencido, Lea puso encima de la mesa la información más relevante: el hecho de que los autores del robo de Alejandría no pidieran dinero para restituirlo. Le mostró la foto de un extraño mensaje que la norteamericana había recibido en su móvil.

Ariel empezaba a estar tocado. Reconoció que las pretensiones de los que tenían el manuscrito eran políticas, aunque no dijeran cuáles. También le sorprendió la mención al año 414.

—La misma fecha que la del palimpsesto que han robado en Santa Catalina —soltó.

De todas formas, ni la teoría de la mariposa ni las coincidencias entre lo que había pasado en Alejandría y en el Sinaí acababan de convencerle de la existencia de una conspiración destinada a desestabilizar el régimen egipcio.

—¿Qué más tenemos? —dijo.

—Un *sayan* que cae del Duomo mientras seguía a O'Neill. ¿Te parece poco?

—Relevante pero no suficiente.

—Descartemos el suicidio. En Florencia, si te quieres matar, te lanzas desde el *campanile* de Giotto y no rodando por los tejados del Duomo —explicó ella, demostrando su conocimiento de Italia.

—Además, no tenía ninguna predisposición al suicidio.

—¿Lo conocías?

—No, pero nuestros psicólogos han revisado la entrevista que tuviste con él.

—¿La grabasteis sin que yo lo supiera? ¡Eres un cabrón!

—Es el protocolo, ya lo sabes.

—Te lo puedes meter en el culo, el protocolo.

Después de media hora de esgrima, habían empatado y podían empezar a trabajar. Ariel cogió las fichas preparadas por la gente de la sección de información y las leyó en voz alta:

Sherif Abu Khadra. Egipcio. 53 años. Alejandría, Egipto. Casado.

Dos mujeres y cuatro hijos. Anticuario. Dificultades económicas. Ningún antecedente significativo. Lo mataron el 22/4/2015 para robarle una caja con un manuscrito que podría ser una carta de Hipatia de Alejandría a Sinesio de Cirene, según los expertos. El día antes de morir, rechazó la oferta de 25.000 dólares que le hizo un colaborador nuestro. Parece que el asesino era un delincuente conocido de la policía que apareció muerto en su casa al cabo de unos días. La policía egipcia averigua su relación con la norteamericana Aileen O'Neill, residente en Alejandría.

—¿Algún comentario? —preguntó él.

—Ninguno. Un *uomo qualunque* —respondió Lea, para subrayar la banalidad de la biografía.

Aileen O'Neill. Americana. 33 años. Milwaukee, Wisconsin. Abogada. Divorciada. Vive en Alejandría desde el 15/4/2014, sin trabajo conocido. Antecedentes: perdió un juicio contra dos curas acusados de abusos sexuales. Denunció al marido por maltrato y ganó el juicio. Militaba en una asociación feminista y antimilitarista. (Participó en un acto contra Israel por la Operación Cast Lead en Gaza/2009.) Era amiga de Sherif Abu Khadra, el anticuario asesinado, e investiga el caso en colaboración con un tal Akram Hennawi, del departamento de manuscritos de la Biblioteca de Alejandría. Parece que operan por su cuenta. Asistió a la conferencia de Nápoles, donde se reunió con Martin Yarnit, el jefe del equipo de la Universidad de Yale que trabaja en el monasterio de Santa Catalina y que ha descubierto una carta de Sinesio y una de su hermano. Viajó a Florencia el 29/4/2015 con él en el tren de las 6.45 h (Última información enviada por Ygal Ostrovsky a la 1 p. m.) Adjuntamos dosier sobre el juicio de los curas y la separación de su marido, Patrick Kennedy, que la maltrataba.

—¡Una joya, vaya! —soltó Ariel—. ¿Alguna precisión?

—Que el marido no la maltrataba, como dice la ficha. Le rajó la cara de un cuchillazo.

—Déjate de estupideces.

—Parece una mujer interesante…

—La cuestión es saber si actúa por amistad con el anticuario o si forma parte de una organización que quiere recuperar el manuscrito con algún propósito —añadió Ariel.

—En el piso tenía notas, fotografías, mapas y bibliografía, además del billete a Nápoles que nos llamó la atención —comentó Lea, mostrando fotos que había tomado Ygal del apartamento de Alejandría.

—Parece la parafernalia de un profesional.

—No lo creo. Si fuera del oficio no habría dejado el billete de Nápoles colgado de una chincheta.

—¿Y qué hace una mujer como ella en Alejandría? —preguntó Ariel.

—Huir.

—¿Huir de quién?

—Huir de un marido que era un hijo de puta. ¿No te parece motivo suficiente? Lee el dosier sobre el juicio y verás cómo las gastaba el tipo.

Martin Yarnit. Norteamericano. 69 años. Casado tres veces. New Haven, Connecticut. Doctor en paleografía por Oxford. Profesor emérito en Yale. Antecedentes: activista radical de larga trayectoria. Contra la intervención en la Bahía de Cochinos y la guerra del Vietnam. Promotor de un manifiesto contra el *apartheid*. Ha participado en manifestaciones contra la guerra de Irak. Propalestino. Amigo de Noam Chomsky y Michael Moore. Colaboró en el guion de *Fahrenheit 9/11*. Apoyó a Barack Hussein Obama, pero más tarde ha criticado el uso de drones. Miembro activo del movimiento BDS, que llama a boicotear a Israel. Ha rechazado invitaciones de dos universidades israelíes a las que había sido invitado por su prestigio académico. Jefe de un equipo que trabaja con palimpsestos del monasterio de Santa Catalina. Según un artículo del *New York Times* firmado por James Brooks, tenía que presentar un manuscrito de Sinesio de Cirene en Nápoles, pero no lo hizo (parece que lo robaron poco antes, según una nota de Ygal Ostrovsky). Presentó una carta del hermano de Sinesio, insinuando que podría suponer una reescritura de la historia de la Iglesia oriental.

—¡Un gran amigo de Israel! —exclamó Ariel, después de leer la ficha en voz alta.

—Una biografía singular —puntualizó ella—. Su madre era judía.

—Como muchos comunistas americanos. Algunos lo son de padre y madre.

Había una última ficha. No era de una persona, sino de una organización:

Magnus Christus. Organización integrada por religiosos y seglares, antiguos miembros de la Legión de Cristo. Creada en 2009. Su objetivo es hacer un seguimiento de las actividades contrarias a la Iglesia católica basadas en la rehabilitación de las ideas y los mitos paganos. Se constituyó poco después de la distribución de la película *Ágora*, que enaltece la figura de Hipatia y acusa al patriarca de Alejandría de haber instigado su muerte. Se reúnen habitualmente en Cracovia bajo el liderazgo del padre Tadeusz Wielgus, de la iglesia de Santa Catalina. Uno de sus miembros, Zdzisław Paetz, es judío,

aunque lo esconde. Están convencidos de que el manuscrito robado en Alejandría está en manos de alguna organización que lo quiere utilizar para cuestionar la historia oficial de la Iglesia. Convendría hablar con Paetz para disponer de más información sobre las actividades de Magnus Christus y sus miembros.

—Veo que la mariposa ha volado hasta Cracovia… —comentó Airel, volviendo a sus ironías.

—Más bien ahí nació la larva, porque parece que esta operación destinada a revisar la biografía de Sinesio y de Hipatia empezó allí, con la presentación de una tesis doctoral que…

—No hace falta que me lo cuentes —pidió Ariel, que había agotado su capacidad de escuchar historias truculentas—. Los cristianos iluminados están más chiflados que nuestros rizados.

Estaban de acuerdo en una cosa. La muerte de un informador del Mossad siempre encendía las alarmas, aunque fuera solo un colaborador. ¿Por qué lo habían matado? ¿Había descubierto alguna cosa importante de la que no había tenido tiempo de informar? ¿Tenía algún dato relacionado con el manuscrito de Alejandría o sobre las actividades de O'Neill? Parecía una muerte gratuita, como la del anticuario de Alejandría.

—¿Los dos norteamericanos estaban también en el Duomo? —preguntó Ariel.

—Los tenemos identificados entrando, sobre la una, pero la cámara que hay arriba no funcionaba. Y cuando la policía llegó casi todo el mundo ya había bajado.

—¡Qué desastre, estos italianos!

—Sí, porque hay 463 peldaños, por lo que debieron de tardar más de un cuarto de hora, yendo deprisa.

—¿Algún otro sospechoso identificado?

—A esa hora acostumbra a haber unas tres mil personas dentro del Duomo y alrededores. Además, no sabemos a quién buscamos…

—¿Qué hipótesis tenemos? —interpeló Ariel, mostrando que tenía respeto a Lea, a pesar de cómo la había tratado.

—La más consistente es que el asesino siguió a Aileen O'Neill hasta Nápoles. Y después a Florencia, donde descubrió que Ygal también la seguía y se lo quitó de encima.

—¡Joder! —exclamó Ariel—. ¡Qué manera más bestia de quitarse a alguien de encima! ¿Tenemos la lista de los asistentes a la conferencia de Nápoles?

—Estamos trabajando en ello. También en la de los clientes del hotel Mediterráneo, donde estaban alojados Ygal y los dos norteamericanos.

—No hay prisa. La Iglesia católica ha sobrevivido dos mil años… —

comentó Ariel, haciendo otra bromita de las suyas.

El iPhone que Lea había dejado sobre la mesa vibró. Era un mensaje del gabinete del primer ministro:

El papa llega a Egipto el 15 de mayo

Acelerar operativo manuscrito

—Solo tenemos dos semanas, Ariel.

—¿Qué pasa? ¿Han anticipado el juicio final?

—No se acaba el mundo, pero el papa llega a Egipto el 15 de mayo. Mañana lo harán público.

—¡Joder! —dijo Ariel, por cuarta y última vez—. Podías haber empezado por ahí.

Lea cogió el iPhone. Todo se complicaba, pero sonrió porque el mensaje la había salvado. El plasta de Ariel ya no tenía argumentos para seguir tocándole las narices. Era un tipo insoportable, pero eficiente. Mejor así que al revés.

Ella quedaba encargada del operativo y él le daría apoyo desde Tel Aviv.

Después de haber visto la devoción que le profesaba Sinesio, creo que sé por qué mataron a Hipatia. Que enseñara las doctrinas de Aristóteles, Platón y Plotino no me parece suficiente. Es cierto que los extremistas cristianos habían decapitado la estatua de Serapis, unos meses antes, y habían clausurado los templos dedicados a otros dioses, pero no habían matado a ningún otro filósofo pagano. ¿Por qué ella, y solo ella, si era la menos pagana de todos los paganos? Nunca creyó en la magia negra, ni practicó sacrificios, ni asistía a ceremonias nocturnas. Ni siquiera compartía la afición del padre por la teúrgia y los videntes. Sus únicos trucos de magia los hacía con astrolabios e instrumentos musicales. Que fuera amiga del prefecto, que era cristiano, tampoco explica del todo su trágico final. Era una amistad que irritaba al patriarca, desde luego, pero también era una garantía para plantar cara al asedio de los intransigentes. ¿Por qué la escogieron a ella para escarmentar a los paganos si era amiga de tantos cristianos? ¿Por qué ese ensañamiento? Lo que no podía tolerar Cirilo era que fuera una mujer. Una mujer que enseñaba filosofía a los hombres, bien relacionada con judíos y cristianos, apreciada por la gente y respetada por las élites. Una mujer con influencia en Cirene, Constantinopla y Damasco. Qué envidia para el patriarca, que era un hombre controvertido, enfrentado a los cristianos que no comulgaban con él, odiado por los paganos, temido por los judíos. ¿Cómo se atrevía ella a cuestionar la autoridad de Cirilo de Alejandría, un teólogo venerado por el *pollon plethos*, la mayoría del pueblo cristiano? Cirilo no podía soportar que Sinesio hablara de ella con tanta veneración y que las mentes más ilustradas de la ciudad la idolatraran. Bizancio conoció y respetó a mujeres de gran personalidad, como Pulqueria o Gala Placidia, pero todas estaban amparadas por hombres poderosos. Ella, no. Siempre fue independiente. Del poder y del padre. La mataron unos *parabolani*, los *baltaguiya* de aquellos tiempos. Bestias inmundas que brotaron de las tabernas del puerto. Escoria reclutada para poner orden en una ciudad irredenta. Machos excitados por el olor de carne ensangrentada de una mujer y por la idea de matar a la más conocida de todas ellas, la aristócrata que se atrevía a exhibir su inteligencia en el ágora. ¿Quién dio la orden de matarla? No creo que se sepa nunca. Pero cuando el patriarca la acusó de ser una bruja, sabía que la condenaba a la hoguera.

Borg El Arab, 1 de mayo, viernes

El día acaba casi veinticuatro horas más tarde con un ruidoso deslizamiento entre el cielo estrellado del Mediterráneo y las luces que dibujan la costa, como si el trigo que Alejandro Magno esparció por la playa para dibujar la ciudad que llevaría su nombre hubiera quedado irradiado por los dioses.

He continuado leyendo sobre aquellos tiempos convulsos, y creo que he entendido mejor la muerte de Hipatia, si es que una muerte tan horrorosa puede entenderse, y también el amor de Sinesio, si es que un obispo puede estar enamorado, aunque sea un amor platónico.

Antes de que el avión despegara de la Toscana, me he bajado tres o cuatro enlaces que Martin me había aconsejado. Son materiales sobre la persistencia de la oscuridad en la Iglesia católica. Me han hecho pensar en el juicio contra aquellos dos curas que habían violado a los chicos, estoy segura de ello, aunque no fui capaz de demostrarlo. Lo deploré, más por las víctimas, que se habían atrevido a revelar la abominación después de tantos años de silencio, que no por mi carrera.

Lo pasé muy mal. Fatal. Tuve que cambiar de teléfono dos veces. Tuve que cerrar mis cuentas de Facebook y Twitter. No pude seguir viviendo en mi apartamento, sola, desde que habían detenido a Patrick. E incluso alguna de mis mejores amigas me decía que lo dejara correr. Que por qué me empeñaba en seguir adelante si algunos testimonios se echaban para atrás y si la ciudad quería silencio. No me lo decían, pero algunas también atribuían mi tozudez al drama en que se había convertido mi vida. Un abogado puede tener problemas sin que afecten a su carrera. Una abogada, no.

La decisión del jurado sacudió convicciones heredadas de mi madre y me alejó todavía más de los templos, aunque la religión forma parte de mi ADN irlandés.

Es la explicación que le di a Martin cuando me preguntó si todavía era creyente, y creo que le persuadí. Él lo tiene más fácil. Convencido de que la Iglesia vende opiáceos a los humanos desde hace dos mil años, ha hecho de la denuncia de sus aberraciones una cruzada intelectual. Exhibe un pesimismo de la inteligencia sin fallas, de manera que, cuando le confié que había enviado una carta privada al papa Francisco después de perder el juicio, de la que su secretario privado acusó recibo con la finura florentina suficiente para no defender a los dos prelados, Martin tenía ya la respuesta preparada:

—Lo matarán, ¡ya lo verás! —aseguró, con uno de sus despropósitos característicos.

—¿A quién, al papa o al secretario?

—Al papa. ¡Con la complicidad del secretario! —contestó, riendo.

Vislumbrar la costa alejandrina desde el avión añade todavía más misterio a la fundación de esta ciudad. ¿Por qué aquí? ¿Por qué sobre un área de tierra tan desprotegida? Sé la respuesta: porque los vientos alisios le serán propicios, ayudarán a los barcos a llegar a puerto y se llevarán las miasmas tierra adentro. Y también porque el lago Mareotis será fuente de abundancia. Aun así, sigue siendo un enigma.

Aterrizar de noche es un privilegio. Los estragos del tiempo y de los hombres son menos visibles, y todavía es posible compartir el sueño de *Alexandros*.

Corro por la pasarela a trompicones, como siempre, para no perder más tiempo en el control de pasaportes que sobrevolando el Mediterráneo, hasta que una mano poderosa me coge la maleta y otra me orienta hacia una puerta que siempre había visto cerrada.

—¡*Marhaba*!

En otras circunstancias, habría agradecido la bienvenida, el trato VIP, porque ahorrarme una hora de cola es el mejor obsequio que me pueden hacer después de un largo día, pero la presencia de Abu a las tres de la madrugada, en un aeropuerto como este, perdido en medio de la nada, me provoca más inquietud que satisfacción.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, intentando que la sorpresa no oculte completamente la gratitud.

—Ven. Hablemos en el coche.

Salimos atropelladamente, en medio de miradas curiosas, y entramos en un automóvil conducido por uno de sus hombres. Debe de ser la confianza porque, si no, no se entiende qué hace aquí el comisario de Attarin, a estas horas y lejos de la ciudad.

—Te he mandado un par de mensajes pensando que los leerías en Estambul, durante la escala, pero no me has contestado.

—¡Es cierto! Cuando hemos embarcado me he dado cuenta de que no había conectado el teléfono. Me habría ahorrado este susto —digo, resoplando—. ¿Qué sucede, Abu?

—Nos ha llamado la Interpol —me cuenta, mientras me recupero con el agua que me ofrece el chófer—. Querían información sobre un tal Igor Ostrovsky, un ciudadano ucraniano que vivía en Alejandría y que ha muerto hoy en Florencia, al caer de la catedral.

—¡No me digas que el muerto era de Alejandría!

—¿Cómo sabes que ha muerto alguien en Florencia?

—Porque estaba allí.

—¿No llegas de Nápoles?

—Sí, pero he salido de Florencia. Lo que pasa es que la conexión de Estambul es la misma.

—Es decir, que también estabas en Florencia… ¡Ya solo faltaba esto!

—¿Y por qué te preocupa tanto que haya muerto un ciudadano de Alejandría? Muchos egipcios van a Italia de vacaciones.

—Porque el tipo venía de Nápoles, de la misma conferencia que tú.

Dos coincidencias ya son demasiadas. Le cuento el viaje imprevisto a Florencia con Martin, para ver las cartas de Sinesio, la comida, la subida al Duomo, y el rumor que oí, antes de irme, de que alguien se había suicidado, lanzándose desde lo alto. No le habíamos dado más importancia.

—La vida tiene estas casualidades —añado, sin demasiada convicción.

Abu no está para casualidades. Con un ademán severo inusual en él, ni siquiera cuando me mostró las fotos del *baltaguiya* destrozado a golpes de mazo, me dice que no ha venido al aeropuerto a estas horas porque se haya suicidado un hombre que vivía en Alejandría. La Interpol tampoco
se habría metido si fuera un hecho banal. Según la policía italiana el muerto es un ciudadano israelí que asistió a la conferencia de Nápoles con el nombre de Ygal Ostrovsky,
que es su verdadero nombre, no Igor, que es el que cons-taba en el pasaporte. Cuando precisa que se inscribió en calidad de profesor de la Universidad de Beerseba, lo recuerdo
vagamente porque le vi la acreditación. Estaba solo y cruzamos la mirada donde los pastelillos.

Le comento a Abu que también lo vi en la terraza del hotel Mediterráneo, al final de la tarde, cuando quedé con Martin, sentado en una mesa cercana.

—Resumiendo: el muerto es israelí y vivía en Alejandría. Coincidisteis en la conferencia de Nápoles y en el hotel. Y lo mataron en el Duomo mientras subías o bajabas. Demasiadas coincidencias, ¿no crees?

—¿Lo mataron?

—Los italianos están convencidos. Primero pensaron en un suicidio, pero dicen que han encontrado muestras de su piel en la barandilla que hay en la azotea del Duomo. Se debió de resistir antes de que lo empujaran. ¿Lo viste en Florencia?

—No. ¡Me habría fijado! Incluso nos habríamos saludado. Espera…

—¿Qué?

—¡El olor! ¡El olor, Abu! El olor que noté bajando las escaleras del Duomo. El mismo que quedó suspendido en mi piso cuando entraron en él. ¿Te acuerdas de que te lo comenté? Tuvo que ser él.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Hay muchos turistas en Florencia en el puente del Primero de Mayo y todos deben de sudar lo suyo subiendo al Duomo.

—No me equivoco, Abu. Era un olor como ningún otro. El mismo que apestó el piso. También lo noté en el ascensor del hotel cuando llegué a Nápoles, y bajando a la recepción…

No sé cómo, ni por qué, pero estoy convencida de ello. ¿Intuición? Desde el primer momento me pareció un olor a muerte.

—Creemos que es un hombre del Mossad, Aileen —suelta Abu, añadiendo todavía más cábala a una cadena de desgracias difícil de digerir.

Cuando le pregunto si también lo saben los italianos, me contesta que no, que el cónsul de Israel en Alejandría los ha llamado hace unas horas y les ha explicado que se trata de un judío de origen ucraniano.

—Es la fórmula que utilizan cuando a uno de sus hombres que vive en Egipto bajo una identidad falsa le ocurre algo.

—¿Un agente del Mossad? No me lo puedo creer.

—Probablemente no sea un agente. Más bien un *sayan*, un colaborador. Si fuera un agente no habría sido tan fácil lanzarlo al vacío —precisa Abu.

—Agente o colaborador, qué más da. Entra en mi casa por el balcón, ve el billete y me sigue hasta Nápoles. Se entera de que voy a Florencia y también va. Y lo matan en la catedral mientras yo estaba allí con Martin. ¿Cómo lo ves?

—Pues que estamos metidos en un lío. Y de los gordos —dice Abu, con un plural destinado a respaldarme y rebajar la tensión que debe de notarme en la cara.

Me confirma que han llegado los agentes de El Cairo, con instrucciones del Ministerio del Interior para hacer todo lo que haga falta para garantizar que nada perturbe el viaje del papa. Con respecto a los autores del robo, la hipótesis con la que trabajan es que se trata de un grupo con intenciones políticas, aunque no se ponen de acuerdo acerca de su naturaleza. La alarma se ha disparado cuando se ha sabido que el palimpsesto del monasterio de Santa Catalina también había sido robado. Y ahora, después de la muerte de este colaborador del Mossad, prevén cualquier escenario.

No saben qué hay detrás de todo esto, pero imaginan una conspiración destinada a impedir que la visita del papa Francisco sea un éxito para el Gobierno.

El nombre del papa es lo último que oigo.

Mi cuerpo empieza a distenderse. Casi son las cuatro y el coche bambolea por el asfalto en mal estado que divide un lago de aguas putrefactas que, contra todo pronóstico, aún conserva un hilo de vida, porque se adivinan siluetas de pescadores nocturnos que han clavado la caña. Mejor que la noche sea oscura, así no veo las aguas ferruginosas de la petroquímica, ni los cráteres de la carretera, que ponen a prueba la pericia del conductor. Iluminado por los gases que

queman en lo alto los surtidores y por las pocas faro-las que todavía no han robado, el paisaje es de lo más lúgubre. Parece imposible que aquí naciera aquel sueño alejandrino que duró siete siglos.

No sé si Abu podría añadir un último despropósito a la jornada, pero me da lo mismo. Dejo caer la cabeza encima de su hombro y cierro los ojos. Pero un pronto interrumpe el tránsito hacia lo que debería haber sido mi primer sueño en veinticuatro horas. Al salir precipitadamente del aeropuerto, he vuelto a olvidar conectar el teléfono. Hay dos whatsapps y cuatro llamadas perdidas que hace horas que esperan.

Martin me comunica que mañana, en el *Times*, es decir, hoy, James Brooks publica otro artículo sobre el palimpsesto de Santa Catalina. Una bomba, asegura. Me importa un comino.

El loco de Kom el Shoqafa me cita de nuevo. Para mañana, es decir, para hoy, a las tres de la tarde, en la cisterna de Al Nabih. Esta vez no bromea con los espíritus alejandrinos. Solo dice que vaya. Como si lo hubiera leído en un sueño. No tengo capacidad de reacción. Ni se lo pienso decir a Abu. Iré.

Dos de las llamadas son las perdidas de Abu y una tercera de Maryse, que no ha dejado ningún mensaje.

La cuarta es de un tal John Brennan, consejero político de la embajada norteamericana. Ha dejado un mensaje en el buzón de voz. Lo escucho. Me cita para el sábado por la mañana en El Cairo.

Estoy tan cansada que todo me da igual. Vuelvo a reposar mi cabeza en el hombro de Abu y me duermo.

Sin dormir del todo.

Alejandría, 1 de mayo, viernes

Me llaman al móvil cuando todavía resuena la plegaria del *fajr*. Pero no puede ser, porque el sol empieza a subir por las paredes. Debe de ser la voz del muecín, la última que he escuchado cuando me he metido en la cama, cerca de las cinco, que se me ha quedado grabada. O quizás es que no descansa nunca.

Son algo más de las nueve; es Martin, que acaba de llegar a El Cairo.

—¿Has leído el *Times*?

—¿Cómo quieres que haya leído nada? He llegado hace unas horas.

—Pues sale publicado otro artículo sobre el palimpsesto, explica que lo robaron y habla de la existencia de un legado de Hipatia. ¡Imagínate el follón!

—Luego me lo miro, Martin —balbuceo, con la boca espesa y el cerebro hecho polvo.

—Aileen —añade Martin, sin piedad hacia mi cansancio—, cuando he hablado con Brooks me ha preguntado si sabía alguna cosa del manuscrito que le robaron a tu amigo.

—¿El artículo habla de eso?

—No, pero…

—Ahora te llamo, Martin, ahora te llamo. —No sé qué decirle porque tengo los reflejos fundidos y las legañas petrificadas.

La ducha me regala una presión excepcional y lo agradezco. Es viernes y todo el mundo holgazanea hasta la hora de la *jumu'a,* la plegaria del mediodía. Hay más agua que nunca.

Leo el artículo de Brooks en la tableta mientras como un plato de minimangos *fas* exquisitos, de los que solo se encuentran en Egipto. Los ha comprado el *bauab* en mi ausencia; sabe que me encantan.

Brooks es un tipo duro y se nota que tienen un «garganta profunda» cerca. El final no tiene desperdicio:

Hasta que encontraron el *Códex Sinaiticus*, el monasterio de Santa Catalina no había sido objeto de descubrimientos tan trascendentales. Un equipo de Yale ha identificado dos manuscritos que podrían suponer una reescritura de algunas páginas de la historia del cristianismo oriental. El más importante es una carta del obispo Sinesio de Cirene a su hermano Evoptio, que debió hacerse pública la semana pasada en Nápoles. Pero, al igual que el *Sinaiticus*, ha sido robada. Según fuentes cercanas al equipo, en ella Sinesio expresa su preocupación por la campaña contra Hipatia fomentada desde el Patriarcado de Alejandría. Fechada el 414, la carta alude a la existencia de un «legado» de la filósofa.

Fuentes diplomáticas de El Cairo consultadas por el *Times* creen que esta carta podría reabrir el debate sobre la responsabilidad del patriarca Cirilo en la muerte de Hipatia. A pocos días de la llegada del papa a Egipto, la misteriosa desaparición de este manuscrito ha provocado una gran inquietud en el Gobierno. La embajada de la Santa Sede ha declinado hacer comentarios.

Es una bomba. Da la sensación de que Brooks ha tenido acceso al palimpsesto que Martin guarda en su ordenador, pero que no tiene una copia. No describe a un Sinesio melancólico, como el de la Laurenziana, sino a un hombre angustiado por el acoso que sufría Hipatia. Tampoco es una buena noticia que haya preguntado por el manuscrito que le robaron a Sherif.

Cada vez lo tengo más claro. Sinesio alargó la vida un año más, el tiempo suficiente para recibir una carta de Hipatia, que debió de leer con una ilusión sin límites. También con aflicción. La carta iba acompañada de las últimas reflexiones de una mujer que se sentía amenazada. Son las que constituyen el «legado divino» del que me habló Martin y el «legado» al que alude el *Times*.

Podemos imaginar que el obispo de la Cirenaica, con el cuerpo maltrecho por la enfermedad y el alma arruinada por la muerte de sus tres hijos y las noticias que le llegaban de Alejandría, vivió lo suficiente para dejar ese legado en manos de su hermano Evoptio. Confió en que él y otros discípulos cristianos de Hipatia se confabularían para resguardar en lugar seguro su última voluntad, en espera de tiempos más propicios.

Llamo a Martin para ver si coincidimos en la interpretación del artículo y en sus consecuencias. Todavía está en El Cairo.

—¡Qué desastre! —exclama—. Desde Yale nos han advertido de que no hay proyecto si no aparece pronto el palimpsesto de Sinesio.

—Pues ya somos dos buscando manuscritos —le digo para relajar el ambiente, al notarlo tan agobiado.

—Esto se nos ha ido de las manos, Aileen. Cuando un tema sale en el *Times*, las cosas se complican —comenta Martin.

Para él, ese palimpsesto lo era todo. Representaba la culminación de una larga odisea alrededor del Mediterráneo, leyendo antiguos relatos y descubriendo que la verdad tiene más enemigos que Ulises. Mientras su imagen me atraviesa el espíritu, tengo claro lo que hay que hacer. Ir a la cisterna de Al Nabih. Tenemos que saber qué quiere ese sujeto y detener esta locura.

—Martin, tengo que dejarte. Ya nos llamaremos.

—Me voy a Santa Catalina.

Creo que le he tranquilizado, pero yo estoy mucho más preocupada. Con el nuevo artículo del *Times* todo el mundo se asustará, empezando por el tipo que me ha citado en Kom el Shoqafa esta tarde. Pero

también los egipcios, que verán confirmados sus temores. Sin hablar de los israelíes, que no sé por qué se han metido en este avispero.

¿Has visto el *Times*?

Por fin Akram da señales de vida. Lo debe de haber leído en las redes, que no hablan de otra cosa. Le propongo tomar un capuchino en Les Délices y recibo una respuesta inmediata para quedar más tarde. Había olvidado que es viernes y que toca *jumu'a*, la más importante de todas las plegarias. Tiene que ir a esa mezquita de los salafistas que hay cerca de su casa.

Para mí, este hombre sigue siendo un misterio. ¿Cómo puede ser que un universitario que vive entre paganos y dioses sincréticos sea prisionero, una vez a la semana, del islam más retrógrado? ¿Cómo se puede disfrutar de las ideas neoplatónicas de Plotino, e incluso de los poemas órficos de Porfirio y de Jámblico, y los viernes integrarse en el rebaño de los ciegos? Un día intentó explicármelo. Con los ojos inyectados en sangre me habló de la ida al templo, andando lentamente, con la estera en la mano, de las abluciones compartidas con otros hombres y del momento sublime de la plegaria, donde todos son iguales ante Alá.

Nunca lo entenderé, pero debe de ser posible someterse a Alá una vez por semana y los otros días dejarse embrujar por la historia. Sobre todo si es la de Alejandría.

> Cambio la hora y el lugar:
> ¿En el Pastroudis a las 2?
> Lo acepta de inmediato.

Para una tarde larga e incierta, me visto con unos vaqueros elásticos, unas zapatillas bien atadas y una blusa de algodón que tanto sirve para el calor de mayo como para el fresco que puede hacer bajo tierra. El espejo me dice que tal como voy, con el pelo bien recogido, puedo hacer frente a cualquier fantasma. Hace días que no me miro la mejilla arañada. Ni la noto; no tengo tiempo. Hay que aprovechar la hora, porque las calles se llenan pronto de hombres que han purificado el alma y se acabará el sosiego tempranero del viernes.

¿Dónde está Abdallah?

En su lugar hay otro *bauab* que no había visto nunca. Un exponente del *body building* que tanto se lleva desde que los militares han recuperado el poder. Cabeza rapada, paticorto y campanudo, con camisa de poliéster remangada por encima de unos bíceps deformes. Un matón con ojos de zorro. Se lo comentaré a Abu.

Lo peor es que me quedo sin el *sabah el kheir*. Por suerte, no han echado al medio hombre de la esquina, a quien hoy le doblo la limosna.

—*Shuaia Shuaia* —me dice, recomendándome que me lo tome con

calma. Le dedico la primera y última sonrisa del día.

Akram ya está sentado a una de las mesas del Pastroudis que dan a la calle Fouad. Son las más preciadas por los *khawagas*; las buscan para hacerse una idea de cómo era el café cuando Durrell comía aquí, con la élite alejandrina, y se veía con aquella mujer judía que sería su *Justine*. Hoy ya no queda nada de lo que fue uno de los *café trottoir* más famosos del Mediterráneo, pero no importa. Algunos turistas llegan con un libro de poemas de Cavafis para releer «El dios abandona a Antonio». Intentan imaginar cómo era aquel funcionario de rutinas cotidianas que contó como nadie, en versos sin ornamento, incluso los eróticos, la nostalgia alejandrina.

Vivía aquí al lado, encima de un burdel, enfrente de una iglesia y cerca de un cementerio. Era un hombre insondable. Como Akram, que me recibe con una sonrisa afectada.

—¿Qué tal Nápoles?

—¿La ciudad o la conferencia?

No me ha gustado el tono en que me lo ha preguntado. Ni la manera como le ha quedado la boca, con los labios vueltos.

—¡La ciudad! —exclama, con un cambio de actitud que doy por bueno.

—Se parece bastante a Alejandría —respondo, haciendo una comparación sincera y buscando la conciliación.

—¿Y la conferencia? Vaya sorpresa, ¿no? ¡Anuncian una carta de Sinesio y presentan una de su hermano!

—Para sorpresas, el artículo del *Times*. ¿Qué te parece?

—Pues que tu amigo Martin tiene un problema.

Vuelve a estar tenso. Ahora no son los labios sino las mandíbulas. Tiene a Martin cruzado. Mejor ir al grano, con el anzuelo del *tetractys*.

—¿Qué te pareció la carta de Evoptio?

—Confirma la existencia del grupo de amigos de que te hablé por teléfono. Sería interesante saber con qué propósito lo crearon —suelta, de manera enigmática.

—Después de leer lo que dice Brooks, está bastante claro, ¿no?

—Ah, ¿sí?

—Preservar el legado divino del que habla el *Times*.

—El periódico solo habla de legado. Supongo que eso de divino lo debe de añadir tu amigo…

Me ha pillado. La desconfianza es mutua y va en aumento. No servirá de nada si le recuerdo que él fue el primero en hablar de un texto más extenso, que se adivinaba en las fotos de Sherif. Tampoco puedo hablarle de la nota de Kom el Shoqafa que lo confirma. Intento cambiar de tema contándole por qué Martin fue a Florencia.

—Sinesio habla de *Apoleya*…

—¡Veo que hablas griego! —dice, interrumpiéndome en un tono

agresivo—. No hacía falta ir a Florencia para saber esto.

Akram calla. Mira la calle Fouad, que hizo grande su Alejandría. Se entienden sus celos. Él hubiera querido ir a Nápoles para demostrar que un alejandrino puede tener tanto criterio, o más, que cualquier extranjero para hablar del mundo helenístico. Pero no tenía visado. No es fácil aceptar que haya que ir a Europa para leer las cartas de Sinesio o los códices más antiguos que tenían los monasterios egipcios. Sabe que eso es así, pero no puede evitar indignarse.

Solo falta que una lumbrera como Martin Yarnit le dé lecciones. ¡Y que yo le hable en griego!

Con él quiero hablar de este grupo secreto de amigos que se identifican con el *tetractys*. Para no irritarle, no le revelo los otros dos nombres que avanzó Martin.

—Si entiendo cómo funcionaban, Evoptio les mandaba cartas a todos ellos utilizando el mismo símbolo, ¿no? —pregunto, subrayando que la hipótesis es de mi cosecha.

—Sí, a Herculiano y también a Auxencio y Olimpo.

—¿Cómo lo sabes? —le digo, sorprendida de que haya citado los mismos nombres que Martin. Solo ha cambiado el orden.

—Porque les mandó la misma carta a todos —añade, y me deja boquiabierta.

No ha dicho «les debía de mandar». No ha emitido una hipótesis como Martin. Lo ha afirmado de manera categórica.

—¿La misma? ¿Cómo lo sabes?

—Porque han encontrado rastros.

Akram tiene la barba un poco más crecida, los ojos rojos y la mirada desafiante. Justo hace cuarenta y ocho horas le mandé un whatsapp desde Nápoles con los nombres de Evoptio y Herculiano, y cuatro fotos de un PowerPoint. Cuarenta y ocho horas y ya ha encontrado «rastros» de las otras dos cartas… Si no fuera porque es él, no me lo creería, pero hasta la fecha no me ha fallado.

—¿De dónde lo has sacado, Akram?

—De Oxford y San Petersburgo —dice, secamente.

—¡No me lo puedo creer! ¿En tan poco tiempo?

—Sí. He localizado dos manuscritos de esa época marcados con un *tetractys*. Uno en el museo Ashmolean y otro en la Biblioteca Nacional de Rusia.

—¿Sin moverte de Alejandría?

—El de Oxford lo he encontrado en el catálogo digital —explica, como si nada.

—¿Has consultado los catálogos digitales de todas las bibliotecas que tienen manuscritos egipcios? Pero si están esparcidos por medio mundo…

—Solo he consultado los de Oxford. Ah, y los de Viena, que también

atesoran muchos palimpsestos —responde, impasible—. Y he tenido suerte —añade, con una sonrisa cáustica.

—¿Por qué estos y no otros, Akram? Perdona que te lo pregunte —agrego, intentado evitar un exceso de desconfianza.

En lugar de sentirse asediado por mis preguntas, me recuerda que hace años que investiga sobre los orígenes del cristianismo en Egipto, y que sabe qué pasó cuando Cirilo se hizo amo y señor de la Iglesia de Alejandría. Argumenta que muchos cristianos que no compartían sus ideas se fueron, especialmente después del asesinato de Hipatia. Algunos huyeron a otros lugares del Imperio bizantino, pero la mayoría se quedaron. Unos fueron a vivir al Oxirrinco, al Delta, que era una ciudad tranquila, donde había muchos cristianos. Otros se refugiaron en los monasterios de Uadi el Natrun, para llevar una vida ermitaña. Por eso ha empezado por estos dos lugares.

—¿Y no hubiera sido mejor ir directamente a Oxirrinco y a Uadi el Natrun? —pregunto, ingenuamente.

—No, porque no queda nada.

Con una paciencia que no se corresponde con la tensión del momento, me narra la peripecia de los manuscritos siríacos de Uadi el Natrun. De cómo el British Museum se los llevó untando a los monjes encargados de su custodia con unos *bakshish*. Y de cómo, por el camino del expolio, los traficantes se quedaron hojas arrancadas de mala manera para venderlas a otras bibliotecas que se morían por conseguir alguna de estas reliquias.

Es así como una carta de Evoptio a Olimpo, que había sido custodiada por los monjes de Uadi el Natrun durante siglos, habría ido a parar a la Biblioteca Imperial de San Petersburgo.

—¿Y la del Ashmolean?

Desde las persecuciones del emperador Diocleciano, sigue explicando, con una parsimonia exasperante pero con un conocimiento que parece sólido, muchos cristianos encontraron refugio en Oxirrinco. Otros se fueron, huyendo de las querellas alejandrinas, llevándose consigo todo tipo de documentos privados y públicos. Hace un siglo hallaron una auténtica biblioteca en un vertedero.

—Había fragmentos de una carta de Evoptio marcada con el *tetractys* y dirigida a Auxencio —precisa, con una lógica implacable. Demasiado implacable.

—Que acabaron en el Ashmolean de Oxford…

—Como la mayoría de documentos encontrados en Oxirrinco. Mira, es esta —dice, mostrándome una copia de baja calidad.

Me gustaría enseñársela a Martin, pero no creo que sea oportuno proponerlo. Es demasiado precipitado.

—De la carta de San Petersburgo, ¿también tienes copia?

—No, porque ellos no tienen los manuscritos digitalizados en línea. Me ha ayudado un investigador que trabaja allí. Uno que conocí en la Biblioteca. Ya sabes que ahora tenemos muy buenas relaciones con los rusos…

No sé qué más preguntar, porque tiene respuesta para todo. Y si lo que dice se confirma, podremos cerrar el círculo. Siguiendo las instrucciones de su hermano, Evoptio habría contactado con los tres amigos cristianos que tenía en Alejandría, mandándoles la misma carta. La primera es la que Martin presentó en Nápoles. Otra estuvo en Uadi el Natrun durante siglos y, después, acabó en San Petersburgo. La tercera la encontraron en un vertedero de Oxirrinco, y viajó hasta Oxford en un barco de Su Majestad. Tanta coherencia me maravilla y me hace sospechar.

—¿Y el «legado divino»? —pregunto.

—Es el manuscrito que hay en la caja de tu amigo —afirma Akram, con una contundencia que me provoca escalofríos.

Hoy está cambiado. Ha dejado de lado la prudencia que lo caracteriza, incluso la reticencia a coincidir con Martin y los celos. Quizás es que hace dos noches que no duerme
y está medio poseído. ¿O es la obsesión por demostrar que sabe más que nadie?

Faltan diez minutos para las tres de la tarde. Mientras me sobrevuelan por la cabeza algunas ideas disparatadas, me entra un mensaje de Abu. Lo leo intentando que Akram no se dé cuenta:

> Confirmado viaje papa 15 mayo
> Irá a Alejandría
> Lo complica todo
> Nos llamamos.

Solo tenemos dos semanas. Escasas.

—Me tengo que ir, Akram. Te llamaré en cuanto haya novedades. Supongo que la policía habrá avanzado en las investigaciones.

—¿Cómo va con el comisario de Attarin?

¿Ha visto el mensaje? Vuelve a poner cara de pocos amigos. No soporta la presencia de otros hombres. Solo acepta la de Sherif, quizás porque está muerto, o porque tenía dos mujeres y cuatro hijos. Prefiero no hacerle mucho caso.

Cuando le pido al taxista que me lleve a la cisterna de Al Nabih, pone cara de sorpresa. Debe de pensar que ir sin compañía solo se le puede ocurrir a una *khawaga*.

Mientras transitamos por la Corniche, vuelvo a llamar a Martin. Está camino de Santa Catalina, con poca cobertura.

—Martin —digo, gritando—, deberías llamar al Ashmolean de Oxford para saber si tienen una carta de Evoptio como la que presentaste en Nápoles. Con los mismos puntitos…

—¿Cómo pretendes que haga tal cosa, Aileen?

—Por favor, Martin, es muy importante.

—¿Se puede saber qué pasa?

La llamada se ha cortado. Insisto. Vuelvo a pillarlo, con un hilo de voz. Tengo que aprovecharlo.

—El domingo quiero ir a Uadi el Natrun. ¿Los podrías llamar para que me reciban?

—El domingo es el peor día.

—Iré después de misa.

—Pensarán que chocheo.

—Por favor, Martin.

—*Mish moshkela*, Aileen. *Mish moshkela*…

La llamada se vuelve a cortar. Sé que lo hará. Las dos cosas.

Las cisternas fueron los acueductos de la Alejandría ptolemaica y la de Al Nabih es la mejor conservada de todas las que abastecían a la ciudad. Es una de las pocas que no ha sido rellenada con cemento por los constructores, con nocturnidad y alevosía. Sin este entramado subterráneo, Alejandría nunca habría pasado de ser el pueblo de pescadores que era antes de que llegaran los ptolemaicos. Cleopatra no habría existido.

Al Nabih es uno de mis lugares preferidos, pero no para quedar con un asesino.

Si en Kom el Shoqafa vi, o me pareció ver, una sombra que espiaba, aquí puede haber un baile de espectros. Tantos como columnas de mármol sostienen las tres plantas del depósito, dos mil años después de haber sido plantadas. En cualquier caso, celebro que la cita no sea para recoger un papelito.

A pesar de llegar tarde, pido al taxista que dé una vuelta por los jardines de Shallalat, donde está la entrada de la cisterna. No veo nada que me haga sospechar. Lo hace encantado, convencido de que cobrará el pasaje del día, y hasta que no ha cobrado, el muy listo no me recuerda, sonriendo, que hoy estamos a viernes y que los museos y edificios públicos están cerrados. No tengo tiempo de flagelarme, porque un hombre me pega un susto de muerte al abrir de golpe la puerta del coche, invitándome a bajar. No tiene cara de asesino ni de perturbado. Se presenta como un guía que se ofrece para acompañarme en una visita a la cisterna.

¿Cómo puede ser que este hombre me esté esperando, un viernes a las tres de la tarde, frente a una cisterna que debería estar cerrada? Ha de formar parte del mismo juego enfermizo que sufrí en Kom el Shoqafa. Resulta insoportable, pero no tengo alternativa si no quiero perder el único hilo de Ariadna que tenemos en las manos. Tengo que seguirle.

El hombre, seco, cojo y desdentado, habla un inglés bastante

entendible y desprende una simpatía que me cuesta corresponder. Se justifica:

—Soy Amr y me han pedido que la lleve a visitar la cisterna, señorita. Lo haré con mucho gusto. Sígame.

—Muchas gracias, Amr. ¿Puedo saber quién se lo ha pedido? Es para agradecérselo.

—Un hombre que vino.

—¿Egipcio?

—Sí. Mohamed, un joven que se acercó con un *tok-tok*. ¿No le conoce? —pregunta, extrañado.

—¡Ah, sí! Mohamed —digo, mintiendo, para que no se preocupe.

Este Mohamed no es el hombre que busco porque solo los campesinos de los pueblos y la gente que malvive en los barrios periféricos de Alejandría utilizan un *tok-tok* bengalí. Tiene que ser alguien que han enviado para no dar la cara. Un *baltaguiya* como el que mató a Sherif. Es todo un poco insensato, pero la intuición me dice que debo hacer lo que me diga el guía.

A medida que nos sumimos en las entrañas de la ciudad y el tal Amr va encendiendo luces, se confirman mis dudas. Es imposible que haya alguien esperando a oscuras. Seguimos adelante, o mejor dicho, hacia abajo. Como no tengo la cabeza para lo que me va contando, la visita resulta de lo más surrealista. Pero él no se inmuta y, con una profesionalidad que parece auténtica, como si el encargo fuera de verdad, se lanza a una explicación minuciosa sobre la construcción de estas pirámides subterráneas. No tiene ni pies ni cabeza, pero le escucho con paciencia de santa. Me puede llevar hasta Mohamed, y Mohamed nos puede conducir hasta el asesino.

Debe de estar en alguna de las azoteas que rodean los jardines, para comprobar que he venido sola. ¿Lo encontraré a la salida?

Estamos en la nave central de una catedral subterránea
de pilastras romanas, capiteles griegos y piedras del tiempo de los ptolemaicos. Estamos solos, con las luces que parpadean, rodeados de un silencio sepulcral. Es un lugar pavoroso, donde las voces rebotan de pared en pared como si buscaran el agua que hace años que ya no existe. Se entiende que Lara Croft haya librado unos de sus combates más célebres en una cisterna como esta, y que el profesor Landgdon haya bajado a este sitio en una de sus aventuras. Tampoco es extraño que los alejandrinos buscaran refugio, huyendo de los bombardeos de la Luftwaffe y de los italianos. Pero yo no estoy para películas, ni me escondo de nadie, y, como no quiero dejarme manipular más, le digo a Amr que necesito aire fresco.

No he mentido del todo, porque la claustrofobia me estaba asfixiando.

—Muchas gracias, Amr —digo, cuando llegamos arriba y el aire

vuelve a mis pulmones—. Oiga, ¿recuerda alguna cosa de ese Mohamed?

—El *tok-tok*, que era muy escandaloso. Tanto que, cuando se iba, le tomé una foto. Para mi hijo, ¿sabe?, es muy fan de Spiderman.

Me enseña la foto en el móvil, y añade que el tipo debía de estar bastante loco porque en este barrio está prohibido circular con vehículos de tres ruedas. He visto algunos muy *kitsch*, pero este tiene algo de inquietante, con el dibujo del hombre araña en el centro de una telaraña azul granate donde han quedado atrapados un montón de insectos. No creo que haya otro igual.

—¿Me la puede mandar, por favor? —pido, y le facilito mi número de teléfono.

Mientras me llega la foto, le doy una generosa propina. Abu estará contento. Es la primera pista que tenemos. Pero ¿dónde está el loco? ¿No ha dejado ningún mensaje? ¿Qué sentido tiene haberme hecho bajar hasta el corazón de la cisterna?

El guía, que ha vuelto a la garita donde debía de estar cuando he llegado, sale con un sobre en la mano, sonriendo. Le vuelvo a dar las gracias y me lo meto en el bolso. Me hierve la sangre.

—Una pregunta, Amr. Me lo das porque he hecho la visita, ¿verdad?

Ríe y explica, como me imaginaba, que Mohamed insistió en que solo me lo entregara si bajaba a la cisterna.

—¡Hijo de puta! —musito, mientras me despido de él—. ¡Volveré! —le digo, con la mejor sonrisa que soy capaz de esbozar.

Levanto la vista, por si acaso. Estamos rodeados de una colmena de cemento, con centenares de ventanas y balcones. En cualquiera de estos alveolos puede estar el hombre que mató a Sherif.

Ahora sabré qué quiere.

Cracovia, 2 de mayo, sábado

No le gustaba estar a solas con el padre Tadeusz, y menos un sábado, cuando en la iglesia de Santa Catalina había poca gente y el claustro de los agustinos estaba vacío. Le recordaba los tiempos del seminario, cuando se quedaba con aquel cura que le obligaba a hacer los deberes mientras los otros chicos marchaban al dormitorio y le miraban, la mayoría con sorna, y otros con ojos de pánico.

Tadeusz le había convocado con urgencia, al día siguiente de su regreso de Nápoles. Debía de querer conocer más detalles sobre la conferencia, y seguramente había leído el nuevo artículo del *Times* del que se hacía eco la *Gazeta Wyborcza*, donde se explicaba que la carta de Sinesio encontrada en el Sinaí y robada aludía a la existencia de un legado filosófico de Hipatia. La peor noticia. Pero él no iba a la reunión arrepentido de lo que había hecho. Ni apesadumbrado por la mala suerte que parecía que les perseguía.

Iba con espíritu de venganza.

Erwin cogió un atajo, cruzando el barrio judío de Kazimierz. Era temprano, pero las tiendas ya empezaban a abrir y el museo se apresuraba a acoger a los turistas, ávidos de preguntar por el gueto, fascinados por el apocalipsis que supuso la llegada de los nazis. Al pasar por delante del museo, se le escapó una mueca, convencido como estaba de que todo era una pantomima. Un reclamo para atraer a norteamericanos ricos, pensó. Y cuando vio los taxis que esperaban a los primeros clientes para llevarlos al campo de concentración, bajo un cartel que anunciaba *Auschwitz Tour*, se acabó de reafirmar en la idea de que el pasado judío de la ciudad era una farsa.

Sin los otros integrantes de Magnus Christus, la celda del convento parecía más siniestra todavía, y dudó si sentarse, hasta que Tadeusz le señaló el otro extremo de aquella mesa sin fin. Era absurdo, pero prefería estar lejos de él.

—Los enemigos de la Iglesia han decidido actuar —clamó el viejo prelado polaco, sin hacerle ninguna pregunta sobre el viaje— y hemos de prepararnos para la revelación de un texto de Hipatia.

—Tienen muchos ases en la manga —dijo él, añadiendo misterio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tadeusz, con la lengua entumecida.

—Creo que han localizado otra carta del hermano de Sinesio, padre.

—Dios mío, ¿cómo es posible?

—Un investigador de la Biblioteca de San Petersburgo que conozco me ha llamado para decirme que les han preguntado si tienen algún manuscrito procedente de Egipto y marcado con un *tetractys*. Y

desafortunadamente han localizado uno.

—¿Quién se ha puesto en contacto?

—Un tal Akram Hennawi, que trabaja en la Biblioteca de Alejandría.

—¿Lo conociste cuando estuviste allí?

—No, pero me han dicho que trabaja en el departamento de manuscritos y que es muy integrista…

—Lo que faltaba. ¡Un musulmán!

—Y que lo han visto a menudo con una norteamericana que vive en Alejandría.

—¡Esa O'Neill! Que Dios nos coja confesados.

—Debe de ser ella, padre. Lo comprobaré.

Erwin explica que el manuscrito que habían localizado en San Petersburgo era una carta de Evoptio parecida a la que se había presentado en Nápoles y que iba dirigida a otro de los miembros del grupo, Auxencio u Olimpo, eso no estaba claro. El investigador ruso le había confirmado que procedía del monasterio de Uadi el Natrun, como otros manuscritos cristianos de la Biblioteca Imperial.

Este nuevo descubrimiento confirmaba los peores presagios. Tadeusz se daba cuenta de que, si los enemigos de la Iglesia podían demostrar la existencia de este grupo
de amigos del hermano de Sinesio, sería un golpe definitivo. ¡Unos cristianos conjurados para salvar la memoria de Hipatia!

Esas cartas eran una auténtica plaga. Si se descubrían más copias, sería la prueba de que había cristianos contrarios a Cirilo y que estaban organizados.

—Estoy haciendo unas gestiones en otras bibliotecas para saber si les han consultado.

—Tenemos que localizarlas antes que nadie, Erwin, y hacerlas desaparecer.

—No es tan fácil, padre, porque la mayoría de las fuentes están digitalizadas.

—No es lo mismo. Sin originales, no pueden hacer tanto daño —matizó Tadeusz, que era de la vieja escuela—. Tenemos que quemar los originales.

—Hay algo todavía peor, padre.

—¿Peor? Una carta de Hipatia y otra de Sinesio, robadas, y una de su hermano enviada a todo el grupo… No puede haber nada peor…

—¡Ya lo creo! Me parece que el legajo que había en la caja, bajo la carta de Hipatia, podría ser el legado del que habla el *Times*.

Tadeusz se levantó de la silla. Con la mano derecha apretujaba con rabia el san Cristo de madera que llevaba colgado. Con la otra, parecía invocar a un Dios que se negaba a prestarle atención. Un legado de Hipatia era un desafío diabólico. Podía constituir el fundamento de

una ofensiva contra los orígenes del cristianismo. Para los paganos, sería un regalo de sus dioses. ¡Y más tratándose de una mujer! Lo que faltaba.

—¿De dónde lo has sacado? —inquirió Tadeusz.

—Oí cómo O'Neill lo hablaba con Martin Yarnit en la terraza del hotel de Nápoles, cuando este artículo del *Times* todavía no se había publicado…

—¿Por qué no nos lo comentaste por Skype?

—Deseaba decírselo a usted en privado, padre. No quería hablarlo delante de los otros.

—Esos dos, ¿cómo pueden saber lo que hay dentro de la caja?

—Tiene que ser por Akram Hennawi, porque solo un profesional puede manipular un texto como ese sin estropearlo.

—¿Insinúas que el musulmán tiene la arqueta?

—Quizás no la tenga, pero se la deben de haber mostrado para consultarle…

El prefecto de Santa Catalina rodeó la mesa por el lado más largo y se acercó a Erwin como un alma en pena. Se confirmaban los augurios que algunos miembros de Magnus Christus habían formulado cuando Erwin les contó quién era aquella O'Neill. Una mujer frustrada y amargada por la vida que había ido incubando un odio sin límites contra la Iglesia y urdiendo un plan pérfido, tan pérfido como solo una mujer es capaz de idear. Un plan para vengarse.

Por lo que parecía, no había dudado en aliarse con un musulmán integrista y con un comunista medio judío para llevarlo a cabo.

La posibilidad de que la caja de Siwa contuviera un texto filosófico escrito por Hipatia había trastocado al padre Tadeusz.

Una cosa era que lo insinuara el *Times*, mencionando la carta de Sinesio, y otra que el manuscrito de Siwa estuviera en manos de la norteamericana o de su amigo, o de los dos. Incluso llegó a pensar que también habrían podido robar el palimpsesto de Santa Catalina. Tenía los ojos hundidos, la cara amarillenta, y levantaba las manos, implorando misericordia. Él había creado Magnus Christus para prevenir este tipo de maniobras impías contra la Iglesia. Y ahora todo podía irse al garete.

—¡Malditos los que quieren enterrar viva a Santa Catalina de Alejandría! —exclamó.

—¡Condenados sean, padre!

—Hay que darse prisa, Erwin. ¡Los enemigos quieren atacar antes del día 15!

—El día de San Atanasio. ¡*Athanasius Contra Mundum*! —dijo Erwin, recordando el apodo con el que era conocido el veinteavo obispo de Alejandría, por su afición a combatir hasta la extenuación a disidentes y emperadores.

—Ese día el papa visitará Egipto. Los que tienen esas cartas no desaprovecharán la oportunidad.

—¿Quién se lo ha dicho, padre?

—Nadie, hijo. Lo he pensado esta mañana, mientras rezaba.

—¡Hay que actuar antes!

—Sí. Debes volver a Alejandría, Erwin, y encontrar a esa arpía.

Tadeusz consideraba que Aileen O'Neill los podría llevar hasta el manuscrito de Siwa, lo tuviera ella, o su amigo de la biblioteca, o colegas de este. Se había confabulado con él y con el norteamericano de Yale. Una feminista, un salafista y un ateo. Unidos por la voluntad de hacer daño a la Iglesia.

—Pero ¿usted cree que querrá colaborar?

—Irás como investigador de la Jagelónica, como en Nápoles. Y si no coopera, haz lo que haga falta —repitió.

—Lo haré, padre.

—Intenta verte con Hennawi también. Con los hombres siempre te resulta más fácil —se le escapó a Tadeusz.

Erwin pensó que podría agarrarlo por el cuello y estrangularlo con sus manos allí mismo. Nadie se daría cuenta hasta que una monja fuera a limpiar al día siguiente. Pero se contuvo. Lo que había en juego era demasiado importante.

—Iré, padre, pero también deberíamos hacer otras cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Tendríamos que hablar con el Vaticano.

—¿Te piensas que Wojtyla es todavía obispo de Roma? ¿No sabes que hay un jesuita en el Vaticano?

—Lo sé, pero ante una amenaza tan grande…

—Ya lo estamos haciendo. Gianluca va camino de Roma y Zdzisław hablará con la embajada de Israel.

—¿Israel? ¿Por qué Israel?

—Siempre que se ha cuestionado la palabra de Dios han intervenido. Y lo han hecho con eficacia.

—No creo que aquellos que mataron a Cristo nos ayuden a salvarle.

—Eres un zoquete, Erwin. ¿A quién beneficia todo esto?

—A los paganos —respondió, sin pensarlo.

—Sobre todo a los que siguen a otro profeta. Y no olvides que, para plantar cara a los musulmanes, siempre podemos aliarnos con los judíos.

—Partiré mañana mismo, padre —dijo Erwin, levantándose. Parecía convencido.

El jefe de Magnus Christus le dio la bendición.

El Cairo, 2 de mayo, sábado

Viajar en tren de Alejandría a El Cairo, atravesando el delta, es una oportunidad para olisquear el misterio de este país. Bordeando los canales y cruzando el Nilo me he dado cuenta de que todos los que han vivido aquí le deben algo. Desde los antiguos egipcios que lo idolatraron hasta los que gobiernan el país desde hace sesenta años, todos militares. También los que lo han ocupado durante siglos: griegos, romanos, bizantinos, persas, otomanos, mamelucos, franceses e ingleses. Incluso Zenobia, la reina de Palmira, que no dejó huella porque solo resistió cuatro años.

Todos esperaban con afán la crecida del río en verano. Sí, ¡en verano! Un misterio que inquietaba a los antiguos. Tanto que Aristóteles pidió a Alejandro Magno que lo resolviera. Y él, a pesar de su prisa por partir a Oriente, se dirigió río arriba para satisfacer la curiosidad infinita de su tutor, hasta que encontró a otra reina, la de Meroe, que venía de lejos, muy lejos, de las fuentes del Nilo, donde llovía en verano.

Parece ser que Aristóteles quedó convencido.

Veo una vaca flotando en el canal que bordea la vía y pienso que el país ya no es lo que era. Aun así, todavía puedo contemplar escenas de otro tiempo. Campesinos recogiendo arroz acompañados de unos ibis tan inmaculados como falsos. Los de verdad salpicaban estas tierras cuando todo era campos de trigo o lino, y el Nilo se abría camino entre tallos de papiro. Ahora lo hace entre noventa millones de almas.

Las imágenes que desfilan por las ventanillas constituyen una aproximación a los ritmos egipcios. Distintos a los míos, sobre todo después de la muerte de Sherif.

Llegando a El Cairo se acaban las divagaciones. Convoyes abarrotados de campesinas y trabajadores los escupen a los andenes sin miramientos y transforman la estación en un hormiguero. Todos vienen a buscarse la vida, aunque sea solo por un día. Mujeres cargadas con hortalizas, pollos y palominos, hombres que intentan encontrar algún trabajo, soldados chamuscados que vuelven a casa para un fin de semana.

En ningún otro lugar se entiende tan bien como aquí, en la estación de Ramsés, que este país sea *Om el Dunia*: la madre del mundo.

En medio de esta marea que la ciudad engulle sin piedad, el chófer de la embajada norteamericana es fácil de identificar. Muestra mi nombre en un cartel, con más faltas que letras. Con erratas o sin ellas, agradezco que haya venido a buscarme, porque así el búnker será más accesible que cuando fui por mi propia cuenta para los trámites finales

del divorcio.

El marine que nos protege de todo y de nada insulta a los curiosos que rodean el furgón. Maldigo que los ahuyenten de esta manera, a golpe de claxon, de blindaje y cristales tintados. Por suerte, estamos llegando. Abracadabra y entramos en territorio yanqui. Una isla ajardinada por la que se mueven frenéticamente funcionarios en camisa de manga corta y corbata, y gorilas que parecen buscar a alguien con quien pelearse. Dos mujeres que tienen pinta de pertenecer a la CIA se castigan con un *footing* matinal sin pisar la ciudad. Las dos llevan la identificación colgando. No hace falta, son inimitables.

—Buenos días, señora O'Neill; soy John Brennan, de la sección política. ¿Qué tal por Alejandría?

—Pues mejor que en El Cairo. Especialmente para los que somos de mar.

—Pero usted es de Milwaukee, ¿verdad?

—Y usted es de los que piensan que solo tenemos vistas al mar en las dos costas.

—¡Muy buena! ¿Alguien le ha dicho que soy de Florida?

—No tengo información privilegiada.

—Bien. Ya sabe para qué la hemos llamado, supongo.

—Teniendo en cuenta que es sábado, debe de tratarse de algo urgente.

—Queremos saber qué pasa en Alejandría.

—¿No tienen ahí un consulado?

—Desde que lo cerraron por los alborotos, tenemos al personal en un hotel de cinco estrellas con una piscina estupenda, pero no nos enteramos de nada. En cualquier caso, estamos lejos de Attarin. Por cierto —añade—, en Attarin me compré un letrero de chapa de Coca-Cola. ¡En árabe!

Tomo nota mental de vender el que le compré a Sherif cuando vuelva a Alejandría. Lo hice por la caligrafía, pero no quiero coincidir con un tipo como este que habla como si nunca hubiera salido de Pensacola.

—Pues usted dirá, señor Brennan —le suelto, dejando claro que no tengo ningún interés en hablar de quincalla.

—¿Qué sabe del asesinato del señor Sherif Abu Khadra? —pregunta, ahora directamente—. Tenemos entendido que era amigo suyo.

—Supongo que no me han hecho venir por la muerte de un anticuario, ¿verdad?

—Se equivoca. Estamos muy interesados en la muerte de ese anticuario. Más de lo que piensa. Y queremos saber por qué usted se ha implicado tanto.

—Era amigo mío. ¿No es normal?

—Estamos en Egipto, señora O'Neill. Y usted es norteamericana.

—Tengo derecho a saber quién lo mató y por qué.

—¿Y a recuperar la caja que le robaron?

—No me dedico a las antigüedades, señor Brennan. Así que, si quiere seguir por este camino, mándeme una citación, por favor.

—¿Sabe dónde se está metiendo, señora O'Neill?

—Perfectamente. Sé que hay un muerto y quizás dos. Pero ¿qué quiere que haga? Si ustedes confían en la policía de este país, ¡adelante!

—Hablando de confianza, parece que usted la tiene toda con el comisario de Attarin…

Este John Brennan es un bocazas, pero está informado. Esto no lo sabe por el consulado. No puedo tomarle el pelo porque me podría enchufar un satélite en el cogote y pedir un turno de veinticuatro horas a Langley para vigilarme. Doy por supuesto que ha leído los dos artículos del *Times* y le cuento lo que sé acerca de la muerte de Sherif y del *baltaguiya* de Anfushi, le hablo de las fotos del whatsapp, que no me pide, porque ya las debe de tener, y de las entrevistas con Abu, restándole importancia. También le informo de mi ida a Nápoles.

Me extiendo sobre Hipatia, Sinesio y Evoptio, como si fuera una experta en la Alejandría grecorromana de toda la vida, hasta que me corta.

—Veo que no me habla de Florencia, porque usted y el señor Yarnit debieron de ir allí a comprar una reproducción del *David*, supongo…

—Fuimos a ver las cartas de Sinesio a Hipatia. ¡Son fascinantes! Marcadas por el dolor y la devoción…

Vuelve a interrumpirme, cabreado.

—Señora O'Neill, otro día podemos conversar sobre cristianos y paganos, pero ahora prefiero hablar del israelí al que lanzaron desde lo alto del Duomo mientras ustedes estaban allí.

¡El chófer! El delator es el chófer de Abu. Solo puede tratarse de él. Cuando salga, tengo que llamar al comisario. O se lo diré cuando le vea. Esto se está complicando demasiado para hablarlo por teléfono.

—¿Era israelí? No lo sabía —vuelvo a mentir—. Cuando nos íbamos nos dijeron que alguien se había suicidado, pero no le di más importancia.

—Por lo tanto, los muertos ya son tres, no dos; aunque no se trata de muertos, porque los tres eran unos desgraciados. ¿No se da cuenta de que este asunto es político, muy político, señora O'Neill?

¿Sherif, un desgraciado? Si pretendía sacarme de mis casillas, lo ha conseguido.

—No me venga con el cuento de que el robo de un manuscrito puede desestabilizar un país. ¡Tonterías, señor Brennan! Si estamos como estamos, aquí y en todo Oriente Próximo, no es por la

paleografía sino por la política. Entre otras, la de nuestro país.

Intenta disimular, pero ha encajado el golpe. Duda entre leerme la quinta enmienda o echarme afuera sin coche blindado. Pero le han pasado este muerto y necesita mi colaboración.

—Solo queremos ayudar a que se sepa la verdad, señora O'Neill. Además, hay un ciudadano israelí muerto…

—Que también era un desgraciado, ¿no?

—Era un jubilado que traficaba con antigüedades y que pasaba información cuando era oportuno. Lo que ellos llaman un *sayan*.

—Ellos, ¿quiénes?

—El Mossad.

Recibo la confidencia sobre la intervención del Mossad como una invitación a colaborar.

—¿Creen que hay una relación entre los muertos? —le pregunto.

—No lo sabemos —reconoce Brennan, en una primera muestra de humildad—. Nos encontramos ante un patrón que no responde ni al de unos ladrones de Attarin ni al de unos traficantes de antigüedades. Demasiada sangre.

—Sí, es un misterio —admito, con la misma sinceridad.

Empieza a caerme mejor. Pero si le hablo de Kom el Shoqafa y del mensaje que recogí ayer en la cisterna, me llevarán a Abu Ghraib. Coincidimos en que una operación simultánea como esta, en Alejandría, el Sinaí y Florencia, implica la existencia de una organización. No puede ser obra de un solo individuo.

—¿De qué tipo? ¿Con qué propósito? —murmura, pensando en voz alta.

—Con el de hacer daño, supongo. —Se me ha escapado, pero tampoco puedo esconder todo lo que pienso. Y lo que sé.

—Daño, ¿a quién?

—A la Iglesia.

—Es curioso que lo diga usted, que ha bregado tanto con la Iglesia.

—No se confunda, señor Brennan. Yo quería empapelar a unos curas que habían cometido un delito, pero nunca enjuicié a la institución.

Por lo que me cuenta, en la embajada están divididos acerca de quién puede haber detrás de los robos y las muertes. Algunos aplican el manual y piensan que deben ser yihadistas, salafistas radicalizados o Hermanos Musulmanes abocados al extremismo. Pero a él no le cuadra y a mí tampoco. No nos imaginamos a unos barbudos haciendo uso de una filósofa pagana para ir en contra de una religión del Libro, aunque no sea la suya. Definitivamente, este tipo no tiene un pelo de tonto. Desconfía de la mayoría de sus colegas, que están obsesionados con los locos de Alá sin admitir que cada religión tiene su cuota de chalados.

—La Iglesia tiene motivos para estar preocupada —suelto,

siguiéndole la corriente e insinuando un móvil.

—¿El señor Yarnit también lo piensa?

—Usted sabe tan bien como yo qué piensa de la Iglesia.

—Nada bueno. Pero no creo que cuatro filósofos platónicos, o neoplatónicos, puedan inquietar a una institución tan antigua. Cosas peores han pasado.

—Todo depende de lo que haya en la caja que le robaron a mi amigo.

—Los expertos hablan de una carta de Hipatia —reconoce, sin esconder que ellos también han tenido acceso a la tableta de Akram—. Aun así —añade—, no creo que un manuscrito de hace dieciséis siglos pueda hacer temblar al Vaticano.

—El *Times* habla de un «legado», señor Brennan. Podría tratarse de una especie de tercera vía entre los paganos más radicales y los partidarios del patriarca…

Es la primera vez que verbalizo lo que pienso y no sé por qué lo hago delante de Brennan. Hipatia se sentía amenazada. Rondaba los sesenta y debía de intuir que tenía los días contados. Si escribió un texto, hubo de ser para dejar constancia de la necesidad de una síntesis, como decía el mensaje de Kom el Shoqafa. Intento imaginar sus últimos días y la veo obsesionada en preservar aquella cultura de síntesis que Alejandría había regalado al Mediterráneo. Añadiendo también lo bueno y mejor de la tradición judía, por la que ella sentía tanto respeto. Un documento escrito en respuesta a la crisis de un imperio y a la llegada de un nuevo mundo.

—¿Un «legado divino»? —pregunta Brennan, que debe de haber hablado con alguien del equipo de Yale porque utiliza una expresión que no recogía el *Times*.

—¿No se lo preguntó a Brooks?

—¿Por qué lo dice?

—Por las fuentes diplomáticas que cita el periódico —digo, sonriendo—. No creo que sean las de la embajada de Corea.

—Hay algo que no encaja —dice Brennan, pensativo—. Quieren hacer daño a la Iglesia y hacen desaparecer documentos comprometedores para el patriarca. No encaja —repite—. No encaja.

—Quizás esperan el momento oportuno para hacerlos públicos —avanzo, sin referirme a la visita del papa. Los periódicos no hablan de otra cosa.

—Hoy los embajadores comen con el nuncio —explica Brennan, que ha captado el peligro.

Ahora ya sé por qué me ha llamado. Para preparar una nota que su embajador leerá en el coche, camino de la Nunciatura y apartando a los transeúntes a golpe de claxon y gritos de marine. La información le dará una ventaja sustancial sobre sus colegas, que deben de estar en

pañales, y todos mandarán telegramas a sus Gobiernos informando que Washington está siguiendo el tema muy de cerca.

—Lo que más me preocupa es la actitud violenta de esta gente. Temo que quieran aprovechar la visita del papa —concluye Brennan, apesadumbrado.

No puede ni imaginárselo. No le he hablado del mensaje que guardo en el bolso.

Es un chantaje al Santo Padre.

Uadi el Natrun, 3 de mayo, domingo

Aunque la metástasis urbana ya ha llegado a las puertas de Uadi el Natrun, el oasis sugiere todavía la intrigante peripecia de unos monjes que buscaban el camino de Dios en una promesa de ascetismo absoluto.

Dejaban atrás una de las ciudades más abigarradas del Mediterráneo y se enclaustraban en un convento del desierto de Nitria, renunciando a la vida sin dejarse morir. Un acto supremo que solo podía justificar la consagración radical a la nueva causa que se extendía por Oriente y más allá. Los más extremistas se volvían anacoretas, anidando en las cuevas de los alrededores hasta las últimas consecuencias. Y solo salían cuando el patriarca les reclamaba en la ciudad para poner firmes a aquellos que insistían en seguir venerando a Serapis. Solo había un Dios.

Reconozco que esa forma extrema de vivir la soledad me perturba.

Las paredes del convento de Uadi el Natrun son elevadas, pero no lo suficiente para impedir los saqueos regulares. El pillaje más devastador que han sufrido no ha necesitado de arietes para derrumbarlas. Los asaltantes no siempre fueron beduinos o musulmanes contrarios a la nueva fe. Ha habido intrusos más refinados: orientalistas victorianos, enviados de algún papa bibliófilo, hábiles intendentes de bibliotecas europeas, aventureros románticos y cónsules sin escrúpulos que han traspasado las puertas de Deir al-Surian, que es donde he quedado, sin necesidad de echarlas abajo.

Todos eran cristianos.

Su objetivo era siempre el mismo. Llevarse a Europa una Biblia escrita en griego, arameo o sirio, cuanto más antigua mejor. Como si el país de origen no fuera merecedor de custodiarla. Menoscabando a Mateo el Evangelista, Giotto, Caravaggio y todos los que han relatado la huida de la Sagrada Familia a Egipto. El expolio faraónico es más conocido, pero la máscara de Tutankamón preside todavía el museo de El Cairo. En cambio, los libros santos más antiguos, como el *Codex Sinaiticus* o el *Alexandrinus,* descansan en la British Library, y otros constituyen las joyas de bibliotecas de medio mundo.

Llego a Deir al-Surian tardísimo, cuando el sol ya pega fuerte. El padre Georgius, responsable de la biblioteca, me espera en la puerta.

—Dios la guarde, señora O'Neill —me dice, con una sonrisa auténtica y un apretón de manos decidido, a pesar de la mano carnosa.

—No hacía falta que me esperara fuera —le respondo, agradeciéndole la disposición a recibirme en domingo, sobre todo

habiéndole avisado con tan poco tiempo.

—¡Al contrario! Por el señor Yarnit, lo que haga falta.

—Estaba preocupada porque es día de misa cantada y sé que la liturgia es larga.

—El domingo vamos al grano —dice, riendo—, tenemos que atender a muchos feligreses.

—Deben de cantar el Kyrie Eleison cuarenta veces, si no me equivoco.

—¡Lo tenemos más que ensayado!

Me cuesta imaginar cómo debe de ser la vida bajo una sotana como la suya, negra, larga, de tela gruesa y con mangas anchas, en medio de una explanada arrasada por un calor ya veraniego. Viste de negro para que nadie se confunda. Para hacer evidente que el paso por este mundo solo está destinado a buscar la vida eterna. Negro también es el birrete que se desliza encima de los hombros. En cambio, las doce estrellas bordadas a lado y lado, tantas como apóstoles tuvo Jesús y frutos dio el Espíritu Santo, son blancas. Como blancas son también la barba que le dibuja rizos sobre la sotana y la tremenda cruz de plata que le cuelga hasta bien abajo. La misma que el chófer de mi taxi lleva tatuada en la muñeca. La cruz de los coptos.

Sonrío pensando cómo puede ser que Martin sea adorado por monjes como estos, a pesar de ser un agnóstico recalcitrante. El patrocinio de la Universidad de Yale debe de ayudar, pero también su humanidad y su ciencia inmensa, que ellos esperan como el santo advenimiento. Sobre todo el encargado de la biblioteca, que todavía es un lugar de peregrinaje obligado para los que quieren entender los orígenes del cristianismo.

—Lo siento, deben de estar muy atareados con la visita del papa y no dispongo de todo el tiempo que desearía.

—Lo sé. Gracias.

Me presento como colaboradora de Martin, falsificando mi identidad por segunda vez. ¡Que Dios me perdone! Empiezo con un largo preámbulo sobre el congreso de Nápoles, pero me interrumpe precisando que ha leído el *New York Times* y me invita a ir al grano. Para resumir, le digo que las dos cartas, la de Sinesio y la de su hermano, muestran la preocupación de algunos cristianos de aquella época por la situación que se vivía en Alejandría. No menciono a Hipatia y subrayo que son documentos importantes para la investigación histórica. Me interrumpe de nuevo.

—Son importantes para la Iglesia, señora O'Neill —precisa—. Pero explíqueme por qué ha venido aquí, por favor —añade, con un tono directo.

Este fraile no responde a la idea estereotipada que tengo de los monjes del desierto. La sotana, el birrete, la cruz, la barba, incluso la

barriga, son como había imaginado. Símbolos de hombres desconfiados, conservadores con el síndrome de guardianes de una religión que se sabe amenazada. Tiene la mirada curiosa de los que viven entre libros. Y como no disponemos de mucho tiempo, voy al grano.

—He venido para hablar de la carta de Evoptio que presentó el señor Yarnit…

—Sí, porque, según el *Times*, la de Sinesio la han robado.

—Creemos que mandó cartas parecidas a otros cristianos de Alejandría, y por eso estoy aquí. Quisiéramos saber si han localizado alguna en su biblioteca —explico, involucrando a Martin. ¡Si lo supiera!

He conseguido condensar en pocas palabras el motivo de mi visita, sin nombrar a Hipatia. Mejor no lo hagas, me dijo Martin, cuando me llamó para confirmarme que me recibirían.

—Si estas cartas existieran, cosa que dudo, ¿qué la lleva a pensar que podemos tener alguna? —pregunta, mostrando la librería que cubre las cuatro paredes. Cerrada a cal y canto.

—Quizás la tuvieron en el pasado y hoy se encuentra en alguna biblioteca europea —matizo, sin entrar en los detalles de la investigación de Akram.

—Le voy a ser sincero, señora O'Neill. Yo no creo en esas cartas. No veo cristianos relacionados con el obispo Sinesio actuando en contra, ni siquiera a espaldas, del patriarca —exclama.

—Tienen que ser cartas señaladas con un *tetractys*.

—¿Un *tetractys* pitagórico? ¿Para identificar cartas cristianas? No tiene sentido —afirma con un punto de irritación, y se levanta.

Me doy cuenta de que mi argumentación es frágil y temo que la reunión acabe como el rosario de la aurora. Si no fuera por la devoción que profesan a Martin, y por las subvenciones de Yale, hace rato que estaría camino de Alejandría. Algo me dice, sin embargo, que no debo desfallecer. Este hombre puede ayudarme a averiguar si Akram tiene razón, o si intenta confundirme. Cuando avanzo los nombres de Herculiano, Olimpo y Auxencio, hace esfuerzos para dominar un ligero tic en el párpado derecho. Continúo sin piedad y nombro la Biblioteca de San Petersburgo como posible destino de una de esas cartas, rozando la impertinencia ante un hombre como él, que lo sabe todo sobre la literatura primigenia de la Iglesia.

—Mire, señora O'Neill —dice, con voz solemne—: bajo esta sotana hay un hombre que investiga con las mismas herramientas que cualquier otro. Y después de haber tenido en las manos centenares de manuscritos de esa época, debo decirle que todo esto me parece inverosímil.

—Nos han hablado de fragmentos…

—¡Fragmentos, fragmentos! ¿Sabe cuántos fragmentos de manuscritos egipcios hay esparcidos por las bibliotecas de todo el mundo?

—Lo sé, muchos.

—¿Muchos? ¡Miles! ¿Ve aquella torre? —dice, señalando una construcción imponente, unida al resto del monasterio por un puente levadizo—. Durante siglos, tuvimos los textos más preciados, protegidos de los asaltantes.

Estimulado y dolido por el recuerdo del expolio, me cuenta cómo se produjo y qué ha quedado, con una sinceridad encomiable, sin descargar todas las culpas sobre los extranjeros. Nombra a todos los personajes que pasaron por donde nos encontramos, atraídos por el olor de pergaminos antiguos, sagrados y valiosos. Pero también se refiere a los frailes. Habla con orgullo de los que pretendieron haber perdido las llaves de la torre para defender el patrimonio del monasterio, y con desprecio de los que bajaron el puente levadizo, después de copiosas rondas de *rosolio*, un vino dulce y rosado que no dejaba indiferentes a los religiosos orientales.

Les mostraron libros y joyas manuscritas que yacían en cámaras recónditas, pergaminos utilizados para tapar jarras de aceite o para cubrir potes de mermelada. Maravillados por los códices que les mostraban, los que consiguieron entrar, haciendo trampa y repartiendo prebendas, se llevaron lo que pudieron. De poco sirvió el anatema escrito en algunas contratapas que amenazaba a los colaboradores del latrocinio de ser tratados como Judas Iscariote. Algunos frailes fueron excomulgados. Otros, ni siquiera eso. Biblias únicas, textos evangélicos, polémicas cristológicas, vidas de santos, pero también obras filosóficas de Aristóteles, científicas de Euclides, Ptolomeo y Arquímedes, y tratados de medicina de Hipócrates y Galeno, viajaron para siempre hacia Europa. Los más preciados acabaron en bibliotecas británicas y en el Vaticano, mientras algunos premios menores emprendían camino hacia otras ciudades europeas.

—Como la Imperial de San Petersburgo —reconoce.

—Algunos códices, troceados, quedaron esparcidos por toda Europa —comento, siguiendo el hilo de su apasionada exposición.

—Un solo volumen fue repartido entre Nápoles, Viena, Oxford, París y la Biblioteca Naniana de Venecia —explica—. ¡Pero nos quedan tesoros importantes, como un original de 411! —añade, orgulloso, volviendo a señalar las estanterías.

—A nosotros nos interesa el año 415 —suelto, aprovechando que menciona una fecha cercana. Sé que esto no le pasará desapercibido.

Encaja que nombre el año en que murió Hipatia sin parpadear y se coloca sobre la barriga la cruz que había quedado medio escondida entre los pliegues de la sotana. Con la otra mano desenreda dos

tirabuzones de la barba. Me dedica una mirada sostenida y complaciente antes de continuar:

—Fue un año difícil, que no siempre se ha interpretado como Dios manda —dice suspirando.

—Muy difícil —repito, con la misma ambigüedad.

Insinuamos sonrisas de complicidad. Él sabe a qué he venido. Es posible, incluso, que sepa quién soy, más allá de la adoptada condición de colaboradora de un paleógrafo. Ha leído que el *Times* habla de un posible legado de Hipatia. Y sabe que la carta de Evoptio presentada en Nápoles era de 415. También debe de estar informado de que robaron una misteriosa caja a un anticuario de Alejandría, porque los coptos lo saben todo, y debe de olerse que no contiene nada bueno. Vuelvo a Evoptio.

—Era un cristiano que sufría por Alejandría —le digo, como si apelara a su misericordia para seguir la conversación.

—¿Ha ido alguna vez a Kom el Shoqafa, señora O'Neill?

Me quedo tiesa con la pregunta y tardo en responder.

—¿Ha ido alguna vez? —insiste.

—Sí, muchas veces.

—Ha cruzado aquel espacio que llaman el vestíbulo de Caracalla, supongo.

—Sí, cerca de los *agatodaimon* —respondo con turbación.

—Veo que lo conoce. ¿Sabe de qué está hecho el suelo de ese vestíbulo?

—De restos de la ciudad más antigua, supongo, como en cualquier talud.

—Está hecho de huesos de miles de jóvenes sacrificados por el emperador. ¿Y sabe por qué? Para burlarse de un hombre que se creía la reencarnación de Alejandro Magno.

—Pero la mayoría eran cristianos cuando llegaron a Caracalla —contesto, segura de mis lecturas.

—Solo quería recordarle cómo las gastaban los romanos. Después vino la Gran Persecución. Y muchos cristianos concluyeron que solo estarían seguros el día que la Iglesia se ocupara también de las cosas de este mundo —afirma, sin matices.

—No es lo que decía Jesús cuando hablaba de dar a Dios y al César…

—¡Déjese de citaciones, señora O'Neill! La Iglesia se jugaba su existencia. No lo olvide nunca si quiere entender qué pasó en 415 —clama, levantando el índice de la mano derecha.

No ha justificado el asesinato de Hipatia y se lo agradezco. Podemos continuar. Insisto en la posibilidad de que una carta de Evoptio haya ido a parar a la Biblioteca de San Petersburgo. Necesito saber si puedo seguir confiando en Akram o si me cuenta cuentos.

—He estado en San Petersburgo dos o tres veces y no he visto nada que pueda serles útil. Pero, si quieren, puedo hablar con la directora. ¡Lo hago por el señor Yarnit, que conste!

—Se lo agradecerá mucho —le digo, y le doy mi móvil.

—Espero que su fe le ayude a actuar con prudencia, señora O'Neill —afirma, dando por descontado que soy creyente.

—¿Qué quiere decir, padre? —pregunto, con una fórmula que puede ser de deferencia como la de una creyente.

—La maldición persiguió a los que robaron nuestros manuscritos. Lo mismo pasará con los que han robado esta caja de Alejandría y el palimpsesto del Sinaí. No se meta, señora O'Neill. Déjelo en manos de Dios.

Está informado de todo. Qué más quisiera que contar con una intervención divina, pero la alarma del whatsapp me recuerda que nadie nos sacará las castañas del fuego. Es el móvil de Sherif, de nuevo.

—Perdone.

—No se preocupe. Veo que está muy atareada.

15 de mayo
Visita del papa
Fecha límite para el perdón

Este enfermo se ha enterado de que viene el papa el día 15 y pretende aprovecharlo, anticipando la fecha del chantaje. Ya no es el 29, sino el 15. El viaje del Santo Padre lo precipita y lo complica todo. Abu y Brennan tienen razón.

—¿Había venido alguna vez aquí? —me pregunta el padre Georgius, respetuoso con mi interrupción.

—A Uadi el Natrun, sí, pero no a su monasterio.

—Pues venga, quiero que vea un fresco con los tres patriarcas entronizados. Es el más antiguo que tenemos.

Abraham, Isaac y Jacob aparecen en una composición hierática pero expresiva, casi de cómic, sosteniendo en el regazo unas almas que han llegado al paraíso y a las que ofrecen setenta y dos uvas blancas como refrigerio.

—Es una metáfora habitual en las iglesias orientales y en la literatura bizantina, pero también la encontramos en el Corán.

—Pensaba que el Corán hablaba de setenta y dos vírgenes…

—Algunas traducciones hablan de huríes con ojos de gacela, pero otras versiones mencionan uvas blancas… ¡como las de nuestro fresco!

—Las metáforas son siempre difíciles de traducir…

—La lección es que todas las religiones de esta tierra proceden de un mismo tronco. Todas han intentado ser la más auténtica, pero no dudan en defenderse mutuamente, si es necesario. No lo olvide nunca,

señora O’Neill.

No es la primera vez que me lo dicen.

Cuando salimos, los fieles se arremolinan en torno a su sotana.

Le besan la mano con una devoción magnificada que empalaga. Se le echan encima como si fuera el patriarca de Alejandría o uno de los padres de la Iglesia. Como si fuera la última oportunidad que tienen de recibir una bendición antes de regresar a sus pueblos. Como si la Gran Persecución fuera a ocurrir de nuevo. O como si Caracalla no hubiera muerto mientras orinaba, asesinado por un centurión a quien había maltratado.

De camino hacia el coche nos encontramos con otro monje, llegado de El Cairo. El padre Georgius nos presenta:

—El padre Martyrius, que se ocupa de las relaciones internacionales de Der el-Surian. La señora O’Neill, que se interesa por la vida del obispo Sinesio.

Martyrius me saluda sin darme la mano y me dedica una mirada gélida que contrasta con el calor que sube por las paredes del monasterio. Me sigue con la vista hasta que arranca el coche.

Alejandría, 3 de mayo, domingo

Me hubiera gustado quedarme en Uadi el Natrun cuando el sol se pone detrás de las dunas y los feligreses vuelven a sus pueblos, felices de haber podio besar las manos de tres o cuatro frailes. O encerrarme en casa, con las luces apagadas, escuchando cómo Adele prende fuego a la lluvia después de comprobar las mentiras del amor. Pero debo volver a la Corniche porque Akram me ha citado frente al mar.

Cuando entramos en Alejandría, me llama Maryse:

—¿Dónde estás?

—Vengo de ver a los tres patriarcas y voy camino del infierno.

—Tú misma. Solo quería que supieras algo —contesta, muy seria.

—Adelante —digo, resignada.

—¿Recuerdas que te hablé de aquel amigo tuyo de la Biblioteca?

—Sí. Me advertiste que iba a una mezquita de los salafistas, y yo te respondí que no escojo a los amigos en función de dónde rezan —respondo, irritada.

—A mí también me importa un rábano dónde reza, pero hoy me han dicho que el ejército mató a su hermano cuando desalojaron a los partidarios de Mursi de aquella plaza de El Cairo.

—¡Joder! —digo, desolada.

—Muchos de los que perdieron familiares se han radicalizado, Aileen. Ve con cuidado.

—¿Qué harías tú, si te hubieran matado a un hermano?

—Yo no le habría dejado ir.

—Dejémoslo —imploro, nada interesada en abrir un debate sobre los Hermanos Musulmanes y los militares. Tengo otras preocupaciones.

—Cuídate, Aileen. Cuídate.

Tengo un mal presentimiento cuando veo a Akram, rodeado de niños, mirando mar adentro. Sé que la entrevista no irá bien. Nos sentamos en un banco de hierro desgastado por el salitre y él compra unos altramuces gigantes a un hombre ciego que también vende pipas de girasol. Le pido una bolsa.

—¿Cómo fue por El Cairo ayer?

—¿Cómo sabes que estuve en El Cairo?

—Te vi entrar en la estación de Sidi Gaber de buena mañana, y a esa hora una *khawaga* solo coge el tren para ir a El Cairo.

Miente. Y está de mala leche, porque el calificativo *khawaga* también puede ser despectivo. Lo veo amenazante. O quizás es que estoy demasiado susceptible.

Me ha citado delante de la ciudadela mameluca de Qaitbey, donde

la historia de la ciudad ha sido engullida por el mar, cerca de donde yacen las piedras del antiguo faro protegidas por el agua. Cuando los vientos de primavera llevan la brisa marinera, las familias más modestas se reúnen en busca de recreo para sus hijos y de un espacio abierto donde las mujeres puedan hablar, mientras los hombres se inician en la pesca. No parece importarle que haya tanta gente, ni haber quedado con una extranjera en medio de tanta *galabiya* negra y de tanto chiquillo curioso.

—Perdóname, Akram —digo, más confusa que culpable—. Desde hace unos días, te encuentro diferente —reconozco, sin revelar lo profundo de mi desconfianza, ni las causas—. ¿Cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté, con todo este lío? Desde que el tema ha salido en el *New York Times*, en la Biblioteca no se habla de otra cosa. El director regresa mañana de viaje y quiere verme.

—¿Qué saben?

—Todo. La policía ha revuelto mi mesa durante el fin de semana —explica, con una mueca de resignación—. En el mejor de los casos, me echarán a la calle. Y según cómo, me mandarán al Supermax del Escorpión —añade, mencionando el ala de máxima seguridad de la siniestra prisión de Tura.

Está destrozado, porque para él su trabajo lo es todo. ¿Cómo se lo contará a su madre, si le echan? Y a los de la mezquita, ¿qué les dirá? Me siento culpable, pero lo único que puedo hacer es ayudarle a verbalizar las miserias de su vida, que deben de ser muchas. Más de las que puedo imaginar.

—Me han contado cómo murió tu hermano, Akram. ¿Por qué nunca me has hablado de eso?

—Te lo ha dicho la poli, ¿verdad?

—No —respondo secamente, sin comprometer a Maryse.

—Pues ya lo sabes. Murió aplastado por las tanquetas que arrasaron la plaza. Estaba debajo de una tienda con armas, ¡preparando el asalto al poder! —dice, burlándose de la versión oficial difundida para justificar la matanza.

—¿Pertenecía a los Hermanos Musulmanes?

—¿Mi hermano? Solo iba a la mezquita en el Ramadán —responde, y cuenta que se fue a El Cairo para vivir la revolución de cerca.

—¡Qué tragedia!

—Y las que vendrán. Algunos días pienso que debería ponerme uno de esos cinturones que se ven en la tele y hacerlo explotar en medio de quienes le mataron.

Él no es de esos. Lo sé. Pero tampoco sería extraño que se dejara llevar por la venganza. Por la certeza de que nadie le devolverá a su hermano y por la creencia de que la única forma de reencontrarse con él es inmolarse. Hace unos días, cuando le enseñé la foto que me había

mandado Sherif, me pareció otro hombre, con ganas de vivir, de ser útil, de ponerse al servicio de esta locura en la que estoy metida. Desde entonces, los ojos se le han ido apagando y la mirada le ha quedado mudada. No se fía de nadie. Ni de mí, sobre todo desde que piensa que un policía me hace confidencias y quizás preguntas. Yo tampoco me fío de él viéndolo tan abatido.

—Le he contado a Martin que habías descubierto un manuscrito en Oxford, procedente de Oxirrinco y marcado con un *tetractys*.

No es exactamente así, pero no importa. Quiero ver su reacción.

—Unos fragmentos —precisa, sin inmutarse.

—Me ha dicho que hablará con el director del Ashmolean para ver si pueden darnos detalles sobre su procedencia.

—Fenomenal —dice, pero sin exclamación.

—Me pide si puedo mandarle la foto.

—Mañana te la mando.

—La tenías en el móvil…

—Con todo este lío la he borrado. La tengo en casa.

—Mándamela cuando llegues.

—Hoy no dormiré allí.

Se ha salido con la suya, pero el cuello de su camisa azul está empapado de sudor, y se nota más que si fuera la camisa blanca que suele llevar. Necesito la foto del manuscrito del Ashmolean porque mañana salgo para Santa Catalina para ver a Martin. Cuando volvía de Uadi el Natrun, me ha llamado para anunciarme novedades que no quería comentar por teléfono. Ha dicho que eran muy importantes. Solo ha preguntado si Akram se apellidaba Hennawi. Se lo he confirmado.

Nos quedamos un largo rato sin hablar. De cara al mar.

Cada vez estoy más convencida de que estas cartas de Evoptio son la clave de esta historia. Solo entendiendo qué pasó hace dieciséis siglos podremos comprender las intenciones de los que pretenden poner de rodillas al papa exigiéndole que pida perdón durante su visita a Egipto.

Pedir perdón. Desde que recogí el mensaje en la cisterna que le doy vueltas a la idea del perdón.

Pedí a los dos curas de Milwaukee que lo hicieran, durante mi alegato final, y no sirvió de nada. Les hablé del Dios más misericordioso que hay en la Biblia, dejando de lado al más vengativo. Cité versículos de Mateo y Juan, recordé que se puede pedir perdón incluso sin tener culpa o creyendo que uno mismo no la tiene, pero afligiéndose por el mal de los otros. Los animé a confesar sus transgresiones si se sentían apesadumbrados, pero ni caso. No sirvió de nada. Y el presidente del tribunal me recordó que debía atenerme a los hechos y pruebas en lugar de intentar conmover al jurado.

Los que tienen el manuscrito de Hipatia exigen otro tipo de perdón. Es el perdón de un papa.

El perdón de una institución que pretende ser depositaria de la verdad. Por eso es tan difícil. Por eso Galileo tardó más de tres siglos en ser plenamente rehabilitado por su atrevimiento a observar. Y si no fuera porque nombraron papa a un polaco, las actas de su condena quizás seguirían vigentes. Juan Pablo II quiso pasar a la historia como el papa del perdón. Empezó por la Inquisición y, ante un candelabro de siete brazos y un crucifijo románico, también entonó un *mea culpa* por el saqueo de Constantinopla. ¡Este Wojtyla era un hombre curioso!

Los que mataron a Sherif quieren ver al papa humillado, de rodillas, y si es en Alejandría, mejor. Y para conseguirlo están dispuestos a lo que sea. ¿Cómo reaccionará el papa Francisco? Él se ha arrepentido por la evangelización forzada de los nativos americanos. También ha lamentado la complicidad de la Iglesia con los curas pedófilos y la pasividad de muchos obispos. ¿Qué dirá sobre Hipatia? Mientras hagan chantaje, nada. Y ¿luego? ¿Hará algún gesto? ¿Al menos un gesto?

Algún día, la Iglesia tendrá que pedir perdón por su muerte.

—La caja de tu amigo venía de Siwa —dice Akram, interrumpiendo bruscamente las cavilaciones que me atormentan.

—¿De Siwa? ¿Cómo lo sabes?

—Porque está cerca de donde vivía Sinesio.

Con voz monótona pero firme, me explica que Sinesio pasó sus últimos meses en la finca de Agemaco que la familia tenía en el sur de Libia, próxima a las minas de sal de Amón. Allí debió de recibir la carta y el legado de Hipatia que guardó en la caja marcada con el *silphium,* argumenta Akram. Cuando murió, los cristianos de la Cirenaica tuvieron que huir de las tribus de ausurianos que los asediaban y Evoptio y la familia se fueron a Siwa, llevándoselo todo.

Al acabar de redondear su teoría, Akram respira aliviado. Se le ve agotado, triste, infinitamente triste. No es capaz de disfrutar del trabajo realizado, de la explicación coherente que ha encontrado al viaje de la arqueta hasta Siwa. Demasiado coherente.

—En Siwa no había ningún monasterio… —comento, con la convicción de que no me lo está contando todo.

—La debía de custodiar una de las familias cristianas que no se convirtieron al islam hasta mucho más tarde —explica, manteniendo la lógica del relato—. Y fue pasando de generación en generación —concluye.

—¿Hasta hoy?

No responde. La hipótesis está bien armada pero no me gusta la manera como la cuenta. Sin fisuras. Con una certeza que no es la de un investigador. Con unas formas verbales que no son las de quien

cree, sino las del que sabe. Como de lección aprendida. Y cuando pregunto por qué escogieron el oasis de Siwa y no el de el-Bahariya, que también está cerca, la respuesta es una declaración de fe:

—Viene de Siwa, Aileen. Viene de Siwa —afirma, implorando que no haga más preguntas.

Sabe que procede de Siwa. Es una convicción. Pero no quiere decir cómo lo sabe. No hace falta que insista, no me lo contará.

Tiene la mandíbula petrificada y la barba más aceitosa que nunca. Mantiene el cuerpo tenso como si esperara que le agrediese. Implora clemencia con unos ojos acuosos, y su alma, arruinada, es la de un hombre acabado. No sé qué decir. No puedo ponerle mi mano encima de la suya como cuando me descubrió el griego koiné. ¿Qué ha pasado? No son solo celos. Es una vida rota, el puesto de trabajo que peligra, unas amistades peligrosas. Todo a la vez. Me siento inmensamente responsable y pienso que nunca hubiera debido embarcarle en una historia como esta. Su mundo es el trabajo, la madre y la hermana. Y ahora podría perderlo todo. ¿Dónde dormirá hoy?

—Dejémoslo, Akram. No hace falta que me mandes la foto del Ashmolean. Hazlo desaparecer todo.

Le digo que hablaré con el director de la Biblioteca. Que puedo interceder por él en la policía, aunque deben de ser los de El Cairo los que habrán revuelto su escritorio. Pero no consigo que cambie de cara o que me mire a los ojos.

—Demasiado tarde, Aileen —murmura, con el ademán derrotado.

—Lo siento, Akram. Hablaré con quien sea, no te preocupes —insisto.

—Déjalo —dice, levantándose para irse—. Estoy contento de haber descubierto de dónde provenía la caja y quién era el autor del manuscrito —añade, con un último rayo de vida en la mirada.

Una gaviota con el plumaje gris y las alas pintadas de negro se eleva en el rompeolas y rasga el cielo con un graznido impertinente.

El taxista que me lleva a casa no puede demostrar ninguna de sus habilidades. A las siete de la tarde, el tramo de la Corniche que tenemos que recorrer está abarrotado de coches que cubren tres filas a lado y lado, como si fuera la autopista de Milwaukee a Chicago a las ocho de la mañana.

Los pájaros que asustaron a Alejandro Magno no eran de tan buen augurio como pretendían los adivinos. Su bonanza quedó en un muro de asfalto y de cemento que rodea la ciudad y la ahoga. Y lo que podría haber sido uno de los mejores paseos marítimos del mundo, ha acabado siendo una fachada desconchada en la que se estrellan los vientos alisios. Una absurda autovía colapsada en la que vuelvo a estar

atrapada.

Alejandría está muerta.

Miro la retahíla de familias que vagan a la orilla del mar y veo a padres que llevan a sus hijos a hombros, a madres que les compran azúcar hilado, a muchachos que ríen sentados encima de las barandillas, a chicas que pasan delante suyo cogidas de la mano, a pescadores que disfrutan aunque no pesquen y a gatos que no comen pero que saben que tarde o temprano llegará una barca y tendrán una cabeza de sardina.

Veo todo este amasijo humano y pienso que estoy equivocada. Esta ciudad está todavía viva y decidida a no dejarse robar el mar.

Los que llenan la Corniche, cuando se encienden las luces, son felices o lo parecen. Los gatos, las chicas y los chicos, las familias y los pequeños. Especialmente los pequeños.

Quizás es lo que querían decir los adivinos y alguien se equivocó y tradujo felicidad por bonanza.

Alejandría, 4 de mayo, lunes

Abu me ha citado a las nueve de la mañana, con mucho misterio; pero antes de salir, me paro delante del corcho, donde los recortes, las notas y los pósits sobre historias de la Alejandría grecorromana han desplazado a los que hasta ahora me ayudaban a navegar por el paisaje cosmopolita de mi novela. Constituye un *collage* de datos y pensamientos que llevan a pistas diversas, pero, por ahora, a ninguna conclusión.

Me dormí pensando en Siwa. ¿Cómo sabe Akram que el manuscrito proviene del oasis?

Vuelvo a repasar el puzle que he ido construyendo y que empieza por el recorte del periódico *Al-Ahram* con la noticia del asesinato de Sherif y la fotografía de su cuerpo desplomado sobre la mesa. La he visto mil veces, y siempre me quedo tan absorta con esa obscena mancha de sangre desparramada entre los dos brazos que nunca me había fijado en la tela que cuelga de la pared, detrás de la silla. Impresa en blanco y negro no llama mucho la atención, pero algo me dice que no está ahí por casualidad. No estaba la semana antes del crimen, cuando fui a la tienda de Sherif porque me quería enseñar una menorá de plata que le había llevado uno de los últimos judíos de Alejandría.

Enciendo el ordenador con prisas porque no puedo llegar tarde a la cita, y busco el vídeo de las noticias del día que le mataron. Se puede ver la misma tela, en colores, y la cámara se recrea, buscando un contrapunto a la imagen de la sangre esparcida.

¡Es un chal de Siwa!

Como uno que tiene Maryse, bordado con dibujos que parecen estrellas de una noche entre dunas o esgrafiados de las cuevas del desierto. No creo que Akram haya podido deducir el origen de la caja al ver la televisión, porque no sabía si estaba ahí o no, pero yo sí. Lo dijo al principio: «una caja tan antigua solo puede haberse conservado en el desierto». No era un monasterio sino un oasis. Pero ¿dónde? ¿En casa de una familia de origen cristiano, como él decía? Ya sé de dónde proviene el *silphium*. He hecho otro paso.

Los apartamentos de San Estefano donde hemos quedado son los de otra Alejandría, aquella que pretende reflejarse en los países del Golfo. Han arrasado lo que quedaba de ciudad mediterránea, han enterrado la arquitectura italiana y francesa de hace cien años y la han sustituido por la estética de los petrodólares.

Nerviosa por una cita tan enigmática, me he vestido de la manera más convencional que se me ha ocurrido. Parezco una abogada de

oficio, pero si lo que pretendía era discreción me he equivocado, porque la modestia no es la mejor manera de pasar desapercibida en este vestíbulo de un lujo impúdico. Hay mujeres que ostentan sus iPhone recubiertos de diamantes mientras se ocultan bajo un nicab estricto y lucen bolsos de Vuitton. Otras piden al taxi que las deje en la misma puerta y entran con minifaldas de lentejuelas y zapatos de tacones de vértigo. Buscan una síntesis improbable entre Dubái y Nueva York. La sensación de no encajar con el paisaje humano dura poco, porque el ascensor es una bala que me lleva hasta la planta treinta en un abrir y cerrar de ojos.

—He sido relevado del caso —me dice Abu, cuando todavía no se ha cerrado la puerta—. Hoy mismo ha llegado un inspector de El Cairo para hacerse cargo —me cuenta, lacónico.

Me coge por las muñecas en un gesto que solo dura el tiempo de hacerme pasar. Hemos quedado en casa de un amigo suyo, en el barrio de las tiendas de marca donde los ricos exhiben su indecencia y los que lo son menos gastan la mitad de lo que han cobrado para parecerlo. Me parece extravagante, pero estoy acostumbrada a las citas estrafalarias. Las peores son las subterráneas y esta tiene lugar cerca de las nubes.

—¿Podrás seguir ayudándome?

—¡Claro, mujer! Seré más libre de lo que era hasta ahora. Algunas cosas no podía decírtelas…

—Yo tampoco.

Hace un gesto para volverme a coger y retiro las manos con una brusquedad que a mí misma me parece excesiva.

—Necesito entender qué pasa, Abu.

—Tenemos que ir con cuidado, Aileen —me dice, taciturno—. En El Cairo están nerviosos desde que se ha anunciado la visita del papa y el *Times* se ha metido en esta historia.

—Debe de ser por eso que habéis sustituido a mi *bauab* por un Rambo que me mira con ojos de rata.

—Es una de las razones de mi relevo, porque dije que no lo veía necesario, pero los de El Cairo insistieron.

—Está lleno de delatores, Abu, y creo que tu chófer es uno —le suelto.

—¿Quién te lo ha dicho?

Le cuento la reunión con el consejero de la embajada norteamericana, que conocía detalles del viaje a Florencia que solo habíamos comentado en el coche.

—¡Qué país! Lo peor es que no lo hace por sentido del deber sino para redondear el sueldo de mierda que cobra y así poder pagar las clases privadas de sus hijas.

—Supongo que no has venido con él, ¿verdad? —digo, medio en

broma, para relajar el ambiente.

—Me he cogido el día libre. Pero, venga, hablemos de tus manuscritos —sugiere, mientras nos sentamos en el centro del salón, en dos sillas encaradas.

Empiezo por los mensajes que me han mandado, porque todavía no le había contado nada, y ahora ya sé qué quieren.

—He tenido dos citas de las que no te he hablado, Abu. Con el asesino de Sherif.

—¿Con el asesino? Es una broma, supongo.

—La primera fue en Kom el Shoqafa, el lunes, y la segunda en la cisterna de Al Nabih, el viernes.

Se levanta y se dirige a la barra americana. Nunca había visto una tan bien surtida, ni en las casas pudientes de Milwaukee. Todo son bebidas alcohólicas que su amigo debe de comprar en el *duty free* del aeropuerto. Todo es *haram*, pero no parece importarle porque no estamos en la comisaría, donde debe comportarse como un buen musulmán. Se sirve medio vaso de whisky sin hielo y, como pasan pocos minutos de las nueve, tiene la delicadeza de no invitarme. Necesita un trago para seguir escuchando.

—¿Eres consciente de lo que dices, Aileen?

—Perfectamente. Siéntate y deja que te lo explique.

—Son los dos lugares más siniestros de Alejandría. Vaya, ¡ideales para quedar con un asesino! —exclama.

—Ahora te lo cuento, Abu —repito.

—¿Y cómo entraste en la cisterna, si los viernes está cerrada? —insiste, acostumbrado a detectar los puntos débiles de cualquier información.

—¡Basta! Déjame hablar.

Ahora ya no puedo dejarme nada en el tintero. El escalofrío al recibir un whatsapp desde el móvil de Sherif. La bajada siniestra a Kom el Shoqafa. La prueba de los *agatodaimon* y el primer mensaje, con la obsesión por la síntesis entre san Pablo y Plotino. Después, la ida a la cisterna, con una visita absurda antes de recibir un segundo mensaje. También le comento mis sospechas por el cambio de actitud de Akram, la excursión a Uadi el Natrun y la cita en la embajada.

Le muestro la fotografía del mensaje de Kom el Shoqafa que guardo en el móvil. La mira detenidamente, como si la memorizara. Debe de tener preguntas, pero no hace ninguna porque antes prefiere ver la otra y tener una idea cabal de todo este juego macabro.

—¿Y el de la cisterna?

Coge el sobre que me entregó Amr, lo mira por ambos lados y saca la hoja que hay dentro, poco a poco, como si fuera un papiro faraónico que estuviera a punto de desintegrarse. Es un folio de una banalidad insolente, escrito en letras mayúsculas, como el otro, y sin

puntos y aparte. Por lo que parece, ha sido impreso deprisa y corriendo, con una impresora a la que se le acababa el tóner porque las líneas se difuminan a medida que avanza el texto. Aun así, se lee perfectamente. Por el movimiento de sus ojos veo que repasa algunas frases dos y tres veces, volviendo a empezar cuando llega al final.

Le dejo que haga. Mientras tanto me levanto y me acerco a la ventana, desde donde veo cómo el sol se va apoderando de la bahía. Cuando ya se lo sabe, lo lee en voz alta:

> TENEMOS LA CAJA DE AMONIO CON EL MANUSCRITO DE LA HIJA DE TEÓN. TAMBIÉN HEMOS RECUPERADO EL PALIMPSESTO DE LA ZARZA ARDIENTE CON LA CARTA DEL OBISPO. POR FIN, 1.600 AÑOS DESPUÉS, SE SABRÁ QUÉ PASÓ. LA IGLESIA TENDRÁ QUE PAGAR POR TODO LO QUE HA HECHO Y POR LO QUE HA CALLADO, Y LA IRA DE SERAPIS SE ABATIRÁ SOBRE LOS QUE DESAFIARON LA ANTIGUA SABIDURÍA. SOLO PUEDE EVITARLO EL OBISPO DE ROMA PIDIENDO PERDÓN POR EL ACTO INCALIFICABLE QUE COMETIÓ EL PATRIARCA. SI LO HACE, TODO DESAPARECERÁ, COMO HA PASADO CON LOS OTROS DOCUMENTOS DE LA ALEJANDRÍA PAGANA. SI CALLA, EL 29 DE MAYO HAREMOS PÚBLICOS ESTOS DOCUMENTOS.

—¿Se lo has mostrado a alguien?

—A nadie —le aseguro, permaneciendo junto a la ventana, de pie. Es como mejor pienso.

Añado que ha adelantado la fecha al día 15, en un whatsapp posterior, relacionándolo con el viaje del papa.

—¿Y no crees que ha llegado el momento de contarlo todo?

—De ninguna manera. Te lo enseño a ti porque ya no eres responsable de la investigación. Si no, no lo haría —digo, mientras vuelvo a sentarme.

—¿Por qué, Aileen? —pregunta, exasperado por una tozudez que respeta pero que no acaba de entender.

—Tengo mis razones, Abu. ¿Qué te parece el contenido?

—Es un chantaje, escrito de manera rebuscada. ¿Hay algún código escondido? —pregunta, desorientado.

—No lo creo. Es un lenguaje barroco que revela la personalidad de ese loco, pero el texto no presenta ninguna dificultad —comento.

Desde que lo llevo encima, lo he leído decenas de veces de cabo a rabo. Lo he diseccionado hasta el tuétano y he mezclado las ciento siete palabras para comprender la profundidad de cada una. Para saber si dicen lo que quieren decir, o están destinadas a hacer creer lo que no es. He buscado las referencias históricas para encontrar significados ocultos y he hurgado en las carencias y contradicciones de lo que dice y de lo que no dice. Me parece que lo he entendido. Hasta donde es posible entenderlo, porque solo un individuo trastocado puede escribir un texto como este. Le propongo ir despacio, empezando por «amonio».

—Es un catión poliatómico de fórmula NH_4 —comenta.

—¡Vaya!

—Hice la carrera de químicas —explica.

Me deja parada. ¿Cómo es que un químico ha acabado en la policía? No es el momento de preguntar.

—Así pues, debes de saber que se puede hacer sal.

—Cloruro de amonio.

—Como la de Siwa —preciso—, que los antiguos llamaban *Ammonium*…

—No me digas que la caja viene de Siwa…

—Pues sí. Y lo hubiéramos podido adivinar antes si nos hubiéramos fijado en la tela que había colgada en la pared de la tienda, detrás de Sherif —le digo.

Le muestro la página de *Al-Ahram* que llevo en el bolso. Cuando le cuento que he repasado el vídeo para confirmar el origen, reconoce que también lo pensó, pero que lo descartaron cuando la chica que trabajaba con Sherif les dijo que estaba allí desde hacía tiempo.

Le preguntaré a Rana por qué mintió.

—La hija de Teón es Hipatia —explico, siguiendo con el mensaje.

—Hasta aquí, llego —dice Abu, que también ha hecho un cursillo acelerado sobre la Alejandría pagana—. Sigue.

—La zarza ardiente es aquella que maravilló a Moisés porque quemaba sin consumirse; cuando se acercó a ella, escuchó la voz de Dios.

—He leído la Biblia, Aileen.

Tienen los dos manuscritos. El de Siwa y el de Santa Catalina. Abu ve confirmada su tesis a favor de una organización. Con información, capacidad logística y dispuesta a todo. Lista para aprovechar la visita del papa.

—No hace falta que me cuentes quién era Serapis —añade—, era el dios de los ptolemaicos.

—Y de muchos egipcios.

—Lo más desconcertante —concluye Abu cuando hemos acabado con las referencias históricas— es que parece escrito por un pagano.

El mensaje, efectivamente, hace suyos los agravios de los paganos contra la Iglesia de Alejandría, haciéndolos extensivos al Vaticano. Acusa al patriarca Cirilo de un acto incalificable que solo puede ser la muerte de Hipatia, aunque no la nombre. Tampoco lo hacía el mensaje de Kom el Shoqafa, no sé si por respeto o por no nombrar al diablo. Elogia la antigua sabiduría, refiriéndose al pensamiento neoplatónico que dominaba Alejandría hasta que se impuso el cristianismo, y acusa a los cristianos de haberla desafiado. Y les advierte de un castigo de Serapis. Hasta aquí, el texto parece el de un nostálgico del paganismo. Abu cree que la pretensión de ver al papa arrodillado es otra prueba irrefutable de la autoría pagana. Yo no

estoy tan segura.

—Hay muchos católicos que lo querrían humillar —señalo—, y un pagano nunca propondría destruir el único manuscrito de Hipatia que se ha encontrado, por mucho que el papa pida perdón —argumento.

—Podría ser una astucia. En cualquier caso, hay que añadir paganos a la lista de sospechosos que tenemos —propone Abu, con prudencia.

—¿Y si no fuera ni una cosa ni la otra?

—¿Qué quieres decir?

—Alguien defiende la idea de una síntesis entre paganos y cristianos, como dice el primer mensaje…

Coincidimos en que cada afirmación puede tener interpretaciones diversas. Depende de si está formulada con voluntad de confundir o no. Lo mismo pasa cuando recuerda que Hipatia fue asesinada hace seis mil años, sin citar la fecha, el 415. Tanto puede ser una muestra de desdeño como una prueba de admiración. Es cierto, como dice Abu, que el texto refuerza la hipótesis pagana, pero por lo que sé de estos movimientos, integrados más bien por pacifistas, ecologistas y feministas, me cuesta imaginarlos matando a un anticuario, entrando de noche en un monasterio y liquidando a un informador del Mossad.

—La única certeza es que estamos ante un chantaje al papa —concluyo, volviendo al meollo del documento.

—Y la fecha original del 29 de mayo, ¿tendrá algún significado? —pregunta Abu, mientras revuelve la hoja, buscando todos los detalles.

—Es el día de *Theotokos*, el de la proclamación de la Virgen María como Madre de Dios —explico.

Esta fecha también cultiva la ambigüedad. Podrían haberla escogido por deferencia al patriarca que dedicó toda su vida a defender que María también era la madre de Dios, o para profanar el día más celebrado por los cristianos egipcios después del 15 de agosto.

Abu deduce que un musulmán no la habría escogido nunca, por muy extremista que fuera, por el respeto que el islam tiene a la Madre de Dios. Me explica que muchas mujeres musulmanas del Alto Egipto celebran la fiesta de *Sitana Mariam*, la Asunción de María, encomendándose a la Virgen para tener hijos, convencidas de que, si Dios le dio uno, heredó la capacidad de transmitir la fertilidad.

—Ahora la fecha límite es el día de San Atanasio…

—Y el de la llegada del papa a El Cairo. ¡Hijos de puta! Quieren espectáculo.

—Se debió de enterar de la visita después de escribir el mensaje y ha cambiado de parecer a última hora, para hacerlo más rocambolesco. ¡Está chiflado! —exclamo.

Abu se ha dado cuenta de que sigo hablando en singular, y me hace hincapié en que todo el mensaje está escrito en plural: «tenemos la caja», «hemos recuperado», «haremos públicos»… Yo estoy más

obsesionada con el brazo ejecutor, pero por detrás, efectivamente, tiene que haber una organización. Estamos de acuerdo, pero ¿de qué tipo? ¿Musulmanes extremistas, cristianos integristas o paganos extravagantes y peligrosos como los que parece indicar el lenguaje del mensaje? Él descarta a los cristianos. Se inclina por radicales musulmanes que se ocultan tras un barroquismo neopagano para confundirnos. Debe de saber que el ejército mató al hermano de Akram y piensa, como Maryse, que esto puede haberle llevado a radicalizarse.

—Ayer me dijo que el manuscrito procede de Siwa, y no creo que lo haya deducido por el chal que salió en televisión —explico—. Tengo miedo de que haga alguna tontería.

—Puede ser que le estén utilizando… —murmura Abu, que también se ha levantado.

Tengo la sensación de que tiene más información sobre Akram y que no la suelta por respeto a la amistad que le tengo. Pero la imagen de un hombre manipulado coincide con una personalidad como la suya y con el comportamiento de los últimos días. Puede que se haya dejado seducir por el anzuelo de desacreditar a los militares que mataron a su hermano, abortando el viaje del papa. Lo debe de ver como una oportunidad para castigar al régimen que odia.

Le pido que no diga nada de Siwa. Estoy segura de que me hará caso. Se lo agradezco, apretándole el brazo mientras vuelvo a sentarme. Hoy Abu no lleva el traje con el que siempre me recibe en la comisaría. Se ha puesto una camisa blanca de algodón por encima de los vaqueros, con las mangas dobladas, y calza zapatillas, como yo. Parece más joven pero también más frágil. Debe de pensar que todo esto nos sobrepasa. Le cojo las manos con fuerza y le digo que lo conseguiremos, que atraparemos a ese canalla.

Los dos coincidimos en que tanta violencia sorprende. Como si fuera gratuita. ¿Por qué? Parece la de un psicópata. Pero un psicópata actúa solo, no como engranaje de una organización.

Abu tiene razón, se nos escapa algo, y mientras pensemos racionalmente no avanzaremos. Volvemos a sentarnos, como si alguien nos mandara descansar.

La única certeza es que toda serpiente tiene una cabeza. Y yo tengo una pista para encontrarla.

—Mira esta foto, Abu —digo, mostrándole mi móvil.

—Un *tok-tok* extravagante, como la mayoría.

—Lo conducía el tipo que dejó el mensaje en la cisterna. El guía le hizo una foto para su hijo y me la pasó. ¿Podéis identificar al conductor?

—¿Sabes cuántos *tok-tok* hay en este país, sin matrícula? Solo el nombre del propietario pintado en la carrocería. Mohamed…

¡Imagínate!

—Cada vez hay más, pero quizás no tantos como este.

—Lo intentaremos. Distribuiremos la foto como si lo buscáramos por robo, para no levantar sospechas.

—Gracias, Abu.

La foto de un *tok-tok* excéntrico. No es gran cosa, pero mejor que nuestras divagaciones.

—¿Qué harás ahora? —me pregunta Abu, frustrado por la sensación de que estamos atrapados en un laberinto de hipótesis que tienen muchas cosas a favor, pero siempre alguna en contra.

—Iré al Vaticano —le suelto.

—¿Al Vaticano? ¿Te crees que es como ir a Uadi el Natrun?

—Está un poco más lejos, pero también tiene paredes muy altas, iconos interesantísimos y hombres con sotana.

—¡Buenos días! Soy Aileen O'Neill y quisiera hablar con el papa… —dice Abu, simulando una llamada—. ¿Qué contestará la monja de la centralita?

—No seas bobalicón. Primero, no pretendo ver al papa. Y segundo, no tiene por qué contestar necesariamente una monja. Puede ser un cura.

Le explico que mandaré una carta al secretario del Santo Padre, a la dirección que he encontrado en la página web. Miento. No quiero hablarle de mi pasado.

Se acaba el whisky de un solo trago y cierra los ojos mientras el alcohol desciende por la garganta. Acerca la silla. Casi nos tocamos. Se inclina e inspira profundamente, con la cara entre las manos y los codos en los muslos bien plantados en el parqué. Le paso la mano por el pelo. Lo tiene encrespado como el del chico de la facultad con quien hice el amor por primera vez. Éramos criaturas y nos reímos cuando le dije que lo tenía como un rastrojo. El mío también parece de paja, pero no se lo digo. Me alarga las manos y nuestros antebrazos quedan anudados. Siento el olor de alcohol y noto palpitaciones, no sé si de sus venas o de las mías.

—¿Un whisky? —pregunta, antes de soltarme, suavemente.

—¿Por qué no?

Pienso que la hora es extraña para beber, pero todo lo es. Le sigo hasta la barra.

—No sé nada de ti, Aileen.

—Ni yo de ti, comisario.

Se da la vuelta con los dos vasos, a rebosar de cubitos y de un malta que capta los primeros rayos de sol.

—Conmigo es más fácil. Soy de aquí y solo he viajado por razones del oficio.

—Yo también. ¡Por el oficio de vivir!

—¿Por qué te has involucrado tanto en esta historia? —me pregunta.

—Por amistad.

—Y quizás por ti misma.

La herida me avisa y me la acaricio para evitar que me quede la cara agarrotada. Ahora es él quien me pone la mano en el hombro, como si me dijera: «Tranquila, Aileen, puedes hablar. Habla». Y le hablo de los juicios. El de los curas, que perdí aunque eran culpables. He heredado un sentimiento de injusticia y una dirección de correo del Vaticano a la que me he dirigido para solicitar la entrevista. Hago tintinear los cubitos y vacío medio vaso de un trago. Le cuento el origen de mi huida de Milwaukee. La separación, el marido en prisión, el cuchillazo. Solo lo había hablado con Maryse. Es como si me hubiera quedado desnuda, y en casa de su amigo, a estas horas de la mañana, todavía hace frío, o me lo parece, porque todas las ventanas dan al mar.

—Siempre es mejor tener razón en las cosas de la vida que en las del trabajo —dice, dejando su vaso en la barra.

Tiene razón, pero me ha costado aceptarlo. Yo sé por qué el jurado mandó a Patrick a chirona. Vuelvo la cabeza y le muestro la herida en la cara.

—Sin esta cicatriz, nunca hubiera ganado. O sea, que encima tuve que agradecerle que me la hiciera, a ese cabrón. De lo contrario, sería una mujer maltratada que no podría demostrarlo. ¡Como tantas!

Niega con la cabeza, sin decir nada, respetuoso con mi rabia.

—¿Y tú, Abu?

Ahora es él quien va hacia la ventana. No mira el paseo marítimo, ni la caleta privada que tiene el rascacielos de San Estefano. La vista se le pierde más allá de la Corniche, mar adentro. Se ha alejado cuando más le necesitaba.

—¿Y tú, Abu?

—Entré en la academia de policía cuando mataron a mi hermana —explica, con la voz quebrada—. Tenía trece años y dejaron el cuerpo debajo de un puente, en la autopista.

Debe de ser la chica de la foto que tiene encima del escritorio, en la comisaría de Attarin.

El Cairo, 4 de mayo, lunes

Tan pronto el tren arranca de Sidi Gaber, camino de El Cairo, repaso los correos. Hace tres o cuatro días que no los miro. ¡Ahora solo estoy pendiente del maldito whatsapp!

Hay uno larguísimo de mi hermana, que confirma su intención de pasar por Egipto durante su luna de miel. No soporto al bobalicón con el que se casa, y no quiero volver a caer en comparaciones estúpidas entre él y Patrick. Como si el mundo de los hombres se dividiera entre los cortos de entendederas que prometen felicidad y los que son tan brillantes como hijos de puta. Marco el correo como no leído. Para más adelante. Si vienen, los llevaré a ver los *agatodaimon* y les haré bajar a las cisternas de Alejandría. A mi hermana, que cree en las energías subterráneas, le gustará.

Antes llegará el papa, que también viene a Alejandría.

Además de algunas alertas de Google relacionadas con el mundo helenístico y grupos extremistas de todo tipo que he activado en los últimos días, hay otro correo. Es de aquel doctorando polaco que conocimos en Nápoles y que me anunció su visita, Adam Kusek. Dice que llega hoy a El Cairo, precisamente hoy, y que le gustaría verme. No me dijo que vendría tan pronto.

Siento los latidos de la sangre a cada lado de la zanja de la cara. Tranquila, Aileen, ¡estás demasiado susceptible! Me mandó el correo hace un par de días, cuando todavía no había decidido pasar la noche en El Cairo, camino de Santa Catalina, así que todo es casualidad. Además, no tengo nada previsto para esta noche, y debe de ser un buen conocedor del mundo antiguo. Como Akram, y sin tantas obsesiones. Le preguntaré por la conferencia en Cracovia donde todo empezó, porque he leído que fue él quien puso en duda que Sinesio hubiera muerto el 414. Y ya es hora de poner en claro manuscritos y palimpsestos.

Adjunta un número de teléfono egipcio que estará activo, dice, a partir de las siete, cuando aterrice. Me gusta la gente organizada. Son las siete y cuarto.

—¿Señor Kusek?

—Yo mismo.

—Soy Aileen O'Neill. Perdone, pero no había visto su mensaje hasta ahora. Estaré en El Cairo en un par de horas. Si quiere, podemos tomar un té.

—Fantástico. Estoy saliendo del aeropuerto.

—Muy bien. A las diez, si le parece bien.

—Con mucho gusto.

Hemos quedado en Diwan. Una de las mejores librerías de Egipto. Está cerca del Mayfair, el hotelito de Zamalek en el que me alojo cuando estoy en El Cairo, y salgo de madrugada hacia Santa Catalina. Llego diez minutos antes de lo previsto y doy una vuelta por las estanterías de obras que han encendido mi pasión por Alejandría.

Veo que ha llegado una nueva edición de *El cuarteto de Alejandría*. Con los cuatro libros en un solo volumen. Espléndido, cuidado, exquisito. Lo abro por *Clea*, al azar.

«Una ciudad se convierte en un mundo cuando amas a uno de sus habitantes», escribe Durrell.

Yo no he amado a nadie en Alejandría. ¡Por eso estoy bloqueada con la novela! He hecho un par de amistades profundas, quizás ahora alguna más, pero no es suficiente. Solo el amor tiene la clave de esta ciudad. Y quizás de todas.

Kusek entra en tromba, con la mirada encendida y una sonrisa forzada en la cara. Le sudan las manos.

—¡Qué tráfico! Pensaba que no llegaba, y eso que me hospedo en el Marriott, aquí mismo —dice, sin que le haya pedido ninguna explicación.

Habla el inglés estándar de los universitarios, con el acento áspero de los europeos que viven más allá del Danubio. No debe de ser un hombre fácil, pero intenta disimularlo.

—No se preocupe; estaba entretenida con los libros.

Nos sentamos en la cafetería. El té es Lipton, de lo más convencional, como si el gobernador nombrado por Su Majestad todavía mandara en este país desde su palacio, en la otra margen del Nilo. Lástima, porque la atmósfera es de las mejores, con alguna mujer con ademán aristócrata de los tiempos del protectorado, chicos y chicas que conspiran susurrando y algún escritor jubilado que dejó de ir al café Fishawi desde que murió Naguib Mahfouz.

—No le esperaba tan pronto, señor Kusek.

—Estoy acabando la tesis y necesito consultar los archivos de Nag Hammadi.

—¿Le interesan los gnósticos? —pregunto, haciendo gala de lo poco que sé sobre esos códices antiquísimos escritos en copto y descubiertos en 1945 dentro de una ánfora sellada.

—Sí, fueron una bisagra sutil entre cristianos y paganos —me cuenta, con un exceso de retórica—. Es para mi tesis sobre la Cirenaica. ¿Se acuerda? Se lo comenté a su amigo, el profesor Yarnit —añade, sin saber si Martin y yo somos amigos o tan solo conocidos.

—Así que usted lee el copto —le suelto, más en tono de sorpresa que de elogio.

—No, pero trabajo sobre un fragmento de la *Sofía de Jesucristo*, un documento gnóstico que se encontró en Oxirrinco y que está escrito en

griego koiné —responde, mientras sorbe un poco de té.

Todavía no nos hemos acomodado del todo y ya ha salido a colación la Cirenaica, el griego koiné, Oxirrinco y Martin. Y Sofía, la diosa de la sabiduría, otro nombre femenino asociado a los primeros tiempos del cristianismo. El mundo es pequeño. Demasiado pequeño. No sé si he hecho bien al quedar con este Kusek. Pensaba que sería un encuentro relajado, pero va muy acelerado.

En Nápoles, me hizo gracia que fuera de Cracovia, una ciudad que Akram había hecho entrar en mi universo, y a él le tuvo que llamar la atención que yo viniera de Egipto. Le debió de sorprender que no posea ningún doctorado en lenguas semíticas y que en mi tarjeta constara, simplemente, escritora. Hoy lo encuentro raro. No me ha preguntado por qué vivo en Alejandría, que es lo que pregunta todo el mundo. Ni ha hecho ningún comentario más personal, aunque eso no lo hace nadie. Guardo de él una imagen borrosa porque Martin y yo íbamos cargados de ginebra, pero recuerdo un ademán de cura que acabara de desprenderse del alzacuello.

Con las gafas de pasta que lleva, la pinta clerical se le nota menos.

—¿Y en qué le ayudan los gnósticos, para entender a los cristianos de esa época? —comento, intentando adoptar un tono relajado.

—¿Sabe que repudiaban los espejos, como Hipatia?

—No, ¿por qué? —pregunto, sorprendida por la mención de Hipatia. Podría haber dicho «como los paganos», o citar a Platón o Plotino, pero la ha mencionado a ella. Adrede.

—Para no ver reflejado el mundo inferior. Aquel en el que el ser humano está reducido a ser un saco de podredumbre, una túnica de carne, una prisión de la materia…

—No creo que Hipatia fuera así —replico, interrumpiendo su pretenciosa prédica.

—¿Cómo qué no? Supongo que conoce la respuesta que dio a un alumno que se le declaró durante una de sus clases.

No contesto porque la conoce todo el mundo. Hipatia avergonzó al desafortunado discípulo mostrándole un trapo ensangrentado ante todos sus colegas, con un gesto que pretendía trivializar las pasiones humanas cuando estas quedan reducidas a una atracción carnal e impura. Una respuesta cargada de significado platónico y que, citada fuera de contexto, se convierte en grotesca. Me parece desafortunado que distorsione el gesto de Hipatia para asociarla al ascetismo más casposo. Como si la virginidad fuera el precio que hubiera pagado para ser una mujer libre.

—Intento comparar la manera como los gnósticos se elevaban hacia Dios con el esfuerzo de los paganos para encumbrarse hacia la filosofía —prosigue Kusek, después de su incursión inquietante en el mundo inferior.

No soporto esta manera tan afectada de hablar. ¡«Encumbrarse»! En una charla de cafetería… Pero el tema de la elevación me parece interesante.

—¿Y cómo lo conseguían, los gnósticos?

—La divinidad de Sofía los ayudaba a ascender por los peldaños de un *tetractys*.

—Los cuatro peldaños… —comento, en voz baja, mientras mi alarma va en aumento.

Se expresa con palabras marcadas que desgrana de manera implacable, y goza de la tensión que provoca lo que dice y cómo lo dice. Es una manera de decir «vaya con cuidado, señora O'Neill, que se puede hacer daño», sin decirlo. Todo es falso, en este hombre. Sabe más de lo que cuenta, de lo que escuchó en Nápoles o de lo que ha leído en el *Times*. La mención del *tetractys* ha acabado de estropear la posibilidad de una conversación tranquila.

—¿Es usted católica? —me pregunta, bruscamente.

—Sí.

Respondo secamente y sin matices, para no decir: «¿a qué viene esta pregunta?».

—Pues si cree en el misterio, lea a los gnósticos, señora O'Neill —continúa, imperturbable—. «Yo soy la puta y la santa; / yo soy la esposa y la virgen; / yo soy el silencio que es incomprensible». Es un poema cabalístico de Nag Hamadi. ¿Lo conocía?

—No.

Segundo monosílabo. El poema me parece perturbador, pero me irrita cómo me lo ha echado a la cara, cuando hace apenas veinte minutos que nos hemos encontrado.

—Perdone que hable tanto de los gnósticos, es que son mi obsesión. Vayamos a Sinesio, que le debe de interesar, ya que estaba usted en Nápoles. No estará escribiendo una novela sobre la Alejandría de esa época, ¿verdad? —pregunta, provocador.

No me gustan sus arrebatos de iluminado, pero algo me dice que debo quedarme a pesar de sus impertinencias. Este hombre no es solo el doctorando pretencioso que me había imaginado.

Me llaman por teléfono. Es un número que no tengo guardado.

—¿Me permite? —le digo, levantándome.

—Desde luego.

Es Abu, desde un teléfono que no es el suyo. Han encontrado el *tok-tok* en el fondo de un canal, cerca de Rosetta. Parece ser que lleva ahí un par de días y que el chófer estaba atado al volante con unas esposas. Un tal Mohamed.

—¿Todo bien, señora O'Neill? —me pregunta cuando vuelvo a la mesa, con la mente en blanco.

—Sí, era mi hermana —balbuceo.

No pierdo de vista la polémica sobre la fecha de la muerte de Sinesio. Por eso he quedado con él, y le sigo al Diwan, a pesar de sus exabruptos.

—Tengo entendido que usted discutió la tesis según la cual habría muerto en 414 —comento, con el aliento ya recuperado.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he leído —respondo bruscamente, sin contarle que lo he encontrado en un blog de helenistas—. Supongo que cambiaría de opinión si el palimpsesto de Santa Catalina confirmara esa fecha, ¿no? —pregunto.

Una mueca le cruza la cara y le aleja con un parpadeo nervioso.

—Me equivoqué —reconoce, rehaciéndose—. En aquel momento me dominó la idea de que aceptarlo podía perjudicar a la Iglesia —explica.

—La Iglesia tiene recursos para defenderse.

—Durante siglos ha vivido en las tinieblas y la luz la puede deslumbrar —advierte, enigmático.

—No estoy de acuerdo, señor Kusek. Pienso que la verdad…

—¡Qué equivocación! —clama, sin dejarme acabar—. ¡La verdad! ¡La verdad! ¿No se da cuenta de que, si abrimos de golpe los postigos, después de tantos años de oscuridad, entrará el diablo? —vaticina, apocalíptico.

Veo que la verdad da miedo a mucha gente.

Mientras yo no puedo quitarme de la cabeza la imagen de la policía retirando el *tok-tok* del canal, con el cadáver de Mohamed esposado al volante, Kusek se lanza a una diatriba sobre el impacto que tuvieron los códices de Nag Hammadi en la historia del cristianismo. Parece ser que permitieron confirmar que los gnósticos eran cristianos y no paganos, como se había dicho hasta entonces. Según él, si hubiera hurgado más, alguno de los Evangelios que consideramos apócrifos deberían darse por canónicos. No deja de ser curioso que un polaco con aspecto de seminarista coincida con Martin en mencionar la supresión de textos cristianos primigenios que la Iglesia no consideraba sensatos. Lo que no sé es si lo hace para denunciarlo o para celebrarlo. Es un maestro de la ambigüedad. Lanzado, alude al Evangelio de Judas, en el que Iscariote pasa de traidor a adepto predilecto de Jesucristo, y a un manuscrito con el que algunos expertos han deducido que María Magdalena era la esposa de Jesús.

—Un fragmento de ocho centímetros que exhibieron como si fuera un pedrusco de kriptonita —exclama, no sé si maravillado o indignado.

—De todas formas, no creo que el impacto fuera el mismo por unas cartas inéditas del siglo V —sostengo, mencionando el artículo del *Times*.

—¿Sabe qué ocurrió en Uadi el Natrun en el año 444? —pregunta de repente.

—No —contesto, aturdida por la mención del oasis y por una fecha tan cabalística que repite tres veces el número cuatro.

—Cada monasterio tiene una torre…

—Con un puente levadizo…

—Durante un raid de beduinos en San Bishoy, el más viejo de los frailes, Anba Younis, dijo a los monjes que se refugiaran allí si tenían miedo y que se quedaran con él si no temían el martirio —explica—. La mayoría prefirió la muerte —recuerda, embelesado.

—Para evitar que volviera a ocurrir, levantaron murallas —comento, recordando las explicaciones del padre Georgius.

—Cuanto más grande era la amenaza, más las alzaban. ¡Fíjese en las de Santa Catalina! —exclama.

¡Ya solo faltaba que mencionara Santa Catalina!

Tengo la sensación de que me lee el pensamiento. Miro la hora. Son casi las once y salgo mañana a las cinco y media de la mañana. Me siento consumida y no sé si podré dormir. Antes, tendré que borrar la foto del *tok-tok* que tengo en el móvil. No puedo dejar de pensar en ella. Me queda una última pregunta.

—Usted que conoce tan bien la historia de la Cirenaica, ¿cree que algunos cristianos que vivían allí se refugiaron en Siwa huyendo de las persecuciones?

Durante unos segundos nos sostenemos la mirada, hasta que se le escapa una sonrisa siniestra y se muerde el labio inferior.

—Es uno de mis temas preferidos, señora O'Neill. Efectivamente, Siwa fue el destino de muchos de los cristianos de la Cirenaica…

—Y llevaron manuscritos… —añado, interrumpiendo la respuesta académica.

—Es posible, pero también es muy improbable que se hayan conservado —responde, sin que se lo haya pedido.

Afortunadamente, pasan ya de las once y la librería cierra. Nos despedimos educadamente, como al final de un combate de esgrima en el que el ganador no ha quedado claro. Antes me anuncia que tiene previsto ir a Alejandría en un par de días. Me propone que nos citemos en la Biblioteca.

De todas las piezas del puzle esta es la que no había mencionado.

En la terraza del Mayfair todavía hay algunos clientes que preparan el día siguiente con la guía de los *Globetrotters* o la de los *Routards*. El chico de recepción, desgarbado, me sonríe como siempre y me desea las buenas noches.

Mientras abro la puerta de la habitación, llama Maryse. Es la única llamada que soy capaz de atender.

—Estoy en El Cairo, Maryse, en unas horas salgo para Santa Catalina.

—No te olvides de ir a ver la mano de Mahoma —me recuerda.

—¿Qué quieres?

—Rana y ese bloguero amigo suyo quieren hablar contigo.

—¿Por?

—Dicen que saben de dónde proviene la caja que le robaron a Sherif. Y que solo te lo contarán a ti.

—¿Crees que debo verlos?

—Tú misma. Si quieres, les digo que vengan a casa.

—Eres un sol. Quedamos el miércoles a primera hora de la tarde. Pero con una condición: que luego vayamos a Cap d'Or a tomar una cerveza, ¿de acuerdo?

—¡Si no te han detenido antes! —exclama.

Santa Catalina, 5 de mayo, martes

Lo que más me molesta es ir a Santa Catalina con tantas prisas, sin poder quedarme, porque mañana tengo que estar en casa de Maryse para ver a Rana y a su amigo. ¿Confirmarán la hipótesis de Akram? ¿Sabrán que la caja proviene de Siwa?

Me sabe mal no poder ver salir el sol desde lo alto de la montaña. Estuve al poco de llegar a Alejandría, cuando tenía el alma destrozada y el cuerpo mermado, y nunca lo he olvidado. No creo en las energías telúricas como las que persigue mi hermana, ni pienso que Moisés se hubiera complicado la vida trasladando a los judíos hasta el corazón del Sinaí, si lo que quería era llegar a Canaán por el camino más corto. Mis creencias, si las tengo, son intangibles, espirituales. No creo en dioses omnipotentes, ni en una sola verdad impuesta desde los púlpitos, y menos en hombres que guíen a las mujeres por el camino de la fe. Pero cuando subí a lo alto de la montaña, y el sol incendió el Jebel Musa, noté que aquella mole granítica y yo nos convertíamos en una sola cosa, pétrea, capaz de hacer frente a cualquier adversidad.

Quizás me iría bien volver a subir, para reencontrarme conmigo misma, pero Martin me espera a las doce frente a la puerta del monasterio y, si todo va bien, llegaré unos minutos antes.

Mientras el coche avanza por el vientre de la península, por una ruta destartalada que cruza la cordillera, sufro al comprobar que el teléfono se queda sin cobertura.

Dado que el tiempo se acaba, ayer mandé un correo al secretario del papa solicitándole una cita. Lo hice desde el tren, como si fuera la cosa más normal. Ha llegado el momento de mostrarles el mensaje. Le recordé quién era, adjuntando el correo que me había mandado durante el asunto de los dos curas y mi número de móvil. No era fácil, porque si me pasaba de lista podría pensar que estoy loca, y si me quedaba corta no sería consciente de que las amenazas tienen una fecha fija. El 15 de mayo.

Me preocupa quedarme sin cobertura, estando pendiente como estoy de si me llama un asesino en serie o el secretario del papa.

Cuando llego a las proximidades del monasterio, vuelve la cobertura y entra un mensaje, pero no es del Vaticano ni de las catacumbas. Es de Kusek, que se excusa por no poder ir a Alejandría la semana que viene. Dice que debe volver a Cracovia porque su madre está gravemente enferma. Le deseo que no sea nada, pero en el fondo me alegro.

Santa Catalina es una fortaleza.

La levantó el emperador Justiniano para proteger la capilla que la madre de Constantino había erigido cerca del zarzal ardiente. El lugar era de lo más inhóspito y las caravanas subían por el Sinaí cargadas de especias de Oriente y aventureros de la peor calaña. Por eso los muros tenían que ser tan altos. Llego a media mañana, cuando las hordas de turistas rusos vuelven de rezar en lo alto de una montaña que, para ellos, es sagrada además de rojiza. Por sus caras y resoplidos se nota quién ha andado el camino del profeta
y quién se ha dejado seducir por los beduinos para alquilar un camello que es más caro que un vuelo chárter Moscú-Sharm el Sheikh.

Todos parecen abrumados por el más bíblico de los paisajes de la Biblia. Todos se sienten insignificantes al pie de esta montaña cargada de fuego y de mitos. La mayoría no hablan, echan un último vistazo al caos de granito que les rodea y se dirigen al autocar que les espera, en silencio, como si temieran ser tragados por el paisaje granítico.

Martin me espera delante de lo que ha sido, durante siglos, el único acceso al recinto: una pared ciega y alta de unos quince metros, por donde entraban y salían los frailes del convento dentro de una cesta que movían con unas poleas y que también utilizaban para los víveres. Ha cambiado el traje blanco por unos pantalones y una sahariana de color tostado que se confunden con el río de piedras ciclópeas que rodea el monasterio. La camisa sigue siendo la de color rosa y los zapatos son como mis Timberland, pero más gastados.

Parece contento de verme.

Entrar en Santa Catalina con él es un privilegio. Se ha ganado una libertad de movimiento que deja sorprendidos a los pocos turistas que quedan. Nos ahorramos tener que pasar por el callejón del zarzal donde se agrupan, con la santa intención de robar alguna ramita, los últimos devotos del día, y cruzamos la basílica en horas que ya no son de visita. Estamos solos, con un monje que se ha quedado rezagado al acabar la misa. Es como mejor se aprecia lo que significaba la santa de la rueda dentada para los cristianos de Oriente.

—Es su Juana de Arco —comento, ante un icono donde se la ve más decidida que martirizada.

—Más bien su Hipatia —dice Martin, provocador.

A pesar de las prisas me recuerda que, según la leyenda, santa Catalina nació en Alejandría casi un siglo antes que ella, y que también destacaba por su capacidad intelectual. Tanto que, cuando el emperador Marcus Aurelius Valerius Auxentius quiso alejarla de las creencias cristianas mandándole cincuenta filósofos paganos, los convirtió a todos al cristianismo.

—Nosotros no podemos demostrar que Hipatia escribiera algo, y los cristianos no podemos probar ni siquiera que santa Catalina existiera

— dice Martin—. No hay nada como tener fe —apostilla.

—Lo que cuenta es el mito —comento.

—El de santa Catalina se creó para combatir el de la filósofa, y se convertiría en polvo si Hipatia dejara de serlo —vaticina.

—Todos nos convertiremos en polvo —murmuro, haciéndole el juego y cogiéndole por el brazo, afectuosamente.

Pasamos por corredores a los que solo tienen acceso los que llevan sotana y él, que viste en las antípodas. Llegamos a la primera planta, donde dicen que está la biblioteca de manuscritos cristianos más importante después de la del Vaticano.

—Te he hecho venir porque hay novedades.

—¿Y no me las podías contar por teléfono?

—No.

—¡Cuánto misterio!

—Sí. Me sabe mal, Aileen, pero tu amigo está implicado en el robo del palimpsesto.

—¿Akram? ¡No me lo puedo creer! Si fuera del laboratorio es un patoso.

—Fuera quizás, pero desde su ordenador hace maravillas.

Ante mi asombro, Martin pone en marcha su Mac y abre un archivo donde guarda todo lo relacionado con el palimpsesto. Son trabajos preliminares, con los que su equipo había podido leer la carta de Sinesio antes de que desapareciera. Los que habrían presentado en Nápoles si todo hubiera ido según lo previsto. Según él, los archivos relacionados con el palimpsesto fueron visitados por un pirata informático los días previos al robo. Incluso antes de que el *New York Times* publicara el primer artículo. Ahora se entiende que los ladrones tuvieran tiempo para prepararlo todo.

—¿No estarás insinuando que el *hacker* era Akram?

—Akram Hennawi. Lo siento —repite—. Es la conclusión a la que han llegado unos expertos informáticos que hemos traído de Yale y que han descubierto de dónde venía el ataque.

—¿De la Biblioteca?

—Sí.

—Ahí trabajan más de dos mil personas —digo, en un último intento de exculpar a Akram.

—Pero solo hay tres Hennawi. Él, el chófer del director y una de las guías para turistas, que no tiene ordenador propio. Y solo hay un Akram Hennawi.

Me siento derrotada. Las imágenes de estos últimos días desfilan ante mí, atropelladamente. El mensaje de Sherif que le reenvié, el koiné, la planta de *silphium* ampliada, aquellas dos palabras atribuidas a Hipatia, los puntitos de un *tetractys* pitagórico, el manuscrito del Ashmolean, el amigo de la Biblioteca Nacional de Rusia.

Efectivamente, Akram es capaz de hacer maravillas. Quizás demasiadas.

—¿Cuándo empezaron los ataques? —pregunto, para comprobar las fechas.

—El 20 de abril, a media mañana.

Los ladrones habrían tenido cinco días para preparar el robo. Los suficientes para venir hasta aquí el día de San Marcos y llevarse el palimpsesto. Pero yo vi a Akram el día 23,
el día siguiente a la muerte de Sherif, para enseñarle las fotos del whatsapp… ¿Cómo es posible que se mostrara tan solícito si ya estaba implicado? ¿Cómo pudo hacer ver que estaba encantado de ayudarme si ya llevaba un par de días curioseando en los archivos de Martin? Siempre he pensado que era un hombre hermético, difícil, pero ahora veo que es un hombre escindido. Anteayer, cuando le vi, no podía más. Ya se había roto. Estaba vencido. De hecho, se despidió.

Abu tenía razón. Lo utilizan o se ha dejado utilizar. Le confieso a Martin las dudas crecientes que he tenido de él. Sobre todo desde que aseguraba haber localizado las cartas de Evoptio en Oxford y en San Petersburgo sin moverse de Alejandría.

—Por cierto, ¿has podido hablar con el director del Ashmolean?

Coge un papel que tiene encima de la mesa vuelto hacia abajo y me lo da, aspirando todo el aire que puede. Sin decir nada.

Es un correo del director como respuesta a la pregunta que le hizo Martin sobre si tenían una carta de Evoptio marcada con un *tetractys*. Contesta con ironía británica, como si fuera un requerimiento de Scotland Yard, y aprovecha para burlarse hasta de su sombra. Niega de forma rotunda que haya algún manuscrito o fragmento que se pueda atribuir al hermano de Sinesio. Los únicos *tetractys* que tienen, concluye, son los poemas piramidales a los que se ha aficionado y que pronto desplazarán a los haikus. Demoledor. Añade que, a raíz de la petición de Martin, han revisado el sistema informático del Ashmolean y han descubierto intentos de boicotear los códigos de seguridad durante la última semana. Todos procedentes de Egipto. No serás tú, Martin, ¿verdad? —pregunta, con una última burla.

—¿Qué interés puede tener ese hombre en todo esto, Aileen?

—Hacer daño.

—¿A quién?

—A los militares egipcios.

Sin mencionar el mensaje de la cisterna, le cuento que Abu y yo pensamos en una conspiración que amenaza con publicar el manuscrito de Hipatia. La operación estaba en marcha antes de la visita y esta solo ha hecho que poner fecha. Creemos que los que mataron a Sherif para robarle el manuscrito de Alejandría y los que robaron su palimpsesto son los mismos. No sabemos quiénes son, pero

sospechamos que utilizan a Akram para obtener información. Lo que me acaba de contar lo confirma.

—¿Y qué pretenden? —pregunta.

—Que el papa pida perdón por la muerte de Hipatia y condene la participación de Cirilo en su asesinato.

—¡Fantástico! ¿Dónde hay que firmar? —exclama, entre incrédulo y eufórico.

—No te burles, Martin. Los tres muertos demuestran que estamos ante gente decidida a todo —le recuerdo, sin aludir a la cuarta víctima, el pobre chico del *tok-tok*.

—¿Y quiénes son sus integrantes?

—No lo sabemos. Fanáticos, que tanto pueden ser paganos como cristianos extremistas que quieren castigar al papa —explico—. Descartamos que sean islamistas radicales.

—Pero este hombre es musulmán —dice, refiriéndose a Akram.

—Puede que colabore con gente que no lo sea. Les ha ayudado a hurgar en vuestros archivos y, a cambio, se vengará de los militares que mataron a su hermano haciendo fracasar el viaje del papa.

—Hay algo que no cuadra, Aileen. Cuando entraron en nuestro sistema, el viaje del papa todavía no era público —recuerda, con razón.

—Al principio, debieron de prometerle que castigarían a los coptos que apoyan al régimen, pero luego han visto la oportunidad de ir más allá. A él no le importan los coptos ni el papa, le importan los militares.

Mientras divagamos sobre autorías y objetivos, mi teléfono vibra. Es un SMS. Lo cojo frenéticamente, deseando ver el número de Sherif o el prefijo de Italia. Ni lo uno ni lo otro. Es el padre Giorgius, de Deir al-Surian:

> En San Petersburgo
> No tienen lo que usted busca
> ¡Que Dios la proteja!

Las pruebas contra Akram se multiplican. Empiezo a entender cuál es su papel. Además de asesorar a los que robaron el manuscrito de Alejandría y facilitar información sobre el palimpsesto de Santa Catalina, lo han utilizado para hacerme creer que disponen de munición letal. Por eso me proporcionó una invitación para ir a Nápoles. Desde entonces ha sido el encargado de dar credibilidad a la conspiración de Evoptio y sus amigos. Sabe que soy decidida y terca, y eso les ha hecho creer desde el primer momento que yo era la persona ideal para suscitar alarma. Me han manipulado.

—Debe de estar muy fanatizado —comenta Martin, que siempre le

ha tenido respeto profesional.

—O muy desesperado… —añado, pensando en el hombre acabado que vi anteayer.

Ahora es Martin quien responde a una llamada. ¡Es James Brooks! No entiendo qué le dice, pero no debe de ser nada bueno porque intenta disuadirle de publicar no sé qué, si no lo tiene bien atado. Deduzco que intenta ganar tiempo. Cuando acaba la conversación, comenta, apesadumbrado, que está muy acelerado porque sabe, o intuye, que los dos robos forman parte de una operación destinada a entorpecer el viaje del papa.

—¿Qué piensa hacer?

—Nueva York ha decidido no publicar nada hasta que no hablen con el Vaticano.

Nos han utilizado a todos. A Akram, para robar el palimpsesto y divulgar la hipótesis del *tetractys*. A mí, para dar más notoriedad a una historia que podría haber quedado como un robo en Attarin. Y a Brooks lo tienen deslumbrado con la perspectiva de una exclusiva mundial con la que pretenden hacer tambalear el viaje del Santo Padre.

No me queda otra que seguir adelante. Iré al Vaticano. Cuanto antes, porque faltan diez días para la llegada de Francisco a El Cairo y doce para la misa que tiene previsto oficiar en Alejandría.

Martin está callado. Hace un *reset* mental antes de continuar. Sin conocer el mensaje de la cisterna ha entendido que los ladrones tienen un arma cargada con dos balas. La primera para el papa; la segunda, para Hipatia. Está convencido de que, pase lo que pase, destruirán el manuscrito y el palimpsesto. Eso le lleva a reafirmarse en la hipótesis de unos cristianos radicalizados que consideran a Francisco un jesuita que encarna al demonio. Creyentes que actúan como si estuviéramos a las puertas del apocalipsis, y como si la elección de este papa hubiera sido la primera de las siete catástrofes que marcan el fin del mundo. Primero le harán agachar la cabeza, y, después, quemarán las dos cartas.

—Mira lo que se atreve a decir tu cardenal, ¡que la Iglesia es un barco sin timón! —exclama, mostrándome unas declaraciones de un purpurado de Wisconsin. El mismo que protegió a los pedófilos.

Su razonamiento es impecable. Quizás demasiado. Sirve para un guion clásico, con pistas falsas y asesinos demasiado evidentes, pero las cosas suelen ser más complicadas. Siempre hay piezas que no encajan. En este caso es la de Akram Hennawi.

—¿A quién llamas? —me pregunta, viendo que estoy marcando un número.

—A Akram.

—Dile que me devuelva el palimpsesto —dice Martin, que me debe

de considerar un caso perdido.

No responde. Tampoco el contestador automático. Es extraño.

Suena el teléfono cuando acabo de apagarlo. Es la prefectura de la Casa Pontificia.

—¿La *signora* O'Neill? —Es una voz de cura, afable y aflautada. Un mensaje corto pero muy concreto.

—Pasado mañana voy a Roma —le digo a Martin cuando todavía no he metido el móvil en el bolsillo.

—Recuerdos al papa.

Me coge del brazo y me lleva hasta la ventana. En el Sinaí, el atardecer es sublime. Los turistas se dirigen ya hacia Shram el Sheikh. Si no paran por el camino, llegarán a tiempo para remojarse los fatigados pies en las cálidas aguas del mar Rojo y que los pececitos de colores limpien sus dedos de la tierra amarilla y santa que llevan pegada.

Nos quedamos solos, con algunos frailes que rezongan por las callejuelas del monasterio y los beduinos que esperan, fuera, acurrucados junto a los camellos, mientras toman un té. Cuando ya solo quedan sus habitantes, el monasterio parece todavía más frágil y misterioso, al pie de la montaña que lo agobia. Y aquí sigue, desde hace más de quince siglos, rodeando el zarzal, después de haber hecho frente a cuantas tormentas de arena, cruzadas y guerras han azotado esta península. Los últimos monjes se dirigen al refectorio, donde cenarán pronto, porque al alba tocan a maitines, como cada día desde que Helena hizo levantar la primera capilla.

Nosotros salimos, porque también duermo en Sharm el Sheikh para volar a primera hora hacia Alejandría.

No hay tiempo para nada más, pero Martin consigue que cruce el museo, cuando ya no queda nadie. Sola, con el silencio sepulcral que nos acompaña, el pantocrátor me parece todavía más mayestático que cuando lo vi por primera vez. Con el pelo largo de hombre griego y el rostro rasgado en una mitad humana, que reconforta, y otra divina, más severa, es la representación más inquietante de Cristo que conozco. Medio hombre, medio Dios.

—¡Quiero ver la mano de Mahoma! —exclamo, recordando la recomendación de Maryse.

—Como todos los turistas…

—Yo tengo mis motivos.

Según Martin, pretende ser una carta de privilegios donde el Profeta otorga la ciudadanía a los cristianos y pide respeto por sus casas, iglesias y bienes. Los monjes la hicieron suya en el siglo XI para mantener a raya a los intrusos. La existencia del monasterio, mil años más tarde, da fe de su eficacia.

—¿Has visto cómo acaba? —le digo, señalando la traducción

inglesa.

«Nadie de la nación musulmana debe contradecir este pacto hasta el último día (el fin de mundo).»

—Deberían hacer copias y repartirlas por Oriente Próximo —sugiere Martin.

—Y nosotros deberíamos redactar una con la mano de Jesucristo —añado.

—Seguro que en el Vaticano tienen una. Pide que te hagan una fotocopia.

Desde que mataron a Sherif, nadie me ha hecho sonreír como él. ¿Quién es Martin? ¿Un amigo? Es poco. ¿Un padre? Yo no sé lo que es un padre para una mujer. ¿Un amante? No tiene sentido. Es un hombre. Solo un hombre, un hombre bueno.

Cuando ya estoy casi fuera del museo, un pequeño icono atrae mi atención. Es una ascensión, con una hilera de frailes subiendo a trompicones los treinta peldaños de una escalera. Treinta, tantos como tiene el ascenso en la vida ascética, según me contó un monje de Uadi el Natrun. Todos tienen la vista alzada hacia Jesús, que les espera en el paraíso, al que suben como pueden, empujándose unos a otros, alocadamente, agarrándose a los barrotes para no caer. Algunos lo consiguen, ayudados por las plegarias de los ángeles y de los santos. Otros pierden el equilibrio y se precipitan camino del infierno, atravesados por las flechas de Satanás o encordados por pequeños demonios negros que pululan por todo el icono como los insectos que estaban atrapados en la telaraña del *tok-tok*.

Abajo, en el fondo de la sima, Satanás agarra a los que caen dentro de una garganta ominosa para devorarlos, empezando por la cabeza.

La vida es un viaje peligroso, escribió Paladas, un poeta alejandrino contemporáneo de Hipatia y de Sinesio. Es un camino azaroso, como el del icono del monasterio de Santa Catalina, donde unos vencen las dificultades, mientras otros caen en el abismo. Yo he bordeado el precipicio y he seguido adelante, pero Patrick está en prisión, Akram se ha perdido y Adam Kusek acabará como aquel monstruo de Cracovia que solo vivió cuatro horas, de tan demoníaco como era, las suficientes para que los luteranos aterrorizaran a los católicos exhibiéndole como símbolo de la corrupción de la Iglesia de Roma. A veces las ciudades también se precipitan. Es lo que le ocurrió a la Alejandría de Paladas cuando la sinrazón se apoderó de ella. Cuanto más leo, más cuenta me doy de que la muerte de Hipatia es la de toda una época y que el desconsuelo de las últimas cartas de Sinesio expresa una tragedia colectiva. Todo empezó el día en que los que pensaban diferente fueron calificados de herejes, y el ágora se cubrió de la sangre de los hombres y mujeres que discutían si Cristo había sido creado por Dios o si le era consustancial. Los emperadores convocaron concilios para acabar con la disputa, pero la religión se había metido bajo la piel de los alejandrinos para siempre. La Vía Canópica fue escenario de altercados de cristianos contra cristianos, más tarde de cristianos contra judíos y finalmente de cristianos contra paganos. Alejandría tenía fama de insumisa y su gente era conocida por cuestionarlo todo, pero hasta que la religión no ocupó la calle esta forma de ser contribuía a su grandeza. La ciudad era una torre de Babel y los alejandrinos eran los ciudadanos más libres de todo el Mediterráneo. Hipatia podía enseñar filosofía neoplatónica a alumnos cristianos y Sinesio podía defender que la finalidad última del ser humano es vivir de acuerdo con la razón, a pesar de ser obispo de la Pentápolis libia. Hacia el final de su vida, mientras escribía que Hipatia presidía los misterios de la filosofía, hombres cegados por la religión decapitaron a Serapis y abatieron el falo de Príapo. Solo se salvaron algunos *agatodaimon*. Cuando asesinaron a Hipatia, el destino de Alejandría quedó sellado, como el de tantas otras ciudades de la Antigüedad que jamás se recuperaron. ¿Sellado? ¿Qué digo? De todas las ciudades que se precipitaron al abismo, esta es la única que ha sobrevivido. La única. Si no fuera así, yo no hubiera encontrado refugio en ella.

Cracovia, 6 de mayo, miércoles

Tadeusz les había convocado con una discreción extrema. Aprovechando que se encontraban todos en Cracovia, pendientes de una reunión fijada para el martes o el miércoles, había mandado a un monaguillo para que les avisara. Vestido de blanco inmaculado, quizás llamase la atención de algún turista, que le pediría hacerse un selfi delante de algún templo, pero seguro que pasaría desapercibido ante los que empezaban a inquietarse por las actividades de Magnus Christus.

El chico, que le ayudaba en los misterios del altar de Santa Catalina, les había entregado un papelito con el día y la hora, las cinco de la tarde, firmado MC. No ponía el lugar. No hacía falta.

Todos hacían cara de pocos amigos, porque ninguno regresaba de la misión que les había encomendado el prelado con el trabajo hecho. No tenían ninguna pista del manuscrito de Siwa. Solo hipótesis y especulaciones. Y les parecía que sus interlocutores no habían entendido el peligro que suponía un legado tan demoníaco en manos de enemigos de la Iglesia, poco antes de la visita del papa. Además, habían notado incomprensiones y suspicacias sobre la tarea que llevaba a cabo Magnus Christus.

Mientras esperaban la llegada de Tadeusz, que estaba en el claustro atendiendo una llamada, se mantenían en silencio, conscientes de que el tiempo se les echaba encima y que no irían más allá de las conjeturas. O quizás callaban porque intuían que se habían metido en un lío de los gordos que podía acabar mal. Nadie se fiaba de nadie.

—Era el arzobispo —les informó, antes de sentarse y dejar el móvil encima de la mesa.

—¡Alabado sea Dios! —dijo Zdzisław, en voz alta.

—Vivimos momentos convulsos y solo nos puede salvar la fe —comentó el jefe de Magnus Christus, abatido por la conversación que acababa de mantener.

—Sería bueno que cada uno explicara los resultados de la gestión que se le encomendó, y así sabremos cuál es la situación —propuso Francisco, mientras el viejo prelado se recomponía.

Todos estaban angustiados por el entumecimiento mental y espiritual que parecía afectar al padre Tadeusz. Él, que siempre tenía a punto la palabra justa para animarlos y que solía mostrarse decidido y terco, hoy se les aparecía como una alma en pena, alicaído, incapaz de mostrarles el camino.

—Adelante, adelante… A ver cómo ha ido… Empieza tú, Gianluca… Empecemos por el Vaticano, que es por donde empiezan las cosas —

balbuceó.

—Roma ha cambiado mucho —dijo Gianluca, que no había cruzado la puerta de San Pedro desde que el papa Francisco había ocupado el trono—. Ya no son los tiempos de Wojtyła —se lamentó.

—Ni los del papa Benedicto —añadió Tadeusz, con un hilillo de voz.

Al principio, explicó Gianluca, sus contactos le dieron largas cuando les habló de las sospechosas coincidencias que se habían producido últimamente. No veían una relación entre Cracovia, Alejandría y Santa Catalina, y no eran conscientes de la gravedad de los dos artículos que había publicado el *New York Times*. Lo que más le sorprendió fue que, ante el peligro de que uno de los manuscritos robados fuera de Hipatia, le dijeran que eso habría que demostrarlo.

—No parecen preocupados —concluyó.

—Quizás lo disimulan —observó Zdzisław.

—O no quieren arriesgarse por los coptos —agregó Francisco.

Además, cuando les contó que hablaba en nombre de un grupo de cristianos que denunciaban los ataques a la historia de la Iglesia, le habían preguntado con despecho si pensaba que la curia se quedaba de brazos cruzados ante las ofensas a Dios. Al acabar esta primera reunión, le habían asegurado que no tenían ninguna intención de alterar los preparativos del viaje del papa. Pero el lunes, cuando se preparaba para regresar, un alto cargo de la Casa Pontificia le había llamado para que fuera.

—Parecía que alguien les había metido el miedo en el cuerpo —comentó.

—¿Y qué querían saber? —preguntó Francisco, que era el que más desconfiaba del Vaticano.

—Si teníamos información sobre algún tipo de chantaje al papa Francisco relacionado con la publicación del manuscrito robado en Alejandría.

—¿Y qué les dijiste? —intervino Tadeusz, que parecía haber recuperado la fe en la empresa que les reunía.

—Que lo más probable es que intenten utilizar la visita del Santo Padre.

—Bien hecho.

—También hicieron más preguntas sobre el manuscrito.

—¿Qué te preguntaron? —dijo Erwin, inquieto porque temía que les hubiera hablado de Siwa.

Gianluca le tranquilizó. Les había contado que se trataba de una carta de Hipatia, según un monje copto del monasterio de Uadi el Natrun que lo sabía a través de la Biblioteca de Alejandría. Había evitado hablar de la procedencia de la caja para no comprometer a Magnus Christus, no para proteger a Erwin. Comprendía que el alemán estuviera nervioso porque le habían hecho insinuaciones

sibilinas relativas a él. No se lo habían dicho a la cara, pero le había quedado la sensación de que sabían que había estado en Siwa. Y quizás más cosas.

Lo habían cosido a preguntas sobre los posibles autores del robo y él había echado balones fuera.

—Les contesté que podían ser tanto extremistas musulmanes como paganos — explicó, consciente de que dentro de Magnus Christus había dudas acerca de la autoría.

—Creo que las dos cosas a la vez —replicó Erwin, y les dejó a todos demudados.

—¿Te has vuelto loco? —le espetó el italiano—. ¿Cómo quieres que integristas musulmanes trabajen con paganos?

—No he dicho que operen juntos, sino que los musulmanes han hecho un pacto —precisó Erwin.

—¿Con el diablo? —preguntó Zdzisław.

—No es un diablo, es una bruja —sentenció el alemán.

Y se quedaron todos boquiabiertos, a excepción de Tadeusz, que ya sabía de qué estaba hablando.

—Explícanos cómo te ha ido por Egipto —intervino el viejo prelado, dándole la palabra—. Por cierto, ¿por qué has vuelto tan pronto?

—Porque temía que aquella arpía me denunciara.

En medio de una expectación desmesurada, explicó que la norteamericana había visitado el monasterio de Deir al-Surian, en nombre del profesor Yarnit, para ver si tenían algún manuscrito marcado con un triángulo pitagórico. Buscaba cartas de Evoptio parecidas a la presentada en Nápoles y enviadas a otros discípulos de Hipatia. Lo más grave había sido cuando, al decirle que no tenían ninguna, ella había insistido en que podía haber ido a parar a la Biblioteca de San Petersburgo.

—Y eso solo lo puede saber Akram Hennawi —precisó, con una mirada de complicidad al padre Tadeusz.

—No veo nada extraño que hable con alguien de la Biblioteca — apuntó Gianluca, intentado rebajar la expectativa suscitada con la nueva hipótesis.

—No lo sería si no fuera porque ese Hennawi está relacionado con extremistas musulmanes desde que el ejército mató a su hermano.

Por sus caras, se notaba que dudaban de la colaboración que insinuaba Erwin entre una norteamericana feminista, un profesor ateo y un musulmán fundamentalista. La consideraban contra natura, hasta que Tadeusz les recordó que cosas peores se habían visto, como la alianza del Gran Sanedrín de los judíos de Jerusalén con un pagano como Poncio Pilato para conducir a Jesucristo al Gólgota.

—Hablé con ella… —añadió Erwin, deleitándose en el misterio.

—¿Y qué te dijo? —inquirió Francisco, el más sufridor de todos.

—Me preguntó si creía que los cristianos de la Cirenaica se habían llevado los manuscritos a Siwa cuando huyeron de las persecuciones de los nómadas.

—¡Sabe que la caja proviene de Siwa! —sentenció Zdzisław.

—Se lo debe de haber contado el de la Biblioteca —insistió Erwin, remachando en la colaboración entre los dos.

—¿Y este Hennawi, cómo puede saberlo? —intervino Gianluca.

—Es un buen conocedor de la vida de Sinesio —explicó Erwin.

Les recordó que él mismo había ido a Siwa porque sabía que Sinesio había pasado los últimos meses de su vida en la finca que la familia tenía muy cerca del oasis.

Erwin había creado las condiciones para redondear su teoría.

—Estoy seguro de que la caja de Siwa está en manos de un grupo de extremistas musulmanes con los que colaboraba Hennawi.

—¡Eso no cuadra! —dijo Gianluca, airado—. Si los de Estado Islámico quisieran boicotear el viaje del papa, prepararían un coche bomba, no robarían manuscritos —añadió.

Sin responder a los argumentos de Gianluca, que consideraba bobadas, Erwin siguió explicando su teoría. No se re- fería a un grupúsculo de Estado Islámico. Les dijo que más bien pensaba en una franquicia extremista local que habría robado la caja por dinero, siguiendo los pasos de los yihadistas de Siria e Irak que traficaban con antigüedades. Y cuando se la mostraron a Hennawi, para saber qué valor tenía, este debió de decirles que habían encontrado petróleo, y les habría contado que contenía un manuscrito inédito de Hipatia. Entonces, ellos habrían visto que disponían de un arma poderosa para obligar a los coptos egipcios a dejar de apoyar la dictadura egipcia, a cambio de salvar la reputación de Cirilo.

Erwin tenía un relato en el que todo cuadraba y continuó.

Después, robaron el palimpsesto de Santa Catalina, con la ayuda de Hennawi, que disponía de información sobre las investigaciones de Yale. Poseían un texto de Hipatia crítico con el patriarca y otro de Sinesio revelando que había recibido un legado de la filósofa poco antes de morir. Y por el camino se encontraron con el anuncio del viaje del papa. Creyeron que de un pozo de petróleo había pasado a una mina de oro, porque podían utilizar al Vaticano además de a los coptos para aislar a los militares egipcios.

—Si el papa mantiene la visita, publicarán el documento en el *Times* y solo se hablará de esto. Y si la suspende, la legitimidad de los militares quedará socavada.

—*Win-win* —dijo Gianluca, dándole la razón por primera vez—. Coincide con las preguntas que me hicieron en el Vaticano sobre un posible chantaje al papa —añadió.

La hipótesis de unos musulmanes interesados en perjudicar al

régimen daba credibilidad a la tesis de Erwin, pero no alejaba el peligro, porque no había ninguna garantía de que destruyeran el manuscrito de Hipatia si el papa accedía a sus peticiones. Y si las cosas no salían como esperaban, lo publicarían. A ellos no les importaba el descrédito del régimen egipcio, ni que el papa quedara en entredicho. El peligro era que la Iglesia saliera mal parada.

—Y la norteamericana ¿dónde encaja en todo esto…? —preguntó Francisco.

—La han manipulado para despistar a la policía y hacer ruido. Les une el mismo espíritu de venganza. Ella contra la Iglesia y ellos contra los militares —argumentó Erwin.

Les explicó el interés que tenía en los paganos y en los gnósticos. Para él, era la prueba de que quería recuperar el manuscrito para publicarlo con la ayuda de su amigo norteamericano.

—Cree que es más astuta que nadie, pero ha sido un títere en manos de los extremistas musulmanes —concluyó, con desdén.

Tadeusz había permanecido callado, con los ojos cerrados y la cabeza reposando en las dos manos entrelazadas. Él había reclutado a Erwin y a menudo le daba la razón, sobre todo cuando hablaba de cuestiones relacionadas con su formación académica. Pero ahora no podía compartir sus conclusiones, porque acababa de hablar con el arzobispo.

—En Roma sospechan más bien de cristianos —soltó, tirando otra piedra a la balsa del misterio—. Cristianos contrarios al papa Francisco —añadió.

—Como los israelíes —se apresuró a decir Zdzisław, refiriéndose a la entrevista que había mantenido en la embajada de Varsovia.

De acuerdo con lo que le había dicho el consejero político, los israelíes también habían pensado, inicialmente, que detrás de todo esto estaban musulmanes contrarios al régimen egipcio, aunque después se habían inclinado por extremistas cristianos interesados en torpedear el viaje del papa.

No habló demasiado, porque con aquel diplomático había intercambiado solo un par de frases. El grueso de la entrevista lo había mantenido con una mujer experta en las relaciones con el Vaticano que acababa de llegar de El Cairo. Pronto comprendió que era del Mossad, porque sabía que él era de familia judía, y lo había aprovechado para presionarlo acerca de las actividades de Magnus Christus. No les contó nada.

—Creen que la hipótesis de unos islamistas actuando contra el régimen egipcio a partir de unos documentos paganos del siglo V es demasiado rebuscada —se limitó a concluir.

—Mientras piensen que los musulmanes son idiotas, estos judíos no irán muy lejos —comentó Erwin, con despecho.

El alemán estaba desconcertado por la posición de Tadeusz. ¿Por qué le contradecía de esta manera si le había contado la relación perversa entre O'Neill y Hennawi? ¿Por qué no le daba apoyo a él, en lugar de escuchar al arzobispo?

Exasperado por las presiones de la jerarquía polaca, que sabía inspiradas en Roma, Tadeusz se lanzó a una implacable requisitoria contra el papa. Presentía que era su última intervención en una reunión de Magnus Christus porque pronto los disolverían *manu militari*, y se despachó a gusto. Acusó a Bergoglio de tolerancia con los homosexuales. Vaticinó que pronto se pronunciaría contra la ley de Dios en cuestiones tan decisivas como la anulación del matrimonio o el aborto, que era un pecado mortal y debía seguir siéndolo. Y, como muestra de la debilidad enfermiza del pontífice, recordó su silencio incalificable cuando un obispo belga había propuesto reconocer a las parejas del mismo sexo. También deploró que se hubiera recibido a un transexual en el Vaticano.

—¡Con su pareja! —vociferó Zdzisław.

Parecía como si Tadeusz estuviera pronunciando un discurso de despedida, que completó acusando al papa de haber comparado el arribismo de algunos miembros de la curia con la lepra, así como de intentar reducir la influencia de la Iglesia europea, que debía seguir siendo el faro de todas las iglesias *in saecula saeculorum*.

—Con tantos enemigos, lo tiene muy difícil —vaticinó, esbozando un rictus de menosprecio.

—Estáis equivocados si creéis que los que tienen el manuscrito son cristianos —advirtió Erwin, osando contradecir al prelado.

—Lo que cuenta, hijo mío, no es lo que nosotros pensemos, sino lo que piensan ellos —sentenció este, señalando el teléfono con el que acababa de hablar con el arzobispo.

El Vaticano le había llamado la atención por la actividad de Magnus Christus, recordándole que el grupo se había constituido al margen de la Iglesia. Le habían anunciado la visita de un asistente del papa, experto en derecho canónico, el mismo que se encargaba de la patata caliente de los Legionarios de Cristo.

—El papa sigue nuestra actividad con turbación —concluyó, ahora que se había quedado a gusto.

En un tono muy pesimista, Francisco les dijo que los legionarios con los que había hablado en Madrid le habían advertido de que el papa Francisco seguía las actividades de la Legión muy de cerca y no perdía ocasión para humillar a sus miembros. Durante el último viaje a Jerusalén, canceló en el último momento una comida organizada por los legionarios y compartió cena con un grupo de franciscanos.

—Este asistente que vendrá es un auténtico comisario político —exclamó Francisco —. Jesuita, como el papa —añadió.

—Hermanos —dijo Tadeusz, con la misma solemnidad que cuando había presidido la fundación de Magnus Christus—, ha llegado la hora de la contrición. No hemos ofendido a Dios, pero no le hemos sido fieles. Nos hemos equivocado. Hemos creído que podíamos resolver lo que solo está en manos del Señor.

—Padre… —intervino Erwin, sin poder continuar.

—Hemos pecado de soberbia, que es el más temerario de todos los pecados y aquel del cual derivan los otros —concluyó Tadeusz, bendiciéndolos a todos.

Se hizo un silencio gótico, estremecedor.

Erwin pensó que eran una panda de miserables.

Hacía dos años que colaboraba con esos desagradecidos, y había tenido que soportar bromas y bromitas por su manera de ser, por cómo iba vestido y por su afición, que era auténtica, a los paganos del mundo helenístico. ¿Qué habrían hecho sin él? Nunca se les hubiera ocurrido ir a Siwa y, si hubieran ido, nunca habrían encontrado la arqueta de los Madanya y el manuscrito. Nunca. Y ahora, porque Gianluca regresaba mustio del Vaticano, y porque el arzobispo le había cantado las cuarenta al padre Tadeusz, no daban por buena su explicación, que era la más verosímil de todas. Una alianza impía entre musulmanes sublevados y una mujer desacreditada.

Los consideraba a todos unos canallas. Mientras él se la había jugado, los otros habían cedido hablando con obispos y diplomáticos. Y el más despreciable de todos era Zdzisław, que había ido a ver a los judíos para que le midieran las espaldas.

Le vinieron a la cabeza aquellos curas del convento que habían caído en manos de los nazis, durante la guerra, y sintió una punzada sostenida en el bajo vientre.

Se levantaron todos, sin decir nada.

«¡Qué equivocados están!», pensó Erwin. ¿Cómo pueden creer que, apagando las luces de la celda, se acabarán los peligros que han dado sentido a la tarea de Magnus Christus? Estos desgraciados confían que será suficiente con hacerse los locos cuando vengan los del Vaticano. No se dan cuentan de que los manuscritos siguen en manos criminales y que el viaje del papa peligra.

Faltaban nueve días y, teniendo en cuenta lo que había pasado hasta entonces, la tormenta de las horas siguientes sería bíblica.

Él tenía motivos para sospecharlo.

Alejandría, 6 de mayo, miércoles

—¡Señora Aileen!

Rana me abraza y Maryse sonríe viendo que no la suelto hasta que no para de lloriquear. Quería a Sherif, su *pachá*, y puedo imaginarme qué debía de significar para ella encontrarle de aquella manera, en el altillo, ensangrentado, todavía caliente, pero muerto porque no contestaba, ni se movía ni le pedía que fuera a buscar otro té.

No son dos sino tres los que han venido después de comer para contarme de dónde procede la caja. El bloguero que conoce Rana, y un chico más joven, un chico delgaducho y tostado por un sol campesino con ojos de hurón y pelo engominado.

—Momo —dice Maryse, presentándome al amigo de Rana, que debe de llamarse Mohammed—. Y Omar, de Siwa.

—Sabemos de dónde procedía la caja que robaron a Sherif, señora Aileen —interviene Rana, mirando a Omar, con una mezcla de árabe e inglés a la que ya estoy acostumbrada.

—Sí, señora. Yo soy de Siwa y me la quitaron a mí —añade el chico moreno, en un inglés mejor que el de Rana y con los ojos bien abiertos.

—¿Y cómo es que tenías una caja tan antigua?

—Era de mi padre.

—¿Quién te la quitó?

—Un *khawaga* llamado Erwin que llevaba un tiempo en el oasis. Venía de Alemania, como Rommel —comenta, mientras Momo se pone la mano en la cara.

Con la cabeza un poco gacha, me cuenta cómo pasó todo. Con vergüenza, mucha vergüenza. No tanto por la relación con el alemán sino por la traición a su familia, los Maldanya. Ante mis dudas, afirma que está seguro de que era la caja que le robaron a Sherif por la tela de su madre que vio en televisión, colgada en la pared detrás del muerto.

—No hay otra igual.

—Tiene razón —reconoce Rana—. El señor Sherif trajo la caja envuelta en esa tela dos días antes de que lo mataran.

—¿Y por qué le contaste a la policía que hacía tiempo que estaba en la tienda? —pregunto, provocando la desconfianza de los chicos.

—Porque el señor Sherif nos tenía prohibido hablar de los clientes —explica, compungida.

—Muéstrale la foto, Omar —dice Momo, que se está poniendo nervioso.

—¿Tienes una foto?

—Un selfi. Pero no se ve muy bien.

Parece más bien una sombra china. Con el contraluz, solo se aprecian dos siluetas. La de un hombre que parece tener poco pelo y la de un chiquillo que debe de ser él porque sus dientes son las únicas manchas blancas que rompen la oscuridad de la imagen. Se puede entrever cómo le pasa el brazo por el hombro al alemán.

—No creo que la policía le pueda identificar con esta foto —se me escapa.

—¡Yo no quiero hablar con la policía! —exclama Omar, apagando el teléfono, alarmado, como si Rana y Momo le hubieran traicionado.

Les cuesta hacerle entender que ninguno de nosotros tiene la intención de hacerlo y que si ha venido a verme es porque yo puedo ayudarle a localizar al hombre que se llevó la caja de su padre.

El chico está desolado, pero me lo comería a besos. Con esta reacción, ha dado sentido a todo lo que he venido haciendo desde que mataron a Sherif. Su miedo a hablar con la policía justifica la manera como he actuado, pensando que, si compartía la información que tenía, se podía estropear todo. Le he escondido muchas cosas incluso a Abu.

—Tranquilo, muchacho, puedes tener por seguro que no hablaré con nadie.

—¿Ni con el comisario de Anfushi? —pregunta Momo, con la insolencia que gasta cuando se pone la careta de StillAlive! y suelta las cosas a bocajarro.

Le dedico una mirada asesina sin contestarle, porque, cuanto más alarguemos esta discusión sobre la policía, más nervioso se pondrá Omar. Satisfecho de haberse marcado un tanto con una *khawaga* de la que no acaba de fiarse, saca el ordenador. Lo abre con gestos precisos, como los de los *hackers* que salen en la tele.

—Aquí lo verá mejor, al tipo ese —me dice, acercándome la pantalla, donde se ve la foto del alemán en cuatro versiones, pasadas por filtros mucho más sofisticados que los de Akram.

Hemos pasado de un juego de sombras chinas a un episodio de *CSI*. En la primera, se aprecia su pelo recogido en una cola que queda debajo del brazo del chico. La segunda, que está muy quemada, permite identificar a Omar, el más afectado por el contraluz. Menos expuesta, la tercera es todo lo contrario. Ellos dos son una mancha negra, pero el paisaje de detrás toma forma de un palmeral infinito que debe de ser el oasis. La cuarta es una ampliación de la cara del alemán con un tratamiento que hace más visible las facciones. Se ve a un hombre de nariz aquilina, con la comisura de los párpados caída y una barbilla de contornos angulosos. Se ve a…

—¿Estás seguro de que este Erwin es alemán?

—Sí, señora, como Rommel.

—¡Dejáte de Rommel! —grito, asustándolos a todos—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque tenía muchos libros en esa lengua.

—¿Lees alemán?

—*Die Oase Siwa, 300.000 Dattelpalmen und 70.000 Olivenbäumen* — dice, orgulloso, recordando la frase de una guía que una turista de Berlín se dejó en el bar de Siwa.

—¡Madre mía! ¿Cuál era su apellido?

—Nunca me lo dijo, pero Adel, un amigo mío, fue a la casita que había alquilado en el palmeral cuando ya se había ido y encontró este documento.

Es un carnet de acceso a la biblioteca de la Universidad Jagelónica, a nombre de Erwin Schrader. Con la foto de Adam Kusek.

Ahora lo entiendo. Aquel acento tan áspero que tenía cuando nos vimos en la librería Diwan. ¡Cómo no me fijé! Hablaba inglés como los alemanes de Milwaukee. Como un vecino que nos da siempre el coñazo con sus antepasados teutones. No tenía el acento de los polacos, que también hay en mi calle, y que hablan de forma más dulce por las tonalidades eslavas. Él arrastra las erres. ¡Como Kissinger!

Se llama Erwin Schrader y no Adam Kusek, es alemán, no polaco, y le quitó la caja a Omar cuando vio el *silphium* en la tapa.

¿Qué pasó después?

Cuando se dio cuenta de que tenía un tesoro, lo debió de dejar con Sherif para que lo vendiera, pidiendo mucho dinero porque conocía su valor, y este se lo enseñó a alguien, que debe de ser el loco de Kom el Shoqafa que mandó al *baltaguiya* a robarlo porque pedía demasiado. Por eso me dijo que fuera, con aquel desesperado «¡Ven!». Estaba sorprendido por el interés que había despertado y no sabía qué hacer: si quedárselo, mediar con algún comprador o decir que no quería saber nada de la caja.

¿Fue una cuestión de dinero? No estoy segura. Si Kusek, o Erwin, sabía que se podía conseguir una fortuna, ¿por qué había ido a Attarin en lugar de llevársela a Londres o Ginebra? ¿Y por qué se fió de Sherif? Cuantas más vueltas le doy, menos me cuadra. ¿Por qué ha vuelto, si se sabe que la policía está investigando el caso?

¿Y si estuviera implicado en el asesinato? ¿Y si formara parte de una conspiración? Una maquinación de cristianos, como siempre ha sospechado Martin. Pienso en nuestro encuentro en Diwan, y la sensación que tuve de que no era solo un doctorando. Mencionó la Cirenaica, a Hipatia, Oxirrinco, Santa Catalina y Uadi el Natrun, como si me leyera el pensamiento. Como si me quisiera asustar. ¿Quién es este hombre? ¿Quién le ha proporcionado una identidad falsa? ¿Qué

hace en Cracovia? Tenemos que averiguarlo.

Cojo las manos del chico de Siwa, como si fuera su madre. Las tiene esbeltas y delgaduchas, y las muñecas doradas y de piel delicada, casi transparente.

—Encontraremos la caja, Omar, no te preocupes. Sé quién es este Erwin. Es alemán, como bien dices, aunque se hace pasar por polaco. Y nos puede llevar hasta la caja —sentencio, dando por buena la hipótesis más audaz.

—Pensaba que era una serpiente, pero ahora veo que se trata de un escorpión —musita el hijo de los Madanya.

Me pasan por la cabeza infinitas preguntas, pero solo durante unos segundos. Rana y los dos chicos están de pie, como diciendo ¿y ahora qué? Maryse sigue sonriendo, con un punto de orgullo por la determinación del chico de Siwa y la colaboración del bloguero, que ha sido decisiva.

—Gracias, Momo —añado, volviéndome hacia él. Me olvido de la mala leche que gasta y pienso que me puede ayudar—. Busca en la web de la universidad —le digo, tendiéndole el carnet de la biblioteca.

Se queja del wifi de Maryse, pero no tarda ni treinta segundos.

—¡Es él! —grita Omar.

Erwin Schrader, efectivamente. Está su foto, con el pelo recogido y un texto en polaco bajo un titulito: *Uniwersytet Jagiollónski Doktoranci*. Es un resumen de su currículum. Sus credenciales académicas parecen auténticas, pero eso no quiere decir nada.

Momo activa el traductor de Google.

Hace tres años que está en la Jagelónica, donde cursa un doctorado sobre los cristianos de la Cirenaica. Esto es cierto. Es del 82, así que tiene mi edad, treinta y tres, y es original de Rostock, en el Báltico, donde estudió en el Humanistisches Gymnasium; se licenció en el Heinrich-Schliemann-Institut de Ciencias Antiguas con una tesina acerca de la helenización de la tragedia griega. ¡Ahí es nada! Acabó en 2006, cuando tenía veinticuatro años, y está haciendo el doctorado en Cracovia desde 2012.

Hay un vacío de seis años en la biografía oficial. ¿Qué hizo durante ese tiempo? ¿Por qué lo esconde? Momo ha captado el reto y se dispone a ampliar la búsqueda, pero me mira porque no sabe por dónde empezar. Le insinúo que quizás cursó estudios religiosos, porque en Nápoles despedía un tufo a seminarista que a mí no se me escapa.

Mientras Momo sigue buscando, no sé muy bien qué, Omar me cuenta qué representa la caja para ellos. Dice que, por Navidad, los hombres de la familia se reúnen en su casa, la sacan del escondrijo y la ponen encima de la mesa, mientras su madre y ellos tienen prohibido salir de

la habitación.

—Mi padre me ordenó que no la abriéramos nunca. Espero que Erwin tampoco lo haya hecho. ¡*Inshallah*!

No pienso decirle que tengo una foto donde se ve la primera hoja de un manuscrito, porque le haría un daño irreparable. Le prometo que, si la encuentro, se la devolveré, y que nunca la abriré. Me sorprendo a mí misma por la promesa, porque yo no pertenezco a los Madanya, ni soy de Siwa, ni de aquí.

Momo se ha vuelto loco. Parece el gallo del cuadro que Maryse me enseñó hace unos días, aún sin colgar en la pared. Está desorientado porque le salen muchos *Schrader* pero también muchos *Schroder* y *Schroeder*, con diéresis y sin. De repente, recuerdo que, cuando era pequeña, nuestros vecinos alemanes se reían de sus apellidos, porque, dependiendo de cómo se escribieran o pronunciaran, sabían si venían del norte o del sur de Alemania. En el carnet de la Jagelónica, *Schrader* está escrito con una «a», pero puede ser que el funcionario de la universidad se equivocara. O que él lo hiciera a propósito.

—Busca también *Schroeder* —le pido.

—Salen muchos *Schroeder*, pero ningún Erwin —dice, apesadumbrado.

—Mira si en Rostock hay un seminario católico.

—No me sale ninguno.

—¿Y cerca? —sugiero, gastando el último cartucho.

—En Hamburgo, y según Google Maps no está muy lejos —explica, excitadísimo.

Me dirijo hacia la cocina, donde Maryse está preparando unos cafés con pastas variadas, por si necesita ayuda. Tenemos que completar la biografía de Erwin para dar respuesta a las preguntas que tengo. Pero no parece fácil, y no quiero mostrar mi desánimo a los chicos.

No tengo tiempo de llegar.

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo! —oigo que grita Momo—. *Erwin Schroeder* —dice, acentuando las vocales «o» y «e» para que suene más auténtico.

En la pantalla se ve un grupo de seminaristas. Debe de ser una foto de fin de curso, con fecha de 2009. Figuran todos los nombres sobreimpresos. Él es el más alto de la última fila. Más joven que en el selfi, sin coleta pero con la misma mandíbula cuadrada, los mismos labios rectilíneos y unos párpados que solo pueden ser los suyos.

—¡Es él! ¡Es él! —brama Omar, cogiendo las manos de Rana, que está a punto de abrazarle.

Maryse se presenta con una bandeja cargada de pasteles y unos capuchinos inundados de crema. Observa la algarabía con curiosidad. Debe de pensar que estoy loca, pero se divierte. Creo que es feliz

viendo cómo un muchacho de Alejandría se pasea por los apellidos del norte de Alemania como quien no quiere la cosa.

—¿De qué nos sirve la foto? —pregunta Momo, haciéndose eco de la perplejidad de los otros.

—Quizás de nada —contesto, cosa que provoca decepción, sobre todo en el pobre Omar—. Lo vi en El Cairo anteayer, pero creo que ha vuelto a Cracovia —les cuento.

—¿Tiene algún teléfono suyo? —me pregunta Momo.

—Sí, un móvil egipcio.

—¡Me lo podría haber dicho antes! Intentaré geolocalizarle —dice, mientras marca el número y hace tres o cuatro movimientos.

Parece que el teléfono de Kusek, o de Erwin, no da señales de vida. Nuestro gozo en un pozo.

—También tengo su correo —recuerdo, de golpe.

—¡No habríamos perdido tanto tiempo si me lo hubiera dicho antes! —exclama el bloguero, impertinente.

Su insolencia no tiene límites, pero le doy la dirección sin decir ni pío. Yo ya sé qué tengo que hacer: ir a Cracovia.

—¡Un *gmail*! —dice, como si le hubiera dado una partida de nacimiento—. Son los más fáciles.

Mientras se lanza con frenesí a una serie de operaciones, los otros dos se congregan detrás de él con una pasta en las manos, y Maryse vuelve a la cocina, porque no soporta la tensión nerviosa. Es una dirección genérica de correo electrónico de doctorando de la Jagelónica: *doktoranci.krakow395@gmail.com*. Momo no se deja impresionar. De golpe, la pantalla empieza a desgranar los correos enviados y recibidos desde esa cuenta. La mayoría están en polaco y el resto en alemán. Traduce algunos con Google, al azar. Parecen anodinos. Busca más allá, tan rápido que no me da tiempo a ver nada, pero dejo que haga. El cursor parece haber enloquecido. De repente, se detiene en un correo largo. El más largo de todos. El destinatario es árabe, Akram Hennawi.

¡Akram!

La traducción del correo es tan grotesca como todas las de Google, pero se pueden leer nombres que se entienden en cualquier lengua. Hipatia, Sinesio, Evoptio, Siwa, Santa Catalina, *tetractys*, San Petersburgo, Oxirrinco… Y otros dos que lo dicen todo: Kom el Shoqafa y Al Nabih.

Lo hemos pillado. Virtualmente.

Rana mira a Momo con orgullo. Ella sonríe, con una sonrisa triste, marcada por el recuerdo de Sherif. Omar está contento, pero preocupado, porque la bestia ha huido de Alejandría. Momo le muestra Cracovia en Google Maps. Lo lleva por las calles del barrio viejo, en un viaje que acaba en una plaza inmensa. Omar no ha visto

nunca ni tantas iglesias ni tan grandes. Parecen las mezquitas de El Cairo. Todos me miran y yo insisto en que no debemos decir nada, que iré a Cracovia, encontraré la caja y se la devolveré. No lo dudan. Ni siquiera Momo.

La ilusión dura poco.

Me ha entrado un whatsapp, desde un teléfono que no tengo en los contactos:

Han encontrado muerto a Akram.

Solo puede ser Abu. Tengo que irme. Esta noche.

El Vaticano, 7 de mayo, jueves

Vuelvo a volar hacia Estambul, camino de Italia, pero ahora no voy a Nápoles sino a Roma. Al Vaticano. He pasado unos nervios de mil demonios antes de embarcar. Estaba tan nerviosa en el *check-in* que me han endosado una salida de emergencia sin que me diera cuenta.

Llega la azafata, decidida a someterme a un protocolo absurdo que conozco de memoria. Me preguntará si hablo inglés y le diré que sí. Si sé qué tengo que hacer en caso de emergencia, y entonces pondré cara de estúpida, como ya he hecho en otras ocasiones, porque depende, supongo, de qué tipo de emergencia. Inquieta por mi falta de entusiasmo empieza a gesticular para explicarme cómo hay que abrir la puerta si amaramos. Repito el gesto y se tranquiliza.

Odio las emergencias.

El avión salía a las tres de la mañana y acabamos la reunión con los chicos a las seis de la tarde. Me quedaban unas horas para encontrar un pasaporte falso y comprar un billete con la nueva identidad. Si me presentaba en el aeropuerto de Borg el-Arab como Aileen O'Neill, en el mejor de los casos tendría que volver a casa, pero lo más probable sería que me condujeran de inmediato a la comisaría. ¿Por qué intentaba abandonar el país tan deprisa, señora O'Neill? ¿Cuál es el propósito de su viaje a Roma, señora O'Neill? Le hemos dejado una nota en casa notificándole que se presentara en comisaría, señora O'Neill.

Habría pasado de sospechosa ingenua a cómplice potencial. Expliqué la situación a Momo. Me hizo una foto con su móvil antes de salir y dijo que me llamaría. Le comenté que llamara al teléfono de Maryse. No pensaba encender el mío.

Cuando ella me avisó, a las nueve de la noche, mandándome una nota dentro de una caja de Pizza Hut, salí de casa con una bolsa de deporte. Al verme bajar las escaleras, el *bauab* delator cogió el móvil y marcó un número, extrañado de que le saludara con tanta soltura, diciendo «¡Sporting!», el club al que voy de vez en cuando a hacer unos largos. Su llamada alertó a los dos policías que hacían guardia en el garaje de al lado, mirando la telenovela. Me siguieron, sorprendidos de que me dirigiera al tranvía y cabreados por perderse el final del capítulo y no poder subir al vagón de las mujeres. Me hubiera gustado ver la cara que pusieron al llegar a la parada del club y ver que ya no estaba. Había bajado antes, en la estación de Cleopatra, donde me esperaba Momo con un pasaporte a nombre de Mary Clarissa, una

ciudadana británica que es como yo.

Me pareció que el nombre era una nota de humor inapropiada, pero no creo que nadie me denuncie por usurpar la personalidad de Agatha Christie. El resto es impecable, incluso el visado de entrada, con fecha de hace tres semanas y sellos de otros países que le confieren un aspecto de expresa normalidad. La foto está retocada para que no saliera el pajarraco de Maryse.

El segundo reto fue el billete, porque el que tenía no iba a nombre de la tal Clarissa y no podía comprar uno *online*. De manera que, a las diez y cuarto de la noche, acompañada de StillAlive!, que no quería dejarme sola de tan nerviosa como me veía, Mary Clarissa compró un billete para Roma, vía Estambul, en una agencia de viajes. Hay pocos lugares en el mundo donde pueda hacerse a esas horas, con pasaporte auténtico o falso. Pero Alejandría es uno de ellos.

Cuando llegué al aeropuerto, estaba muerta. La tensión y la fatiga habían hecho estragos. Pasé delante de un espejo y vi mis ojos enrojecidos, la boca encogida, la frente fraccionada por una arruga temprana. Notaba los latidos, el corazón en vilo. ¡Akram estaba muerto! Lo primero que pensé fue que se había suicidado, y una ola de culpa irresistible me subió por el estómago. Le había roto una vida construida a base de rutinas necesarias y la muerte le había dicho «¿qué haces, muchacho?, ¿no ves que esto no es para ti?». Pero después pensé que también le habían matado, como a Sherif, el *baltaguiya* y el chófer del *tok-tok*. Matar es el mensaje de esta gente. Con una carga escatológica que solo puede ser la de unos extremistas. Locos de Alá o de Dios, tanto da.

Compré un teléfono de tarjeta y llamé a Abu.

—¿Qué ha pasado?

Le conté que habían encontrado el cuerpo de Akram en un piso del barrio de Mansheya. Cerca de la pensión Miramar, la de Naguib Mahfouz. En un tugurio donde parece que solía pasar muchas tardes, y algunas noches, con otros hombres. Estaba desnudo, boca abajo, con los brazos esposados a la espalda y una bolsa de plástico en la cabeza.

—¿Accidente o asesinato? —pregunté, con una frialdad que le descolocó.

—Ambas cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que han deducido, el acto debió de empezar con consentimiento y acabó en asesinato.

No necesitaba más detalles; me los imaginaba.

—¿Alguna pista sobre el asesino?

—Parece ser que vieron a un *khawaga*, pero ya sabes, cuando hay una desgracia, la gente ve fantasmas.

—Sí, siempre hay un extranjero…

Me horroriza pensar lo que tuvo que suponer para él morir de esa manera. Con lo que le debió de haber costado asumir su condición, tal como era, devoto seguidor de un jeque que demonizaba a los homosexuales. Imagino cómo el dolor le rompía el alma cuando veía a su madre y sus hermanas rezar cinco veces al día, rogándole a Dios que sus sospechas no fueran ciertas.

Total, para acabar de esa manera, tan miserable, preguntándose, durante los segundos o minutos que debió de durar el suplicio, por qué aquel tipo no soltaba la bolsa de plástico como había hecho en otras ocasiones, cuando pisaban la frontera entre el placer y la muerte.

Mientras hablábamos, anunciaron el vuelo a Yeda por el altavoz del aeropuerto y una muchedumbre de hombres y mujeres vestidos de blanco inmaculado se dirigieron hacia la puerta. Abu ya sabía dónde estaba.

—Aileen…

—¿Qué?

—Ve con cuidado.

—No te preocupes, Abu. Volveré pronto —le dije—. Y pasaré por Attarin.

No podía decir dónde iba. Solo quería expresarle mi determinación. Y las ganas de verle, si todo acababa bien.

Durante el vuelo, aprovecho para acabar la biografía de Hipatia que me compré en Nápoles y que habla de una mujer transgresora que me fascina. Una mujer divina, capaz de exhibir aquel trapo ensangrentado ante unos hombres como una afirmación de su condición y de sus ideas. Pienso en la provocación que tuvo que representar un gesto como ese, en una ciudad donde los paños que hacían servir las mujeres durante la menstruación eran recogidos por los intocables de la sociedad alejandrina, que los llevaban al mar. Sobre todo para los nuevos cristianos, que habían heredado de la cultura hebraica el tabú de la sangre menstrual.

¿Qué debió de pensar Cirilo cuando le contaron esa escena? Que tenía que hacerle pagar tanta insolencia.

He dejado la bolsa en el hotel, cerca del Tíber, y tengo tiempo de ir hasta el Vaticano andando, incluso distrayéndome. Me sentará bien el paseo, y espero encontrar el portal de alguna villa abierto para ver cómo las azaleas salpican de rojo el ocre de las paredes e iluminan los adoquines del patio interior.

Cuando llego a la plaza de San Pedro, faltan diez minutos para las cuatro. En mi reloj y en el de la fachada de la basílica. También es la

hora que marca la sombra del imponente obelisco que hay en el centro de la plaza.

¿Qué diría Akram si estuviera aquí? Me contaría que fue Calígula quien se lo llevó a Alejandría después de la matanza. Fue el único obelisco de toda la Roma imperial que sobrevivió. Los otros, dicen, fueron derribados por los bárbaros. ¿Los bárbaros? Martin, estoy segura, aseguraría que fueron los primeros papas los que mandaron abatirlos, porque necesitaban erradicar la más insultante de las herencias paganas. No dejaron prácticamente nada de lo que procedía de Egipto. Ni los obeliscos paseados por el Imperio, ni las esfinges, ni las estatuas de Osiris o Amón, ni el buey Apis que los romanos habían llevado a la entrada del templo de Isis, en el Campo de Marte.

Desapareció todo, como las palabras de Hipatia.

El obelisco de Calígula se salvó porque estaba cerca de donde Nerón martirizó a Simón Pedro, y quedó santificado. También es posible que pasara la censura eclesiástica porque era el único sin jeroglíficos, esa lengua endemoniada que nadie entendía y que constituía una burla en el centro de Roma. Un insulto a la palabra de Dios, que ya se había latinizado.

Los romanos le llaman «el testigo mudo» porque lo vio todo pero no puede hablar.

Tengo la basílica al fondo, imponente, y las columnas de Bernini abriéndose a lado y lado, cada una con su santo o santa. Entro por el costado derecho, y me toca Santa Tecla. Una de mis preferidas, porque las fieras, que tenían que devorarla, acabaron protegiéndola de sus verdugos. Camino bajo la columnata y franqueo la Puerta de Bronce, por donde se entra al Palacio Apostólico, pasando entre dos guardias suizos que van a juego con las azaleas; subo la escalera de Pío IX y cruzo el patio de San Damasco para acceder a la prefectura de la Casa Pontificia.

He solicitado la entrevista con quien fue secretario del papa Benedicto cuando yo ejercía de abogada, un tal Marcus Ganstein, y me la han concedido, advirtiéndome de que ahora es prefecto de la Casa Pontificia. Sin haber perdido la condición de secretario de Benedicto, papa emérito.

Hace casi cuatro años que le mandé la carta en la que le hablé de los prelados de Milwaukee y por lo que veo ha habido cambios. Él ha salido beneficiado. No ha sido fácil entender qué ha pasado porque las cosas en el Vaticano son tan abstrusas como las de la Alejandría helenística. Si lo he entendido bien, Ganstein no solo ha sobrevivido a la llegada de un nuevo papa, sino que Francisco le ha confirmado en el cargo de prefecto al cual le había promovido su antecesor. Por lo que comentan los expertos de lo que se cuece en la cocina vaticana que he consultado en Internet, el ascenso fue fruto de su eficiencia

germánica, de una devoción sin límites hacia Benedicto y de una ambición gestionada con inteligencia florentina.

Algunos añaden que su talante conservador ha sido decisivo.

Otros observadores más frívolos atribuyen este meteórico ascenso a una personalidad fascinante. El joven Marcus sintió la voz de Dios cuando era un excelente esquiador, un brillante jugador de tenis y un fan de Cat Stevens y Pink Floyd. Se parece a Sting, cosa que ha hecho que la prensa rosa italiana le haya puesto el sobrenombre de *Il bel Marco*.

Los más benévolos le han calificado de puente entre dos pontífices, en un juego de palabras propio de los tiempos de la Roma latina. O quizás son los más malévolos, porque en el Vaticano nada es lo que parece.

Si ha aceptado verme es porque la preocupación por el viaje del papa tiene que ser grande. Estoy pensando que faltan siete días para que llegue a Egipto cuando se abre la puerta del despacho del prefecto y me levanto de la silla tapizada con terciopelo donde no he estado sentada ni medio minuto.

Todas las advertencias se han quedado cortas. Monseñor irradia una intensidad telúrica, física, aunque él debe de pensar que es espiritual. Tiene los ojos de un azul tan intenso que toma las tonalidades de los lagos de la Selva Negra donde nació. Viste una impecable sotana negra con la faja escarlata muy arriba, como para alargarle la silueta de atleta. En un lugar como este, ideado para que los hombres empequeñezcan y se vuelvan insignificantes, sorprende
todavía más su estatura. Me daré cuenta pronto de que no son los ojos, ni la planta, lo que cautiva a todo el mundo, sino la cabeza, equipada para seducir a cualquiera de sus interlocutores.

—Le agradecemos su visita, señora O'Neill.

—He venido porque tenemos prisa —respondo, jugando con el plural mayestático que ha utilizado.

¿En nombre de quién habla? Del papa, claro, porque él no existe. En cualquier caso, sabe cómo sacar provecho de esta ambigüedad de forma elegante. Modulándola según con quien habla. Conmigo se siente seguro. Sobrado.

—Como usted sabrá, el Santo Padre viajará a Egipto en unos días, y estamos preocupados por ese manuscrito de Alejandría que ha desaparecido —reconoce, sin perderse en preámbulos innecesarios.

—Entiendo su preocupación y la comparto. Como usted sabe, también han robado el palimpsesto de Santa Catalina.

—Lo que nos preocupa de verdad es la caja que le robaron a su amigo. Dígame, señora O'Neill, ¿usted qué cree que contiene esa caja?

—Una carta de Hipatia a Sinesio, acompañada, quizás, de un manuscrito más extenso. Pero esto último no lo sabremos con certeza

hasta que lo recuperemos —digo, ajustando las palabras a la solemnidad del lugar.

Yo también he utilizado un plural ambivalente, aunque no sea de la misma naturaleza que el suyo, ni produzca el mismo efecto.

—El legado que menciona el *New York Times*… —murmura.

En un sitio como este, especular sobre autorías tiene poco sentido. Estamos a dos pasos de la Biblioteca Apostólica, que tiene más manuscritos que todas las bibliotecas del mundo juntas. Si no fuera porque carezco de tiempo, le pediría que me dejara ver el *Códex Vaticanus*. Solo para hacer suspirar a Martin y defender que también procede de Alejandría y no de Roma, como pretenden algunos.

Todo lo que yo pueda decir él ya lo sabe, porque estoy frente a un hombre que se beneficia de uno de los servicios de inteligencia más antiguos y refinados. Debo de ir con cuidado. A pesar de eso, me ha parecido que le temblaba un párpado cuando he mencionado la existencia de un posible legado de Hipatia. Si me ha recibido este adonis, que tiene más poder que muchos cardenales, es que temen el peor de los escenarios.

El despacho hace juego con la faja o la faja hace juego con el despacho, que tiene las paredes tapizadas a la inglesa, con un brocado de seda dorada sobre un fondo de terracota. Las butacas en las que nos sentamos, a lado y lado de una mesita de piedras duras, deben de ser Luis XVI y están forradas con seda fucsia. De las paredes cuelgan cuadros de los últimos papas y a mí me ha tocado Wojtyła, que me mira con su cara de boxeador retirado. No sé si es una casualidad.

Midiendo bien mis palabras, lo que digo y lo que me callo, cuento cuál ha sido mi actuación desde que mataron a Sherif y el por qué. Dejo claro que mi objetivo es localizar el manuscrito que le robaron y ayudar a la detención del asesino. Reconozco que he añadido, a mis objetivos, el palimpsesto de Santa Catalina.

—¿Y qué hará con esas cartas, si las localiza?

—Evitar que sean utilizadas para hacer el mal.

Es el momento más arriesgado. Si confía en mí, no hará más preguntas, pero si insiste querrá decir que me he equivocado viniendo hasta aquí. Si lo que pretende es evitar que el viaje del papa empeore la situación de los cristianos en Oriente Próximo podemos seguir, pero si su propósito es que el manuscrito de Siwa acabe depositado en el archivo del Vaticano por los siglos de los siglos, va muy equivocado. Le diré que no me gustaría que se perdiera entre los ciento cincuenta mil documentos que llenan kilómetros de estanterías. Si lo recupero, nunca se lo daré. Tampoco a ellos. No creo que deba estar junto al pergamino de la disolución de la orden del Temple, firmada por el papa Clemente, ni de las actas del proceso contra Galileo. Se merece una compañía mejor.

Duda un momento. No sabe si seguir preguntando. No lo hace. Busca complicidad. Interesada, claro, como todo lo que pasa por las manos de este hombre. Lo agradezco.

Le entrego el mensaje de la cisterna, que he traído en el avión envuelto en un papel de celofán y doblado entre las bragas. Lo he pensado mucho, si se lo daba o no, entero o mutilado, porque podría deducir de dónde proviene el manuscrito, pero no menciona a los Madanya y Siwa sabe cómo guardar sus secretos. Lo coge con unas manos de leñador en las que no me había fijado, de tan cautivada como estoy con las facciones elegantes y severas de su rostro. Lo lee solo una vez, despacio, con una intensidad que le encoge las pupilas. Es la única señal que emite su cuerpo, educado para economizar la energía que necesita el cerebro.

—Es un chantaje.

—Con fecha de ejecución de 15 de mayo —preciso, y le explico cómo la anticiparon.

—Está escrito por una mente enferma —dice, viendo la coincidencia con la llegada del papa.

—Más bien por una organización criminal.

—¿Qué le hace pensar eso, señora O'Neill?

Le he dado tantas vueltas que me resulta fácil argumentarlo. Menciono la acumulación de hechos criminales ejecutados con rigurosa profesionalidad y en diferentes lugares. Veo que está al corriente, incluso, de la muerte del Fiore de Santa Maria, que en la prensa italiana ha pasado como un suicidio. Insisto en la violencia extrema, de apariencia gratuita pero orientada a crear pánico, difícil de atribuir a un sola persona. Y me refiero, por supuesto, al plural en el que está escrita la nota.

—Y si fuera una organización, ¿de qué cariz podría ser? —pregunta, dejando a las claras que solo lo acepta como hipótesis.

—Religiosa —digo, evadiendo una respuesta más precisa.

Enarca las cejas, como diciendo: «Vaya con cuidado, señora O'Neill, se está metiendo en terreno pantanoso.

—Musulmana o cristiana —preciso, sosteniendo el azul de su mirada.

—Musulmana, no —dice, taxativo, basándose en la opinión del secretario del papa Francisco, un egipcio de rito copto, que lo descarta.

—El papa tiene muchos enemigos… —insinúo.

Sé que estoy pisando tierra minada, pero me he quedado de piedra al descubrir la fobia que ha provocado la elección del primer papa jesuita entre muchos católicos que no comulgan con la orden. Además de las leyendas urbanas que atribuyen a los jesuitas, incluyendo el asesinato de Lincoln, existen los enemigos más visibles, aquellos que

Francisco se ha granjeado en poco tiempo, dentro y fuera de la curia. Navegando por Internet he llegado a la conclusión de que la posibilidad de una conspiración integrista no es solo una obsesión de Martin. Es una hipótesis de trabajo que debemos tener en cuenta. El mensaje de la cisterna y las amistades de Akram pueden conducir a pistas falsas.

—Todos los papas tienen enemigos —responde, e insiste en saber cuál es la razón que hace que me decante por cristianos fundamentalistas.

—Por la misma que puede tener usted —le suelto.

—¿Es usted creyente?

Estoy harta de que me lo pregunten. Como si mi criterio dependiera de mi fe. Pero debo medir mi respuesta si quiero mantener mi credibilidad.

—Soy creyente, pero no voy a misa desde que perdí el juicio —respondo. Me ha salido del alma.

—En cualquier caso, si ha venido aquí en lugar de ir a la policía es porque defiende a la Iglesia. Y se lo agradecemos.

—Defiendo a los que creen en Dios, no a una institución que se resiste a pedir perdón.

—En su país la Iglesia ha hecho acto de contrición —responde, con una mirada implacable que compensa con una ligera torsión de la nuca.

Este hombre no concibe la acción sin los focos. Sin ideología, diría Martin. En el avión he leído una entrevista que le hicieron y, cuando el periodista menciona la existencia de vientos hostiles contra el pontífice, reconoce que no siempre ha podido esquivarlos. El sufrimiento, recuerda, forma parte del viacrucis.

—El Santo Padre irá a Egipto, señora O'Neill. No dejará nunca solos a los cristianos de Oriente —dice determinado—. Y visitará Alejandría.

—Si me reserva un asiento en la catedral de San Marco, allí estaré.

Sonríe de oreja a oreja. Su dentadura ilumina una conversación que corría el peligro de acabar mal. Reconoce que tenían noticias de un posible chantaje, sin decirme la fuente, aunque intuyo que podría ser Brooks. Hace unos cuantos comentarios sibilinos relativos a los servicios egipcios y bromea sobre la preocupación de algunas cancillerías. Se le ve inquieto, pero sereno. Es lo que tiene trabajar en un lugar como este. Me extraña que no diga nada del mensaje que le he traído. Concluyo que está más interesado en comprobar mi determinación. Como cuando bajé a las catacumbas alejandrinas. Debe de ser que los hombres no se fían de una mujer y siempre tienen que ponerla a prueba.

—Señora O'Neill, cuando está preocupada, ¿qué hace?

—Me acerco a la ventana de mi piso de Alejandría y miro a las chicas que se hacen selfis.

—Pues yo me doy una vuelta por la Capilla Sixtina.

Queda claro. No vivimos en el mismo mundo. Me da un número de teléfono directo, por si acaso, y me pide que no lo utilice después del 15 de mayo.

—Cuando el papa se vaya, tiraré el móvil al canal de Mahmoudia.

Vuelve a reír, con una tonalidad más triste. Me parece que no está demasiado tranquilo. Finalmente, agradece el mensaje diciendo que les puede ser útil y me pide si puede hacer una fotocopia. Le propongo que se quede el original. Sin duda, sacarán más provecho y lo guardarán en el archivo secreto de Hipatia de Alejandría, que tienen desde hace más de mil años. Estará más seguro que en mi apartamento.

Tengo una pregunta más:

—Si usted pensara en cristianos descarriados, ¿hacia dónde miraría?

—Ya lo hemos hecho y no hemos encontrado nada. Se lo aseguro.

—¿No pensaría en Cracovia?

Ahora sabré si el viaje ha valido la pena. Si lo encaja mal, me dirá que en Polonia es donde la Iglesia católica tiene una auténtica cantera, y no podré decirle que eso ya no es así porque lo empeoraría. Ha entendido que no he mencionado Cracovia porque sí.

—Sabemos que un grupo de antiguos Legionarios de Cristo han constituido una asociación llamada Magnus Christus y que se reúnen en el convento de los agustinos que forma parte de la iglesia de Santa Catalina.

—¿A qué se dedican?

—A salvar al mundo de las amenazas relacionadas con Hipatia y la Alejandría pagana —explica, con una mueca de desprecio.

—¿Con plegarias o con algo más?

—Hacen mucho ruido, pero poca cosa más —asegura, antes de añadir que han conminado a un tal padre Tadeusz, que es el alma, a disolver el grupo.

—¿Sabe si un antiguo seminarista alemán llamado Erwin Schrader o Schroeder forma parte del grupo?

—Creo que vi su nombre en un dosier que me pasaron ayer —responde, evasivo, mientras su mirada se vuelve impenetrable.

—Gracias, monseñor —le digo, mencionando por primera vez su condición, en señal de agradecimiento—. ¿Me permite una última pregunta?

—Si es la última, adelante —dice, más relajado, supongo que por el hecho de haberle reconocido el título.

—Su hipótesis, la suya personal, ¿cuál es?

—Solo puede tratarse de un lobo solitario —afirma, contundente.

—Un lobo solitario. Un lobo solitario… —repito.

Marcus Ganstein domina los tempos y dosifica las emociones. Antes de despedirse me pregunta amablemente si tengo prisa. Y, cuando le digo que hoy duermo en Roma, me propone visitar las Estancias de Rafael, donde el maestro de Urbino pintó unos frescos que rivalizan con los de la Capilla Sixtina. A esta hora ya no están abiertas al público, pero me acompañará un lugarteniente de la guardia suiza.

—Le mostrará el retrato más enigmático de Hipatia que haya visto nunca —dice, y da instrucciones al encargado de acompañarme, en un italiano tan impecable como su inglés.

—¿Hipatia?

—Sí, Hipatia de Alejandría. ¡Para que vea que no le tenemos miedo a la verdad! —exclama, mientras se va, con paso decidido, después de estrecharme la mano.

A pesar de cómo va vestido, se le adivina un cuerpo largo, con la musculatura trabajada. Como los que servían de modelo a Miguel Ángel, pero vestido.

Moverse por las entrañas del Vaticano cuando solo quedan unos cuantos miembros de la Casa Pontificia es como acompañar a Armstrong durante su paseo por la Luna. Me pregunto por qué. Debe de ser el poder. El poder omnímodo, ejercido a la vez sobre las cosas de Dios y las del César. Un poder que ha permitido a la Iglesia sobrevivir dos mil años pero que cada vez provoca más recelo.

El poder que me hizo perder el juicio.

—¿La ve? —me pregunta el guardia suizo.

La pregunta sobra. De todos los filósofos y científicos griegos considerados *uomini famosi* por Rafael, es la única mujer. Están todos, desde Platón hasta Aristóteles, pasando por muchos de los que hicieron grande a Alejandría mientras Atenas empequeñecía. Plotino, Euclides, Estrabón, Ptolomeo. Y en un lugar muy destacado, ella, la hija de Teón. Vestida con el tribón blanco de los filósofos. Está situada entre Pitágoras y Parménides, y busca al pintor con una mirada enigmática, quizás en señal de reconocimiento por haberla incluido en un elenco de hombres tan distinguido.

—Algunos sostienen que no es ella, sino el duque de Urbino —comenta el lugarteniente, levantando dudas, que deben de ser tan antiguas como las Estancias, sobre si se trata de Hipatia o de una versión andrógina del sobrino del papa.

—¿Y usted qué cree? —le pregunto, poniéndole en un compromiso.

—Yo no entiendo de esto, señora, pero monseñor cree que es Hipatia.

—Pues dígale de mi parte, por favor, que cambien el título. Debería decir: *Escuela de Atenas y Alejandría.*

No sé si me ha entendido, pero *Il bel Marco* sabrá qué quiero decir.

Roma, 7 de mayo, jueves

Cuando salgo del Vaticano, un último rayo de sol barre la plaza y la sombra del obelisco marca las cinco y cuarto. Mañana parto para Cracovia, así que prefiero ir hacia el hotel, que está aquí mismo. He leído en TripAdvisor que aquí se comen las mejores alcachofas *alla giudia* de Roma. Estamos en mayo, pero quizás todavía encuentre.

Paseando por el Lungotevere, pienso en Sherif. Le habría gustado ver a tantos sabios alejandrinos juntos en una sala vaticana, y creo que habría entendido mejor la grandeza de Hipatia. Le habría explicado que el nombre de muchas mujeres de la Antigüedad ha sido obliterado, y que ella es de las pocas que ha pasado por el cedazo de una historia construida por los hombres. La única considerada digna de figurar entre los *uomini famosi*.

El hotel es de mi gusto, un palacete exquisito en un discreto *vicolo,* con la fachada cubierta por una frondosa planta trepadora y un interior acogedor, revestido de un estuco veneciano del que emergen algunas piedras romanas. Un lugar ideal para cenar sola y pensar en el lobo solitario del que me ha hablado Ganstein.

Al fin y al cabo yo también soy una solitaria.

En la barra del bar hay una mujer que debe de tener más o menos mi edad, con un vaso alto en la mano, de una distinción sublime. Mientras me siento en un taburete y pido un *campari americano* nuestras miradas se cruzan y nos dedicamos una sonrisa fugaz. Lleva un traje chaqueta negro y una camisa lila de cuello alto, y calza unos zapatos de tacón imposible que seguramente son de Ferragamo. Lee *Il Sole 24 Ore.* Una ejecutiva italiana, seguro.

Oigo a Maryse que me dice: «¡Venga, Aileen, no seas tan esquiva! No insistas en cenar sola, dándole vueltas a tu tema. Haz un gesto. Acércate. Proponle si quiere compartir mesa». Pero un año de reclusión en Alejandría ha hecho mella, porque, en Milwaukee, con las mujeres conectaba enseguida y me llevaba mejor que con los hombres. Ahora me da un no sé qué decirle que, antes de cenar, prefiero el Campari al *gin-tonic*, o preguntarle si le gustan las alcachofas.

—Dicen que aquí se come bien…

Por lo que veo no tiene tantas dudas ni preocupaciones. Se ha levantado con el vaso en la mano y el cuerpo elevado por los zapatos, y me ha saludado en un inglés perfecto, aunque no es su lengua. Me propone la cosa más razonable del mundo: cenar juntas.

—Tienen las mejores alcachofas de Roma —comento.

—¡Me encantan! —dice, con una sonrisa rutilante, que me recuerda a la de Ganstein.

—Soy Aileen.

—Y yo Karla.

Nos damos la mano. Tiene una mano enérgica y cálida, que agarra bien la mía durante un instante. Desprende un perfume que podría marear si no fuera acompañado de un movimiento tan firme hacia el restaurante. Ahora me arrepiento de haber pasado como una exhalación por la habitación, con la idea de comer algo rápido y meterme en la cama. He bajado con la misma ropa que llevaba para ir al Vati-cano, el pelo enmarañado y una cara que no disimula el exceso de horas de vuelo. El arrepentimiento dura poco porque nos hemos hecho amigas antes de sentarnos, riéndonos de un matrimonio norteamericano que pide información al conserje para ir a una pizzería a celebrar sus bodas de oro.

Me he equivocado. No es italiana, sino alemana. Por el acento. Pero es una mujer de negocios, eso fijo.

Empezamos con una ensalada *caprese* de carnosos tomates, suntuosa *mozzarella* hilada y albahaca tan fresca que parece cogida aquí mismo, a orillas del Tíber.

—¿Quieres vinagre de Módena? —me pregunta.

—¡Solo se le puede ocurrir a una extranjera! —comento, sirviendo el vino.

—Te equivocas, hay italianos que también lo utilizan —precisa, demostrando que conoce el país mejor que yo.

Cuando le digo que acabo de llegar y que solo he estado en Roma una vez, cuando estaba casada, me cuenta maravillas de la ciudad, en la que vivió un par de años. Sobre todo del Trastevere, que está muy cerca, al otro lado del río, donde tenía una casa con una amiga. Es inteligente, culta y cautivadora. Un regalo de los dioses romanos para una cena como la de hoy, que habría pasado sin pena ni gloria, por muy buenas que estén las alcachofas. Cuando le cuento que soy norteamericana y escritora, y que vivo en Alejandría, se muestra exultante. Dice que nunca la ha visitado, pero me sigue la corriente como si conociera la ciudad de toda la vida, y cuando vuelvo a llenar las copas, con el Rosso di Montalcino que ha pedido, dice ¡*shukran*! antes de proponer un brindis.

—¡Por Roma y *Eskanderia*! —exclama, arabizando el nombre de Alejandría.

—¿Y tú? —digo, sin que sea exactamente una pregunta, porque una respuesta demasiado formal podría estropear el misterio del encuentro.

Es una ejecutiva, efectivamente. De Berlín. Habla un inglés ronco, arrastrando las erres. Admira mi coraje porque ella también quisiera escribir, pero no se atreve. Añade que no debo escribir un libro sino cuatro. Nos reímos y levantamos la copa de nuevo brindando por el

nuevo *Cuarteto de Alejandría*.

Me cuenta que vende «papeles». Papeles especiales que tanto sirven para hacer cigarrillos como bolsitas de té, para imprimir libros de bibliófilo o para envolver zapatos como los que lleva. Cuanto más finos y más sofisticados mejor, explica, con cierta desgana, como si el oficio fuera una cosa y la vida, otra.

—Es un trabajo aburrido —comenta, con una invitación a no profundizar en su profesión—. Es mucho mejor que hablemos de ti, una escritora norteamericana en Roma, ¡esto sí que es un clásico!

—No creas. Solo he venido para ver un retrato de Hipatia.

—¿Hipatia en Roma? —dice, pensativa—. ¡Ah, sí! La que está en medio de todos esos hombres en las Estancias de Rafael.

—¡Vaya! —digo, sorprendida.

Me maravilla descubrir que conoce a Hipatia tan bien como yo, o casi. Me deja boquiabierta cuando la menciona como la hija de Teón y la madre espiritual de Sinesio, y más aún cuando habla con rabia de cómo murió y con admiración de cómo debió de vivir. Ha leído las tres o cuatro biografías más relevantes y, cuando comenta que la de María Dzielska le ha parecido la mejor, asiento mientras noto un ligero temblor en la mejilla que alivio con un sorbo sostenido de vino. Mañana viajo a Cracovia.

Hemos abierto un intercambio fascinante sobre las mujeres que han conseguido unas líneas en una historia escrita por los hombres que podría durar toda la noche. Es ella quien le pone fin con un brusco cambio de registro. Tiene curiosidad por saber cómo he encontrado entradas para las Estancias vaticanas si solo estoy de paso.

—Tenía un guía especial —añado, con una mirada traviesa, mientras llegan unas *mammole* colosales, fritas y aplastadas, comibles todas ellas, hasta el último pétalo.

—¡Te has colado con un *bakshish*! —anticipa, sabiendo que en Roma, como en Alejandría, una buena propina abre todas las puertas, incluso las del Vaticano.

—¡No! Me ha abierto un monseñor de ojos azules que se parece al Adán de la Capilla Sixtina —desvelo, siguiéndole la broma.

—¡No me digas que has estado con *Il bel Marco*!

—No le he visto —digo, mintiendo—, pero me ha facilitado la entrada.

—¿Y eso?

Mientras nos entretenemos chupando los pétalos de las alcachofas y comiendo el corazón untuoso y salpimentado, le cuento la historia del juicio y la carta que mandé al Vaticano, con la respuesta amable y eficiente que recibí.

—Era secretario del papa y ahora es el prefecto de la Casa Pontificia… —me dice.

—Para ser una ejecutiva que vende papeles, eres una experta en el Vaticano —comento, dejando claro que me limito a constatarlo.

—Les vendemos papel para imprimir biblias, ¿sabes? —me contesta con una voz pausada, como diciendo: «Si quieres tengo respuesta para todo, Aileen, pero no estropeemos la noche con demasiadas preguntas. Dejémoslo así. Es mejor».

Deja la copa encima de la mesa lentamente. Sonríe gélidamente, como si se le hubiera roto un juguete, y me mira de una manera que me da escalofríos. Resulta aún más atractiva que cuando la he visto en la barra. Hemos bebido y nos hemos reído. Por unos instantes, he vuelto a vivir. Cuando se ha soltado, me he dado cuenta de que arrastra las erres de una manera distinta a los alemanes y que habla un inglés como el de los judíos askenazis. Como la dueña de la tienda kosher de mi barrio, en Milwaukee.

Posa su mano en la mía. Unas fibras cálidas se me enredan en el brazo y el calor me sube por la nuca.

Nos miramos un largo rato mientras el camarero retira los platos y se queda sin respuesta cuando nos pregunta si queremos helado o dulces. Se va, con pensamientos confusos. Las dos hemos mentido. Como niñas. Lo más probable es que ella no se llame Karla y que yo no haya venido a Roma para ver a Hipatia. No tiene sentido que lo removamos. Arruinaríamos una cena que ha sido mágica. Me pasa como con el fresco del Vaticano: ya he decidido que se llama Karla y que vende papeles muy finos, y no quiero que nadie lo cambie. Prefiero dejarlo aquí e ir a dormir antes de que la herida me alerte más de la cuenta y me diga: «Cuidado, Aileen, que esta mujer también forma parte de la historia. Las dos lo sabemos».

Hemos acabado el vino y pedimos una *grappa*. Todavía tenemos energía para alargar un momento que sabemos único. Ella me cuenta varias maledicencias sobre monseñor Ganstein. Me habla de Roma con pasión y yo le hablo de Alejandría, la de hoy, la de ayer y la de anteayer. Me escucha cuando le recito pasajes de las cartas de Sinesio y, cuando le digo que las vi hace poco en la Laurenziana de Florencia, un rayo de aflicción le cruza la cara. Volvemos al oficio de escribir, y me pregunta si conozco los poemas inconclusos de Cavafis que se han publicado recientemente. Están en las librerías de media Europa, pero todavía no han llegado a Alejandría.

—Dicen que era un hombre gris, pero escucha… —me dice, mientras acerca la silla y recita de memoria:

> Cuando imagino el color,
> el color absoluto y limpio,
> mi pensamiento no va hacia las flores,
> sino hacia el rojo del rubí o del coral…

Mientras llegan dos *ristrettos* y las *grappe*, pasa la punta de los dedos

por mi pelo. Con delicadeza, como si fuera de coral. El camarero, que lleva una salamandra tatuada en el cuello, sonríe.

Hacemos un último brindis con un deseo.

—Tengo que acostarme, Karla. Mañana me voy y Fiumicino está muy lejos.

—Cuídate, Aileen —me dice, antes de dejarme un beso en los labios, ligero como el perfume que le queda.

Cracovia, 8 de mayo, viernes

«¡Pasamos de la Roma latina a la Roma eslava!», anuncia el gordinflón que tengo al lado, exhibiendo una guía turística y haciendo un gesto ecuménico con la mano, antes de que el avión despegue. Son las seis y media de la mañana. Cierro los ojos, que es la manera más educada de evitar que me torture con la historia sagrada de todas y cada una de las ciento veinte iglesias que tiene Cracovia, pero él sigue, impertérrito, citando en voz alta las que no quiere perderse: San Pedro y San Pablo, San Andrés y Santa Catalina. Es la única que me suena, porque monseñor me habló de ella. Me cuenta que sesenta de estos templos se han erigido durante el siglo XX.

Él lo ve como un milagro y yo pienso, con los ojos cerrados, que en algo debe de haber contribuido medio siglo de comunismo impuesto.

Esta noche he dormido poco, pero bien. Como hace tiempo que no dormía. Quizás fue el vino, o reír tanto y tan a gusto, o las dos cosas a la vez. Éramos dos brujas alrededor de una mesa que parecía una hoguera. Ha sido una noche loca, a pesar de que acabó como el rosario de la aurora. De común acuerdo, eso sí, solo como las mujeres sabemos acabar las cosas.

Una cosa no quita la otra. Bajo la ducha he entendido que no solo se llama Karla, sino que no se encontraba en el hotel por casualidad. A partir de la tercera copa, hablaba con un acento muy marcado, como hablan inglés los judíos que viven en Israel, con tonalidades hebreas. Debe de ser la sustituta de aquel pobre diablo que liquidaron en Florencia. Si así fuera, ¿por qué estuvo tan espléndida, sin hacer preguntas improcedentes? ¿Cómo es posible que todavía se me ponga la piel de gallina cuando pienso en el rato que pasamos juntas?

Me seguía, me sigue. Quizás soy demasiado desconfiada. Pero no puedo confiar en nadie. En nadie. Voy a Cracovia a cazar al lobo solitario.

Lo primero que he hecho ha sido cambiar mi vuelo y salir antes. Aun así, camino de Fiumicino, iba comprobando sin cesar si nos seguía algún coche, hasta el punto de que el taxista me ha preguntado si me había dejado algo en el hotel, de tanto que me movía. Cuando hemos llegado al aeropuerto veía espías por todas partes. Sabía que no iba a encontrarme con Karla, o como se llame, pero imagino que el Mossad tiene suficientes agentes en Roma para que hubiera uno en cada terminal. Y antes de sentarme al lado del caraculo que tengo a mi derecha, he recorrido todo el avión, clase *business* incluida, por si

veía a alguien sospechoso. Es absurdo, lo sé, porque no tengo ni idea de cómo es un agente del Mossad. Y si puede ser como ella, es que tienen una gama de disfraces que nunca podré abarcar.

La Jagelónica, donde estudiaron Copérnico y Wojtyła, es una universidad que irradia carácter. Llego antes de las diez, después de dejar la bolsa en el hotel. En el patio del Collegium Maius, rodeado de un magnífico soportal de arcos góticos del siglo XV, me doy cuenta de que esta ciudad siempre ha sido, desde hace siglos, devota y culta. He leído que fue Casimiro el Grande quien fundó la universidad. Dicen también que fue él quien levantó la iglesia de Santa Catalina de la que todo el mundo habla.

Debería ir. Así, en un mismo viaje, habré rendido homenaje a las dos santas que ha tenido Alejandría. La laica, en el Vaticano, y la cristiana en Cracovia.

Cuando le digo al responsable del departamento de griego antiguo que vengo de Roma, que vivo en Alejandría y que me gustaría localizar a un conocido llamado Erwin Schrader se deshace en atenciones. No tanto por Erwin co- mo por Alejandría. Hace unos meses que no saben nada de él. Les dijo que su madre estaba enferma y solicitó una excedencia para cuidarla, y se extrañan que tarde tanto en volver, sin dar señales de vida, porque perderá la beca del doctorado. Son cosas que pasan y no les dan más importancia.

El precio que tengo que pagar por la información es una retahíla de preguntas sobre la Alejandría de hoy comparada con la helenística, que es la que conocen. Es un ejercicio sin sentido, pero no me queda otra que aceptarlo. Intento no quebrantarles la ilusión. Le echo imaginación y les hablo de Kom el Shoqafa como si fuera la tumba de Tutankamón, de la columna de Pompeyo como si todavía se sostuviera en el templo de Serapis y de la biblioteca actual como si la hubieran levantado con piedras de la antigua. Y no menciono el faro porque no acabaríamos nunca. A cambio, la directora indica a uno de sus asistentes que me muestre el Collegium. No me puedo negar.

Tendría que haber imaginado que no sería tan fácil localizar a Erwin. Un lobo solitario no deja huellas. Pero todos los lobos proceden de un manada, incluso los más solitarios. ¿Quiénes son los de su manada? Tienen que ser cristianos tocados por el diablo. Creyentes salidos del libro del Apocalipsis que se consideran profetas del fin del mundo. Como los que enloquecieron bajo las persecuciones romanas. Hombres de fe pétrea, absoluta, que están contra el mundo. *Contra Mundum,* como san Atanasio. ¿Seguro que pertenece a una manada? El prefecto de la Casa Pontificia me explicó que habían escudriñado muchos grupos de irredentos que pululan por la Red, sin encontrar ninguna pista. Tampoco en Cracovia, a pesar de la preocupación por

la actividad de Magnus Christus y de su líder, el prefecto de Santa Catalina.

Es un lobo solitario, había insistido Ganstein. Fruto de una ecuación personal.

En el patio del Collegium, ante la estatua del hombre que puso el Sol en el centro del universo, el joven que me acompaña, tímido y tartamudo, me cuenta que es de Dubrovnik y me pregunta por Erwin, si lo he visto en Alejandría, y no lo niego porque veo que sabe que ha estado allí. Dice que lo conoce, pero no era necesario porque me lo imagino, en un departamento universitario tan pequeño como este. Querrá decir que lo conoce más que a los otros. El chico tiene un ademán mal asumido y se le ve afligido. Le pregunto si sabe dónde vive y baja los ojos. No me lo dirá. Le pido el número de móvil y niega con la cabeza. Está temblando.

Cuando le cuento que necesito hablar con él, que es urgente y que solo tengo veinticuatro horas, musita un nombre extraño, dos veces, y se va corriendo, alterado.

Ha dicho Svantevid o Sviantovid.

Mientras llego a la plaza del mercado medieval, la que Momo mostró a Omar, pienso que podría ser uno de los lugares más civilizados de Europa si no fuera por la riada de turistas que buscan santos o tabernas irlandesas.

Desde los porches del antiguo ayuntamiento, llamo a Momo.

—He intentado geolocalizar los dos números de teléfono egipcio que tenemos de él, y nada —dice, refiriéndose al que le di yo y al que tenía Omar—. Los debe de tener en la nevera —añade.

—¿En la nevera?

—Sí. Como Snowden.

Y se enrolla en una explicación extemporánea sobre la propiedad de las neveras para actuar como jaula de Faraday que anula los campos electromagnéticos y no permite captar ninguna señal. Me lo creo, claro. No le pregunto si no resultaría más fácil apagar el móvil o quitarle la batería, porque no tengo tiempo para un cursillo acerca de cómo evitar que te geolocalizen por el móvil. Fue él quien sugirió que lo podríamos intentar con Erwin, siempre que fuera a partir de compañías telefónicas egipcias, donde tiene los contactos suficientes. Le irá llamando de vez en cuando para ver si tenemos suerte y responde. Me asegura que, aunque no conteste, si tiene el móvil activado podrá saber dónde está.

—¿Con qué precisión?

—Si responde, podremos saber incluso la casa. Y si no contesta, solo sabremos el barrio, como mucho la calle.

Menos da una piedra. Frustrada por la visita a la universidad y por la posibilidad tan remota de que Erwin saque los teléfonos de la

nevera, cruzo la plaza y busco un lugar con wifi y pocos curiosos para hacer balance de la escasa información que he recabado. Estoy enfrente de un impecable edificio neoclásico que se anuncia como el Międzynarodove Centrum Kultury, un centro cultural perdido en medio de la oferta turística. Entro. Tiene conexión y unas salas sombrías.

Svantevid o Sviantovid, me ha dicho aquel chico atemorizado. Debe de ser el nombre de una calle. Busco en Internet aquellas de Cracovia que empiezan por «s». Szewska, Szpitalna, Stolarska, Slaworska… ¡Qué idioma tan endiablado! Todas llevan una consonante después de la «s», a veces incluso dos, pero ninguna «v». Por lo que parece, no he entendido lo que decía aquel pobre infeliz.

—Perdone, ¿me podría decir dónde está la calle Svantevid? —le pido a un joven que ha entrado como un hurón y ha ido directamente hacia el ascensor.

—¿Svantevid? Que yo sepa, no hay ninguna calle con ese nombre, señora.

—¿Y Sviantovid? —pregunto, buscando la pronunciación más eslava que se me ocurre, pensando que estarán acostumbrados a ver turistas desconcertados con la lengua del país.

—Tampoco. ¡Quizás quiere decir Swiatowid! —dice sonriendo, convencido de que lo he pronunciado mal.

—Pues sí, Swiatowid —repito. Me da igual como se llame esa calle de mierda. Es mi última oportunidad.

No es una calle. Es una pieza del museo de arqueologia. La más famosa.

Se ha esfumado la oportunidad. Pero él sigue explicando el significado de *Swiatowid*:

—Es una especie de tótem pagano.

—¿Un tótem pagano?

—Sí, una deidad precristiana. Vaya a verla. Está a dos pasos de aquí —me dice, indicándome su ubicación en un plano desplegable que coge de una mesa.

¡Un tótem pagano! Al oír la palabra «pagano» he pensado que los dioses se han alineado a mi favor. Me vienen ganas de cruzar la plaza corriendo para ir al museo. Antes de hacerlo, rastreo en Google, para informarme mejor. *Swiatowid.* Efectivamente: es una divinidad anterior al cristianismo que existe en muchos países eslavos, donde adopta distintos nombres. En la foto del museo de Cracovia, hay uno imponente. Es un tótem de casi tres metros, con cuatro caras, que recuerda a los dioses oceánicos. Es compacto y está plantado en el suelo. Ofuscado por el recuerdo de Erwin, el chico de la universidad lo ha mencionado en croata.

¡Pero si busco a un cristiano! ¿De dónde sale la intuición de que este

tótem pagano puede ser una pista para encontrarle? No es una intuición; en unos segundos, ha pasado a ser una convicción. Estábamos equivocados. Buscábamos a personas enteras, de una pieza (cristianas, musulmanas o paganas), en vez de pensar en un ser desgarrado, que lo es todo a la vez y no es nada. Hecho de valores y mitos dispares recolectados a lo largo de una vida difícil.

Como Erwin Schroeder.

Durante la visita al Collegium, he visto un globo terráqueo construido diez años después de la muerte de Cristóbal Colón en el que aparece América por primera vez. Con ánimo de conciliar los nuevos descubrimientos y las viejas creencias, los cartógrafos situaron el nuevo continente al sur de la India y cerca de la costa africana. Si lo hubieran llevado más allá, se habrían perdido. Al lado del globo había una talla de madera sobrecogedora, un Cristo con los brazos amputados y la cabeza gacha. Y entonces, viendo al Cristo junto al globo, he pensado que los creyentes son como los cartógrafos. Necesitan referentes. Si los pierden, se extravían.

Erwin es un ser extraviado.

Un hombre que ha navegado demasiado lejos. Un cristiano desorientado que pasó unos años difíciles en un seminario y lo dejó, a saber por qué. Aquí debe de haber vagado de iglesia en iglesia, de bar en bar, buscando lo que no había encontrado en Alemania. Después ha viajado hasta la Cirenaica de Sinesio, donde ha vuelto a perderse. Durante un tiempo ha vivido fascinado por los cristianos del desierto y más tarde por los gnósticos. En Siwa conoció a Omar, en el palmeral, y quizás se encontró a sí mismo. Pero ya era demasiado tarde.

Ahora, decepcionado con un Dios que le ha abandonado, flirtea con este icono pagano.

Cierro el plano que me han regalado y cojo la calle Grodzka hasta Poselska, donde está el tótem que busco. En el museo arqueológico de Cracovia hay de todo. Incluso una notable sección del Egipto faraónico. Pero lo que lo hace único es la historia y la prehistoria de Cracovia. Cómo vivían los hombres y mujeres de la Pequeña Polonia, cómo trabajaban y qué dioses idolatraban. El recorrido conduce a una sala ovalada que aloja el *Swiatowid*. Está plantado en el centro, solitario, para que se le puedan ver las cuatro caras. ¿Cómo llamarlo? ¿Pilar? ¿Estela? ¿Monolito? Tótem es tan fácil como inadecuado. Casi un insulto, porque no es de madera sino de piedra calcárea.

Es un *balwan*. Antes de entrar, he leído que así es como lo llaman en todos los pueblos eslavos. Una palabra de origen sánscrito para nombrar a unos dioses que eran fuertes, macizos y poderosos.

El primer contacto con lo que llaman «arte primitivo» siempre es extraño. De entrada, las figuras grabadas en cada costado no me dicen nada. No les veo el alma. Pero a medida que lo voy volteando me

parece que desprende una atracción difícil de explicar. Dotado de una extraña fuerza terráquea, como si siempre hubiera estado aquí plantado. Como si las raíces le llegaran al centro de la Tierra. Como si hubiera sido concebido para captar los rayos del cielo y las voluntades de los dioses.

Dicen que las tierras eslavas estaban llenas de ellos, hasta que llegó el cristianismo de la mano de otro obispo que también se llamaba Cirilo y todos los *balwan* desaparecieron, como las cartas de Hipatia. Todos menos este, que sobrevivió protegido por un río que cambió su curso y que hoy es venerado por los nostálgicos de un pasado politeísta que no dejó memoria escrita.

Una piedra calcárea esculpida por hombres atemorizados.

El propósito parece el mismo que el del icono que vi en Santa Catalina, o el de los poemas agnósticos de Nag Hammadi que me leyó Erwin. Presentar la vida como una ascensión. Desde el inframundo hasta el reino de los dioses celestiales, pasando por el de los hombres.

Son tres niveles, pero parece que originalmente eran cuatro, como el triángulo pitagórico, según la explicación del museo. El que falta se habría quedado en el cauce del río. Lo cierto es que, al cabo de un rato, la deidad, que lo es de la guerra, la fertilidad y la abundancia, me inspira respeto, con el misterio de unos símbolos esculpidos en las cuatro caras. Una anilla, una espada junto a un caballo blanco, un cuerno para beber y un sol esquematizado.

Es mediodía y Erwin está en Cracovia; estoy segura. Lo sé, lo noto, es como si el *balwan* me lo estuviera diciendo. Y si está, pasará por aquí. El chico del Collegium no hablaba en vano. Si viene a menudo, quizás conoce a la funcionaria que me vigila. Le cuento a esta otra trola y menciono su nombre: Erwin Schrader.

—¡Ah, sí! ¡Aquel señor alemán! Suele venir todos los días, pero hace unos cuantos que no le veo.

—¿A qué hora suele pasar?

—Poco antes de cerrar. Y nunca se equivoca, porque hay días que cerramos a las seis y otros a las tres, como hoy. Y si hacemos fiesta, le avisamos para que no se moleste —precisa.

—Soy italiana y hace tiempo que no le veo —digo, mintiendo—. ¿Me podría dar su teléfono, por favor?

¡Ahora tengo el número de un móvil que Erwin debe de llevar consigo! Seguro que este no lo tiene en la nevera. Pero cuando llamo a Momo para contárselo, me recuerda que solo puede rastrear un teléfono egipcio. De todas formas, me aconseja que guarde el número y que compre una tarjeta polaca por si tengo que llamarle desde Cracovia. No veo el porqué, pero lo haré. Hasta el momento he hecho todo lo que me ha dicho y ha funcionado.

Le hago caso, antes de comer un bocadillo y buscar un lugar

discreto delante del museo.

Son las dos y media pasadas. Sigo metida en una portería de la calle Poselska, desde donde domino la entrada en condiciones ventajosas. Hoy no vendrá, creo. Cuando todo está perdido, o a mí me lo parece, porque el museo cierra en media hora y mañana no abre, aparece en lo alto de la calle.

Viste de negro y anda con zancadas decididas. Se le ve preocupado. Entra sin pagar, supongo que como doctorando de la Jagelónica. No está ni quince minutos. Sale con las mismas prisas con las que ha entrado y se dirige calle abajo antes de girar por Kanonicza. No es fácil seguirle, y más en este barrio tan poco transitado. Enfrente nuestro hay un castillo que se va haciendo más imponente y que, por lo que he visto en el plano, solo puede ser el de Wawel. Tras un par de zigzageos llegamos a una iglesia que tiene que ser la de San Bernandino, por el nombre de la calle. En esta ciudad, acostumbran a ser los de la iglesia que le toca.

Es un lugar resguardado, cerca del centro, pero alejado del bullicio.

Entra en una casita de dos plantas, la más deslucida de todas. Al cabo de un rato, le veo tras unas cortinas, en el entresuelo; falta poco para las tres y media.

En este piso está la caja de los Madanya. Estoy segura. Y quizás el palimpsesto de Martin.

Estoy a dos pasos de la gloria. O del infierno, a saber, porque si no lo tiene, o no lo encuentro, nada de lo que he hecho hasta ahora habrá servido y me sentiré culpable por todo lo que ha pasado.

Sé que tras esas cortinas hay no solo un hombre desequilibrado. Hay un asesino. Sé que si llamo a la puerta no se pondrá a llorar como un niño a quien quieren quitarle un juguete. Actuará como lo ha hecho siempre, de manera despiadada. Y en lugar de aparecer en un canal del Nilo, como el chico del *tok-tok*, me encontrarán flotando en el Vístula, que pasa por detrás del castillo. Y, entonces, mientras Karla me añade a la lista de crímenes sin resolver como sexta víctima, y Brennan explica al embajador qué coño hacía yo en Cracovia sin que él lo supiera, monseñor Ganstein quizás aconseje al papa que suspenda el viaje, y el Santo Padre dirá que ni hablar, que la muerte de una norteamericana en Polonia no es razón suficiente para dar un plantón a los cristianos de Oriente.

Soy consciente de todo esto, y lo que más me duele es que, si la cosa acaba mal, los que me conocen quizás pensarán que he tenido coraje, pero me recordarán como una insensata.

Tengo un plan al que he dado muchas vueltas durante las últimas cuarenta y ocho horas, pensando en este momento.

Esperaré a que salga y entraré en el edificio. He visto que la puerta

de la calle se abre sin llave y esto facilita las cosas.

Subiré hasta el entresuelo y forzaré la puerta del piso con las herramientas que me ha proporcionado Momo: una tarjeta de crédito caducada, clips de distinto grueso y longitud e incluso una pequeña ganzúa que espero no tener que utilizar: «No se preocupe, señora O'Neill, es más fácil de lo que parece», me dijo, mostrándome un vídeo colgado en YouTube mientras hacíamos cola en la agencia de viajes. Recuperaré el manuscrito y el palimpsesto, me pasaré a recoger la bolsa al hotel y cogeré el primer avión. Hacia donde sea. Y después ya veremos. Pero antes haré una llamada a Momo para darle la dirección. Tal como hemos acordado, llamará a la policía de Cracovia y les contará una mentira. Les costará creérsela, pero acudirán para comprobarlo. Cuando vuelva, le pillarán. Aunque no encuentren los documentos, le harán muchas preguntas y le será difícil justificar tantos viajes en fechas que coinciden con los robos y los crímenes. Si acaba hablando, será para denunciar a los de Magnus Christus, porque pensará que han sido ellos quienes le han delatado.

Es tan sencillo como descabellado.

Son las cuatro y media y ha encendido la luz. No parece que tenga intención de volver a salir. Me entra el pánico. Hubiera tenido que tener en cuenta que este hombre no es normal. Solo debe de dejar la casa para ir al museo y a las reuniones que convoca Tadeusz. Si hoy no sale, podría ser demasiado tarde porque Ganstein me dijo que el papa tomaría la decisión final antes del fin de semana.

¡El teléfono polaco! ¡Qué grande eres, StillAlive! Extraigo la tarjeta de mi móvil y pongo la que he comprado, siguiendo sus instrucciones, y envío un SMS al número que me ha dado la funcionaria del museo. Ha de ser un texto sencillo para que pueda traducirlo al polaco con Google. Verá que no es el teléfono de Tadeusz, pero lo atribuirá a las precauciones que hay que tomar:

> Urgente. Hoy a las seis
> lugar habitual
> máxima discreción
> Tadeusz.

No sé si utilizar un lenguaje más religioso, pero lo dejo así. En una situación de emergencia, imagino que no están para tonterías. Además, seguro que Google lo traduciría fatal y se descubriría todo.

Poco después de las cinco y media, se apaga la luz. Sale de la casa, mira a derecha e izquierda y enfila Kanonicza por donde hemos venido. ¡Ha funcionado! Ya no soy Aileen O'Neill, una novelista recluida en un apartamento de Alejandría. Soy una delincuente a punto de asaltar una vivienda que no es la mía. Espero unos diez

minutos y entro en el edificio. La puerta del piso es antigua y todavía tiene cerradura de pomo y llave, de las de antes. Lo pruebo con la tarjeta, pero no se desliza hasta el pestillo. Debe de estar protegido. Deslizo la ganzúa, que a duras penas entra, mientras hurgo en el mecanismo con un clip desajustado. Medio en cuclillas y conteniendo la respiración, oigo cómo los dientes van alineándose. Como en el vídeo de YouTube. Giro la ganzúa y la cerradura da un cuarto de vuelta.

La puerta cede. Desaparece, como si la hubieran reventado con un mazo, y una mano me tira del brazo con una fuerza incontenible.

Pierdo el equilibrio y caigo al suelo, pasmada, con los brazos abiertos y los ojos cerrados. Un cuerpo poderoso me inmoviliza. Me cabalga con violencia, me levanta la cabeza y me amordaza con un trapo húmedo. Intento respirar, pero no puedo. Una vaharada de aire frío y ácido me hiela las fosas nasales.

Lo último que veo, en la pared de enfrente, es un Cristo crucificado. Tiene la cabeza inclinada como el de la universidad, pero no le falta ningún miembro. Está completamente desollado.

Wagner. Oigo música de Wagner. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Es la «Canción de Walter». La conozco porque, cuando era pequeña, un alemán del barrio la ponía muy alto todos los domingos, al volver de misa con la familia. A mi padre no le gustaba, porque decía que Wagner es pesimista y tétrico, pero a mi madre sí, porque en esta canción de amor veía una afirmación de la vida y, si hacía buen tiempo, salía al jardín para escucharla mejor. Como el vecino solo ponía esta pieza, que es corta, y no toda la ópera de *Los maestros cantores de Núremberg*, no discutían demasiado.

No veo nada. No sé si es que no puedo abrir los ojos o es que estoy en una absoluta oscuridad. ¡Los tengo vendados!

Estoy mareada y tengo la cabeza aturdida, pero empiezo a notar el cuerpo, el estómago, el vientre y las palpitaciones, que se aceleran al comprobar que no puedo moverme ni despegar los labios. Me ahogo. Estoy presa a una silla, con los brazos rígidos y las piernas dobladas. Muevo los dedos de una mano. ¡Estoy viva! Tranquilízate, Aileen. Ya sabes lo que es estar atada. Mueve lo que puedas mover. Empieza por las manos y los pies. Dilata las fosas nasales. Respira hondo, lentamente. No todo está perdido.

La «Canción de Walter» se interrumpe de golpe, y tengo la sensación de que la oscuridad es todavía más absoluta.

Sufriendo un silencio como este, en manos de otro loco, aprendí a afinar el oído hasta el último decibelio. Como los ciegos. No veo, pero llego a percibir los volúmenes que me rodean.

Tengo a alguien delante, y tensiono la parte del cuerpo más

expuesta. No evitaré que me haga daño, pero no disfrutará de la ventaja de la sorpresa. Estar al acecho no me salvará del dolor, aunque me refuerza la dignidad, que es lo que me queda. Está a la derecha, cerca, muy cerca. No oigo nada, ni pasos, ni respiración alguna, pero lo noto todo. Se ha movido hacia atras. Está cerca. Tengo la espalda arqueada, los hombros forzados, el cuello rígido, las mandíbulas bloqueadas. El cerebro al acecho, preparado para lo peor. Con la intención de seguir viva.

Me deshace el nudo de la venda. No abro los ojos todavía, ni muevo la cabeza. Relajo el espinazo y recupero la respiración, sin que se note. Ha vuelto a moverse. Noto cómo respira. Poco a poco, paso de una noche forzada a una luz incipiente, crepuscular, que se cuela por los párpados. Está enfrente de mí. Veo un espectro de contornos difuminados por la luz que tiene detrás.

—¡Qué sorpresa! No pude ir a Alejandría y tú vienes aquí. Es un honor tener en casa a la escritora Aileen O'Neill…

Es Erwin. Habla a trompicones, la respiración entrecortada como si le faltara aire o acabara de subir las escaleras corriendo. Consigo tragar la primera saliva, a pesar de la cinta de plástico que me suelda los labios. Es corrosiva y amarga, pero deglutir me sienta bien. Se acerca. Le huele el aliento. No parece alcohol, más bien dejadez.

No muevo ni una pestaña. ¡No agacharé la cabeza, hijo de puta! Ni murmuraré, para implorar que me quites la cinta que me tiene sin boca. ¡No te daré ninguna satisfacción, hijo de puta! No quiero tratos contigo. Ninguna deuda.

Cierro los ojos cuando veo la sombra de su mano cerca de la cara. Me arrancará la cinta, que es ancha, como aquella con la que mamá envolvió mi maleta cuando viajé por primera vez a Irlanda. «¡No te fíes nunca de los aeropuertos, niña!», me dijo. Aprieto las muelas. Necesito hacerme daño por dentro, para notar menos el que me hará por fuera. No dejes que pase la sangre, Aileen. Cortocircuita el cerebro. Me pone la otra mano encima de la cabeza, para no arrancármela de raíz, y da un tirón seco, desde la mejilla buena hasta la boca.

¡Ahora arrancará la otra mitad, la que cubre la cicatriz! Tira de ella con otro golpe seco, brutal. Es como si me hubieran vuelto a clavar la cuchillada. Una lengua de fuego me sube por la oreja y me enciende el cuero cabelludo. Se me escapa un grito animal que quema en mi interior.

Me quedo con la cabeza gacha, la boca jadeante, mientras una lágrima, solo una, se desliza hasta la barra.

El cortocircuito ha funcionado. Me carbura el cerebro. Estoy atada a una especie de silla de ruedas, con una cuerda gruesa que me sujeta el cuerpo desde los hombros hasta los tobillos. Tengo los brazos y las

piernas totalmente inmovilizados con cinta, como la que me ha arrancado de la cara. Deduzco que nos encontramos en un cuarto insonorizado, porque si no, con mi grito de animal herido, ya estarían los vecinos aporreando la puerta. O la policía, porque no creo que tenga vecinos. ¿Estamos en la misma habitación en la que he entrado, o en otra? Debe de ser otra, porque no entra luz por las ventanas, si es que hay ventanas. Solo se percibe la de la puerta.

La intuición me dice que no nos hemos movido de la casa. El castillo está al otro lado de la calle. No lo veo, pero sé que está porque lo noto.

—¿No dices nada, bonita? ¿No querías verme?

—No he venido para verte, Schroeder, sino para llevarme el manuscrito de Siwa y el palimpsesto de Santa Catalina —consigo decir, con firmeza, a pesar de la boca pastosa.

—¿Qué me dices? —pregunta, irónico—. Como si fuera una novela de las tuyas, vaya. Una trampita de colegio, un par de clips, una ganzúa, y ¡hala! hacia Alejandría de vuelta. Pan comido, ¿verdad?

—He estado a punto de conseguirlo —comento, pausadamente, intentando que pierda los estribos, que deje ese tono de amo y señor de la casa. De carcelero.

—Solo has cometido cuatro errores, nena —responde, orgulloso—. Primero, el de la señora del museo. Le ha faltado tiempo para decirme que te había dado mi móvil.

—No tiene ninguna culpa —afirmo, pensando que puede engrosar la lista de muertos.

—Tranquila. Antes debo ocuparme de ti —asegura, con un rictus que no sé si es de placer o de dolor—. Segundo —sigue—, el mensaje. Tadeusz siempre firma con MC, y más si utiliza un teléfono que no es el suyo. Nunca con su nombre, ¡imbécil!

—¿Qué significa MC?

—¡Calla! O vuelvo a ponerte la cinta —dice, amenazante.

—Debe de ser Magnus Christus…

—Lo que tú quieras, bonita —replica, sin entrar en mi juego—. Y tercero, no darte cuenta de que esta casa tiene un jardín trasero por el que he vuelto a entrar antes de que tú llegaras.

—¿Y el cuarto? Has dicho que eran cuatro.

—El cuarto era… —duda, desconcertado por haber perdido el hilo —. ¡Ah, sí! Pensabas que había dejado la caja y el palimpsesto de tu amigo encima de la mesa, ¿no? Qué mona eres.

—…

—¿Lo pensabas? —añade, gritando, levantando la mano y repitiendo que soy una imbécil.

No contesto. Si tenía la arqueta en una caja fuerte habría fracasado. Hubiera tenido que llamar a la policía, porque no creo que Momo, a

distancia, hubiera podido ayudarme a abrirla. Bien pensado, mejor así, porque ahora estamos solo los dos. Y él tiene la llave o el código de la caja fuerte.

Tengo que saber dónde está la caja fuerte.

—Yo creía que…

—¡Calla! —grita, yendo hasta la puerta y activando un interruptor.

La habitación se inunda de una luz horripilante que me ciega.

Lo sabe y deja tiempo para que recupere la vista y pueda asimilar lo que me rodea. Quiere disfrutar con parsimonia de la sensación que me causa su guarida. Debo de ser la primera persona que accede a ella, y eso le provoca una intensa excitación. Se tiene que sentir como yo, cuando me estaba convirtiendo en adolescente y mi padre entraba en el dormitorio porque mi madre había comentado que tenía las paredes cubiertas de pósteres atrevidos y citas inquietantes. Se metía las manos en los bolsillos y no decía nada, yo sentada en un rincón, asustada al verle con las mandíbulas apretadas, pero orgullosa de imponer mi mundo después de tantos años de vivir en el de mis padres.

Cada vez que intento levantar un párpado, rasgo las legañas. Primero un ojo, después el otro. La luz invade las pupilas y de las sombras paso a las formas. Le veo mejor. Tiene los ojos enterrados en dos cavernas. Viste un chándal de color azul eléctrico y unas zapatillas de andar por casa muy gastadas. Viste sin complejos, sin necesidad de fingir, porque nada de lo que pase aquí trascenderá. Porque no saldré viva de aquí. Está junto a la pared, con la mano en el interruptor, como un mago que espera la reacción del público, la boca abierta y la cara de iluminado. Aprieto los ojos con fuerza y los abro de par en par.

Me he metido en el corazón de las tinieblas.

Detrás suyo, toda la pared es casi una fotografía. La de un castillo. No es el de Wawel. Es una mole imponente, triangular, asimétrica, diferente de los castillos que he visto por Europa, y he visto muchos, porque Patrick era un fan de los castillos y me hizo recorrer el Loira y todo el valle del Rin la primera vez que vinimos al continente. Este se parece más a los alemanes, por el color de la piedra, la austeridad de las formas y la densa montaña arbolada que le rodea.

Deduzco que también le gustan los castillos. A la derecha hay una fotografía que debe de ser del interior. Se aprecia una rotonda adusta, rodeada de una columnata, con el suelo ocupado por un dibujo geométrico que tampoco reconozco.

—Es el sol negro —explica al ver que frunzo el ceño—. El símbolo de la nueva religión.

Son tres círculos concéntricos partidos por unos rayos quebrados. Como si fueran las aspas rotas de una enigmática rueda gigantesca. El

suelo es de mármol verde oscuro. Tenebroso, iluminado por una luz fría que entra por unos ventanales verticales, como en una iglesia gótica.

Sin perder de vista a Erwin, miro hacia el otro lado del castillo, donde debe de fallar una bombilla, porque si no me habría fijado antes. Hay colgada la foto de un oficial alemán. ¡Himmler!

—Heinrich Luitpold Himmler, Reichsführer de las SS —digo, dando vida a las haches y haciendo silbar las eses.

Lo conozco bien, y me sé el nombre completo y el cargo, en alemán, porque el profesor de historia que teníamos en el instituto, que era judío, siempre decía que había dos tipos de nazis. Himmler y los otros. Dejaba de lado a Hitler, a quien nunca aludía por su nombre. Nos habló de él durante más de una clase porque era de los que pensaban que es la palabra la que nos libera y no el trabajo, como decía aquel estúpido eslogan nazi que presidía la entrada a los campos de exterminio.

A mí solo me queda la palabra y pienso utilizarla. Desconcertado por mi conocimiento, Erwin baja el brazo que tenía clavado en el interruptor y da dos pasos hacia delante. Levanta una mano, como si fuera a reñirme, pero no le doy la iniciativa.

—¿Por qué Himmler? —pregunto.

Se detiene. No sabe si seguir con lo que iba a decir o contestar. No podrá rehuir la pregunta. Himmler lo es todo para él, porque la pared está trufada de sus obras y milagros. Por las mismas razones que obsesionaban a nuestro profesor, pero con un propósito distinto.

—¿Por qué no Hitler? —insisto.

—Hitler fracasó. ¿Sabes por qué? —pregunta.

Despacho la respuesta con una mueca.

—Porque no puede haber un hombre nuevo sin una nueva religión —afirma, satisfecho de cómo le ha salido.

—Sustituyó la cruz por la esvástica —suelto, recordando aquellas clases de historia—. Y criticó a la Iglesia católica —insisto.

—¡No sabes nada! Solo la criticaba en privado. En público siempre respetó al cristianismo. Sin san Pablo, eso sí, porque se llamaba Saúl y era judío.

—Jesús también lo era.

—Hitler se inventó que tenía un pasado ario —comenta, despectivo.

Su interpretación de la derrota nazi explica la foto de Himmler. El fascista pagano, como decía el profesor de Milwaukee. ¿Y el castillo? ¿Y esos círculos enmarañados? No sé lo suficiente. Me he preparado para comprender la Alejandría helenística, no la Alemania hitleriana.

—Escucha lo que decía Himmler —ordena, cogiendo una Moleskine que tiene en la mesilla, abriéndola por una página marcada:

«Tenemos que saldar cuentas con esta cristiandad, la peor de las plagas de nuestra historia.»

—¿Lo ves? —dice—. ¡Saldar cuentas!, y no celebrar a Jesucristo con la excusa de que se rebeló, como decía Hitler. ¿No has leído *Mein Kampf*?

—Pues no.

—Tienes que leer a Himmler… Mira lo que decía… —continúa, llevado por su locura y abriendo la Moleskine por otra página:

«Al fin y al cabo, el hombre no es nada. Es una parte insignificante de la Tierra.»

—¿No te suena? —pregunta.

—¿…?

—Pensaba que habías leído a Sinesio… «Si he de morir, la filosofía me ayudará a no considerar como una cosa tan terrible esto de tener que abandonar este saquito de carne» —cita de memoria—. Eso sí que lo debes de saber, ¿no?

—Carta a Evoptio, año 405 o 406 —digo, segura de mí misma.

—Año 405 —precisa—. Los gnósticos lo decían todavía mejor —añade, y vuelve a citar de memoria—: «El mundo inferior. Aquel en el que el ser humano está reducido a ser un saco de podredumbre, una túnica de carne, una prisión de la materia».

Utilizó la misma frase, como si fuera suya, cuando estábamos en El Cairo y se llamaba Adam Kusek. Está loco. Obnubilado hasta la última de sus moléculas. Tan chalado que puede pasarse horas citando a paganos y gnósticos al servicio de su delirio nazi.

Vuelve a hacerse presente aquella lección del profesor de Milwaukee. Reconocía que los nazis eran cristianos, y nos explicó que la mayoría incluso había pagado sus contribuciones a sus iglesias hasta el último momento, como buenos alemanes. Lo eran, pero vivían desgarrados entre sus creencias religiosas y la voluntad de desembarazarse de todo lo que había existido antes del Tercer Reich. Como ejemplo de este conflicto entre lo que eran y sus sueños, nos hacía observar que cuando disfrutaban de la música sin límites era cuando acudían a escuchar *Lohengrin*, vestidos de cuero, con botas altas y pantalones bombacho. Bach y Mozart también les gustaban, pero Wagner era otra cosa.

Así debe de ser este hombre.

Un miserable convencido de que, si los nazis hubieran hecho con la religión cristiana lo que Wagner hizo con la música clásica, habrían triunfado. Se equivocaron haciendo convivir la cruz con la esvástica. Tendrían que haberla erradicado.

En su locura, debe de haber llegado a imaginar que tótems como el

de *Swiatowid* tendrían que haber presidido los grandes desfiles nazis, en lugar de aquellos estandartes romanos tan afectados.

—¿Y el castillo…? —pregunto, intentado alejarle de su lógica.

—¡Wewelsburg! ¿No lo conoces?

—¿…?

—La obra inacabada de Himmler —explica—. Tenía que ser el Serapeo de la nueva religión.

Este lunático asocia el proyecto frustrado de Himmler con las ideas de la Alejandría helenística. Una mímesis delirante. Como si hubiera buscado una síntesis entre el odio que le sube por las entrañas y la pasión por la historia que ha mamado. Una asociación insultante reflejo de su condición de hombre fragmentado.

Me cuenta que Himmler pensaba hacer del castillo de Wewelsburg un lugar de culto, un Camelot de los nazis, una fábrica de hombres nuevos, inmunizados contra cualquier religión del Libro.

—Pero no ateos, como el hombre nuevo de los bolcheviques —precisa, dándose cuenta del peligro.

Exaltado, detalla cómo Himmler soñaba que fuera la nueva religión, con raíces extraídas de creencias germánicas ancestrales e incluso de la India. No pudo ser porque tuvieron que desalojar el castillo deprisa y corriendo cuando llegaron los tanques norteamericanos, incendiarlo para que nadie lo desacralizara y abandonar los miles de anillos con la calavera de los SS Schutzstaffel que habían muerto en el campo de batalla.

—El Tercer Reich acabó hace setenta años, Erwin —le digo, tuteándolo, como si hablara a un hombre desesperado o a un enfermo.

—¿Sabes por qué?

—Ya me lo has dicho. Porque no hicieron caso a Himmler.

—No. Él también se equivocaba —dice, gritando y acercándose. Vuelvo a notar su aliento fermentado—. ¡Buscó una nueva religión en el lugar erróneo! —exclama.

Acabo de entenderlo todo. En lugar de perder el tiempo hurgando en el pasado alemán o en tradiciones orientales, o manipulando citas de Tácito, Himmler tendría que haber hecho lo que está haciendo él. Volver a los orígenes. Recuperar el pensamiento helenístico y utilizar la palabra de Hipatia. Viajar al universo de los paganos para encontrar lo que habría permitido la victoria final. Una religión bien fijada, con tradición suficiente para desplazar las creencias perniciosas del Libro. Lo tiene muy pensado y, para convencerme, recuerda, alzando la Moleskine, que, mientras Hipatia impartía clases de filosofía en Alejandría, la mayoría de alemanes todavía nacían en cabañas de troncos y comían carne cruda.

—¿Entiendes por qué es tan importante este manuscrito? —dice, remachando el clavo.

Me horroriza su perversión. Manipular a Hipatia para fundar una nueva religión. La que daría la victoria eterna a los nazis. Una aberración intelectual. Una violación de la historia. Pero ¿dónde está la arqueta? ¿La tiene aquí o la ha guardado en un lugar más seguro? La única manera de romper su ardor retórico es la provocación:

—¿Y si el manuscrito no es de Hipatia? —le suelto, desatando todos los demonios.

—¿Quién te ha dicho que no es de Hipatia? ¿El desgraciado de la Biblioteca? ¿O tu amante norteamericano? —pregunta, sarcástico—. Mira —añade—, yendo hacia un escritorio que hay a la izquierda.

Es el único objeto de la habitación, aparte de la mesita donde ha vuelto a dejar la Moleskine y la silla de ruedas a la que estoy atada. Abre un cajón y coge una bolsa de papel estampada con una mujer renacentista. Saca una arqueta que levanta con las dos manos, como si fuera un trofeo. Estoy perdida. Si me la ha mostrado, es que tengo las horas, o los minutos, contados. Tiene la cara desencajada y la respiración se le ha vuelto a alterar.

—Está bien, Erwin. Me lo creo.

Me aferro absurdamente a una de las pocas cosas que todavía puedo conseguir: evitar que abra la caja, defender la voluntad de los Madanya. Al menos que no lo haga delante de mí.

—Tú qué sabes —responde, despectivo, no sé si por mi condición de mujer o por mi poca fe.

—Me has dicho que nunca la hubiera encontrado… —comento, para entender cómo funciona el escritorio.

—No habrías conseguido abrir la caja fuerte.

—¿Qué caja fuerte?

—¡Estamos dentro! —exclama, con una satisfacción morbosa—. Dentro de una habitación blindada —añade, con maneras de ilusionista, señalando las tres cerraduras de la puerta entreabierta.

Solo un delirio tan monstruoso ha podido alimentar una estrategia tan perversa. Esto es lo que le ha permitido engañar a todo el mundo. Los que buscaban al asesino de Sherif entre extremistas musulmanes y los que pensaban en integristas cristianos. Abu es el que más se acercó, insistiendo en que el mensaje era el de un pagano. Pero tampoco es eso. Es el de un loco que no admite ser encasillado. Con su actividad frenética y destructora nos hizo creer que los robos y asesinatos no podían ser obra de un solo hombre, sino de una organización.

Solo Ganstein lo acertó. Un lobo solitario. No me dijo por qué lo sabía.

¿De dónde le viene esta locura, esta energía monstruosa, esta rabia sin límites?

—¿Por qué no acabaste el seminario, Schroeder? —pregunto,

llamándole por el apellido que tenía cuando vivía en el norte de Alemania.

La pregunta le ha descolocado. He citado a un Erwin que murió hace tiempo. Me mira, mudo, lívido como si tuviera una daga clavada en el alma. Le cuelgan las manos. Salta hacia mí. Cierro los ojos. Lo tengo detrás. Gira la silla con violencia y precisión. Un cuarto de vuelta. Hasta dejarla encarada con la pared de la izquierda. Estoy delante del muro del oprobio. Es como el corcho de mi casa, pero gigantesco y con un orden o desorden que denota una ira infinita, sin otro propósito que amontonar recortes de artículos, imágenes bajadas de Internet, titulares de periódicos y documentos difíciles de catalogar. Un mosaico de las atrocidades cometidas sobre niños y niñas por pastores de la Iglesia católica en todo el mundo.

Empuja la silla con tanta fuerza que por poco no me empotra contra este galimatías de denuncias y arrepentimientos. En un extremo, hay una fotocopia de la portada del *Sentinel* de Milwaukee, la del día de la sentencia favorable a los dos curas que yo intentaba empapelar.

Quizás es lo que me ha salvado. Hasta ahora.

En la otra pared, todo son noticias, fotos y reportajes relacionados con los últimos tres papas. Wojtyła, Ratzinger y Bergoglio.

—¿Sabes que Juan Pablo II vivió cerca de aquí?

—¿Por qué tienes tanto odio al papa Francisco? —pregunto, al ver las aberraciones que acompañan sus fotos. Falsedades e insultos contra los jesuitas sacados de la Red.

—¿Has leído *El cementerio de Praga*? —dice, refiriéndose a la novela de Umberto Eco.

—Sí. Pero los que salen peor parados son los judíos y los masones.

—No la has leído bien. Los jesuitas son masones vestidos de mujer. Más falsos que Judas. Y si este papa que tanto te gusta fuera tan abierto como dicen, ya habría aceptado mi propuesta.

—¿Cómo sabes si tus mensajes han llegado al Vaticano?

—¿No vienes de Roma?

¡Hijo de puta! ¡El chico croata! Pobre muchacho.

Suena un móvil que no es el mío.

Se encamina hacia una imagen del castillo y abre una puerta camuflada en la pared. La traspasa y desaparece. Miro las otras paredes. Todas están empapeladas de lo que alimenta sus desvaríos. Estoy en un antro inmundo, construido de recortes, fotografías, citas, publicaciones, libros, frustraciones y delirios de una vida resquebrajada. En manos del criminal más imprevisible. A la derecha, hay una amalgama de manuscritos ampliados, la mayoría escritos en griego y otros en copto. A la izquierda, la foto ampliada de un hombre que conozco bien, porque se habló mucho de él durante el juicio que perdí. Maciel, otro monstruo, el líder de los Legionarios de Cristo.

Tiene los ojos esgrafiados.

Vuelve enseguida. Parece contrariado con la llamada.

—Ahora sí que tengo que ir a ver al padre Tadeusz —me dice, con una naturalidad enfermiza, como si viviéramos juntos.

—Debe de ser muy tarde para salir —le digo, en el mismo tono.

—Todavía no son las siete.

Me ha dicho la hora. Lo registro como una victoria. Ha pasado menos tiempo del que creía.

—Te he mandado un SMS al móvil egipcio, ¿no lo has visto?

—No digas mentiras —responde, volviendo a utilizar un tono de amenaza—. He mirado tu móvil y no hay nada.

—Lo he borrado. Era un mensaje de Omar.

—¿De Omar? ¿Qué quería? —pregunta, con voz trémula.

—No lo sé. Estaba escrito en árabe. Me lo mandó un amigo suyo, Adel.

—¿Adel, de Siwa?

—Sí, creo que también es de Siwa.

Vuelve a la otra sala. En el cristal de la ventana, veo cómo abre la nevera. Activa su móvil egipcio. Lo mira y remira. Se acerca, irritado.

—No hay ningún mensaje.

—Debo de haber marcado mal el número…

—¿Y sabes qué decía?

—Ya te he dicho que estaba en árabe.

Se le ve descentrado, indeciso, con movimientos poco coordinados. Comprueba que las ruedas de la silla están bloqueadas. Coge el rollo de cinta para taparme de nuevo la boca y duda un instante. Quiere que le diga que no, por favor, no vuelvas a ponérmela. No lo haré. Lo miro a la cara y esbozo una sonrisa triste. Vuelve a la otra habitación y me trae un vaso de agua. La bebo con gusto y previsión. No sé cuánto tardará en volver. Corta un trozo de cinta y la coloca encima de la boca, tensada como antes.

Me deja sin venda. No hace falta.

Ya lo he visto todo y, además, estaré a oscuras y con la boca cosida. Cierra la puerta de la caja fuerte donde estoy con tres llaves que hacen un ruido aterrador. Oigo movimientos en la otra sala durante un buen rato, como si abriera y cerrara armarios y cajones.

Sale, porque reconozco el ruido de la cerradura que he abierto con la ganzúa. Silencio.

Se ha dejado el móvil egipcio en la mesita. Encendido.

Cracovia, 9 de mayo, sábado

Estoy segura de que Tadeusz ha telefoneado a Erwin porque desde el Vaticano le han llamado la atención. Cuando mencioné su nombre, Ganstein se hizo el loco, pero registró su nombre. Lo saben todo, o casi todo, de su vida en Cracovia. Y el secretario del papa seguramente tiene un dosier sobre su estancia en Siwa. No será una reunión fácil para él.

Y para mí puede ser letal. Si vuelve sabiéndose investigado por el Vaticano y abandonado por los legionarios, reaccionará como una bestia acorralada. Hará desaparecer las pruebas y a las personas que le han visto la cara. Calculo que tengo un par de horas. Tres, como mucho.

La oscuridad es mi universo, como en el poema de lord Byron, pero la negrura absoluta solo existe en la literatura. Por debajo de la puerta se cuela un hilo de luz que proviene de la otra habitación. Se la habrá dejado encendida con las prisas. Al principio es solo eso, un hilo, pero a medida que me acostumbro a la oscuridad se convierte en una mancha de aceite fluorescente que se esparce por el parqué.

No es nada, pero es mucho. Para mí, lo es todo. Me permite tomar posesión del espacio y de mis posibilidades.

Puedo mover los dedos y encoger la palma de las manos, pero los brazos los tengo como palos de escoba atados al cuerpo. Los pies están paralizados y solo puedo mover el dedo gordo y arquear la planta, que no sirve de gran cosa. Por mucho que mueva, nunca podré aflojar esta superposición criminal de cuerda gruesa y cinta plastificada.

La cabeza es la única parte que tengo libre. No tiene boca, pero el resto está disponible. Intento moverme proyectándola hacia delante y hacia atrás con tanta fuerza que casi me desnuco, pero la silla no se desplaza ni un milímetro. Además, aunque lo consiguiera, ¿qué sacaría con ello? Iría a parar a una de las paredes, que son ciegas y que probablemente estén almohadilladas. He oído cómo cerraba la puerta con tres llaves mucho más sofisticadas que las de
la entrada, y nunca podría abrirla, aunque consiguiera desatarme. Ni con la ganzúa de Momo. Estoy en una caja fuerte. No puedo gritar, ni dar golpes, ni hacer algo para que puedan oírme.

A un par de metros, a la izquierda, se enciende una luciérnaga.

Es como las que cogía con mi hermana, cuando éramos pequeñas, para meterlas en una botella de vidrio e imaginarnos que, si todas las niñas hacían lo mismo, la noche nunca sería completamente oscura. Es una luz insignificante, pero reverbera en el barniz de la mesita.

Alguien está llamando al móvil egipcio que se ha olvidado, boca

abajo, sin sonido ni vibración. ¡Debe de ser Momo! Tiene que ser él. Menos mal que no ha llamado un cuarto de hora antes. Por lo que me contó, si nadie contesta, con el móvil encendido solo podrá localizar el barrio. Como mucho la calle. No llegaremos a tiempo.

La luciérnaga no para. Si consiguiera responder, podría afinar más. Quizás pudiera localizar la casa, porque está apartada de las otras. Pero ¿de qué diablos le serviría si no me puede llamar? ¿A quién se lo diría? ¡Aileen, déjate de preguntas que no tienen respuesta y concéntrate en lo que puedes hacer! Tengo que acércame al gusano de luz, superar el miedo que me daban cuando era niña. Si me muevo de lado, ayudándome con la cabeza, tengo más margen. Noto cómo las nalgas se levantan de la silla, cada vez más. Soy un péndulo patoso pero, haciéndolo una y otra vez, voy cogiendo ritmo y, si sigo, creo que podré volcarla. Merece la pena intentarlo. Cayendo de lado, igual consigo sobrevivir. Si cayera hacia atrás, me partiría la nuca.

El batacazo ha sido de órdago.

Creo que me he dislocado el hombro, y la cabeza me ha rebotado en el suelo como una pelota. Si no fuera parqué, me la hubiera abierto como una sandía. Me llega mejor la luz que pasa por debajo de la puerta, pero ya no puedo ver la del teléfono porque está encima de la mesita. Estoy en una posición inverosímil. Si tengo que quedarme así un par de horas, será una tortura.

No me he roto nada, pero las cuerdas siguen donde estaban. Quizás no del todo. El porrazo ha liberado un pie y la muñeca del mismo lado. Puedo moverlos. Si consigo hacer palanca con el suelo, podré desplazar el manojo de aluminio y carne entumecida en el que me he convertido. Con una acción coordinada y grotesca del pie y de la mano izquierda, lanzando la cabeza hacia delante, consigo deslizarme por el parqué. Solo me muevo un par de centímetros a cada intento, pero en diez minutos estoy cerca de la mesita. Con las ruedas de la silla la sacudo. Oigo cómo el teléfono se tambalea, hasta que cae.

Ha quedado boca arriba y la pantalla ilumina más que el faro de Alejandría.

Momo vuelve a llamar. Me acerco y, con un movi-miento imposible, consigo acercar el pie. Con la uña del dedo pequeño, pulso el botón verde. No oigo nada, pero si hay alguien al otro lado pensará que ha llamado a un número de ultratumba, porque nunca hubiera imaginado que por mi nariz pudieran salir sonidos tan fuertes y lúgubres. Son los de un animal desollado, como el Cristo que he visto fuera.

La luciérnaga se ha apagado.

También nos pasaba a mi hermana y a mí cuando jugábamos demasiado rato. Estoy extenuada. Lloro.

No sé si me he dormido o me he desmayado. Ni cuánto rato hace que

estoy en esta postura imposible. ¿Un par de horas? Oigo ruido. Debe de ser él. Una sombra impide que la luz siga filtrándose por debajo de la puerta. Es el fin. Cuando vea este desbarajuste, enloquecerá.

Alguien intenta abrir, pero no lo consigue. Es el ruido de una ganzúa intentando forzar la cerradura. Lo conozco bien. Ha de ser la policía. Estoy tan debilitada que me da igual. Habré perdido, pero seguiré con vida. Vuelvo a cerrar los ojos. Que sea lo que Dios quiera. Oigo dos disparos, potentes pero apagados, como cuando los niños italianos del barrio, en Nochevieja, tiraban los *botti* en el contenedor de la basura para que hicieran más ruido al explotar. Y un imponente golpe, que provoca un estruendo de madera que revienta.

Se abre la puerta. Quedo bañada de luz. Cegada. Desde el suelo lo veo todo del revés, pero reconozco el cuerpo de mujer que se dibuja.

¡Es Karla!

Tiene las piernas separadas, los brazos estirados hacia delante y una pistola en las manos. Con un cañón largo, larguísimo. No me equivoqué: es la sustituta del *sayan* que murió en Florencia.

Enciende la luz e inspecciona la habitación. A la derecha, hay un escritorio en el que Erwin guarda la caja, y en el centro, la mesita. En el suelo, una silla de ruedas boca abajo que intenta deshacerse de un cuerpo roto. Se acerca y me pone la mano en el cuello. Sabe que estoy viva. Enfunda la pistola y levanta la silla haciendo palanca, con un movimiento lento y preciso, pendiente de mis gemidos. Me cuesta mantener la cabeza derecha, después de tenerla tantas horas colgando, pero me queda energía para esbozar una mirada de agradecimiento. Al menos con un ojo, porque el otro casi no lo puedo abrir.

Coge la bolsa y abre un tubo. Lo aplica en la cinta y su alrededor, la remoja hasta que se ablanda y la va levantando con cuidado, sin que me dé cuenta, incluso cuando pasa por el otro lado de la cara. Huele a crema hidratante, de la buena. Me ha borrado el recuerdo de la salvajada que he sufrido.

Suelto un profundo bufido, mientras noto que las cuerdas se van aflojando y el plástico se desgarra. Me coge por las axilas, me levanta y me abraza, sin dejar que toque el suelo, no sea que me desvanezca. Siento su cuerpo caliente y me sienta bien.

—Tenemos que irnos —dice, afectuosa y decidida.

—Abre el primer cajón… —digo, con un hilo de voz, señalando el escritorio—. Encontrarás la caja con el manuscrito.

—¿Puedes andar? —me pregunta, pareciendo dudar sobre qué hacer.

—El cajón, Karla, el cajón —insisto.

Mientras doy los primeros pasos, titubeando y ayudándome con la silla, saca la bolsa del mueble y me muestra la caja que Erwin ha exhibido como un trofeo.

—¿Es esto? ¡Vamos!
—Comprueba que está el manuscrito.
—Sí. Está.
—¿Qué hay en la tapa?
—Una especie de garabato grabado. Como una flor.
—¿Y el palimpsesto de Santa Catalina?
—Debe de estar aquí —dice, sacando una carpeta de la bolsa.
—¿Estás segura?
—¿Lees griego antiguo?
—No.
—Pues yo tampoco. Así que ya podemos irnos.

Me extraña que no se muestre más contenta con el hallazgo, pero lo atribuyo a la urgencia de huir antes de que vuelva Erwin. Mientras toma algunas fotos de las paredes con el móvil, veo la que me faltaba, porque la tenía detrás, empapelada como las otras con un *patchwork* de fotocopias y fotografías, con tachaduras de rotulador que muestran la demencia de un hombre solo, prisionero de su propia telaraña. Por lo que parece, es una panoplia gráfica de los paganos alejandrinos. Destaca una reproducción de la *Escuela de Atenas* que vi ayer en el Vaticano y un fotograma de *Ágora*, aquel en el que Hipatia muestra un trapo con sangre a sus estudiantes. Cada uno tiene un nombre rotulado debajo, empezando por Sinesio, que observa a la maestra con devoción.

Al lado, hay una foto de la iglesia de Santa Catalina de Alejandría con una fecha, 20 de septiembre de 1941, y un recorte de periódico nazi con un titular que no me cuesta entender: «La Gestapo se lleva a seis frailes del convento de los agustinos». Es donde se reúnen los miembros de Magnus Christus. ¡Qué perversión! La foto está coronada por una advertencia de Hitler: «Los polacos solo pueden tener un señor y debe ser alemán; por lo tanto, todos los miembros de su *intelligentsia* deben ser eliminados». Encima, este monstruo de Erwin ha garabateado algunas cifras del horror, 1.900.000, los polacos que murieron durante la guerra, y otras que revelan su delectación diabólica en la represión que sufrieron frailes, monjas y curas. Por las imágenes que lo acompañan, el número 3.000 debe de ser el de los religiosos que fueron asesinados. Más abajo, bajo el nombre de Dachau, hay fotos imposibles de mirar, con palabras, como flemón, malaria o inoculación, dispuestas sin orden por una mente corrompida.

Colgado en la silla, como si hubiéramos estado cenando, está mi bolso. Me lo cuelgo cruzado, como Karla, y al hacerlo me doy cuenta de que me duele todo. Sin que lo vea, cojo la Moleskine que Erwin ha dejado encima de la mesita. Ella tendrá imágenes del infierno y yo los pensamientos del demonio. No sé qué es peor.

—¡Venga! ¿Puedes llevarlo tú? —dice, dándome la caja y la carpeta.

—Creo que sí —respondo, feliz de sentir el peso de la madera.

Tengo la cabeza confusa, pero localizo una imagen de Sherif que debo de haber soñado mientras estaba medio muerta. Es él, ofreciéndome un té y mostrándome una caja que hubiera podido cambiar su vida.

Karla coge la pistola de nuevo, ahora con una sola mano.

—Aquí ya he tomado fotos —me dice, cuando pasamos por la otra estancia.

Mientras hace una llamada, corta e imperativa, en hebreo, abro la nevera y cojo mi móvil. Lo ve y sonríe. Echo un último vistazo al Cristo desollado. Es un grabado de anatomía. Hay dos más: el de una mujer que se levanta el velo que le cubre el cuerpo para mostrar un útero grávido, y el de un hombre encordado que se rasga la piel del vientre para mostrar los músculos del abdomen. Un tríptico de cuerpos destrozados, como el del *baltaguiya* y el del pobre Akram.

—Cuidado, hay un jardín detrás —aviso cuando salimos.

—Sí, ya lo sé.

Podía habérmelo imaginado. Bajamos por Bernardynska, supongo que para no encontrarnos a Erwin de cara si vuelve al piso. Por el plano, recuerdo que es una calle muy larga. No sé si tendré fuerzas. En la esquina tiene el coche aparcado, de alquiler, imagino. Subo y me siento mejor. Hasta ahora no estaba muy tranquila.

—Vamos al aeropuerto, Aileen —dice—. Tenemos que irnos cuanto antes mejor.

—Tengo el pasaporte en el hotel.

—¡No me lo puedo creer! Te metes en un lío descomunal y sin llevar el pasaporte encima…

En otras circunstancias me hubiera pegado la bronca, pero ahora me mira y sonríe. Le correspondo con un movimiento de labios. No me ha contado qué pretende, ni qué quiere hacer con los documentos.

—De todas formas —añade—, necesitas una ducha. Mejor que no vayas al aeropuerto con este aspecto.

Aprovecho para contarle cómo ha sucedido todo. He venido a Cracovia porque en El Cairo comprendí que Erwin mentía, y en Alejandría descubrí su pasado. No le digo cómo, ni le hablo de los chicos, ni de Siwa. Ganstein confirmó mis sospechas, al hablar de un lobo solitario. Después la suerte me ha acompañado. El chico de la universidad, el hombre del centro cultural, el tótem del museo y la funcionaria que me dio su teléfono. Hasta que entré en el piso, sin darme cuenta de que había un acceso por el jardín trasero y sin pensar que los perturbados tienen habilidades que no tenemos el resto de los humanos. Al final, Dios se me ha aparecido con la llamada de Tadeusz.

—¿Cómo lo habéis descubierto? —le pregunto.

—Tel Aviv —responde—. Repasaron las cámaras de Santa Maria del Fiore y descubrieron que estaba allí cuando murió nuestro hombre. También repasamos las listas de los asistentes a la conferencia de Nápoles.

—¿Y el piso? ¿Cómo lo habéis localizado?

—Gracias al cónsul de Israel en Alejandría. Le ha llamado un tal Abu Bakr, dándole la localización y diciendo que estabas en peligro. Ha hablado con Tel Aviv y nuestro agente que sigue el caso me ha llamado. Es un imbécil, pero un buen profesional, y te ha salvado.

¡Momo! Ha geolocalizado el móvil, se lo ha dicho a Maryse, y ella ha llamado a Abu al móvil que le facilité. ¡Qué grandes son! Y Karla también. Solo una mujer como ella podría encontrar el piso en tan poco tiempo y salvarme antes de que Erwin volviera.

—¿Me has seguido desde Roma?

—No me digas que te molesta…

—¿Por qué os interesa tanto este manuscrito, Karla?

—Porque lo pueden utilizar para hacer daño.

—A la Iglesia católica, no a vosotros.

—Mira, Aileen, tú y yo somos iguales. Compartimos poca cosa de todo este tumulto religioso, pero entende-mos que hacía falta pararle los pies al tipo este —afirma, resumiendo bastante bien la situación.

—Yo tenía motivos personales. Pero no creo que a vosotros…

—Nos importen demasiado los cristianos —dice, acabando la frase —. Te equivocas. Si desaparecieran de la región, sería un desastre para Israel.

—Me parece que os preocupa más la suspensión del viaje del papa a Egipto.

—Eso es política. Hoy somos amigos de los egipcios y mañana quién sabe. La religión es diferente porque en Oriente Próximo está en todas las casas —advierte, mientras sigue las indicaciones del GPS.

Nos acercamos al hotel. Conduce con un ojo puesto en el retrovisor y con la guantera abierta para tener a mano la pistola, si hace falta. Viéndola, me cuesta recordar la noche de Roma. ¡Fue ayer! No es posible. Sigue igual de elegante, esta vez lleva unos vaqueros italianos y una chaqueta de cuero de color tostado que hace juego con su pelo, encima de una camisa de hombre. Pero ahora va con otro chip y no lo cambiará hasta que despegue el avión. Si todo sale bien, la promocionarán. Si no, Cracovia se añadirá a la lista de ciudades en las que el Mossad ha actuado pasándose por el forro la soberanía de los otros países y dejando a menudo un rastro de sangre impune.

—¿Merecía la pena que muriera tanta gente? —pregunto, con un sentimiento de culpa que no me puedo quitar de la cabeza.

—Habría muerto mucha más si el manuscrito hubiera seguido en

manos de ese loco.

—¿Qué haréis con él?

—Somos expertos en hacer desaparecer cosas. Durante mil años si hace falta.

—Pero hay fotos, y los dos artículos del *Times*… —le recuerdo.

—Y los expertos dirán que eran un montaje, ya verás.

—¿Y qué pasará con Schroeder?

—Deja de preocuparte, Aileen. No se hablará más de él.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que quizás pasará el resto de su vida en una cueva del desierto —dice, con una indolencia que me irrita.

—Pero ¿y su piso? ¿Qué dirá la policía cuando lo descubra?

—Estará vacío. Ya he llamado. El único problema es que nadie pagará el alquiler del último mes —ironiza con una sonrisa amarga.

—Sois como él.

—Él te hubiera desollado viva y yo te he salvado. ¡No lo olvides!

Mientras cruzamos las callejuelas del centro histórico para llegar al hotel, repaso la historia que está a punto de acabar.

No sé si Erwin ha matado a Sherif, al *baltaguiya*, al colega de Karla, a aquel infeliz del *tok-tok* y a Akram para alimentar a la bestia que lleva dentro o para cumplir el objetivo que se había marcado. Probablemente, las dos cosas. Espero que la Moleskine me lo aclare. Pero, a pesar de todo, no puedo dejar de verle como a una víctima. Por lo que he observado en las paredes, sé que ha urdido este escándalo planetario para vengarse. Para desquitarse de la Iglesia por la violencia que sufrió en el seminario y que le ha causado estragos en lo más profundo del alma. La paranoia de los antiguos legionarios le ha facilitado la cobertura, pero cuando entró en Magnus Christus ya era un cristiano desviado, un loco de Himmler que soñaba con hacer lo que el jefe de las SS no tuvo tiempo de hacer. Buscar en los filósofos neoplátonicos de Alejandría la fuente para una religión nueva. Ni judía ni cristiana. Un fuego sagrado que permitiera volver a empezar. Y esta vez, sin fracasar.

Estoy segura de que ha sido él, y solo él, quien lo ha planificado y ejecutado todo. Un lobo solitario.

Se ha aprovechado de la protección de Magnus Christus, y creo que nunca sospecharon de su verdadera identidad, ni que soñaba verlos a todos ellos en manos de los nazis, como pasó con los seis frailes del convento. A mí me ha hecho bailar como a una peonza citándome en Kom el Shoqafa y en la cisterna de Al Nabih, mientras él seguramente no estaba ni siquiera en Egipto. Me hizo creer que acababa de llegar a El Cairo cuando quizás venía de Alejandría, donde había ahogado a Akram de esa forma tan miserable. Ha sembrado un camino de muerte para hacer subir la cotización política de los documentos que tenía y

porque sabe que ninguna religión nueva se ha impuesto sin que haya habido antes sacrificios.

Siempre que ha podido, ha dejado su huella personal, cuerpos arruinados.

Karla ha aparcado el coche enfrente del hotel y me pide que me dé prisa.

—Ven conmigo, por favor —suplico—, no quiero estar sola.

Coge lo que nos hemos llevado del piso y entramos juntas.

—Te espero. No tardes —repite, con la intención de quedarse en recepción.

—No puedo, Karla, lo siento —insisto.

—¡Venga, mujer! Tranquila —me dice, cogiéndome por el brazo y entrando en el ascensor—. Aprovecharé para ir al baño.

Entramos en la habitación. Mientras me desnudo, ella lo deja todo encima de la cama. El bolso, la cazadora, la caja, la carpeta, el móvil, las llaves del coche y la pistola. Y entra en el baño.

La puerta ha quedado entreabierta. Cuando sale, me encuentra de cara, plantada a los pies de la cama, vestida y encañonándola con la pistola. Con las piernas bien separadas, como ella. He cogido todo lo que había arrojado sobre la cama, menos el bolso, que he revuelto, dejándole la documentación.

—¿Te has vuelto loca?

—Un poco sí. Mejor que vayas con cuidado.

—¿Qué haces, Aileen? ¿Para quién trabajas?

—¡Para el demonio! Escúchame bien, Karla, y no hagas ninguna tontería.

Le cuento cuál es la situación y el dilema que se le plantea. No dejaré escapar los manuscritos de Hipatia después de lo que me ha costado llegar hasta aquí. Y tampoco el palimpsesto de Santa Catalina. No puede ser que tanta gente haya muerto en vano, todo para que el Mossad saque provecho, a saber con qué propósito y contra quién. Sabe que sé utilizar una pistola, porque hacia el final de la cena, cuando estábamos medio bebidas, le conté cómo había afrontado el peligro de que Patrick me mandara a unos maleantes desde la prisión. Le expliqué que me pasaba el día cambiando cerraduras, llenando la casa de cámaras, tomando clases de taekwondo y aprendiendo a utilizar el arsenal de armas que había comprado. Sabe que no dudaré en disparar y que, con el silenciador, no la encontrarán hasta el día siguiente, cuando yo ya esté lejos. Debe de pensar que estoy loca de atar, pero cuanto más lo piense, mejor.

—Si haces lo que te digo, todo irá bien. Y solo tú y yo sabremos lo que ha pasado, ¿de acuerdo?

—No lo conseguirás, Aileen —dice, sonriendo.

—Eso es cosa mía.

—¿Qué harás con el manuscrito?

Sabe que no busco dinero ni recompensa. Y que me he propuesto restituirlo a los que lo han conservado durante siglos. Para que sean ellos los que decidan sobre su destino. Ellos y nadie más.

—Desnúdate.

—Estás loca.

—¡Desnúdate! —repito—. Y dame la ropa.

Recojo todo lo que se va quitando y la cazadora que había dejado en la cama, y lo pongo en mi bolsa.

Las bragas también.

Desnuda, de pie, con la luz del atardecer que le inunda el cuerpo, es de una belleza insultante.

—Ahora escucha, Karla. Me voy. Si avisas a recepción, llamarán a la policía y quizás me detengan. Entonces lo contaré todo. Todo, ¿lo entiendes? Lo pasaré mal, pero para Israel será un escándalo mayúsculo y a ti te mandarán a Corea del Norte, donde no podrás comprarte más armanis. ¿Lo has captado?

—OK —dice, más relajada—. Y si no llamo, ¿qué pasará?

—Cogeré el primer avión que encuentre. Me llevaré el manuscrito y el palimpsesto y el papa podrá viajar a Egipto sin problemas, que es lo que os interesa.

—Muy bien. ¿Y el coche?

—Lo dejaré aparcado en el aeropuerto con la pistola, el móvil y las llaves dentro —añado, pidiéndole que memorice el número de la matrícula que cuelga en el llavero—. Es un aeropuerto pequeño. Lo encontrarás fácilmente.

—¿Y se puede saber cómo salgo de aquí? —pregunta, abriendo los brazos y mostrándome una última vez la infinita belleza de su cuerpo.

—No creo que para una *kata* sea muy difícil encontrar ropa —le digo sonriendo.

Sigue moviendo la cabeza como indicando que he perdido el oremus.

—Tienes dos horas —comenta, con una determinación que contrasta con su situación.

Cojo la bolsa de viaje, el tesoro y mi bolso.

—Adiós, Karla —digo, abriendo la puerta.

—Aileen…

—¿Qué?

—¿Y el pasaporte?

—Lo tenía en el bolso.

Sonríe. Ella se ha quedado sin el manuscrito y sin ropa, y yo sin ducharme.

Cuando llego al aeropuerto, el vuelo de Alejandría vía Estambul

acaba de cerrar las puertas. Mala suerte. Y el de El Cairo no sale hasta el día siguiente, así que tendré que volar a una ciudad europea y esperar hasta mañana. No me gusta. De aquí a un par de horas, los *katsas* de toda Europa tendrán mi foto y no servirá de nada que viaje con el nombre de Mary Clarissa.

Mientras voy descartando alternativas, veo una cola de polacos en pantalón corto y chancletas. Viajan a Sharm el Sheikh, al mar Rojo, en un chárter nocturno. Compro un billete. El último que queda. Vuelvo a depender de ella, porque el vuelo sale en tres horas, una más de las dos que me ha dado. Pero lo intento.

Tendré tiempo de hojear la Moleskine y atar cabos, pero antes tengo que hacer una llamada.

—Hola, Martin. Soy yo.

—¡Aileen! ¿Qué haces? ¿Dónde estás? Tengo que hablar contigo. Hay novedades.

—Llego a Sharm el Sheikh a las cuatro de la mañana. Estaré en el Four Seasons. ¿Desayunamos juntos?

—¡Fantástico! ¿A las nueve?

—Mejor a las ocho, porque me voy a las diez.

—¿Vienes al Four Seasons y solo te quedas media noche?

—Ya te contaré, Martin. Yo también tengo novedades.

El avión despega, han pasado más de tres horas. Karla me ha regalado una. O quizás le ha costado más de la cuenta encontrar algo que ponerse.

Sharm el Sheikh, 10 de mayo, domingo

Pasadas las doce, el avión despega repleto de polacos que andan como si ya llevaran las aletas de nadar puestas. Los acompaña la ciudadana Mary Clarissa, que luce un chichón considerable en la cara, disfrazado con un corrector color beis comprado deprisa y corriendo mientras el empleado de la tienda estaba dudando entre mandarla al botiquín o llamar a la policía.

El control ha sido rápido y he podido comprobar que la pantalla del policía no distinguía entre un libro comprado en el aeropuerto y un manuscrito de más de quince siglos de antigüedad, y entre una caja de puros y una arqueta de la Cirenaica. Nunca me había sentido tan ligera y satisfecha como cuando el avión ha plegado las ruedas en su vientre, a pesar de estar apiñada en la última fila de asientos, entre la ventana y una pareja decidida a succionar el aire estancado que hay cerca de los baños. Para colmo, tengo todo lo que he recuperado sobre mis rodillas, en la bolsa que tenía Erwin en el escritorio.

Tesoros que nunca debieron salir de Egipto, como el *Códex Sinaiticus,* las biblias de Uadi el Natrun o los papiros del museo de Turín.

Ya le he dicho tres veces a la azafata que no estoy obligada a ponerlo arriba porque esta vez no me han asignado una salida de emergencia. Con los ojos cerrados y el alma en paz, me duermo con las manos encima de la bolsa.

Pero ese sueño se rompe pronto, y no es ni por el frío que hiela, ni por el trasiego de una absurda cena a medianoche, ni por el ruido que hace la vecina con el Candy Crush. La arqueta se ha abierto sola, violando la ley de los antiguos, el manuscrito se ha desmenuzado y los trocitos se han esparcido por el avión, como si estuviéramos en una nave espacial, provocando el delirio de los turistas, que se pelean por coger uno, aunque sea de los más pequeños y solo se pueda leer una palabra. La caja, ahora vacía, se ha desintegrado. Un polvillo tan fino que se ha filtrado por la ventanilla y se ha dispersado en la noche cósmica que nos envuelve.

Recupero el ritmo cardíaco al despertarme y notar la arqueta entre las manos. Tan maciza como cuando se la entregaron a Sinesio, tallada en un bloque de sicomoro, para que guardara la carta que había recibido de su maestra, aquella que había esperado tanto tiempo y que leyó y releyó, llorando, feliz. Con un legado que le permitió morir reconciliado con Dios y la filosofía.

Cuando Erwin sacó la caja de la bolsa, excitadísimo, alzándola como si fuera a oficiar el agnusdéi, confirmó la autoría del manuscrito.

Ahora ya sé que fue él quien se lo dijo a Akram, porque he leído en la Moleskine que se puso en contacto con él el mismo día que murió Sherif, para contarle su plan y decirle que debía dejar de lado las dudas académicas. Le ordenó que sostuviera sin fisuras que Hipatia era la autora y que Sinesio era el destinatario. Y, sobre todo, que debajo del pergamino había un legajo de gran importancia.

«Un manuscrito que hará temblar a la Iglesia», anotó.

No sé qué hay en la caja, pero la agarro como si fuera el Santo Grial. Al fin y al cabo, lo que importa es el significado que le atribuyen los que la han tenido durante siglos. ¿Qué son, si no, los libros santos, la Torá, la Biblia y el Corán? Aquello que los fieles han querido que sean. ¿Qué serían los Evangelios si no hubieran sido considerados válidos por los creyentes en sus oraciones? ¿Y los hadices del profeta, si los musulmanes no los hubieran adoptado?

Karla dice que somos iguales y quizás tiene razón.

Mientras los otros seguían pistas equivocadas que llevaban a un chantaje organizado, yo viajaba a Cracovia, pasando por Roma, en busca de un asesino. Un lobo solitario. Y Karla también, aunque fuera con un propósito diferente. Monseñor también lo adivinó. Quizás porque no es de este mundo.

Ahora voy camino de Egipto, con el manuscrito de Siwa y el palimpsesto de Santa Catalina sobre las rodillas, mientras Erwin quién sabe dónde para, si cumpliendo su primera noche en prisión o escondido bajo un puente del Vístula.

Hojeando la Moleskine, mientras esperaba la salida del vuelo, he podido atar algunos cabos.

Con letra minúscula y una meticulosidad compulsiva, lo ha ido anotando todo desde que llegó a Cracovia huyendo de las vejaciones del seminario. La fascinación intelectual por la Alejandría pagana y la atracción por el universo nazi, que nace, por lo que cuenta, de una relación pasional y violenta con un alemán que llevaba el cuerpo tatuado de esvásticas. La posibilidad entrevista de aunar ambos mundos cuando el amante le habla de Himmler, el nazi pagano. El descubrimiento del tótem, del *Swiatowid,* con el cual encuentra una paz que la vida le niega y al que dedica palabras de recogimiento. El debate de la Jagelónica sobre Sinesio, en el que, a pesar de estar convencido de que el inglés tenía razón, sobreactúa para impresionar a Tadeusz y Zdzisław y poder aprovecharse de ellos. Es durante este congreso cuando conoce a Akram, y hace que Akram se conozca a sí mismo.

Nunca me dijo que había estado en Cracovia. Habría sospechado.

También anota las primeras reuniones con los antiguos legionarios, a los que odia por cómo lo tratan y por la biografía perversa del padre Marcial Maciel Degollado. ¡Lo llama «el violador de Michoacán»! Los

utiliza para desplegar su estrategia. La ida a Siwa, los momentos plácidos con Omar, las noches de luna llena en el templo de Amón, constituyen las únicas hebras de humanidad de esta monstruosa agenda. Después viene el robo a los Madanya, el encuentro con Sherif, haciéndole creer que quería vender la arqueta, y el trato con el *baltaguiya* para recuperarla.

Con el montaje del robo, urde un plan mefistofélico que provoca el pánico entre los integrantes de Magnus Christus y los lleva a diseminar la idea de que la Iglesia corre peligro. La información que le proporciona Akram sobre el palimpsesto de Santa Catalina le sugiere la idea de añadirla a su plan. Y la presentación de la carta de Evoptio por parte de Martin —¡qué ironía! —le permite redondearla con un *tetractys* de amigos de Sinesio contrarios al patriarca de Alejandría. En Nápoles conoce a Brooks y le filtra, magnificada, la información, consiguiendo que el Vaticano y la embajada norteamericana se la tomen en serio.

Cuando se entera del viaje del papa, escribe: «Ahora o nunca». Sabe que es una formidable ocasión para meter miedo en el cuerpo a los egipcios y alarmar a Israel, aunque de esto no parece consciente hasta el final.

La libreta muestra cómo hace cuadrar vuelos, crímenes y robos con las reuniones y citas. Un trastorno compulsivo transformado en virtud malévola. Destinado a hacernos creer a todos que estábamos ante una poderosa organización. Deja constancia, con fruición, del placer que le procura engañar a los de Magnus Christus, hablando por Skype desde la terraza de una cafetería de Florencia. «¡Cretinos!», escribe, junto a un esbozo del *campanile* que debió de dibujar mientras esperaba que Martin y yo acabáramos de comer.

No dibuja mal, aunque el trazo del bolígrafo es seco y quebrado. Agresivo, como él. Los apuntes más conseguidos son los de las palmeras de Siwa. El oasis lo había dulcificado.

No lo tenía todo planificado. Al ver mis mensajes en el móvil de Sherif, se le abrió el cielo. En la libreta hay páginas con mi biografía bajadas de Internet. Me describe como a una enemiga de la Iglesia, áspera, testaruda y amiga del anticuario muerto. Y cuando se entera de las causas de mi divorcio me incluye definitivamente en sus maquinaciones. Lo sabe todo de mí. «¡Novelista!», anota. Creo que de ahí le vino la idea de citarme en las catacumbas y en la cisterna.

Tampoco tenía previsto matar a Igor Ostrosvsky. Escribe: «Eliminado sospechoso que seguía a la americana», preguntándose si era un agente norteamericano. Lo que le importaba era armarla cada vez más gorda para poder presionar al Vaticano.

Sacó provecho de las miserias de Akram Hennawi. Me revuelve el estómago ver cómo lo dominaba. Conoce su punto débil, la muerte del

hermano, y utiliza sin escrúpulos su condición de víctima del régimen y su complejo de pecador. Durante el sexo, le habla de venganza. Contra los militares y contra una sociedad que le repudia. Nunca podré saber cómo fue el final, porque no ha tenido tiempo de anotarlo, pero me lo puedo imaginar, por la relación que habían tenido en Cracovia y que describe con detalles escabrosos.

Con todo, la más monstruosa de sus imposturas ha sido la abyecta manipulación de Hipatia, la filósofa de la síntesis, que contaba entre sus alumnos con paganos, judíos y cristianos. Profana sus ideas para articular una ideología excluyente y criminal tan antigua como la humanidad.

Una aberración intelectual. Una violación, como las que sufrió y como las que infligía al joven croata siempre que volvía de un viaje.

Aterrizo en Sharm el Sheikh temiendo que la policía egipcia pueda estar al corriente. Pero solo hay jóvenes bronceados que esperan al pasaje, interesados por la única mujer que sale sola, sin compañía. Les desconcierta que no muestre las piernas y no lleve chancletas, y todavía más que chapurree el árabe lo suficiente para pedir un taxi.

Por suerte, el trayecto es corto. Tanto, que el taxista no tiene tiempo de ofrecerme toda la gama de servicios para turistas de mi sexo de que dispone como complemento a una zambullida en los fondos marinos del mar Rojo.

Las dos horas que he pasado echada en una cama inmensa y mullida y el masaje tailandés que me he regalado mientras el sol salía del mar, dan a Martin una impresión equivocada de lo que ha sido mi vida en las últimas veinticuatro horas. Hasta el punto de que ni siquiera pregunta de dónde vengo, ni qué hago en Sharm el Sheikh a estas horas. Le veo muy alarmado.

Estamos en la cafetería de la piscina, cerca de un mar que no sé por qué lo ven rojo si es azul o verde, según lo mires. Debe de ser que ya no queda nada del coral del que hablaba Cavafis. He dejado la bolsa en la habitación. En la caja fuerte. Una de verdad.

—Ayer por la noche me llamó Brooks y me dijo que está seguro de tener una exclusiva mundial —dice, antes de sentarse.

—Un manuscrito de Hipatia con una propuesta de síntesis entre filosofía neoplatónica y religión cristiana.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo imaginaba.

—Dice que lo tienen unos antiguos Legionarios de Cristo y que lo harán público si el papa no cambia su actitud permisiva ante el divorcio, el aborto y la homosexualidad.

—Le puedes decir que se lo piense dos veces antes de publicarlo —le recomiendo, sin decir por qué. Me preocupa la llamada.

—Lo tirará adelante, Aileen. Imagínate el cóctel: Hipatia, legionarios y un chantaje al papa pocos días antes de su viaje a Alejandría… ¿Cómo no va a publicarlo?

—No creo que se tire a la piscina sin ver el original, supongo.

—¡Dice que le mandarán fotos! Le han anticipado una para que vea que no es broma. Me la ha enviado para conocer mi opinión y…

—¿Qué le has dicho?

—Ya sabes que no opino a partir de una foto, pero es un texto muy enigmático, Aileen. Podría ser…

—¿Sabes cuándo se pusieron en contacto con Brooks? —le pregunto, cortándole.

—Me dijo que acababa de hablar con su fuente. Es decir, ayer, hacia las diez de la noche.

Erwin sigue libre. Y no parece que esté bajo un puente del Vístula. Karla se ha equivocado. Tendría que haberle esperado para descerrajarle un tiro entre ceja y ceja. La policía habría cerrado el caso como un crimen sexual, si es que lo tienen fichado, y la historia se habría acabado aquí. Me horroriza pensarlo, pero ahora tenemos un problema llamado James Brooks. Y un asesino libre y rabioso.

Me levanto y pido al camarero que nos suba a la habitación todo lo que hemos acopiado en el bufé y dos capuchinos. No sé quién alucina más, si él o Martin.

Cuando nos deja solos, convencido de que tengo fantasías de ninfómana a horas extravagantes y con hombres mayores, pido a Martin que se siente detrás del falso escritorio inglés que hay junto a la ventana y saco la bolsa de papel de la caja fuerte.

—Es para ti —le digo, entregándole la carpeta.

La abre y no dice nada. Ni siquiera levanta la vista, pero la hoja que ha cogido con la punta de los dedos aletea suavemente, como si la brisa la hubiera alterado, después de tantos siglos de sequedad. O quizás ha notado unas manos conocidas que la habían tratado con una delicadeza infinita antes de que un haragán la metiera entre un par de cubiertas rugosas y se la llevara.

Coge una hoja de papel de carta de esas en las que ya no escribe nadie y la pone encima del palimpsesto para protegerlo. Cierra la carpeta y se levanta. Permanece un rato de pie, ante la ventana, con la mirada perdida hacia las montañas del Sinaí, que se levantan aquí mismo, por detrás del hotel. La pérdida de ese palimpsesto era el fracaso de toda una vida. Una muerte anticipada para un hombre como él, que ha hecho de la denuncia del expolio del patrimonio su norte, y que ahora, precisamente ahora, en su última misión, se había visto envuelto en la desaparición del manuscrito más importante encontrado en Santa Catalina desde el *Códex Sinaiticus*. ¡Qué injusticia para una carrera tan digna!

El retorno del palimpsesto es un milagro. El primer y único milagro que el profesor Yarnit, un santo Tomás de la ciencia, está dispuesto a aceptar.

—¡No me lo puedo creer! —dice, abriendo la carpeta de nuevo, moviendo con cuidado las hojas de pergamino, empezando a ordenar alguno de los fragmentos—. Está todo, Aileen. ¡Todo! —exclama.

—Qué, ¿desayunamos? —propongo.

Mientras nos sentamos ante un plato de fruta bien cortada, le pregunto si se las ingeniará para devolverlo al monasterio teniendo en cuenta que el *Times* hizo pública su desaparición y citó un extracto. Ya lo tiene pensado.

—¿Te acuerdas de la fachada principal?

—¿Aquella con la cesta por donde subían y bajaban los víveres durante siglos?

—Sí. Una vez al día hacen el paripé, deslizándola arriba y abajo para que los turistas lo filmen con el móvil.

—¡No jodas!

—Pues mañana, cuando llegue arriba, los monjes encontrarán el palimpsesto…

—Y el patriarca de Jerusalén bajará de la montaña, como Moisés —comento, maravillada de que se le haya ocurrido en tan poco tiempo.

—¡Cuando la policía pregunte, les diremos que ha sido un milagro! —dice, partiéndose de risa para aliviar la tensión.

—¿Los de Yale también tragarán?

—Qué remedio.

—¿Y Brooks?

—No lo creo.

Todos sabemos que los periodistas no creen en milagros, a no ser que sean los que permiten poner una exclusiva encima de la mesa del director. Además, si Erwin sigue en libertad, a saber qué información le dará. Debe de tener una copia digital de todo, colgada en la Nube.

—También tengo la caja y el manuscrito que le robaron a Sherif —le digo, volviendo a provocar un arrebato de desconfianza.

—Los milagros nunca van de dos en dos, Aileen —advierte.

Le doy la bolsa de papel.

—¿Vienes de Cracovia? —me pregunta, al ver a la mujer con el armiño que lleva estampada y que es, según me cuenta, uno de los óleos más preciados de Leonardo. Cuando vuelva, no me lo voy a perder.

—Saca la caja. Con cuidado.

—Está muy bien conservada —comenta.

Se la muestro porque se lo ha ganado y también porque necesito su complicidad para convencer a Brooks de que no publique la historia que le quiere endosar Erwin. Tiene que ver el manuscrito. Tenerlo en

las manos. Valorar el trazo del copista, la calidad del pergamino, apreciar el paso del tiempo. Si lo hace, podrá compartir conmigo lo que está en juego. Cuando vea que es un texto de Hipatia, y sepa que quiero restituirlo a Siwa, en lugar de exhibirlo en la portada del *New York Times*, me apoyará. Estoy segura.

—La puedes abrir.

Mentiré a Omar. Es un chico inteligente y, si un día se entera, comprenderá que era para bien. Lo hago para que la caja pueda volver a casa de los Madanya, sin que nunca se sepa que la robaron.

Martin abre la tapa de la arqueta despacio, como si conociera el sueño que he tenido en el avión.

—¡Vaya! —exclama, cogiendo las primeras hojas de pergamino de debajo, con sus manos, tan expertas como gastadas.

—¿Cuánto tiempo necesitas para hacerte una idea?

—Una media hora.

—Salgo a dar una vuelta, no tardo.

Lo dejo solo. No quiero romper el juramento que hice delante de Omar. Aprovecharé para hacer unas llamadas.

Me acerco a la playa, que está aquí mismo, para remojarme los pies doloridos, especialmente el izquierdo. El camarero está sorprendido de que haya bajado tan pronto y sola. Debe de pensar que soy peor de lo que imaginaba. O que mi pareja la ha palmado.

Marco el número del prefecto de la Casa Pontificia.

—¿Monseñor Ganstein, por favor?

—Al habla, señora O'Neill —responde, como si esperara la llamada.

—El manuscrito ya no podrá ser utilizado para hacer un chantaje —le anuncio, sin dar detalles.

—¿Insinúa que ha sido destruido?

—Digamos que está en manos santas…

—Si fueran tan santas, deberíamos saberlo, ¿no le parece?

—Si mal no recuerdo el papa Francisco siempre dice que la Iglesia no tiene el monopolio de la interpretación de la realidad. Es así, ¿verdad?

—Lo es. Pero una cosa no quita la otra. ¿Qué ha pasado?

—¡Pues que el lobo solitario dejó la guarida un par de horas y cuando volvió le habían quitado la pitanza! El manuscrito y el palimpsesto.

—Ahora lo entiendo…

—¿El qué, perdone?

—Pues que el padre Tadeusz me haya llamado esta mañana antes de las ocho. Yo estaba con el Santo Padre y no he podido atenderle.

—Pregúntele por aquel hombre del que hablamos.

—Lo haré dentro de un rato, cuando lo vea.

—¿Lo verá en un rato? ¿En Roma?

—Sí. Pasará por el Vaticano.

Me quedo muda. Por lo que parece, Tadeusz también tiene el don de la ubiquidad, como Erwin. Pero no le doy más importancia. Hay muchos vuelos a Roma y debió de llegar ayer por la noche. O esta mañana, a primerísima hora.

—¿Dónde está usted? —me pregunta Ganstein, rompiendo el silencio.

—En Sharm el Sheikh.

—Debe de estar menos preocupada que hace un par de días.

—Estoy mejor.

—Oiga, señora O'Neill. Hoy el papa debe tomar la decisión sobre el viaje. Y ayer nos llamaron desde la sede del *Times* en Nueva York, con malas noticias.

—No haga caso de un periódico, monseñor, escuche la voz de Dios.

—Si le pido garantías, me dirá que no puede dármelas, supongo.

—Le puedo asegurar que no aparecerá ningún original. Ahora bien —reconozco—, el *Times* puede tener alguna fotografía…

—De eso ya nos encargaremos, descuide. No creo que nadie pretenda entorpecer un viaje del Santo Padre con munición digital.

—Muy bien. Una última cosa, monseñor.

—Diga, diga, por favor. Ya se puede imaginar que el papa Francisco le estará infinitamente agradecido.

—Pues tiene la oportunidad de demostrarlo. Pídale de mi parte que se acuerde de Hipatia durante su visita a Alejandría.

—¿Sabe qué está pidiendo, señora O'Neill? La Iglesia vive con unos ritmos que no son los suyos. ¿Cuánto tardó el perdón para Galileo?

—No hablo de perdón, sino de reconocimiento. Ella era una mujer divina. Venerada por Sinesio, Evoptio, Olimpo y Herculiano. Todos cristianos. Nunca contrapuso la filosofía al cristianismo. ¿No le parece suficiente, monseñor?

—¿Imagina lo que supondría para los coptos que el papa se refiriera a ella? ¡En Alejandría!

—Explíqueles que esto podría haber acabado mucho peor. Son gente razonable —argumento—. Y si han aprendido a convivir con los musulmanes, pueden hacerlo con los fantasmas de su historia.

—Bien. Escuche, ya veremos. El viaje es de aquí a…

—Lo sé. Lo sé. Pero, cuando quiere, la diplomacia vaticana no entiende de calendarios ni relojes.

—¿Eso es todo? —dice, molesto por mi atrevimiento.

—Otra cosa, más personal. Aprecié mucho la visita a las Estancias de Rafael.

—Me alegro —dice, secamente—. Añadiremos Alejandría, no se preocupe.

—Gracias. Pero los trípticos oficiales dicen que hay dudas sobre

quién es ese personaje vestido de blanco.

—Son las dudas de los expertos.

—¡Tomen partido, monseñor! Bien que lo hacen cuando hay discrepancias sobre los Evangelios, ¿verdad? Pues digan que es ella. Se lo merece. La única mujer entre tantos *uomini famosi*.

—Que Dios se apiade de nosotros, señora O'Neill… —dice, despidiéndose. El papa lo reclama en su despacho.

Me he propuesto aprovechar esta media hora para rebajar la histeria de todos los afectados. Hace falta que me crean, claro.

Sigo andando por la playa, encantada de comprobar que el sol sale al revés que en Alejandría. El agua me relaja los doloridos tobillos y la arena, finísima, se deshace entre los dedos de los pies como si fuera azúcar.

Todavía tengo tiempo de llamar a la embajada, antes de que cometan alguna estupidez.

—¿Brennan?

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Aileen O'Neill.

—¿Dónde estás?

—En Sharm el Sheikh.

—¡Joder, qué bien te lo pasas! Aquí todos vamos de cabeza preparando el viaje.

—Escucha, y escucha bien, porque tengo prisa —le digo, en un tono que contrasta con el lugar desde el que hablo.

Le paso un mensaje parecido sin dar detalles sobre el lobo solitario, informándole de que los documentos están a salvo y no podrán ser utilizados para boicotear la visita del papa. Le aseguro que lo sé, y punto.

—¿Qué pretendes? ¿Que le diga al embajador que se puede ir de vacaciones porque has llamado de Sharm el Sheikh diciendo que está todo resuelto?

—Exactamente. Puede hacerlo si tiene días disponibles.

—Escucha, Aileen O'Neill, el embajador de Estados Unidos no moverá el culo de su silla hasta que el papa se haya ido. ¿Lo oyes? Y con historias truculentas de manuscritos robados y anticuarios asesinados por medio, todavía menos. ¿De acuerdo?

—Como quieras, Brennan. Yo te informo, tal como quedamos.

—¡Qué cojones me informas! Me pides un acto de fe. Y desde Sharm el Sheikh, para hacerlo más surrealista.

—Si no me crees, preguntadlo al Mossad.

—¡Al Mossad! Pero ¿qué pretendes? ¿Que los llame y les diga que se han acabado los problemas porque nos lo han dicho desde el mar Rojo? ¿Qué te has creído? ¡Me dirán que mataron a un agente suyo y que no están para tonterías!

—¡Para, Brennan! Yo no puedo resucitar a los muertos, pero te vuelvo a decir que los manuscritos ya no están en manos de los que querían hacer chantaje.

—¿Y dónde están? ¿Los ha comprado un coleccionista de Shanghái? ¿Se los ha quedado el Vaticano para hacer una exposición sobre Sinesio?

—No sé dónde están, y si lo supiera tampoco te lo diría. Pero están, digamos, fuera de circulación. ¿De acuerdo?

—¿Cómo que de acuerdo? ¿Cuándo vienes a El Cairo?

—Después del papa, no antes.

—¡La madre que te parió! Si pudiera, te traería aquí amordazada.

—Estamos en Egipto, Brennan. Y esto es un país soberano. Lo acaba de decir nuestro presidente.

—¿Sabes qué? Ya que te gusta tanto hablar en italiano, *vaffanculo.*

Me falta Abu. ¡Tengo que contarle tantas cosas! Y agradecerle la llamada al cónsul de Israel, que me ha salvado la vida.

Le pediré que estén atentos a todas las fronteras, por si acaso. Y le proporcionaré las diferentes identidades de Erwin que he encontrado en la libreta. Pero luego, ahora no tengo tiempo.

Volviendo a la habitación, mientras camino por la arena, que empieza a calentarse, hago una llamada rápida a Maryse. Quiero quedar con Omar al anochecer, en Alejandría. Le pagaré un viaje en coche para volver a Siwa, porque con la caja no puede viajar en una *mashrua* donde las gallinas o las palomas de las campesinas la podrían estropear. Cuando me lo imagino cogiendo la pieza de sicomoro con sus manos delicadas, protegiéndola contra su pecho, pienso que ha merecido la pena. Tendré que avisarle de que no sé dónde está Erwin y que tienen que estar atentos, pero no creo que sea un motivo de preocupación para los Madanya. Si Erwin pone un pie en Siwa es hombre muerto.

—¿Dónde estás? —me pregunta Maryse.

No se lo digo, porque he visto que todo el mundo se alarma. Le refiero que llego esta tarde a Alejandría y que quisiera ver al morenito hoy mismo.

—Se ha ido a su pueblo —me cuenta, con la discreción necesaria.

—¿Se ha ido? Si quedamos en que nos veríamos cuando volviera…

—Parece que su madre está enferma.

—¿Cuándo lo ha sabido?

—Según Rana, le llamaron ayer por la noche, tarde.

—¿Quién le llamó?

—¿Cómo voy a saberlo? Supongo que alguien de la familia.

No me gusta que se haya ido. Insistió en que solo podía volver a Siwa si tenía la caja y que si no la encontraba tendría que irse muy

lejos, donde ningún Madanya pudiera localizarle. Y la caja, con el manuscrito, la tengo yo.

¿Seguro que la tengo?

Si Omar se va a Siwa es porque la tiene, o cree que puede tenerla… ¡Erwin! ¡Hijo de puta! Es él quien le ha llamado. Debe de estar camino de Siwa y le ha prometido la caja.

—Tengo que colgar, Maryse. Hablamos más tarde.

—Oye…

He colgado. Ni siquiera le he agradecido la llamada a Abu que me ha salvado la vida. ¡Qué desastre! No cojo el ascensor para subir a la habitación. Subo las escaleras de dos en dos y abro la puerta resoplando, con la sangre latiendo fuerte, alterada por una sorda inquietud que se extiende por el cuerpo y me nubla la vista. Martin ha salido al balcón. Ni siquiera ha cerrado la caja y la corriente de aire remueve el manuscrito.

—Como mucho, es de hace tres o cuatro siglos, Aileen. Comprada a algún anticuario de los que venden maderas antiguas del desierto.

—¿No lleva una marca en la tapa?

—Sí. Una planta de *silphium.* Grabada hace cuatro días.

—¿Y el manuscrito?

—Es más interesante.

—¿Hipatia?

—¡No, mujer, no! Pero es conocido porque lo robaron de la Bodleian, en Oxford, hace un par de años. El director estará contento cuando se lo devolvamos.

¡Esta no es la caja de los Madanya!

La auténtica la tiene aquel cabrón, con el manuscrito de Hipatia. Nos ha vuelto a engañar. A mí y a Karla.

Esa llamada… Tuvo que ser Tadeusz, desde Roma, avisándole de que el Vaticano iba a denunciarlo. Los ruidos que oí cuando estaba en la otra habitación… Abría y cerraba cajones… Debió de irse con el botín, abandonándome para que me pudriera en la silla. Esta caja no es la que le robaron a Sherif. Es una que tendría para guardar este manuscrito de la Bodleian que él mismo habría robado, y a la que le grabó el *silphium,* por mimetismo, o por si acaso. ¡Qué monstruo! Me dejó atada. Si no me encontraba nadie, moriría en la silla. Si conseguía liberarme, descubriría que había fracasado. Como ahora.

Tal vez ya esté de camino a Siwa, donde ha citado a Omar. Con el tesoro de los Madanya.

Prefiero quedar como una estúpida que ha perseguido un manuscrito de la Bodleian pensando que era de Hipatia que explicarle la verdad a Martin.

—Bien. ¿Estás contento?

—¡Soy el hombre más feliz del mundo! Me sabe mal por ti…

—No te preocupes por mí. ¿Qué haréis con el palimpsesto?

—Lo devolveremos al monasterio, como te he contado, y espero que los monjes nos dejen seguir trabajando en él.

—Si Yale mantiene la subvención, no creo que se opongan.

—No, pero tendremos que negociar con ellos la publicación de los resultados.

—Así es como debe ser, ¿no? Ya está bien de utilizar las cosas de los otros sin pedir permiso.

—Tienes razón. Es una lección que hemos aprendido. Y tú, ¿qué harás?

—Iré a Alejandría, y volveré a meterme de lleno en la novela. Pero antes tengo que pasar por Siwa. ¿Puedes hacerme un favor, Martin?

—¡Los que quieras!

—Llama a Brooks y dile que la foto que te ha mandado es una falsificación.

—No puedo hacerlo, Aileen. No me obligues a decir una mentira.

—Cuando quieres, como en Nápoles, las dices.

—Comprometería mi reputación.

—Si la policía descubre que alguien de tu equipo coloca un palimpsesto en un cesto del monasterio, tu reputación también se resentirá, ¿no?

—Cómo eres, Aileen… Cómo eres… ¡De acuerdo! Le llamaré.

En poco más de una hora tengo el vuelo hacia El Cairo. Estoy de suerte, porque veo en Internet que hoy mismo hay un enlace con Marsa Matruh. Después, son unas tres horas de coche. Estaré en Siwa antes de que se ponga el sol.

Antes de irme le digo a Martin que devuelva él mismo el manuscrito a la Bodleian y que la caja puede quedársela como recuerdo. Cree que debo hacerlo yo, que me entrevistarán en *The Guardian* y que eso me dará prestigio para la novela. Le aseguro que odio las entrevistas, sin que sea del todo cierto. No quiero saber nada de esta caja, y cuando le digo que hace juego con sus zapatos de cuero agrietado, ríe y se la queda. No quiero nada que me recuerde la perversión de aquel hombre.

Solo quiero el manuscrito.

Si no fuera porque hoy no estoy para recuerdos, me haría inmensamente feliz volver a Siwa. Estuve cuando todavía no había cumplido los veinte años, durante la semana santa de 2001, con una amiga que lo era todo para mí. La que murió en las Torres Gemelas. Fue antes de conocer a Patrick.

Fue un viaje maravilloso, embrujador. He aquí por qué nunca he

querido volver desde que estoy en Alejandría.

Abu continúa sin contestar. No puedo ir a Siwa sin decírselo. Tecleo un whatsapp.

NH4

Solo él puede entenderlo. El catión de donde proviene la sal. Si el teléfono esta pinchado, los descodificadores tardarán unos cuantos días en interpretarlo. Aunque pidan ayuda a Brennan. Y para entonces, todo estará decidido.

Es lunes. El papa llega el viernes. Tengo cuatro días.

Siwa, 11 de mayo, lunes

Erwin decidió abandonar Cracovia cuando Tadeusz le llamó, desde Roma, para avisarle de que iban a interrogarles a todos. Cuando le dijo que en el Vaticano sabían que él se encontraba en Alejandría cuando robaron el manuscrito, se le nubló la vista. Conociéndole como le conocía no le extrañaba que hubiera sido él quien le había denunciado, y ahora le avisaba para salvar el pellejo. Sabía que si hablaba los detendrían a todos. No tenía otra opción. Tenía que huir, deprisa, dejando a la norteamericana atada a la silla.

Abandonar el lugar en el que había atesorado tantos sueños y perversiones le rompía el corazón, pero se puso manos a la obra. La adrenalina se le disparó, como le pasaba siempre que debía hacer frente a las sorpresas del destino. Se consideraba un hombre organizado y dado a la planificación escrupulosa, pero lo que le producía una excitación suprema era resolver situaciones imprevistas.

Extremas, como esta.

Un rictus malévolo se dibujó en su rostro al pensar que tardarían mucho tiempo en localizar el piso. Nadie tenía su dirección, ni Tadeusz, ni ningún integrante de Magnus Christus, ni la administración de la Jagelónica, porque a todos les había dado una dirección falsa. Tampoco ningún amigo, porque no tenía, y porque, cuando quedaba con algún chico, solía ser en las afueras, en un hotel de mala muerte.

Cuando entraran, encontrarían un esqueleto envuelto en cuerdas, e imaginárselo le producía un placer difícil de explicar. Las moscas habrían depositado sus huevos, y de estos habrían salido larvas, y de las larvas, ninfas, y las ninfas se habrían transformado en gusanos que no dejarían ni una migaja de carne. La metamorfosis de las moscas lo fascinaba desde que había descubierto que ya era conocida en tiempos de los faraones. Entre las reproducciones que tenía colgadas en la pared estaba la de aquel papiro que unos embalsamadores habían dejado en la boca de una momia para ahuyentar el pánico de la generación espontánea: «Los gusanos no se convertirán en moscas dentro de ti».

Los romanos, que tantas cosas aprendieron de los egipcios, escribían *Caro data vermibus* encima de las sepulturas, para dejar claro a quién daban la carne. Así es como acuñaron la palabra «cadáver», que le parecía bien buscada. Un cadáver viviente es lo que era esta Aileen O'Neill, que se pudriría delante de la foto del castillo de Wewelsburg y las miradas entrecruzadas de Himmler y el padre Maciel. Como si estuviera en las catacumbas de Kom el Shoqafa, ante dos espíritus

malignos.

Mientras, las termitas se habrían zampado el palimpsesto de Santa Catalina. No era lo que más le preocupaba. Las polillas habrían convertido en polvo la caja con la que había sustituido la auténtica, y devorado aquel manuscrito robado de la Bodleian que había puesto dentro. Eso sí que le sabía mal, porque estaba orgulloso de un hurto que había salido en todos los periódicos. Pero lo compensaba la satisfacción de haber vuelto a engañar a O'Neill.

Esa mujer impura que se había cruzado en su camino y que se creía tan lista.

Antes de salir del piso descolgó el Cristo desollado y abrió la caja fuerte que había detrás, donde estaba la caja de Siwa con el manuscrito de Hipatia. La envolvió con un papel de burbujas y la puso en una bolsa de plástico. Tenía prisa, pero devolvió el grabado a su sitio, porque él era un hombre organizado y tenía que restaurar el triángulo que formaba con los otros dos.

Pilló el último vuelo a Estambul con enlace en Alejandría. Con el mismo pasaporte falso que había utilizado para ir a Sharm el Sheikh a robar el palimpsesto. Calculaba que llegaría a Siwa sobre las dos del mediodía.

Llamó a Omar para decirle que llevaba la caja, como le había prometido, y le explicó que se la había comprado a un anticuario de Londres, sin darle detalles, pero el chico tampoco le hizo más preguntas.

Volver a Siwa era meterse en la boca del lobo, porque si le pillaban no lo conseguiría, pero había sido una decisión valiente. Pintaban bastos y sus quimeras tendrían que esperar tiempos más propicios. Tadeusz había disuelto Magnus Christus y el Vaticano, alertado, haría todo lo que estuviera en sus manos para que no se publicara nada. James Brooks ya le había advertido que el *Times* no publicaría la historia con una fuente anónima, y él no pensaba retratarse. El papa viajaría a Egipto convencido de que, además de infalible, es intocable. Pero él estaba convencido de que la Iglesia católica tenía los días contados y que su fin estaba escrito en las estrellas.

Era cuestión de tiempo. Ya se presentarían nuevas ocasiones para darle el golpe de gracia utilizando el manuscrito de Hipatia.

Entretanto, había decidido esconder la caja donde había estado durante siglos. No en casa de los Madanya, porque no la merecían, sino en un escondrijo de la Montaña de los Muertos que sabía seguro, hasta que un día pudiera llevársela de nuevo, abrirla y explicar al mundo los pecados del cristianismo.

Entonces emprendería el camino de la gloria como apóstol de la nueva fe.

Se sentía solo, abandonado por todos, incomprendido. Se había ido

de Rostock porque su padre lo ataba a los barrotes de la cama y le pegaba cuando volvía a casa, bebido, y su madre entraba luego en la habitación y le acariciaba las mejillas con unas manos frías y rasposas que olían a lejía. Más tarde huyó del seminario para no tener que arrastrarse más debajo de la mesa de aquel fraile espigado que le esperaba con la sotana subida para repasar latín.

En Cracovia se había encontrado a sí mismo. Había vivido su pasión por el mundo antiguo y su odio a los judíos, yendo a Auschwitz, muchos sábados por la mañana, a primera hora, cuando todavía no habían llegado los turistas, para disfrutar de la lógica del exterminio. Otra víctima de abusos, como él, lo había conducido a un mundo de hombres vestidos de cuero y tatuados con el símbolo del sol negro. Aquel universo de hombres fuertes le había reconfortado. Y leyendo la vida de Himmler había cerrado el círculo entre las ideas del pasado helenístico y las virtudes de un futuro depurado de todas las excrecencias cristianas. De vez en cuando, se acostaba con un hombre, cuanto más joven mejor, por unas migajas de sexo que siempre acababan igual, con la vista nublada por la imagen de aquel cura apretándole la cabeza entre las piernas, con ambas manos.

Ahora, estos desgraciados de Magnus Christus se pondrían de acuerdo para decir que él, y solo él, era responsable de la pretensión demoníaca de exigirle al papa un perdón por crímenes cometidos hace siglos. Con los cinco o seis cadáveres que le endosarían, se pasaría el resto de la vida en prisión, donde sería presa y pasto de los reclusos más fornidos.

Tenía que huir lejos, porque le podían encontrar en cualquier ciudad. El desierto era su única salvación.

En Siwa, pondría su destino en manos del oráculo. Le preguntaría si lo consideraba digno de esconder el manuscrito en el oasis hasta que el destino volviera a reclamarlo. Además, podría ver a Omar. Aunque solo fuera por unas horas, con la promesa de devolverle la caja.

Hacía tiempo que nadie le llamaba *habibi.*

Omar hacía ya tres semanas que estaba en Alejandría, en casa del tío Khaled, y no había conseguido localizar a Erwin. Había recorrido Attarin de arriba abajo, y había mostrado la foto a mucha gente, tal como Momo lo había organizado. También había preguntado en todos los bares de Mansheya y Anfushi. Nada de nada. En algunos tugurios de mala muerte alguien creía haberle visto pero hacía tiempo, antes de que fuera a Siwa.

Había conocido a Rana paseando por los alrededores de la tienda y le parecía una buena chica, más atrevida que las del pueblo. Ella le había presentado a Momo, al que consideraba un tanto alocado pero bastante listo, sobre todo con los asuntos de teléfonos e Internet. Pero ellos tampoco tenían ninguna pista. A la norteamericana que había

conocido en casa de Maryse no acababa de pillarle el punto. No entendía que una mujer como ella, tan guapa y fijo que rica, se hubiera metido en esta historia, por mucho que Rana le hubiera explicado que era amiga de Sherif. Parecía buena persona, e inteligente, pero no le gustaba el trato que mantenía con ese comisario de Attarin.

Nadie con dos dedos de frente puede fiarse de un comisario.

Cuando escuchó la voz de Erwin al otro lado del teléfono, la sangre le subió a la cabeza. Pensó en lo que su padre le había dicho, antes de irse: «¡Haz lo que sea, Omar!». No creyó que hubiera comprado la caja a un anticuario, y menos que no la hubiera abierto. Por lo que había descubierto O'Neill y Momo, este hombre miente más que habla. Se había hecho pasar por polaco, y era alemán. Decía que era profesor y escondía sus estudios para cura. Cambiaba de nombre como una veleta cambia de orientación cada vez que sopla el viento. ¿Por qué tenía que creerle si era un mentiroso compulsivo?

Le había engañado, le había hecho bailar como una peonza y había robado a los Madanya.

—Quedamos en Siwa mañana —le propuso Erwin—. Hacia el atardecer.

—¿Traerás la caja? —preguntó él, sin decir nada más.

—Sí, Omar. Te la daré y podrás volver a casa.

El alemán le citó en Bilad el-Roum, unas casas abandonadas que hay a las afueras del pueblo.

—¿A qué hora?

—Volveré a llamarte para decírtelo. No llegues tarde. Tengo ganas de verte.

No le contestó, no le dio más vueltas. Decidió acudir y nada más. Si tenía la caja, se la quitaría y luego lo mataría. Y si no la tenía, también. Cuando lo viera le diría *habibi* y dejaría que lo levantara bien alto, con sus brazos largos y musculados, como solía hacer cuando quedaban en el palmeral. Y cuando le pidiera yacer en la alfombra que habría desplegado, como siempre, porque nunca le gustaba estirarse en contacto directo con el suelo, entonces le rajaría la garganta con una daga omaní que Rana le había regalado cuando le había anunciado que volvía a Siwa. «Por si la necesitas», le había dicho. Y entonces, en lugar de reseguir las gotas de sudor que le bajaban por la espalda, como cuando estaban bajo las palmeras, contemplaría el río de sangre negra que le brotaría de la sotabarba, se escurriría hacia la puerta y se derramaría por el sendero.

Como cuando su padre degollaba un cordero, para la fiesta del Eid al-Adha.

Poco antes de llegar al pueblo bajó de la *mashrua* llena a rebosar de beduinos en la que había viajado toda la noche. Estaba en el cruce con

la carretera que va al oasis de al-Bahariya, donde le esperaba su amigo con la moto. Ahí mismo, de pie, se lo contó todo y le dijo dónde habían quedado, y que solo esperaba una llamada suya para confirmar la hora. Adel propuso ir con toda la pandilla, atraparle entre todos, romperle el espinazo y dejar el cuerpo cerca de las ruinas, desnudo, para que los cuervos se llevaran la carne a picotazos y las cucarachas limpiaran los huesos.

—Si se da cuenta de algún peligro no vendrá —advirtió Omar—. Es más listo que el hambre.

—Conocemos Bilad el-Roum mejor que él, y nos esconderemos antes de que llegue —sugirió.

—Te digo que no, Adel. Además, si corre la voz de que estoy aquí mi padre se enterará y tendré que salir corriendo.

—¿Y por qué no vais todos, con los tíos? Uno de ellos es el mejor cazador del oasis.

—Porque la caja me la robaron a mí. Y yo soy quien tiene que recuperarla. Ya sabes cómo funcionan las cosas aquí.

—¿No sería mejor que fueras a la policía, Omar?

—Pero ¿qué dices? Si el tipo se ve rodeado por la policía abrirá la caja y destruirá su contenido. Y si lo matan antes, se la quedará la policía y no la veremos nunca más.

—¿Y si no la lleva consigo?

—Entonces le pondré este puñal en el cuello hasta que me diga dónde está —replicó Omar, mostrando el puñal omaní enfundado.

—Es más fuerte que tú, Omar.

—Toca —dijo, sacando la daga de la funda y mostrando el corte, afilado como una navaja de barbero—. Si hace un gesto, está perdido.

Impresionado por la brillantez del acero y por la determinación de su amigo, que hablaba como un hombre mayor, Adel desistió de hacerle cambiar de opinión. Mientras esperaban la llamada del alemán, fueron a tomar unos zumos de guayaba que llevaba en la moto cerca del lago Maraki, en un lugar resguardado. Adel quería aprovechar para saber cómo era la vida en Alejandría, porque recogiendo dátiles en lo alto de las palmeras nunca podría casarse, y el turismo cada vez era más escaso.

Cuando enfilaban la carretera, el sol se apagó y una nube de arena borró el horizonte. Dieron media vuelta y fueron hacia el pueblo, porque el *chamsin* se los podía tragar. Con el viento polvoriento que precedía a la tormenta nadie los vería y Omar podría esconderse en una casa en ruinas de la fortaleza. Mientras Adel apretaba el acelerador, Omar notó que le vibraba el móvil. Era él. Quería cambiar el lugar y la hora de la cita debido al mal tiempo. Parecía lógico. Bilad el-Roum estaba demasiado lejos. Propuso quedar a las once en el templo de Amón.

Omar volvió a preguntarle si tenía la caja porque, si la tenía, estaba dispuesto a ir donde fuera, y cuando se lo confirmó, le dijo que sí.

—¿Era él? —preguntó Adel, que no había podido oír la conversación.

—Sí. Hemos quedado en el templo. A las once.

—¿Con este *chamsin*? ¿Y de noche? ¡Estás loco!

—Mejor. Así no habrá nadie.

—No te dejaré ir solo. Avisaré a tu padre.

Omar agarró a su amigo por el cuello con tanta furia que se habrían estrellado contra algún árbol si no fuera porque Adel consiguió parar la moto con una frenada brusca. Los dos acabaron en el suelo.

—¿Quieres que pruebe el puñal contigo? —le soltó Omar, que había caído encima, sin soltarle, mientras ponía la otra mano sobre el pomo de la daga.

—¡Me haces daño! —gritó Adel—. Te has vuelto loco con esta mierda de caja —añadió, llorando, más de impotencia que por el daño que se había hecho.

—Escucha —dijo Omar, que se daba cuenta de hasta dónde le estaba llevando la locura—. Haremos una cosa. Si a las doce no he vuelto, marca este número y cuéntaselo todo a una mujer que se llama Aileen, señora Aileen. Es una norteamericana que vive en Alejandría.

Sin preguntar quién era esa mujer, ni qué podría hacer por él desde tan lejos, Adel añadió el teléfono a sus contactos y se fue. Estaba convencido de que, en Alejandría, alguien había echado el mal de ojo a su amigo.

De Sharm el Sheikh a Marsa Matruh, pasando por El Cairo, todo ha ido según lo previsto. Todavía no son las dos, así que llegaré a Siwa antes de las seis. El chófer del taxi que he cogido al salir del aeropuerto no pregunta qué hace una mujer como yo yendo sola al oasis. Debe de ser porque hay poco trabajo, o quizás porque es un joven licenciado en arqueología que se gana la vida llevando turistas al desierto y las ha visto de todos los colores.

Se muestra escéptico sobre lo que tardaremos, cuando le digo que me gustaría llegar antes de la puesta de sol.

—Dicen que soplará el *chamsin*.

—No vamos en camello —le comento, sonriendo.

—Los camellos no se pierden, señora —responde, insinuando que el coche es menos seguro.

Durante la primera hora he dormido como un ángel, mecida por el traqueteo monótono del cuatro por cuatro y aplatanada por un calor que ni el aire acondicionado consigue apaciguar del todo, a medida que nos adentramos en el desierto.

De repente, me despierta el móvil y me extraña, porque el taxista

me ha avisado de que no tendríamos cobertura hasta el oasis. Al ver mi cara de sorpresa, señala unas instalaciones militares que estamos bordeando. Afloja la marcha, para darme tiempo a contestar antes de que volvamos a quedarnos sin línea.

—¿La señora Aileen O'Neill?

—Sí, yo misma.

—Soy un amigo de Omar.

—¿Eres Adel? —digo, asustada.

—Sí. Llamo porque Omar me ha dado su teléfono.

—¿Dónde está?

—Aquí. Pero ha quedado con un alemán a las once de la noche y estoy preocupado —explica, con un inglés justito y mucha angustia.

—¡A las once!

—Ya se lo he dicho señora, pero no ha habido manera.

—¿Dónde han quedado?

—En el templo de Amón.

—¡Madre mía! Escucha, Adel, estoy de camino y llegaré en un par de horas. ¿Quedamos a las diez?

—No sé si podrá llegar, señora. Porque hace muy mal tiempo…

—No te preocupes. Quedamos a la diez delante del Sha… ¡Joder! El teléfono se ha quedado sin batería. Y no estoy segura de que haya entendido que quería decir el Shali Lodge. Es el único hotel que conozco…

—A las diez no creo que hayamos llegado —advierte el taxista, contrariado al ver cómo empieza a revolotear la arena.

—Haga lo que pueda, por favor.

Había visto otros *chamsin,* como el que soplaba cuando salí de Kom el Shoqafa, pero siempre en Alejandría o en El Cairo, en donde quedan amortiguados por ciudades tan grandes que incluso Amón, que es el padre de todos los vientos y el señor de los oasis, acaba perdiéndose. Ahora, viendo el muro de arena roja que se nos viene encima, el taxista para en seco y comprueba que todas las ventanillas estén bien cerradas.

—Tenemos que esperar.

—Tengo que llegar antes de las diez —insisto.

—Ahora no podemos hacer nada. ¡No se ve la carretera!

No respondo porque no me oiría, y porque tiene razón. Nos cubre una ola gigantesca de arena que no deja ver ni el capó.

Cuando mi padre iba a lavar el coche al túnel, siempre me preguntaba si quería ir, y yo siempre le decía que sí, a pesar del pánico que me provocaba aquella garganta que nos tragaba. Recuerdo que el auto se movía de un lado a otro, abofeteado por todos lados por una bayeta tremenda y peluda que amenazaba con romper los cristales y dejarnos empapados. Encajar una tormenta de arena como esta en

medio del desierto y dentro de un coche es lo que más se le parece.

—¿Has oído hablar alguna vez de Cambises? —pregunta el chófer licenciado, forzando la voz. Me ha tuteado. Debe de ser para compartir el respeto que le inspira el desierto.

—Sí, claro —respondo.

Doy por descontado que todo el mundo conoce la historia de aquel ejército persa enviado por el rey Cambises para conquistar el oasis y doblegar al oráculo, y que desapareció desintegrado en un temporal de arena, cuando estaba a punto de llegar a Siwa.

—¡Eran cincuenta mil hombres! —dice el conductor, que se debe de acordar cada vez que se encuentra con una tormenta de cara.

—Y no quedó nada, ¿verdad?

—Ni un hueso, ni una punta de espada o lanza —explica—. El año pasado todavía vino un millonario norteamericano empeñado en encontrar el rastro. Quería buscarlo en helicóptero, pero los militares no le dejaron…

—Quizás es un mito —digo, mientras veo que el viento no afloja.

—¡Seguro! Se lo inventaron los persas, porque no quieren reconocer que los derrotamos —dice, con orgullo de árabe.

Oyendo cómo la arena crepita contra los cristales, es fácil comprender que el mito, si es que lo es, haya durado más de veinticinco siglos. Se lo comento al chófer, sugiriéndole que lo volvamos a intentar.

—Parece que no sopla tan fuerte —insinúo.

—¡Tardarán más de dos mil años en encontrarnos! —me advierte, poniendo en marcha el motor.

Es el mejor taxista que me podía haber tocado. Lo bastante experimentado para que no acabemos como las tropas de Cambises, y lo suficientemente alocado para hacerme caso. Pero cuando apenas hemos recorrido un kilómetro, encontramos la carretera cortada por ventisqueros de arena que borran los contornos.

—Si nos salimos del asfalto estamos perdidos —dice, aflojando la marcha hasta volver a parar.

—Hagamos una cosa —propongo—: tú camina delante del coche señalando el camino, y yo te seguiré, conduciendo despacio, en primera.

Yo también le tuteo. Necesitamos complicidad.

No es ninguna tontería. Mi padre lo hizo una vez, cuando una niebla espesa como un puré de guisantes nos pilló en el sur de Wisconsin, cerca de Oconomowoc, un nombre que nunca olvidaré. Teníamos que llegar a casa para la fiesta de aniversario de mi hermana, y lo conseguimos. Desde aquel día, en que cogí el volante por primera vez, me consideró una mujer, a pesar de mis catorce años, y yo le hice un hueco en mi adolescencia. Murió al cabo de pocos meses.

Se gira y me mira sin decir nada. Puede que me mande a freír espárragos y dé media vuelta, o que piense que conozco mejor el desierto que Gertrude Bell. Se envuelve la cabeza con una *kufia* palestina y baja. Al cabo de un kilómetro, que tardamos casi una hora en recorrer, como si él llevara al camello cogido por la brida, tomamos una curva que nunca hubiéramos visto sin dividirnos la tarea, y la carretera vuelve a salir de la nada, negra, recta, peinada por un polvillo que podemos asumir.

—¿Qué soy, una serpiente o un cuervo? —dice, riendo, mientras sube al coche, se quita la *kufia* y vuelve a coger el volante.

Como se da cuenta de que no lo pillo, me explica que, cuando Alejandro Magno iba camino de Siwa para pedir consejo al oráculo, sufrió un golpe terrible de *chamsin*, y los dioses del Olimpo se encarnaron en serpientes, o en cuervos, según los relatos, para guiarle hasta el oasis.

Adel me espera delante del Shali Lodge. Son las diez y cuarto.

En el hotel me miran como si fuera una aparición. Por suerte, parece que la tormenta será corta. También nos acompañan los dioses. Los empleados se quedan de piedra al ver que me sacudo la arena en el patio, dejo la bolsa en recepción, el móvil enchufado, y me voy con el muchacho sin esperar a que el tiempo se aclare del todo. Tenemos media hora.

Cuando vine a Siwa con mi amiga, yo pasaba una crisis que me trastocaba todas las partículas. La muerte de mi padre me había dejado un agujero en el alma que mi madre se empecinaba en taponar, sin conseguirlo. Nadie llenaba su vacío, ni siquiera mi hermana, pues a medida que nos hacíamos mayores, menos nos parecíamos. Yo cursaba segundo de Derecho, sin tener claro si la carrera me interesaba, y al chico que más me gustaba le gustaba más la SuperBowl que estar conmigo.

Mi amiga y yo decidimos ir a Luxor, Asuán y Abu Simbel sin saber muy bien por qué. Supongo que nos atraía la idea de ir río arriba, que es una idea muy norteameri-cana. En el avión que nos llevaba de Londres a El Cairo descubrimos que todos los que teníamos alrededor también iban y decidimos hacer una gran escapada. Un punto perdido en medio del mapa de la British Airways, cerca de la frontera de Libia, nos llamó la atención. Era el oasis de Siwa.

Pasamos una semana, la más loca de mi vida. Cuando ella murió poco después de volver, el once de septiembre, y no encontraron el cuerpo, me quedé tres días en cama, abrazada a la almohada, con las contraventanas cerradas, recordando aquel día que habíamos ido al desierto las dos solas, insensatas, y habíamos tomado un baño de arena ardiente, desnudas, y nos habíamos quedado a dormir, cavando un hoyo en la duna, abrazándonos fuerte para protegernos del frío que

hacía y del miedo que teníamos.

Omar salió de su escondite media hora antes y, haciendo camino por senderos poco transitados, fue hacia el barrio de Aghurmi para subir al templo.

No había nadie, porque la cola del *chamsin* todavía azotaba el oasis. De todas formas, no tomó la senda por donde solía acompañar a los turistas, sino que fue por detrás, escalando la roca. Así podría entrar por un pasadizo secreto, en el que decían que el oráculo se escondía para que se oyera su voz sin que nunca se le viera la cara. Subía con los amigos, cuando eran pequeños, para asustar a los turistas que no habían querido cogerlos como guías.

Cuando ya estaba casi arriba del todo, se desprendió un trozo de piedra calcárea que no se había movido desde tiempos del rey Amasis y que se estrelló al pie de la roca, con un estrépito que se debió de escuchar desde la Montaña de los Muertos.

Le faltaba poco. Hizo un último esfuerzo para alzarse en la plataforma, pero una mano le cogió por el brazo y lo alzó en vilo, con una fuerza ciclópea. Era una mano maciza, familiar. Tardó en reconocer la fisonomía porque el cielo todavía no estaba limpio y porque no llevaba coleta. Estaba enharinado de arena y tenía cara de poseído, la mirada encendida, como la que le habían visto sus amigos cuando iba al templo alguna noche de luna llena y él no les creía.

Era Erwin.

Mientras subo por el camino que bordea las casas de Aghurmir, el cielo se rasga de golpe y sale la luna por detrás del minarete que hay en la entrada. Está embarazada, como el día que llegué con mi amiga. El viento ya es una exhalación que solo rompe el silencio, y el templo se levanta encima de la mole, majestuoso y siniestro. Sigo hacia arriba por el empedrado, sin tener ninguna estrategia pensada.

Cuando me lo encuentre frente a frente, le diré que esta locura se ha acabado, que ha fracasado, como han acabado fracasando todos los que viven para hacer el mal. Le pediré que deje tranquilo a Omar y que restituya la caja a los Madanya. Y que se adentre en el desierto de Libia para no volver.

Erwin no había parado desde que había llegado, pasadas las dos del mediodía. Había ido a la casita del palmeral para recuperar objetos que había dejado enterrados, entre otros una pistola que le había comprado a alguien que venía de Libia. Después había llamado a Omar para quedar. Dos veces. Primero le había citado en Bilad el-Roum, no solo porque es donde había existido una iglesia, sino porque siempre tenía en la cabeza la epopeya de los cristianos de Siwa,

aunque con estos ahora no se trataba. Al ver que el cielo oscurecía, había quedado en el templo. Estaba satisfecho de haber cambiado de idea porque un templo pagano era más apropiado. No uno cualquiera. El más importante de todos. El templo de Amón.

Aquel al que peregrinaban los antiguos de todo el Mediterráneo. Aquel en el que el oráculo había ungido a Alejandro Magno hijo de Dios. Donde él, ahora, empezaría una nueva vida.

Aprovechando que no había nadie por las calles, se acercó a la Montaña de los Muertos. Entró en una cueva donde muchas familias se refugiaron de los bombardeos italianos durante la guerra. Con los años había quedado tapiada por la arena, pero con una pala que llevaba consigo la apartó, entró y emparedó la caja, en lo más alto, aprovechando una urna donde había habido una estatuilla que un coronel inglés se llevó, después de la victoria de El Alamein. No la encontrarían nunca, pensó, porque la arena volvería a tapiar la entrada y borraría cualquier huella.

Mientras esperaba arriba, en el templo, oyó el estruendo de la piedra que caía y adivinó que Omar subía por detrás. Lo estiró del brazo y lo levantó como si fuera una hoja de palmera.

Omar lo esperaba porque la piedra había hecho un ruido de aúpa, pero no tuvo más remedio que seguir hacia arriba. No podía dar media vuelta. Antes de hacer un último esfuerzo, comprobó que tenía el puñal debajo de la faja. Cuando Erwin lo tuvo bien levantado, la sacó de golpe y, con un gesto que había ensayado con su amigo, intento rebanarle el cuello. Pero el alemán no solo era fuerte, como le había advertido Adel, sino también ágil. Muy ágil. Y malpensado, como lo son los hombres malos. Estaba ojo avizor.

Dio un paso atrás y la daga le pasó rozando. La punta le rajó el labio.

Cuando llego al pozo que hay en la entrada del templo, oigo un grito seco y ahogado, seguido de un golpe sordo, como cuando dormíamos en el desierto con mi amiga y los cocos caían en la arena. Entro corriendo en la primera sala, bañada por la luz de la luna, que se cuela por arriba y por los agujeros de la pared. Paso a la segunda. Al fondo, una silueta negra se perfila entre las jambas de una puerta que da a la tercera estancia, aquella en la que Alejandro Magno oyó cómo le llamaban «hijo mío», o «hijo de Zeus», no se sabe a ciencia cierta. Aunque él escuchó «hijo de Dios», claro.

—¿Eres tú, Erwin? —pregunto, mientras voy cruzando la pieza, despacio.

—Mira quién está aquí, Omar, tu amiga —responde, con voz farragosa—. ¡Qué sorpresa!

—¿Dónde está el chico?

Se aparta, y la luz muestra un cuerpo estirado en el suelo, encima

de una alfombra, las piernas abiertas y los brazos en cruz. Es Omar. Avanzo un poco y le veo más de cerca, con una camisa blanca ensangrentada que viste bajo una gabardina negra. En la mano tiene una daga. Es una daga omaní, como la que tenía Sherif encima de la mesa.

—¿Qué le has hecho?

—¡Qué me ha hecho él a mí! —grita, poniendo la otra mano en la boca tumefacta.

Omar se mueve. Está vivo. Gime. Él se da cuenta y le inmoviliza, poniéndole sobre el pecho una bota negra de media caña.

—Suéltalo, Erwin. Se ha acabado. Hazme caso. Se ha acabado. Devuélvele la caja y deja que se vaya —digo, mientras intento acercarme a Omar.

—Otro paso y le corto el cuello —grita, amenazante, y me ordena que me coloque contra la pared que queda iluminada por la luna.

—Estás solo Erwin. Solo. Y cuanto más daño hagas, más solo estarás.

—¡Tú qué sabes!

—Lo sé todo. Rostock. Tu padre. Tu pobre madre. El seminario de Hamburgo. Aquel cura con quien hacías los deberes. Tadeusz y Magnus Christus. El chico croata. Aquel desgraciado de Anfushi. Nápoles y Florencia. El muchacho del *tok-tok*. Lo sé todo, Erwin, todo.

—Demasiado tarde —exclama, en una primera muestra de debilidad.

—Nunca es tarde para el arrepentimiento.

—¡Calla! No soy yo quien debe arrepentirse. Es el papa de Roma, por todo el daño que ha hecho.

—¿Y quieres curar el daño haciendo más daño todavía?

—No hay salvación sin sacrificio.

—Se ha acabado, Erwin…

—Mira qué noche —dice, levantando el puñal—. ¡Escucha a los dioses! —clama, con una invocación que me estremece.

—Los dioses griegos respetaban a los hombres, Erwin.

—¡Se equivocaron, todos se han equivocado! Los hombres no son nada.

Cuando veo que hinca una rodilla en el suelo y descansa una mano en Omar, me abalanzo sobre él, tal vez demasiado tarde, porque ya está levantando la daga para rajarle el pecho.

Las piedras tiemblan al oír su aullido, mientras en el cielo la luna va del brazo de un muchacho. Su grito queda truncado. La daga se le escapa de la mano y tintinea en los adoquines, y la cabeza le rebota contra el umbral de la puerta.

—¿Estás bien, Aileen?

Es Abu. *¡Alhamdulillah!* Le ha disparado por uno de los huecos.

Entra en el templo por la sala del centro. Se mete la pistola en el pantalón, como Karla, y me abraza. He visto cómo Erwin caía hacia atrás, como si el oráculo se lo hubiera llevado. Y cómo la daga con la que quería matar al chico caía al suelo. El corazón me palpita en su pecho. El viento se ha detenido y el cielo empieza a llenarse de estrellas. Le hablo al oído:

—¿Cómo has venido?

—Ya te lo contaré. Tranquila, Aileen. Ya se ha acabado.

—El chico está bien. Creo que tiene un golpe en la cabeza.

—Ahora nos ocuparemos. Después veremos cómo ha quedado este.

—¡Espero que no le hayas matado!

—¿Te sabría mal?

—No sabemos dónde está la caja…

Abu sabe que no pararé hasta que la encuentre, pero le sorprende que hable de ello ahora, mientras estamos todavía en el templo y el chico, y yo también, hemos estado a dos milímetros de ser los últimos humanos sacrificados en este santuario pagano.

Nos volvemos para ir hacia donde se encuentra Omar y nos encontramos con Erwin de cara, medio arrodillado. Con un arma en la mano.

—Tú… la pistola… ¡al suelo! —le ordena a Abu—. ¡Rápido! —dice, apuntándonos a los dos alternativamente.

Se levanta y da dos pasos hacia nosotros, tambaleándose. El tiro le ha perforado el hombro y la sangre le chorrea por la manga. La cara le ha quedado vuelta del guantazo, el labio le cuelga y los ojos no son los de un hombre. Da otro paso e insinúa una sonrisa forzada. Abu se saca la pistola y la deja en el suelo.

—¡Ahora sí que se ha acabado, chica! ¿Quién es este? —pregunta, avanzando hacia nosotros.

—Soy el comisario de Attarin —explica Abu, en árabe—. Deja que se vayan y yo me quedaré.

—Qué hombre tan valiente —dice, con sorna y dando otro paso—. A ti te mataré primero, por imbécil. Después a ella, por no haberse quedado en la silla. Y al muchacho este lo arrojaré abajo, por donde ha subido —añade, mirando a Omar, que sigue echado, sin moverse, como si no respirara.

—¿Dónde está la caja, Erwin?

—¡Qué testaruda eres! ¿Acaso es tuya, la caja?

—Más mía que tuya.

—Ah, ¿sí? —pregunta, desconcertado—. ¿Y se puede saber por qué?

Abu debe de estar confundido con nuestro diálogo, pero aprovecha el tiempo para poner en tensión toda la musculatura a medida que se nos va acercando.

—Porque me lo he ganado y porque quiero salvar la memoria de

Hipatia mientras tú quieres aprovecharte —digo, gritando tanto como puedo, con la garganta encogida.

Mientras me mira con odio vengativo, de bestia acorralada, una sombra surgida de la oscuridad se le echa encima y se le agarra al cuerpo, por detrás, como un relámpago de acero que deslumbra. Abre la boca, pero no emite ningún sonido. La cabeza le cae hacia atrás, como cuando se rompe la de una muñeca, y la sangre le brota a borbotones de la tráquea. Suelta la pistola e intenta tapar el caño por donde se desangra, pero los brazos no le obedecen. Las piernas le abandonan y cae de rodillas.

Omar le cabalga como cuando jugaban en el palmeral. Le acaba de seccionar el cuello. Lo deja caer, como un saco de podredumbre. Limpia el puñal en la gabardina y lo guarda en la faja.

A Olimpia, la madre de Alejandro Magno, Amón se le presentó en forma de serpiente mientras el padre estaba en la guerra, y por eso él quiso ir a Siwa, a pesar del enojo de sus generales. Iba a escuchar la sabia voz de su padre, convencido de que era hijo de Amón.

Erwin también se consideraba hijo de Amón. Pensaba que su madre no podía haberle engendrado con aquel monstruo que era su padre. Seguro que era impotente, y por eso le hacía lo que le hacía. Ella siempre contaba que un pajarraco negro había entrado en la alcoba un día que estaba sola y la había asustado. Pero se había ido al cabo de un rato, con un aleteo suave y elegante.

Después de leerlo todo sobre la historia de Siwa, Erwin Schroeder se había convencido, como tantos otros, de que Alejandro estaba enterrado en el oasis, donde nunca le encontrarían.

Como él.

Siwa, 12 de mayo, martes

Antes de que las piernas del alemán dieran los últimos espasmos, Omar ya había llamado a Adel para que viniera con la moto y trajera cuerda y un tendal. Como el que su padre extiende bajo el olivo para recoger las aceitunas.

Como si aquel cadáver fuera suyo y solo suyo, lo envuelven con el lienzo, colocan una piedra romana que casi no pueden levantar y lo atan todo bien atado, para llevarlo al lago de el-Ma'asir. El más alejado y profundo de todos los lagos de Siwa.

Allí donde nadie jamás pueda encontrarle.

Apoyados en la pared, de donde no nos hemos movido, Abu y yo miramos con respeto infinito cómo los dos chicos terminan el trabajo con cuidado y rabia, para luego cubrir la sangre negra que ha quedado sobre las losas con la arena tostada que ha dejado el *chamsin*. Espero a que acaben para preguntar a Omar qué ha pasado con la caja. Pero no hace falta. Antes de llevarse la siniestra carga, me coge de la mano y me lleva a la otra sala.

—Ya sabes que allí se oye todo —dice, recuperando el ademán travieso y refiriéndose a las cualidades sonoras de un lugar concebido para que la voz del oráculo pareciera la de un Dios.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le pregunto, afectuosamente, mientras le arreglo el pelo alborotado.

—¡Porque me habrías dicho que no fuera, señora Aileen! —responde, sonriendo.

No sé qué responder. Hace tres semanas que hago lo mismo. Ir adonde no me toca.

—¿Y la caja?

—La ha enterrado antes de subir al templo.

—¿Dónde? —pregunto, pensando que todo está perdido y que el chico ha sacrificado el honor de los Madanya para salvarnos la vida.

—En una cueva de Gebel al Maut.

—¡Dios mío! —exclamo, consciente de que la Montaña de los Muertos tiene centenares de grutas—. ¿Sabes cuál?

—Sí. Una a la que íbamos a jugar cuando éramos pequeños y la arena todavía no había tapiado la entrada.

—¡Qué cabrón! Te lo ha dicho porque pensaba matarte…

—¡No! Lo sé por Adel —exclama, señalando al amigo que nos sonríe, desde la otra salita, sin levantar el pie del bulto.

Después de dejar a su amigo, Adel vio a Erwin cerca de la casita del palmeral y lo siguió hasta la Montaña de los Muertos, donde observó cómo sacaba la arena y entraba en la cueva con la caja.

¡Vaya par, estos chicos!

—¿Y ahora qué harás, Omar?

—La pondré donde estaba. Lo haré el viernes, mientras todos estén en la mezquita. Cuando mi madre regrese, verá la cómoda fuera de su sitio y se lo dirá a mi padre.

—Y tú podrás volver a casa —comento, tranquilizada.

—¡Sí, porque no la habré abierto! —añade, feliz de cumplir hasta el final con las reglas que su padre le había exigido.

Le abrazo mientras guiño un ojo a Adel, que está hablando con Abu. Debe de estar contándole cómo ha seguido a Erwin. Muerto de miedo, pero eso quizás no se lo cuenta.

La caja volverá a estar donde siempre ha estado. En casa de los Madanya. Desde el instante que se la robaron a Sherif, me pregunté a quién pertenecía este manuscrito que primero llamamos manuscrito de Alejandría, y después de Hipatia, cuando supimos quién lo había escrito. Ahora podremos llamarlo manuscrito de Siwa.

Se lo llevó Erwin Schroeder, un alemán perturbado por una vida abortada y por la obsesión apocalíptica de unos cristianos amargados. Al abrir la caja enloqueció, pensando que era un don de los dioses. La pieza que le faltaba. La biblia de una nueva fe. Una fe compatible con la adoración del tótem de *Swiatowid.* Con su pasión por la justicia, Martin acabó convenciéndome de la necesidad de restituirla a los que la tenían desde hacía siglos. Para que fueran ellos, o sus descendientes, o los descendientes de sus descendientes, los que decidieran qué hacer con ella, cuando llegue la hora.

—¿Sabe una cosa, señora Aileen? —murmura Omar, mientras volvemos donde están los otros dos—. No sabía que hay policías como él.

Sonrío. Los chicos arrojan el cadáver por donde Omar ha venido para llevarlo hasta el lago. Desaparecen por el camino por el que he subido yo, después de despedirse de Abu como dos hombres. Oímos cómo la moto da la vuelta al talud para recuperarlo y llevárselo.

Un saquito de carne, diría Sinesio.

Al ver mi mensaje, Abu relacionó inmediatamente el NH4 con la sal de Siwa. Pero lo recibió tarde, cuando yo me había quedado sin cobertura y sin batería. Cogió el bólido de su amigo de San Estefano y, desafiando los controles de carretera y el *chamsin,* se plantó en el oasis en menos de cinco horas. Faltaban veinte minutos para las once cuando paró enfrente del Shali Lodge. Preguntó si habían visto a una *khawaga* y le dijeron que había aparecido una bastante alocada, en medio de la tormenta, y que se había ido hacia el templo de Amón con un chico del pueblo. Llegó cuando Erwin alzaba la daga para degollar a Omar.

—El NH4 disolverá el cadáver en pocos meses —dice, cuando los

chicos ya se han ido hacia el lago.

—¡Cierto, ibas para químico! —le digo, sonriendo.

—¿Cómo que iba? Acabé la carrera. Y ahora podré ejercerla.

—¿Qué hacemos, Abu? —le pregunto, presa de un cansancio bárbaro, que no me deja ser del todo feliz.

—Pasamos por el Shali Lodge y recogemos tus cosas.

—¿Quieres regresar ahora a Alejandría?

—Yo me tengo que ir, por culpa del papa —me dice, con una mueca de connivencia—, pero no podemos viajar juntos. Si quieres descansar e irte mañana, es mejor que vayas a un hotel que hay a las afueras. Yo te llevo.

—Lo que usted diga, comisario.

—Es un lugar único —comenta Abu—, la quimera de un enamorado de Siwa. Pero no hay electricidad —me advierte.

—Me parece que no hace falta —respondo, viendo cómo el cielo anuncia la alborada.

Abrigado por la montaña embrujada que emerge de los restos de la tormenta, el hotel se confunde con la piedra marrón del acantilado. Mientras un empleado nos acompaña a uno de los bungalós, cerca del escarpado roquedal, me descalzo y la arena, húmeda y fría, me provoca una punzada. Embobados por la magia de la roca, que se prepara para cambiar de color, caminamos por el borde de una lámina de plata, y yo dejo que la belleza del lugar me inunde el espíritu.

—No debes preocuparte de nada porque ya he hablado con el propietario. Mañana, cuando quieras irte, te pedirán un taxi —añade, a la vez que habla con el empleado que nos había venido a recoger.

—Llamaré a uno de Marsa Matruh que llevó a Alejandro Magno —comento, sin explicaciones. Tampoco me las pide. Con todo lo que he pasado, tengo derecho a desbarrar.

Cada vez hace más frío. Al verme temblar, Abu me coge por los hombros y yo me reclino en su brazo, como cuando vino a buscarme a Borg el-Arab. Me acompaña hasta la casita a la que nos guía el empleado, en silencio, por unos peldaños redondeados y emblanquecidos. Una vez dentro, el hombre va encendiendo velas que descubren un espacio orgánico. Rebozado de cal, tapizado con cáñamo y esparto y cubierto de alfombras. Un lugar sin estridencias, el vientre de una ballena, pienso, recordando las aventuras de Jonás que tanto me intrigaban.

Le doy una propina y nos quedamos solos. Después del tumulto del *chamsin* y de la agitación del templo, el silencio es ensordecedor.

—Quedáte, Abu —propongo cuando estamos dentro.

—No puedo, Aileen, no puedo.

—Hasta que salga el sol —murmuro, abriendo la puerta de atrás, de madera antiquísima, tanto que me recuerda la caja de los Madanya.

Da a una azotea amplia y resguardada, al pie de una pared colosal de roca lechosa. En el centro, una de las camas más grandes que he visto nunca, sin otro techo que la curva gigantesca del cielo, donde se apagan las últimas estrellas. Mientras el sol intenta romper el alba, después de una noche negra e inhumana, nos abrazamos y, durante un rato que parece eterno, juntamos los cuerpos, para que el calor pase de uno a otro. Cuando empezamos a notar que la sangre y el aliento se acoplan, nos miramos, como jamás lo habíamos hecho. Como hace tiempo que no miraba a un hombre. La luz de las velas le enrojece la cara y le hace la boca todavía más carnosa. Acerco la mía y le beso los labios. Primero uno, luego el otro, despacio, agarrándome a su cuerpo, y después, como si tuviera hambre, mordiéndolos, chupándole la saliva, buscándole la lengua y clavándole las uñas en la espalda.

Nos abalanzamos sobre la cama inmaculada, inmensa, tal como estamos, vestidos, calzados, llenos de polvo, y yo, no sé si porque soy más fuerte, que no lo creo, o más decidida, lo cabalgo y le abro la camisa con movimientos desmañados hasta palparle el torso, y entonces él me levanta, tan alto que me parece ver el primer rayo de luz encima del lago. Enmarañamos los dos cuerpos, y me quita la cazadora vaquera que todavía llevo puesta, me alza la camiseta y descansa su cabeza entre mis pechos, mientras mantiene los brazos en cruz y respira profundamente, como al final de una carrera, o de una vida, y grita «¡Aileen!, ¡Aileen!» como si no nos hubiéramos visto en años y nos conociéramos de toda la vida.

Hace un frío glacial. Más que cuando estábamos arriba, en el templo.

Lanzamos los zapatos lejos y nos desnudamos del todo y nos enlazamos de nuevo. Ensortijados el uno con el otro, nos metemos debajo del edredón, que solo debe de tener sentido a esta hora, con una brisa helada que se cuela entre la noche y el día. Y así, al alba, acostados en una cama de color piedra, mientras me besa el vientre y sube hacia el cuello, le agarro el sexo, que es macizo y nervudo, y lo aprieto entre mis piernas hasta que su latido se acompasa con el de mis muslos y las abro.

Me ha despertado el primer calor del día. El sol restalla en la roca, que ha enrojecido, y desciende por mi cuerpo, mientras una brisa ligerísima rompe el espejo del lago y lo cubre de arrugas imperceptibles.

Abu se ha ido.

Tengo la ropa encima de una silla, bien plegada, con las bragas y el sujetador colgados del respaldo. Los zapatos y calcetines, sobre la mesilla. Para que no se meta ningún escorpión, imagino, recordando los consejos que nos dieron cuando fui a dormir al desierto con mi

amiga. Ha dejado una nota escrita:

Dicen que en El Cairo ya está todo arreglado. El papa llega el viernes y el domingo estará en Alejandría. ¡*Inshallah*! Buen viaje de vuelta. Hasta pronto. Abu.

Profesional. Con el detalle de una flor de *silphium* garabateada como punto final. El día se anuncia espléndido.

Me unto el cuerpo con jabón de aceite de oliva y, al notarlo diferente, bajo la ducha, como hace tiempo que no lo notaba, suelto un grito de animal liberado que trepa hasta
lo alto de la montaña.

Las manos resbalan por la piel sin encontrar ningún obstáculo, los dedos se escurren por las axilas, por detrás de las orejas, y se pierden por las piernas hasta tocar los pies. Debe de ser el aceite. ¿O es esta pulsión de felicidad que me embarga? Estoy sola, más sola que nunca, pero no me lo parece. Todavía tiemblo al recordar cómo nos buscábamos con la boca, y respiro profundamente, reviviendo las miradas reparadoras que nos hemos regalado. Y cierro los ojos recordando los monosílabos con los que hemos ahuyentado los malos presagios de los últimos días y las injusticias de los últimos años.

He encontrado la caja y me he reencontrado a mí misma.

El espejo es pequeño, pero me devuelve una imagen tranquila, como la de aquellas mujeres de Fayoum que tanto me gustan. Con el pelo que adquiere el color de la piedra, ahora que ya estalla el sol, y la mirada que no se detiene en la herida, pero tampoco la rehúye. Parece que se hubiera suavizado. Pienso en Karla, quizás porque vuelvo a vivir un momento mágico.

Mientras me recupero con unos dados de piña y unas rodajas de naranja dulcísimas y unas tostadas con mermelada de aceitunas, aprovecho el diez por ciento de batería que cargué en el móvil al pasar por el Shali Lodge, y llamo a Martin para decirle que todo ha ido bien.

—¿Por qué me lo dices? ¿Había algún problema? —me pregunta, despistado como siempre.

Con la excusa de que no hay electricidad, le digo que ya le explicaré los detalles más tarde. No tengo suficiente batería para saber si el palimpsesto ya está en el cesto.

No hace falta que llame ni a Ganstein ni a Brennan, ni a nadie más, porque desde Sharm el Sheikh ya les anticipé las buenas noticias.

Siempre he considerado una prueba de inteligencia de la Iglesia no haber hecho de la mentira uno de los pecados capitales. No haberla incluido en la lista de los pensamientos diabólicos demuestra la sabiduría del papa Gregorio Magno, que tampoco lo hizo con la melancolía. Dante Alighieri, que era sabio, se negó a añadirla como peldaño del Purgatorio.

Según cómo, también puede hacernos libres.

He leído que el papa Francisco quiere eliminar la pereza de los pecados capitales. Así que puedo quedarme en el hotel todo el día. Holgazaneando. Con las últimas migajas de batería mando un mensaje a Maryse. Le digo que mañana vuelvo a Alejandría y le propongo que quedemos el jueves al atardecer. Para tomar una copa en el Cap d'Or.

No le digo dónde estoy. No es necesario.

Alejandría, 14 de mayo, jueves

Creo que no me he enamorado, como Forster, pero sí me he reencontrado a mí misma, que es una forma de amor, quizás la más auténtica. Todavía tengo la piel aceitosa y los ojos bañados por la luz del oasis. Hoy visto con una falda larga y una camiseta de tirantes, y calzo unas sandalias de colores que compré en Siwa. Y me he puesto dos brazaletes de plata que volverán loca a Maryse. Si no son bereberes, lo parecen.

He vuelto a nacer, y esta noche pienso aprovecharlo. Paso por delante del espejo y me detengo. Me gusta cómo me ha quedado el pelo, más rizado y brillante que nunca, después de tantos días sin ir a la peluquería. Me paso dos dedos por la cicatriz y no me provoca escalofríos. Solo me queda la herida externa. Internamente, ha cicatrizado.

Es jueves al atardecer, y la calle es una fiesta pagana, aunque la gente no lo sepa. Para los que pueden permitírselo, toca llevar a los niños a los centros comerciales y a cenar al McDonald's. Mañana, unos irán a la mezquita, y el domingo los otros irán a la iglesia, porque solo queda un Dios, aunque tenga diferentes profetas.

Los jueves del Cap d'Or es lo único que queda de los tiempos canallas de E. M. Forster, Durrell y Cavafis. Un día a la semana, aquellos que son considerados criminales de Estado, apóstatas por los guardianes de la fe y depravados por la mayoría, encuentran refugio aquí. Algunos travestidos, por ejemplo, se reúnen en este establecimiento para vivir unas horas de libertad con gente que les apoya como Maryse. Ella siempre viene aquí porque es el único lugar de Alejandría en el que todavía se puede pecar.

Mientras nos dirigimos al local, le cuento mi teoría sobre los pecados capitales. Le digo que el papa Francisco tiene la intención de abolir el de la pereza y volvemos a reírnos.

—¡El primero que debería abolir es el de la lujuria! —exclama.

—¡Y la gula!

Hoy los travestidos no están. Debe de ser porque les han metido en un furgón y se los han llevado a la frontera con Libia. Se habrá encargado de ello el jefe del Muhabarat, un hombre de rectos principios y métodos contundentes, para demostrar que estas aberraciones en Dar el Islam no ocurren. Ahora que sabe que nada molestará la visita, ha dejado las calles de El Cairo y Alejandría limpias como una patena. De no ser tantos, habría sacado también a los pobres.

En el Cap d'Or hay cuatro gatos, pero algunos amigos de Maryse.

Encargamos unos platillos y cervezas a un camarero que tiene las pupilas turquesas, como el mar de Marsa Matruh.

—Si te hubieras estado quieta, el papa no habría venido y no habría tantos controles —dice Maryse, con su sorna habitual.

Se refiere al dispositivo de seguridad que nos hemos encontrado por el camino. Y eso que el Santo Padre no llega hasta el domingo, para concelebrar una misa en la catedral de San Marco con el papa copto.

—En lugar de *check-points* quizás habría barricadas —contesto, para seguirle la corriente.

—¡No te des tanta importancia! —exclama, insinuando que la historia ya estaba escrita y que yo no podía cambiar el final.

¿Estaba escrita? ¿Qué habría pasado si Erwin hubiera escogido a cualquier otro anticuario de Attarin para urdir su estrategia? No habría encontrado mi móvil y yo habría seguido con mi novela, como si nada. Aunque una mente tan perversa habría dado con otros actores para maquinar su chantaje. Y al final, monseñor Ganstein también habría aconsejado al papa que mantuviera el viaje.

Maryse tiene razón. No es tan fácil cambiar la historia. La provoco diciendo que la predestinación es una de las ideas cristianas más conservadoras. ¿Qué sentido tendría la vida si Dios conociera el destino de cada uno de nosotros?

—No te líes —responde—. Has tenido *baraka* y punto.

—¿Suerte? Estoy aquí porque Momo te llamó, porque tú llamaste a Abu y porque Abu mandó el mensaje a Karla —respondo, cabreada, viendo cómo lo deja todo en manos del azar.

—Si el móvil hubiera quedado boca abajo, ¿qué hubieras hecho? —insiste.

—Momo habría localizado el barrio.

—Te hubieran encontrado al cabo de una semana… —dice, provocadora.

—Para ya, Maryse, por favor.

—Y si aquel tipo hubiera vuelto a dejar el móvil en la nevera, habrían hallado una momia egipcia —suelta, riendo como una loca.

—¡Basta!

Tiene un punto de razón. No se puede cazar a un lobo solitario sin algo de suerte. Erwin era impredecible. No lo entendí hasta que vi aquellas paredes de manicomio. Ni yo, ni Abu, ni Martin, ni Karla, podíamos imaginar una mente tan retorcida. Solo lo sabía Akram. De ahí que un robo banal, que daba para poco más que una miserable extorsión, se convirtiera en un chantaje que ha estado a punto de pasar a la historia.

El azar forma parte de la vida.

Esta ciudad también es fruto del azar. Nadia sabe por qué Alejandro Magno se detuvo aquí, camino de Siwa. ¿Estaba cansado? ¿Quería

tomar un bocado? ¿Ir al baño? El hecho es que tomó un puñado de trigo de unas alforjas y lo esparció por la playa para dar de comer a las gaviotas. Y entonces tuvo la idea de levantar una metrópolis que tuviera la forma que el grano había dibujado en la arena, y pidió que fueran a buscar a Dinócrates de Macedonia, el arquitecto, que se había quedado en las pirámides.

—¿Es así como escribirás tu novela? —pregunta Maryse.

Nos reímos las dos, pensando en la improbable escena de aquella playa.

Hacía una semana que no pasaba por Kafra Abdu, y cuando llegué noté una gran placidez. La de llegar a casa. Como si fuera la de mis padres, en Milwaukee. Un universo hecho de hábitos necesarios. Pensé que volvería a meterme en la novela y que lo conseguiría. No sé por qué.

Pedí al conductor que me dejara en la esquina, para saludar al medio hombre y darle la limosna acumulada de todos estos días. Andé el último tramo hasta casa, y después corrí al ver que aquel monstruo hinchado a base de esteroides ya no andaba por allí, y Abdallah estaba de vuelta, mi Abdallah, feliz de volver a verme. Le saludé con un *massaa el kheir* rotundo, antes de entregarle un pote de aceitunas *kalamata* de Siwa, que son tan buenas como las griegas.

Omar debe de haber recuperado la caja y haberla llevado ya a su casa, mientras todos estaban en la *jumu'a*. La habrá metido en la urna, colocando la tela encima de la cajonera, porque Rana se la devolvió antes de irse de Alejandría, después de convencer a los otros empleados de que les había traído mala suerte. Si todo ha sido así, cuando el padre ha vuelto de la mezquita lo ha encontrado sentado a la mesa, con la madre al lado, de pie y orgullosa, y la hermana y los hermanos detrás de las cortinas, cogidos de las manos. Habrá mirado entonces en el mueble, convencido de que la caja vuelve a estar donde siempre había estado, porque si no el chico no estaría aquí, más por vergüenza que por miedo.

Los Madanya vuelven a ser felices, Martin ha recuperado su palimpsesto, Karla debe de estar cabreada pero satisfecha de saber que todo ha acabado bien y los enemigos del papa tendrán que esperar una mejor ocasión para intentar liquidarlo.

Lo celebro con Maryse alrededor de una mesa pequeña, como de *bistrot* francés, con unos *gamberoni*, unas raciones de hummus y *babaganoush*, pan de pita y cerveza fría, helada, que nos ha traído Ibrahim.

Se abre la puerta y entra el empleado que nos ha aparcado el coche. Habla con el encargado, mirándonos, mientras en la calle se oye un concierto de bocinas cada vez más nutrido. Ibrahim se acerca y dice

que alguien pregunta por mí. No hace falta que me lo traduzca. Lo he entendido. Y las dos nos hemos quedado patitiesas. Cuando Maryse me pregunta si quiero que me acompañe, él niega con la cabeza. Tengo que salir sola.

—Debe de ser Abu, que no quiere entrar —comento, aunque me extraña, porque le llamé ayer y quedamos en vernos cuando el papa se haya ido.

—Ve con cuidado —dice Maryse.

—Tranquila. Ahora vuelvo —corto, decidida, pero con el convencimiento de que mi historia todavía no ha acabado.

Me lo dice la herida. Desde Siwa no la había vuelto a notar. Hay un Mercedes negro en medio de la calle, impasible al follón que ha armado. ¡Karla está sentada al volante!

Subo y arranca. Severa como en Cracovia y atractiva como en Roma, conduce con la misma determinación con la que reventó la puerta de la caja fuerte.

—¿Cómo estás? —pregunta, mientras me pone un instante la mano en el muslo.

—¿Qué haces aquí? —contesto, sin decirle si estoy bien o mal.

—He venido por el viaje del papa —comenta lacónicamente—. Estás muy guapa hoy —añade.

Ella está como siempre. Seria, pero capaz de cautivar en una circunstancia como esta en la que se han disparado todas las alarmas. Si ha venido es porque algo va mal. Si no me necesitara no estaría aquí, porque es la menos interesada en que revolvamos lo que pasó. Mientras el Mercedes se abre paso por calles por las que casi no cabe, sin decirme adónde me lleva, no puedo apartar la vista de la espléndida falda pantalón que lleva y del top elástico de un blanco roto, que se confunde con el cuero de la tapicería. Nunca la había imaginado con un maquillaje tan forzado, con un carmín aceitoso en los labios y un azul eléctrico en los párpados que capta la luz de los fluorescentes.

—¿Se puede saber adónde vamos?

—Al Cecil —dice, refiriéndose al hotel que domina la Corniche, y que está en las inmediaciones. La meca de la Alejandría cosmopolita —. Será solo un momento —añade, y me asegura que podré volver al Cap d'Or antes de que el pan de pita pierda su consistencia.

No hablamos. Me dejo llevar. Supongo que quiere saber qué he hecho con la caja.

Conoce bien la ciudad. Tal como conduce, veo que mintió cuando dijo que nunca había estado, pero no tiene importancia. ¡Ha habido tantas mentiras, entre las dos! Deja el coche sin aparcar y con las llaves puestas bajo la mirada complaciente del vigilante del hotel. Tomamos el ascensor y marca la cuarta planta, como para ir a la

terraza. Subimos sin decir palabra. Tiene una sonrisa triste. Se ha puesto el mismo perfume que llevaba en Roma. Me pasa un dedo por el brazo y provoca un latigazo que consigo controlar. Cuando llegamos, me doy cuenta de que no tiene intención de compartir vistas de la Corniche desde la terraza que hay en lo más alto. Bajamos por las escaleras al tercer piso. Habitación 333. Conoce el hotel. Conoce la ciudad. Me conoce a mí. Juega con ventaja.

Se sirve un whisky y me pregunta si quiero uno. Me ha parecido que le temblaba la mano.

—No, gracias. Me espera una Stella bien fría.

Estamos de pie, junto a un sofá en donde descansa una bolsa de deporte donde cabe perfectamente la pistola con silenciador que le dejé en el aparcamiento antes de largarme a Sharm el Sheikh. La puede sacar y matarme de un tiro ahogado que, sumado al ruido de la calle, hará que nadie se dé cuenta. Y entonces, mientras el pianista de la planta baja sigue tocando «La mer» de Charles Trenet, ella bajará deslizándose por la barandilla de caoba antigua, cruzará el vestíbulo como una exhalación y se acercará a la playa que hay frente al hotel, donde habrá aterrizado un helicóptero que la llevará hasta Israel, que está muy cerca, volando a ras de mar. La chiquillada alucinará y el policía del hotel mandará un informe a El Cairo, con una foto borrosa, hecha con un móvil, que el jefe del Muhabarat guardará en el cajón.

Al verme tan distraída sonríe, me coge con las dos manos y me besa en la mejilla, lo que vuelve a provocarme un estremecimiento, no sé si pensando en el silenciador o porque recuerdo la cena en Roma.

—¡Tienes mejor aspecto! —dice, pasándome dos dedos por la frente, con una suavidad inmensa, como si quisiera alisar la última arruga.

—Tú siempre estás igual.

—Como no me han mandado a Corea del Norte… —dice, abriendo el abanico de la falda pantalón— me he podido comprar un Armani.

Ha conseguido hacerme reír. No es una risa loca, como la de Roma, pero podría llegar a serlo. Y pienso que solo dos mujeres se pueden soltar de esta forma, después de unos días tan difíciles, en medio de una habitación con tan poco encanto y en una situación nada clara.

Nos sentamos y, antes de que me lo pida, le refiero cómo ha acabado todo, o cómo creo que ha acabado. Le digo que en la bolsa que nos llevamos del piso, efectivamente, estaba el palimpsesto de Santa Catalina, pero que la caja no era la auténtica, porque se la había llevado Erwin. Sin dar detalles, le cuento que ha muerto y que la caja, la de verdad, con el manuscrito de Hipatia ha vuelto a su lugar.

—A Siwa… —dice, con suficiente ambigüedad para que no sepa si es una pregunta o una afirmación.

—Si tú lo dices… —me limito a comentar—. De todas formas,

tendríais que arrasar el oasis para encontrarla, y solo os faltaría eso.

—¿La abristeis? —me pregunta, dando a entender que le interesa hablar de su contenido.

—Abrimos la falsa, pero esta no, porque la llevaba él, y fue el chico quien la devolvió a su casa —explico, incómoda.

—Estaba vacía, Aileen.

—¿Vacía? ¿Qué dices?

—Bueno, vacía, no. Había un libro. Un libro de lo más corriente —cuenta, con una certeza que me deja atónita.

—¿Un libro? ¿Y el manuscrito?

—Nosotros entramos en el piso de Erwin antes de que tú llegaras y nos lo llevamos.

—¡Eres una hija de puta! —le suelto, pensando en lo mal que lo pasé en esa silla de ruedas. Pero la historia me suena a farol.

—Deja que te lo cuente —dice, poniendo la mano en mi rodilla con fuerza, como diciendo «no te levantes, Aileen, no fue como piensas». No tengo capacidad de reacción—. El operativo empezó antes de que yo llegara a Cracovia, porque un *sayan* del Mossad siguió a Erwin cuando volvió de Egipto y averiguó dónde vivía.

Ella llegó de Roma en un jet privado, cuando aún no había salido el sol, y con su colaborador vigilaron la casa desde el camino que sube al castillo. A media mañana, mientras yo estaba en la universidad, Erwin salió un momento, probablemente para comprar el billete de avión para Alejandría, y ella aprovechó para entrar. No le costó demasiado localizar la caja fuerte, detrás del Cristo desollado. En menos de cinco de minutos encontró la combinación, sacó la caja, la abrió y se llevó el manuscrito. Depositó un libro que cogió de una estantería y la devolvió a su sitio. No tuvo tiempo de entrar en la otra estancia para ver si estaba el palimpsesto de Santa Catalina, porque el *sayan* que la esperaba fuera la avisó de que Erwin estaba volviendo y tuvo que salir corriendo. Fue al hotel y dejó el manuscrito en la caja fuerte de la recepción.

Si lo que dice es verdad, Erwin se llevó la caja, la auténtica, pero con un libro de lo más vulgar en vez del manuscrito. Y el manuscrito verdadero, el de Hipatia, lo tiene el Mossad. No es fácil de creer, pero tampoco imposible. Además, no veo qué interés podría tener en inventarse esta historia.

—¿Y quieres que me crea que él no abrió la caja?

Tiene una explicación coherente. Debió de salir pitando al recibir la llamada de Tadeusz y ni se dio cuenta hasta que estaba camino de Alejandría. Como sabía que el chico no la abriría, y no podía regresar a Cracovia, decidió llevarla de todas formas a Siwa.

Pensando en cómo Erwin ha vuelto a engañarnos, enterrando aquella caja y diciéndole a Omar dónde estaba, porque sabía que si la

encontraba nunca vulneraría el juramento de la familia, me vienen ganas de llorar. Era la última y la más diabólica de sus mentiras. La caja volvería a casa de los Madanya, y cada año los hombres se reunirían y el padre la depositaría en la mesa como si nada. Y él podría seguir soñando con vivir en el oasis, en un lugar donde Omar podría visitarle de vez en cuando, con la mototaxi. ¿Cómo es posible tanta locura?

Recuerdo lo que Maryse me ha dicho hace un rato. ¡No te creas tan importante!

Ahora entiendo por qué fue tan fácil huir de Cracovia. Y por qué una mujer como ella obedeció mis órdenes, en vez de darme un puntapié en el plexo braquial que me hubiera mandado al otro barrio. Es lo que habría pasado si la caja que teníamos hubiera sido la auténtica. Quizás por eso, cuando se desnudaba, lo hizo con una insolencia que me habría perturbado si no fuera porque estábamos al final de la escapada. O eso creía yo.

—¿Por qué dejaste que creyera que tenía la caja auténtica?

—Pensé que no la abrirías y que era mejor que fueras tú la que hablara con Ganstein para decirle que el papa podía viajar a Alejandría. Gozas de más credibilidad que nosotros —dice, sonriendo.

Me parece diabólico. Tan diabólico como las triquiñuelas que ha urdido Erwin.

—¡Sois todos iguales! ¡Una panda de capullos! —grito, sacudiéndole la mano de mi pierna y levantándome—. Unos capullos —repito, mirándola con odio en la cara.

—No todos somos iguales, Aileen, incluso en este oficio. Ya te lo dije.

Intento recuperarme pensando que no todo ha sido en vano. Al fin y al cabo, que el Mossad se haya quedado con el manuscrito es una catástrofe, pero los Madanya, si Dios quiere, nunca se enterarán. Ya es hora de ir aprendiendo que en la vida no se consigue todo. Lo que más me duele no es que esta cabrona se lo haya quedado, sino que lo haya hecho a costa de mi sufrimiento.

—Si sabías que iba a Cracovia, ¿por qué no me avisaste? —pregunto, con voz de mujer vencida, para encontrar la pieza que me falta en este rompecabezas.

—Sabía incluso el vuelo y el asiento en el que viajabas, porque había revuelto tu habitación, mientras estabas en el Vaticano.

Me vienen las imágenes de la cena. Su risa contagiosa, el brindis por Roma y Alejandría, con el Rosso di Montalcino, las alcachofas a la *giudia*, el beso… y por no llorar, porque no quiero lloriquear delante suyo, me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—Después de entrar en casa de Erwin —añade—, fui al aeropuerto

de Cracovia para decírtelo, pero no estabas entre el pasaje que llegaba de Roma. Me dijeron que habías cogido otro vuelo mucho antes y volví atrás, sola, corriendo, asustada por lo que te hubiera podido pasar.

Me cuenta que, cuando volvió a casa de Erwin, le pareció que todo estaba normal y que él debía de estar dentro, porque había luz en la ventana y no se oía ningún ruido. Pensó que yo no había ido. Esperó una media hora y a punto estaba de irse cuando recibió una llamada de Tel Aviv. Por eso pudo entrar a tiempo, antes de que volviera. Porque estaba delante de la casa. Descubrió que había otra estancia, reventó la puerta y me encontró.

No sé si todo esto es verdad o si es otra mentira, pero estoy tan acabada que me da igual. La única satisfacción que tengo es que la llamada de Momo fue decisiva. No para que ella localizara el piso, como yo pensaba, sino para que supiera que estaba dentro. Sin esa llamada, yo todavía estaría atada a esa silla.

Me cubro la cara con las manos. Es una derrota. ¡Otra derrota, Aileen! Quizás podré asumirla, pensando en los Madanya. Pero es una derrota, como las otras.

—Aileen, te he traído el manuscrito…

Se ha hecho un silencio extraño que contrasta con el alboroto de la calle. No he entendido lo que decía. No lo he oído bien. ¿Estoy soñando?

—El manuscrito, Aileen —repite, con una suavidad extrema, como para no hacerme daño, igual que cuando me puso crema en la cara para arrancarme la cinta de plástico—. El manuscrito de Siwa.

Miro entre los dedos y veo cómo saca de la bolsa una caja grande de zapatos, de los que se debe de comprar en Roma, en la vía Condotti, y me la da. La abro, temblando. Dentro hay unos fragmentos de manuscrito escritos en un idioma que parece griego koiné, fijados en unas hojas. Debajo se adivina una especie de libro, con una cubierta reseca y carcomida, como muchos de los códices que he visto en las bibliotecas de medio mundo navegando por la Red. Como el *Códex Sinaiticus* que el zar robó y los bolcheviques vendieron, como el *Alexandrinus,* que pertenece a la reina de Inglaterra, o el *Vaticanus,* que es de piel de antílope. Como estos, pero más pequeño. Es un códex. El formato preferido de los primeros cristianos para compendiar historias e ideas, y que muchos que no lo eran adoptaron a partir del siglo IV. Como debió de hacer Hipatia para componer su legado.

Vuelvo a cerrar la caja de zapatos, como si fuera la de los Madanya. Como si fuera pecado tenerla abierta demasiado tiempo. La dejo al lado del whisky que no he probado y me lanzo encima de Karla, y la estrecho, y cierro los ojos, y lloro, ahora sí que lloro, vaciando el

lagrimal, hasta que oímos al camarero que llama a la puerta.

Quiere saber si necesitamos algo. Es una manera de dejar claro que saben que hemos ido a la habitación y no a la terraza. No necesitamos nada.

—Pero ¿y tú, Karla? —pregunto, pensando que la ha hecho gorda y con el Mossad no se juega.

—Como ha ido todo, solo lo sabemos tú y yo.

—¿Y el *sayan* de Cracovia?

—No me vio cuando salí, porque salté por el jardín trasero; y cuando le llamé, le dije que no había encontrado lo que buscábamos.

—¿Por qué me lo das, Karla?

—Porque nosotros ya tenemos suficientes armas para defendernos —comenta con un tono sarcástico—. Me impresionó ver cómo te arriesgabas para devolverlo a su sitio. ¡Ese tipo podría haberte matado!

No le pregunto por qué no me lo dio antes. Supongo que se lo quedó unos días por si fallaba algo. Plan B.

—Karla…

—Dime.

—Vamos al Cap d'Or. Te presentaré a Maryse, una buena amiga.

—No puedo, Aileen. Tengo que estar en El Cairo mañana por la mañana. El papa llega por la tarde… —explica—. Y aunque no te lo parezca, con las cosas del trabajo soy muy seria.

—Tengo que devolverte la cazadora.

—¡Y las bragas! Pero ya nos veremos —asegura, dándome su móvil personal—. No vivimos tan lejos una de la otra…

Me pasa por la cabeza decirle «quédate hasta que salga el sol…», pero yo tampoco he acabado mi trabajo.

Voy andando hasta el Cap d'Or, con la bolsa. Rodeada por una multitud de familias que llenan las calles de Mansheya, me siento segura. Es como si me protegieran.

Cuando entro, Maryse está bailando un zapateado, encaramada en la barra del bar con un gay que debe de dar clases de flamenco.

Baja sin aliento y contenta de verme.

—¿Qué te has comprado? —pregunta, viendo la bolsa.

La abrazo. Está sudando y el corazón le late con una fuerza telúrica.

—Vamos, Maryse. Tenemos que ir a Siwa.

—¿A Siwa? ¿Ahora? ¿De noche?

—Tengo que llegar por la mañana, antes de la *jumu'a*.

—¡Estás loca!

—¡Venga, mujer, que mañana es viernes!

Siwa siempre merece la pena.

Epílogo

Alejandría, 17 de mayo, domingo

Es la primera vez que un papa de la Iglesia católica pasa por *shara 'Fouad*, la antigua Vía Canópica de la Alejandría ptolemaica donde unos sicarios que estaban al servicio del patriarca arrastraron a Hipatia fuera de su carruaje y la descuartizaron. A la altura de la mezquita de Attarin, Francisco pide al conductor del papamóvil que se pare un momento, provocando la sorpresa del otro papa, el copto, que le acompaña, y la consternación de los muhabarat que siguen la comitiva. Baja del coche y se arrodilla para rezar un padrenuestro. Nadie oye a quién se lo dedica. Viéndolo por televisión, los locutores del régimen se inventan que reza por el alma de unos policías que fueron degollados en una comisaría cercana, durante la revolución. A algunos vecinos les parece improcedente que se haya parado cerca de una mezquita donde musulmanes opuestos al nuevo Gobierno fueron abatidos a tiros durante una manifestación. Los coptos que acompañan la procesión creen que se ha detenido en un lugar donde un cristiano que conducía un taxi fue despedazado por unos extremistas. Los griegos ortodoxos, cuando lo ven, se convencen de que dedica sus plegarias a Proterio, un obispo que fue linchado en las proximidades de la Puerta del Sol por una turba, por defender el concilio de Calcedonia que muchos alejandrinos rechazaban. A Momo, que sigue el evento por Twitter, le parece curioso que se haya parado justo donde la policía mató a un bloguero amigo suyo, arrastrándolo fuera de un cibercafé y abriéndole la cabeza a golpes. Lo considera una coincidencia, porque nadie lo recuerda, y menos el papa. Solo monseñor Ganstein, que se encuentra junto al Santo Padre, oye su murmullo, y apunta en el iPhone, para no olvidarse, que debe poner el nombre de Hipatia entre los *uomini famosi* de las Estancias de Rafael.

Como yo le había pedido.

Alejandría, noviembre de 2015

Mientras desayuno, echo un vistazo a la portada del Milwaukee Journal Sentinel en mi iPad. La noticia está a pie de página, en un breve, pero en portada. Anuncian que la Iglesia ha decidido reabrir el caso de los curas, basándose en nuevos testimonios. El periódico atribuye la decisión a la reunión que el papa Francisco tuvo hace un par de semanas con los obispos de la conferencia episcopal norteamericana durante su viaje a Estados Unidos. Tengo la novela medio acabada. Creo que pasaré las Navidades en casa.

Agradecimientos

No soy el primero ni el último en sucumbir al mal de Alejandría, y sin haberlo sufrido esta novela no existiría. Por lo tanto, el primer agradecimiento es para todos los alejandrinos que conocí durante los casi siete años que viví allí. Han conseguido que mi Alejandría no sea solo la de la memoria, como les pasa a tantos. Maryse Frège me acompañó en todo este viaje. Se lo agradezco infinitamente. Mohammed Awad, Jean-Yves Empereur, Hussam Rashwan y algunos anticuarios de Attarin me condujeron por la ciudad y su historia.

Entrego el manuscrito mil seiscientos años después de la trágica muerte de Hipatia. Aileen O'Neill me ha permitido hablar de ella sin rehuir la Alejandría de hoy. Tengo que agradecérselo a Patrizia, mi mujer, editora, que me sugirió dejar de lado a un protagonista inicial que se me parecía demasiado. No soy el primero que ha pensado Alejandría a través de una mujer. Quizás porque es una ciudad femenina, mientras que El Cairo no esconde su masculinidad. Sinesio de Cirene siempre ha sido el espejo en el que los historiadores han leído el pensamiento de Hipatia. Yo lo he convertido en su escudero.

Todos los escenarios alejandrinos son reales. Solo me he permitido una licencia diacrónica, al situar uno de los capítulos en la cafetería Pastroudis, a la que solían ir E. M. Forster y Cavafis, porque desapareció hace unos años, víctima de la destrucción del patrimonio. Y otra, cambiando la fecha en la que se recolectan y comen los mangos.

Mi fascinación por Siwa nació a raíz de una estancia intensa, de la mano de Mounir Neamatalla, un cristiano enamorado del oasis. Es un lugar mágico donde durante siglos vivió una sociedad aislada, reticente a toda forma de modernidad impuesta. Los Madanya no existen, pero la manera como se comporta Omar responde a lo que vi y sentí.

No puede entenderse el misterio de los primeros cristianos del desierto sin haber visitado Uadi el Natrun. El monasterio de Deir al-Surian me acercó a la vida monástica y al expolio de los manuscritos. Santa Catalina de Sinaí es uno de los lugares más cautivadores de Tierra Santa. He subido en tres ocasiones a lo alto del Jebel Musa, donde Moisés recibió las Tablas de la Ley. Siempre al alba, la mejor hora para meditar sobre nuestra condición mientras el sol incendia la montaña. Los padres Juan y Justin me invitaron a visitar la biblioteca donde guardan secretos sobre los orígenes del cristianismo.

Nápoles siempre me ha parecido una ciudad gemela de Alejandría. Tengo ahí un buen amigo, Michele Capasso, que me ha ayudado a

conocerla bien. Desde la Campania era fácil viajar hasta Florencia para visitar la otra biblioteca, la Laurenziana, que atesora la versión medieval más acreditada de las cartas de Sinesio. Y en el Vaticano está el mejor retrato de Hipatia, si lo es, y el obelisco que presidia el Forum Luli de Alejandría.

Cracovia es una ciudad generosa. Con el profesor Jacek Antoni Purchla me di cuenta de que constituye un compendio de la historia de la Europa central, de raíz cristiana. Visitando el museo de arqueología descubrí, sin embargo, que tiene un pasado pagano tan importante como oculto. Robert Kusek me acercó al drama de la comunidad judía exterminada en el campo de Auschwitz, en las afueras de la ciudad.

Adjunto una bibliografía seleccionada sobre Alejandría y la relación entre paganos y cristianos en la Antigüedad tardía. El profesor Pedro Jesús Teruel, de la Universidad de Valencia, ha publicado el mejor libro en castellano acerca del vínculo entre filosofía y ciencia en el pensamiento de Hipatia. Leyó mi manuscrito y me mandó notas y opiniones útiles para la edición final. Lurdes Vidal me ha ayudado a confeccionar el glosario de palabras árabes y Silvia Farriol me animó a seguir adelante, leyendo una primera versión.

Dicho esto, ninguna de estas personas es responsable de lo que dice o insinúa la novela.

Me queda dar las gracias a la agente literaria, Cristina Mora, y a la directora editorial de Columna, Glòria Gasch, que han hecho sugerencias siempre acertadas en la edición catalana. Para la preparación de esta versión digital castellana, agradezco el trabajo de Silvia Iriso y el del corrector José Cabello.

Estoll, mayo de 2016

ADUA ASSALAFIIA. Es la organización más importante de la corriente salafista en Egipto, con tradición histórica y enraizamiento social en Alejandría.

EID AL-AHDA. Fiesta de la sumisión de Dios que recuerda el episodio coránico (y bíblico) en el que Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo. Conocida como la «fiesta del cordero» porque este es el animal que, a menudo, se sacrifica.

ALHAMDULILLAH. «Alabado sea Dios.» Expresión utilizada por personas de distintas religiones en los países árabes.

AL NABIH. Cisterna del siglo IX, de tres pisos, que formaba parte de la red de cisternas que permitía en Alejandría almacenar el agua procedente del Nilo durante la subida del río.

AL-AHRAM. «Las Pirámides.» El periódico de más circulación en Egipto. De propiedad estatal.

ALÁ. Dios.

ANFUSHI. Barrio de los pescadores, que se remonta a los orígenes de la ciudad ptolemaica y la Alejandría otomana.

BABA GANOUSH. Puré de berenjena asada mezclada con pasta de harina de sésamo (tahina), aceite de oliva, zumo de limón y ajo. Originario del antiguo Imperio otomano, se encuentra en todo el sur y el este del Mediterráneo.

BAKSHISH. Propina o soborno.

BALTAGUIYA. Chulo de los barrios bajos que suele ser reclutado por la policía egipcia para atacar a enemigos del régimen.

BAUAB. Conserje de una casa.

CHAMSIN. Tormenta de arena.

DAR AL ISLAM. Son las tierras controladas por gobiernos musulmanes, en contraposición a Dar el Harb, las tierras donde son mayoritarias otras religiones.

DEIR AL-SURIAN. Monasterio copto ortodoxo localizado en el oasis de Uadi el Natrun y utilizado durante siglos por monjes siriacos. Construido en el siglo VI.

DHUR. Una de las cinco plegarias del islam. La del mediodía.

ESKANDERIA. Alejandría. Viene de Eskander (Alejandro).

EZZAI. «¿Por qué?» Canción icónica de la revolución egipcia de 2011 del cantautor Mohamed Mounir.

FALAFEL. Croqueta de garbanzos muy extendida en toda la cocina de Oriente Próximo.

FAS. Un tipo de mango pequeño y sabroso que solo se encuentra en Egipto.

FATUSH. Ensalada de diversas hortalizas y tiras de pan de pita fritas, aliñada con zumo de limón. Común en todo el Mediterráneo oriental.

GAMBERONI. Nombre de origen italiano con el que denominan a las gambas en Egipto.

GEBEL AL MAUT. «Montaña de los Muertos» (Siwa). Necrópolis de la época romana que contiene numerosas tumbas de piedra.

HABIBI. «Amor.» «Amor mío.»

HORREIA. «Libertad» (nombre de una de las principales avenidas de Alejandría).

HUMMUS. «Garbanzo.» Puré de garbanzos aplastados con pasta de harina de sésamo (tahina), con aceite de oliva, zumo de limón y ajo. Comida típica de Grecia y Oriente Próximo. En el Magreb se prepara sin la tahina.

INSHALLAH. Literalmente, «si Dios quiere». Muletilla lingüística que se utiliza al final de muchas frases para expresar un deseo de cumplimiento de una acción futura. Se ha extendido a muchos idiomas, entre otros el castellano (ojalá).

JUMU'A. La plegaria de los viernes al mediodía que practican los musulmanes. La más importante del islam.

JEBEL MUSA. Monte Sinaí. La montaña donde, según el Antiguo Testamento, Moisés recibió las tablas de la ley con los diez mandamientos. A sus pies se encuentra el monasterio de Santa Catalina, del siglo VI.

KHAWAGA. «Extranjero/a.» Occidental.

KOFTA. Albóndiga de carne picada de vaca o cordero y con forma cilíndrica. Común en los países del antiguo Imperio otomano, en todo el mundo árabe y la India.

KOSHARI. Plato con una base de arroz, lentejas negras, garbanzos y macarrones, servido con salsa de tomate, ajo y vinagre. Una especie de plato nacional egipcio.

KOM EL SHOQAFA. Catacumbas del siglo II que constituyen la necrópolis más importante de la época romana, con objetos de culto que mezclan influencias faraónicas, helenísticas y romanas.

LA. «No.» Adverbio de negación.

MAHMOUDIA. Canal que une Alejandría con el Nilo. Lo construyó Mohamed Alí a principios de siglo XIX para modernizar la ciudad. Hoy está prácticamente en desuso.

MAKHMAKH. Plato típico del oasis de Siwa hecho con hojas de verdolaga, tomates y lentejas.

MALESH. «Da igual», «No pasa nada». Una de las expresiones más utilizadas en el habla egipcia coloquial.

MANSHEYA. Barrio histórico construido sobre la ciudad ptolemaica y que fue el corazón de la Alejandría cosmopolita del siglo XIX y

principios del XX.

MARHABA. «Bienvenida», «bienvenido».

MASSAA EL KHEIR. «Buenas tardes».

MASHRUA. Palabra que se utiliza en Alejandría para referirse a los pequeños autobuses que constituyen el principal medio de transporte en Egipto.

MIN FADLAK. «Por favor.»

MISH MUMKIN. «No es posible», «De ninguna manera».

MISH MUSHKILA. «Ningún problema.» Una de las expresiones más utilizadas por los egipcios.

MUHABARAT. Servicio de inteligencia (palabra a menudo utilizada con connotaciones negativas).

MULUKHIIA. Sopa o estofado con una base de hojas de yute que puede llevar conejo o pollo. Muy popular en la mayoría de los países de Oriente Próximo.

PACHÁ. «Amo», «señor» (históricamente, oficial del ejército otomano).

QUAIT BEY. Ciudadela fortificada de Alejandría situada al final del paseo marítimo y que lleva el nombre del sultán mameluco que la hizo construir en el siglo XV.

REBAB. Instrumento de cuerda presente en todos los países árabes que se difundió a través de al-Ándalus como un antepasado del violín europeo.

ROMAMIA. Plato del oasis de Siwa con lentejas, berenjenas y salsa de granada.

SAAIDI. Egipcios que viven en el Alto Egipto, al sur de El Cairo, o que proceden de allí.

SABAH EL KHEIR. «Buenos días.»

SALAM ALAIKUM. «La paz esté con vosotros» (de Salam, «paz», en hebreo Shalom).

SHALI. Restos de la fortaleza medieval construida en Siwa en el siglo XIII con ladrillos de tierra, sal, yeso y madera de palmera, abandonada a principios del siglo XX a causa de las lluvias devastadoras.

SHARA. «Calle.»

SHARM EL SHEIKH. Bahía del Jeque. Puerto en el extremo sur de la península del Sinaí que se ha convertido en la ciudad turística más importante del mar Rojo.

SHISHA o NARGUILE. Pipa de agua tradicional originaria de Asia y Oriente Medio.

SHUAIA SHUAIA. «Despacio.»

SHUKRAN JAZILAN. «Muchas gracias.»

SHUKRAN. «Gracias.»

TOK-TOK. Vehículo de tres ruedas que consiste en una motocicleta con una cabina para dos o tres pasajeros. Equivalente motorizado al

rickshaw asiático.

UADI EL NATRUN. Valle del Natrun. Depresión del desierto egipcio, cerca del delta del Nilo, que atrajo a los primeros anacoretas y eremitas cristianos, entre ellos san Macario. Actualmente, tiene cuatro monasterios.

OSTAD o USTAD. Uno de los más altos títulos honoríficos que se le da a un hombre en diversas lenguas de los países musulmanes.

ZAGGALLAH. Originalmente, jóvenes de Siwa que no se casaban hasta muy tarde y que, mientras tanto, mantenían relaciones con otros hombres. A veces contraían matrimonio entre ellos.

Alejandría

Claudel, Paul-André. *Alexandrie, histoire d'un mythe.* París: Ellipses, 2011.
Empereur, Jean-Yves. *Alexandria, Past, Present and Futur*. Londres: Thames and Hudson, 2002.
Forster, E. M. *Alejandría: historia y guía*. Granada: Almed, 2009.
Haag, Michael. *Alexandria, city of memory*. El Cairo: The American University in Cairo Press, 2004.
Ilbert, Robert. *Alexandrie, 1830-1930*. 2 vols. El Cairo: Institut Français d'Arquéologie Orientale, 1996.
Méla, Charles; Möri, Frédéric. *Alexandrie la divine*. 2 vols. Ginebra: Fondation Martin Bodmer, La Baconnière Ed., 2014.
Pollar, Justin; Reid, Howard. *The rise and fall of Alexandria. Birthplace of the Modern World.* Nueva York: Penguin Books, 2006.

Novelas

Aciman, André. *Out of Egypt, a memoir*. Londres: Tauris Parke Paperbacks, 1994.
Al-Kharrat, Edouard. *Alexandrie, terre de safran*. París: Éditions Julliard, 1990.
Al-Kharrat, Edouard, *Belles d'Alexandrie*. Arlés: Actes Sud, 1997.
Durrell, Laurence. *El cuarteto de Alejandría*. Barcelona: Edhasa, 2003.
Kavafis, Konstandinos. *Poesía completa*. Madrid: Alianza Editorial, 2007.
Mahfouz, Naguib. *Miramar*. Barcelona: Destino, 2000.
Meguid, Ibrahim Abdel. *No one sleeps in Alexandria*. El Cairo: The American University in Cairo Press, 2006.
—*Birds of Amber*. El Cairo: The American University in Cairo Press, 2005.
Moix, Terenci. *El sueño de Alejandría*. Barcelona: Planeta, 1988.
Stefanàkis, Dimitris. *Jours d'Alexandrie.* París: Viviane Hamy, 2007.

Hipatia y Sinesio

Berretta, Gemma. *Ipazia d'Alessandria*. Roma: Editori Riuniti, 1993.
Calvo Poyato, José. *El sueño de Hipatia.* Barcelona: Plaza y Janés, 2009.
Claret, Andreu. «Hipàtia, la santa laica». Barcelona: *La Vanguardia*, suplemento Culturas, 16 de mayo de 2015.
—«Hipatia, lecciones de un asesinato». Barcelona: *El Periódico*, 2016.
Dzielska, Maria. *Hipatia de Alejandría*. Madrid: Siruela, 2004.

García, Olalla. *El Jardín de Hipatia*. Barcelona: Espasa, 2009.
Luzi, Mario. *Il Libro di Ipazia.* Roma: Editorial Mondadori, 1978.
Maclennan, Bruce J. *The wisdom of Hypatia.* Minnesota: Llewellyn Publications, 2013.
Martinez Maza, Clelia. *Hipatia*. Madrid: La esfera de los libros, 2009.
Ronchey, Silvia. *Ipazia, la vera storia*. Milán: Rizzoli, 2013.
Sinesio de Cirene. *Cartas. Notas de Francisco Antonio García Romero*. Madrid: Gredos, 1995.
Teruel, Pedro Jesús. *Filosofía y ciencia en Hipatia*. Madrid: Gredos, 2011.

Paganos y cristianos

Brown, Peter. *El mundo de la antigüedad tardía*. Madrid: Gredos, 2012.
Casson, Lionel. *Libraries in the the Ancient World*. New Haven y Londres: Yale University Press, 2001.
Colin, Frédéric. *Les peuples libyens de la Cyrénaique a l'Égypte*. Bruselas: Académie Royale de Belgique, 1994.
Gwynn, David M. *Christianity in the Later Roman Empire.* Londres: Bloomsbury, 2015.
Jones, Christopher P. *Between pagan and christian*. Cambridge: Harvard University Press, 2014.
Pomeroy, Sarah B. *Hellenistic women. In Goddesses, whores, wives and slaves. Women in Classical Antiquity*. Nueva York: Schocken Books, 1995.
Ziedan, Youssef. *Azazeel.* Madrid: Turner, 2014.

Monasterios y manuscritos

Leroy, Jules. *Les peintures des couvents de Ouadi Natrun.* El Cairo: Institut Français d'Arquéologie Orientale du Caire, 1982.
Magded, Mikhail S. A.; Moussa, Mark. *Christianity and monasticism in Wadi al-Natrun*. El Cairo: The American University in Cairo Press, 2009.
Manafis, Konstantinos A. *Treasures of the Monastery of Saint Catherine*. Atenas: Ekdotiké Athenon, 1990.
Meinardus, Otto F. A. *Monks and monasteries of the Egyptian Deserts*. El Cairo: The American University in Cairo Press, 1992.
Volkoff, Oleg V. *A la recherche de manuscrits en Égypte.* El Cairo: Institut Français d'Arquéologie Orientale, 1970.

Oasis de Siwa

Aldumairy, Abd El-Aziz Abd El-Rahman. *Siwa, past and present*. Alejandría: Yasso, 2005.
Fakry, Ahmed. *Siwa oasis*. El Cairo: The American University in Cairo Press, 1973.

Malim, Fathi. *L'oasis de Siwa vue de l'interieur. Traditions, coutumes et sorcellerie*. El Cairo: Al Katan, 2001.
Taher, Bahaa. *Sunset oasis*. El Cairo: Dal Al-Shorouk, 2009.

Otros

Abdel-hakim, Sarah; Manley, Deborah. *Travelling through the deserts of Egypt.* El Cairo: The American University in Cairo Press, 2009.
Aitamurto, Kaarina; Simpson, Scott. *Modern Pagan and native faith movements in Central and Eastern Europe.* Durham: Acumen Publishing, 2013.
Arduini, Franca. *The shape of the book from Roll to Codex*. Florencia: Mandragora, 2008.
Carnevali, Gilda; Cirocchi, Gloria. *Egitto a Roma. Obelischi*. Roma: Biblioteca della Camera dei Diputati, 2004.
El feki, Shereen. *Sex and the Citadel*. Londres: Vintage Publishing, 2014.
García Gual, Carlos. *La Antigüedad novelada.* Barcelona: Anagrama, 1995.
Purchla, Jacek. *Cracow in the European Core*. Cracovia: Wydawnictwo Bosw and International Cultural Centre, 2000.

PRIMERA EDICIÓN: SEPTIEMBRE DE 2018
© 2018, ANDREU CLARET SERRA
FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA: © FLORE (WWW.FLORE.WS)
ISBN DIGITAL:
REALIZACIÓN EDITORIAL: LA LETRA, S.L.

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el
permiso previo escrito del autor.
Todos los derechos reservados.

Table of Contents

Portadilla
Introducción
1. Alejandría, 22 de abril, miércolesShara' Fouad, min fadlak!
2. Siwa, el mismo día
3. Alejandría, 23 de abril, jueves
4. Cracovia, 23 de abril, jueves
5. Alejandría, 24 de abril, viernes
6. Jerusalén / Tel Aviv, 24 de abril, sábado
7. Alejandría, 25 de abril, sábado
La muerte
8. Alejandría, 26 de abril, domingo
9. Siwa, 26 de abril, domingo
10. Alejandría, 27 de abril, lunes
11. Nápoles, 28 de abril, martes - 29 de abril, miércoles
12. Florencia, 30 de abril, jueves
13. Cracovia, 30 de abril, jueves
14. Tel Aviv, 30 de abril, jueves
La envidia
15. Borg El Arab, 1 de mayo, viernes
16. Alejandría, 1 de mayo, viernes
17. Cracovia, 2 de mayo, sábado
18. El Cairo, 2 de mayo, sábado
19. Uadi el Natrun, 3 de mayo, domingo
20. Alejandría, 3 de mayo, domingo
21. Alejandría, 4 de mayo, lunes
22. El Cairo, 4 de mayo, lunes
23. Santa Catalina, 5 de mayo, martes
El abismo
24. Cracovia, 6 de mayo, miércoles
25. Alejandría, 6 de mayo, miércoles
26. El Vaticano, 7 de mayo, jueves
27. Roma, 7 de mayo, jueves
28. Cracovia, 8 de mayo, viernes
29. Cracovia, 9 de mayo, sábado
30. Sharm el Sheikh, 10 de mayo, domingo
31. Siwa, 11 de mayo, lunes
32. Siwa, 12 de mayo, martes
33. Alejandría, 14 de mayo, jueves
Epílogo. Alejandría, 17 de mayo, domingo
Alejandría, noviembre de 2015
Agradecimientos

Glosario de términos árabes (dialecto egipcio)
Bibliografía seleccionada
Créditos